#1 *NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

FREIDA McFADDEN



THE DIVORCE

EL DIVORCIO

FREIDA MCFADDEN

El divorcio
Freida McFadden

Copyright © 2026 por Freida McFadden

Diseño de portada e interior © 2026 por Sourcebooks

Imagen de portada © Christine Blackburne

Sourcebooks, Poisoned Pen Press y el logotipo son marcas registradas de Sourcebooks.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier formato o medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información —salvo en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas— sin la autorización por escrito de su editorial, Sourcebooks.

Ninguna parte de este libro podrá ser utilizada ni reproducida de ninguna manera con el propósito de capacitar en tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Los personajes y los acontecimientos que aparecen en este libro son ficticios o se utilizan con fines ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no intencionado por el autor.

Publicado por Poisoned Pen Press, un sello editorial de Sourcebooks.

1935 Brookdale RD, Naperville, IL 60563–2773

(630) 961-3900

sourcebooks.com

Los datos de catalogación en la publicación se encuentran archivados en la Biblioteca del Congreso.

Impreso y encuadernado en los Estados Unidos de América.

LSC 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Para mi esposo
Me pidió muy amablemente que no le dedicara este libro, pero lo hice de todos modos.

CONTENIDO

Nota del autor

Prólogo
Parte I
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Parte II
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Parte III
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Parte IV
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

Epílogo

Expresiones de gratitud

Epílogo
Querida Debbie
También de Freida McFadden
Acerca del autor

NOTA DEL AUTOR

Aunque mis libros son de suspense, un género que tradicionalmente tiene elementos oscuros, me esfuerzo al máximo para que sean aptos para toda la familia. No encontrarás escenas explícitas de violencia ni sexo. (¡Principalmente porque sé que mis familiares los leerán!).

Sin embargo, cada persona reacciona emocionalmente de forma diferente, y algunos de mis libros abordan temas más controvertidos. Por ello, he creado una lista de advertencias sobre el contenido de todos mis thrillers, que puedes encontrar en la parte superior de mi sitio web.

freidamcfadden.com

Este recurso puede ser útil tanto para lectores que necesitan proteger su salud mental como para adultos cuyos hijos leen mis libros. Tenga en cuenta que, en algunos casos, estas advertencias de contenido revelan detalles importantes de la trama.

Teniendo esto en cuenta, ¡espero que disfruten sin peligro de este viaje a mi imaginación!

PRÓLOGO

Cuando llegue la policía, ¿cómo voy a explicar que hay cadáveres en la casa?

Un solo cadáver sería más fácil de explicar. Al fin y al cabo, la gente muere; es el ciclo de la vida, etc. Pero si hay más de uno, la cosa se complica. No es que tenga mucha experiencia en esto, pero es de sentido común. Una persona puede morir por accidente. Varias muertes… bueno, la policía empieza a pensar en cosas como un asesinato.

Además, será muy difícil explicarle otras cosas a la policía. Como qué pasó con esos cadáveres antes de morir. Me imagino que se encontrarán con muchas miradas de incredulidad. Posiblemente me esposen.

Hablando de eso, esas sirenas están sonando muy fuerte. Llegarán en cualquier momento.

Una ráfaga de viento me trae el hedor a carne quemada a la nariz. Cada molécula de mi cuerpo me grita que huya mientras pueda. Tengo un pequeño lapso de tiempo antes de que llegue la policía. Podría subirme al coche y marcharme. El vecino entrometido que llamó al 911 tal vez pueda darles una idea general de dónde estoy, pero nada más. Podría irme a algún lugar donde jamás me encuentren. Podría convertirme en un fantasma.

Pero será difícil desaparecer por completo. Porque adondequiera que vaya, no estaré sola. Al fin y al cabo, no hice nada de esto por

mí misma. Lo hice todo por él.

Las sirenas se oyen cada vez más fuerte. Me queda menos de un minuto antes de que lleguen. Si alguna vez hubo una oportunidad para desaparecer, la he perdido. Muy pronto, todos se enterarán de lo impensable que ocurrió en esta casa. Y cuando lo sepan, habrá preguntas que responder.

El coche patrulla llega primero, frenando bruscamente de lado junto a la acera. Mientras el agente sale del asiento del conductor, levanto las manos en alto para que las vea.

Mi vida está a punto de cambiar para siempre.

PARTE I

1

NAOMI

La primera señal de que algo anda mal es que la puerta de mi garaje no abre.

Tenemos una de esas puertas de garaje "inteligentes" que detecta mi Lexus cuando entro en la entrada y se abre justo en el momento preciso para evitar chocar con el guardabarros delantero. Mi marido me enseñó con orgullo esta puerta de garaje cuando nos mudamos a esta casa, bromeando con que era más inteligente que yo, y en todos los años que llevo viviendo aquí, nunca le ha demostrado que se equivocaba.

Hasta hoy.

Estaciono mi Lexus y me quedo mirando la puerta del garaje como si fuera un rompecabezas que tengo que resolver. Hay una manera de abrirla manualmente; estoy seguro. Recuerdo perfectamente que Jeremy me dijo que si no se abría automáticamente, lo único que tendría que hacer sería...

—¿Mamá? —pregunta Teddy con voz infantil desde el asiento trasero—. ¿Está rota la puerta?

Me giro para mirar a mi hijo, que todavía lleva puesto el uniforme blanco de la clase de kárate de la que acabo de recogerlo. Va sujeto a la silla de coche en el asiento trasero, aunque con cinco años ya le queda un poco grande. Parece ridículamente grande para ella, pero

leí que, en caso de vuelco, no hay nada más seguro. Además, nuestro pediatra recomendó la silla de coche hasta los seis años, así que ignoro las miradas de desaprobación de algunas de las otras mujeres que lo recogen del jardín de infancia.

—No lo creo —digo.

"Entonces, ¿por qué no abre?"

Excelente pregunta.

Miro hacia la casa; las luces están encendidas, lo que indica que Jeremy ha vuelto del trabajo. Eso es casi tan sorprendente como que la puerta del garaje no se abra, ya que rara vez llega a casa antes de que nos sentemos a cenar, y a menudo llega mucho más tarde. Esta noche llega al menos una hora antes.

Mi esposo dirige un fondo de inversión en la ciudad y trabaja más que nadie que conozca, pero respeto el hecho de que, aunque a veces tenga que faltar a nuestra cena familiar, esté en casa todas las noches para acostar a Teddy. Excepto, claro está, por algún que otro viaje de negocios.

"Papá nos ayudará a resolverlo", le digo a Teddy.

Teddy asintió con la cabeza. Para él, no hay nada que su padre no pueda hacer. Si alguien tuviera que viajar al pasado para retroceder en el tiempo, Teddy ofrecería a Jeremy para la tarea.

Salgo del coche, tirando de los pantalones de yoga que siempre se me suben hasta la raja del trasero. Luego me contorsiono en el asiento trasero para liberar a Teddy de su arnés, y él me recompensa con una sonrisa desdentada. Hace poco perdió su primer diente de leche, seguido de un segundo poco después, y luego dos más. Estaba eufórico después de mirar con envidia a todos los demás niños de su clase que ya habían perdido dientes, pero yo lamenté la pérdida del primero como una señal más de que mi precioso niño está creciendo.

Teddy agarra su mochila de Bob Esponja, que estoy casi segura de que pesa tanto como él, o incluso un poco más. Nos dirigimos a la puerta principal de nuestra casa, Teddy inclinado hacia atrás mientras intenta sostener el peso de su mochila. Cuando pongo la mano en el pomo, no gira, y maldigo entre dientes.

“¡Dijiste una palabrota, mami!”, exclama Teddy, horrorizado y a la vez excitado.

—Lo siento —digo rápidamente—. No fue mi intención.

“¿Qué ocurre?”, pregunta con insistencia.

“La puerta está cerrada con llave.”

"¿Por qué?"

Busco a tientas en mi bolso las llaves. Como siempre entro por el garaje, donde nunca cierran con llave, casi nunca las uso. Pero estoy casi segura de que están por aquí. «No lo sé».

"¿Qué estás haciendo ahora?"

Levanto la vista de mi bolso y le dedico a Teddy lo que espero sea una sonrisa paciente. A veces creo que mi hijo espera que le cuente todo lo que hago, y en general, intento hacerlo. La maestra de jardín de infantes de Teddy me dijo que tenía el mejor vocabulario de la clase, y creo que es porque siempre estoy hablando con él. «Estoy buscando las llaves de casa».

“¿Están en tu bolso?”

"Sí."

"¿Está seguro?"

"¡Sí!"

¡Dios mío, ¿dónde están?! Aparto una mini botella de agua y lo que parece la roca gigante que Teddy recogió en el parque la semana pasada y me pidió que guardara porque le pareció "guay". Y entonces, gracias a Dios, mis dedos se cierran alrededor de mi llavero. Lo saco triunfante. "¡Tachán!"

Teddy, muy complaciente, aplaude.

Sea cual sea el problema con la puerta del garaje, podemos dejarlo para después. Como siempre, el estacionamiento en la escuela de kárate, ubicada en un centro comercial con una docena de tiendas, era un caos. Di vueltas al estacionamiento durante varios minutos antes de encontrar un lugar, justo a tiempo para que las nubes que habían estado cubriendo el cielo toda la tarde se disiparan. Más de una hora después, mi cabello aún está húmedo y mis zapatos chapotean a cada paso. Lo único que deseo es una velada tranquila con mi familia.

Introduzco la llave en la cerradura, pero no gira. Qué raro. Cuando estoy segura de que la llave no funciona, la saco. Reviso el llavero, que solo contiene dos llaves. Una es la de casa y la otra la de mi antigua consulta médica, que dejé cuando decidí quedarme en casa cuidando de Teddy. No me arrepiento, pero guardé la llave de repuesto por nostalgia. En cualquier caso, esa no es la llave de casa. Aunque la pruebo, por si acaso.

No. Tengo dos llaves, y ninguna de las dos abre la puerta de la casa.

Fue entonces cuando me fijé en algo más. La cerradura de la puerta brillaba más de lo que la recordaba. De hecho, parecía nueva. Pero, que yo sepa, no la hemos cambiado en años. Desde que vivo aquí.

Esa es mi segunda señal de que algo anda muy mal.

—¿Qué le pasa a la llave, mami? —pregunta Teddy.

"No sé."

“Cuando metes la llave en la cerradura, se supone que debes girarla”, me dice sin mucha ayuda.

“Sí, lo sé, Teddy.”

“¿Lo giraste?”

"Sí."

“¿Tal vez darle otra vuelta?”

Me empieza a doler la sien y estoy harto de intentar descifrar por qué mi llave ya no funciona en la cerradura. Así que toco el timbre. Como nadie abre enseguida, golpeo la puerta con el puño. Y luego golpeo con más fuerza.

—¿Por qué pateas la puerta, mami? —pregunta Teddy.

“Solo nos aseguramos de que papá nos oiga.”

Por suerte, unos segundos después, oigo pasos que se hacen más fuertes detrás de la puerta. La cerradura gira y mi marido está delante de mí, con la camisa desabrochada en el cuello y sin corbata. Jeremy cumplió cuarenta hace unos seis meses y está mejor que nunca. Se cuida mucho: es un auténtico gurú del ejercicio, se levanta una hora antes para ir al gimnasio los martes y jueves, y los demás días de la semana corre en el parque. Su pelo castaño claro no muestra signos de calvicie, solo tiene unas pocas

canas en las sienes, sus ojos castaños oscuros siguen siendo tan intensos como el día que lo conocí, y su dedicación al hilo dental debe de haber dado sus frutos, porque tiene los dientes blancos y perfectos. Cuando sonríe, se le forman arrugas alrededor de los ojos, lo que me parece increíblemente sexy.

La mayoría de mis amigas apenas soportan a sus maridos. Una de ellas me contó que tuvo que ir al especialista porque había usado los dolores de cabeza como excusa muchísimas veces para evitar tener relaciones sexuales con su esposo. Pero yo no tengo ese problema. Incluso después de años de matrimonio, sigo sintiendo la misma emoción cada vez que veo a Jeremy. Nuestra química sigue siendo tan fuerte como siempre.

"¡Papá!", grita Teddy mientras se lanza hacia Jeremy, igual que todos los días.

Teddy adora a su padre. Durante las vacaciones de Navidad, hicimos un viaje familiar a Disneyland, y diría que el entusiasmo de Teddy por conocer a Mickey Mouse palidecía en comparación con el entusiasmo que siente cuando su padre regresa a casa cada noche. Y Teddy adora a ese ratón.

Jeremy recompensa a nuestro hijo con una sonrisa radiante y lo alza en brazos como si no pesara nada, a pesar de que me he lastimado la espalda dos veces el año pasado intentando cargar a Teddy. Jeremy es un buen padre, incluso un padre excepcional. Es una de las muchas cosas que adoro de él.

—Papá, la puerta está rota —dice Teddy con gravedad.

"¿Ah, sí?"

Él asiente solemnemente. Es algo que Jeremy también hace; los dos se parecen mucho cuando Teddy asiente así. "¡No pudimos entrar!"

Levanto la llave al entrar en la casa. "La llave no giraba. ¿Cambiaste la cerradura?"

Mi esposo duda, sin responder a mi pregunta. Baja a Teddy al suelo y entreabre la puerta de la casa. —Teddy —dice—. ¿Podrías subir a tu habitación y jugar tranquilamente? Necesito hablar con tu mamá.

Si yo le hiciera tal petición, Teddy me interrogaría durante media hora. Pero cuando su padre se lo pide, entra inmediatamente en la casa y sube a su habitación sin decir una palabra más. Y una vez que se ha ido, Jeremy vuelve a cerrar la puerta y se gira para mirarme.

—Jeremy —me froto las manos—. ¿Qué está pasando?

Mi marido se frota la mandíbula inferior, que empieza a mostrar sombra por haberse afeitado esta mañana. Evita mi mirada, lo cual es mi tercera señal de que algo anda mal. A mi marido no le cuesta nada mirarme a los ojos. Es un maestro del contacto visual.

—Naomi —dice—. Tenemos que hablar.

2

Esto no suena bien.

No tengo ni idea de qué quiere hablar Jeremy conmigo, pero sea lo que sea, parece que quiere hablar conmigo a solas. No hace ningún intento por entrar en el salón ni por ir a un sitio más cómodo. Así que aquí estamos, parados, en el porche.

"De acuerdo…" digo. "¿De qué quieres hablar?"

Me sonríe, con esa sonrisa sexy que todavía me hace temblar un poco las rodillas. "Tengo una gran sorpresa para ti".

"¿Oh?"

"Sí. He decidido reformar toda la casa: pintar las paredes, poner suelos nuevos, renovar la cocina. ¡Todo!"

Toda la tensión se disipa de mi cuerpo. ¿De eso se trata todo esto? ¿Una renovación? Cuando vi la cerradura nueva en la puerta y me dijo que teníamos que hablar, por un instante pensé que me iba a decir…

Bueno, no importa.

"¿Una renovación?", repito.

"Es un regalo de aniversario tardío, cariño", explica.

Nuestro aniversario fue hace casi un mes. Le preparé su cena favorita —filete a la pimienta— y le compré unos gemelos que sabía que le encantarían. Y Jeremy me hizo un regalo precioso: un hermoso collar de plata con un cristal de amatista.

“Pero me has traído un regalo”, le digo.

—Bueno —dice—, ¿puedes culparme por querer mimar a mi esposa de vez en cuando?

No puedo evitar sonreír. Jeremy es un buen padre, pero es aún mejor esposo. Nos consideramos una pareja poderosa, incluso ahora que me he tomado un descanso del trabajo para criar a nuestro hijo. Es dulce y considerado, pero lo más importante es que jamás he dudado de cuánto me ama.

“Qué grata sorpresa.” Le sonrío, aunque la sonrisa se siente un poco forzada. “Ojalá me lo hubieras dicho antes.”

“Bueno, entonces no habría sido una sorpresa, ¿verdad?”

Así es Jeremy. Él planea todas nuestras vacaciones familiares y solo me cuenta lo estrictamente necesario. Estoy en la cocina preparando la cena y él me dice: "Oye, Naomi, nos vamos a Italia la semana que viene". Es tierno, pero también puede ser exasperante. Somos pareja y a veces desearía que me consultara antes de hacer planes, incluso planes románticos y emocionantes como un viaje internacional o una reforma en casa.

Pero, por otro lado, tenía buenas intenciones. Aunque en realidad no necesitamos pintura nueva, paredes nuevas ni una cocina nueva.

“¿Y sabes qué?”, dice. “Ya te empaqué todas tus cosas”.

¿Qué?

Jeremy me lleva ahora al salón, donde tres maletas de cuero están apiladas ordenadamente. Fueron un regalo de Jeremy para mi cumpleaños hace cuatro años. Maletas de cuero a juego. Recuerdo haber acariciado la tela y pensar que eran de las cosas más bonitas que jamás había tenido, y también más caras que el coche que conducía antes, que Jeremy me cambió por este Lexus plateado como regalo de aniversario ese mismo año. Le encanta mimarme.

Señala las bolsas en el suelo. “Pensé que podríamos quedarnos en el apartamento de mis padres unas semanas mientras se realizan las obras. Está a solo veinte minutos en coche”.

Después de que Jeremy dejara su apartamento de soltero en Manhattan y nos mudáramos a Long Island con Teddy, sus padres se mudaron de la casa que él les había comprado unos años antes a un apartamento en la planta baja que también les había comprado. La

casa tenía demasiadas escaleras, así que estaban contentos de irse. Su padre ya estaba delicado de salud en ese momento y falleció un año después, pero su madre aguantó dos años más. Él los visitaba con frecuencia y pagaba a gente para que le hicieran los recados que él no podía hacer. Fue un buen hijo, al igual que ha sido un buen padre y un buen esposo.

—¿Y tus cosas? —pregunto—. ¿Y las de Teddy?

—En realidad —dice con timidez—, esperaba que pudieras ir antes que nosotros y limpiar el apartamento. Está bastante polvoriento y la habitación extra está llena de cajas.

Así que, al parecer, esta sorpresa de aniversario de mi marido implicará que tenga que hacer una limpieza a fondo del antiguo apartamento de sus padres.

—Lo siento —dice rápidamente—. Lo habría hecho yo mismo, pero sabes que soy un desastre limpiando, Naomi. Probablemente lo habría ensuciado aún más.

Puede que sea cierto. Aunque no puedo asegurarlo, ya que nunca he visto a Jeremy intentar limpiar nada en todo el tiempo que llevamos casados. Quizás sea un buen marido y un buen proveedor, pero no es muy bueno con las tareas del hogar. Supongo que nadie es perfecto.

—Ayudaré a Teddy a hacer la maleta —me asegura—. Luego podremos reunirnos con ustedes mañana.

"¿Y qué hay de la cena?"

Tiene una expresión divertida en el rostro. «Soy capaz de cocinar para mí y para mi hijo. Estuve soltero mucho tiempo antes de que llegaras, ¿sabes?».

"No sabes lo que le gusta."

"Voy a pedir una pizza. O calentaré en el microondas unos nuggets de pollo congelados."

Frunzo el ceño. «Sabes lo poco saludable que es eso. Déjame prepararle algo antes de irme».

"Naomi, creo que sobrevivirá a una noche de pizza y nuggets de pollo. De todas formas, nunca le gustan las cosas raras que preparas."

Pues no le falta razón. Anoche le preparé un delicioso tazón de açaí con granola de quinoa casera, y me miró como si le estuviera dando veneno. Se enfadó muchísimo hasta que le preparé una caja de macarrones con queso.

Su voz se suaviza. «Yo me encargo de la cena esta noche. Todo saldrá bien. Como te dije, solo limpia el apartamento y mañana nos reuniremos contigo».

"¿Quieres que duerma ahí?"

"¿Por qué no? Todas tus cosas estarán allí. Es solo una noche."

"¿Y qué hay de la mañana?"

"Rosita llevará a Teddy al colegio mañana por la mañana, como siempre", dice. "Luego puedes recogerlo del colegio mañana y llevarlo al apartamento".

"¿Y a la hora de ir a dormir?" pregunto con voz ronca.

Él frunce el ceño. "¿Y qué? Yo siempre acuesto a Teddy."

Tiene razón. Desde que tengo memoria, Jeremy ha sido el encargado de acostar a los niños. Pero eso no significa que no entre en la habitación de Teddy todas las noches para darle un beso en su suave mejilla, aunque ya se haya dormido.

No estoy seguro de poder dormir si no hago eso.

"Es solo una noche", señala Jeremy. "Mantengamos su rutina igual un día más".

"¿Y le vas a decir por qué no estaré en casa esta noche?"

Se encoge de hombros. "No creo que sea para tanto".

¿Está bromeando? ¿Acaso conoce a nuestro hijo? Cuando me compré un bolso nuevo hace poco, Teddy me hizo un montón de preguntas sobre por qué me lo había comprado, qué le pasaba al anterior, qué hacía con él y si podía quedárselo. ¿De verdad cree Jeremy que si me voy de casa, Teddy no se dará cuenta ni me preguntará nada?

"Tenemos que decirle algo, Jeremy."

"Vale, vale." Levanta las manos. Hubo un tiempo en que sus manos debían de ser ásperas y callosas porque se pagó la universidad trabajando por turnos en una empresa de construcción, pero eso fue hace mucho. Ahora tiene manos de experto en gestión de fondos de inversión. "Les explicaré lo de la reforma."

Miro hacia abajo, a las maletas apiladas en el suelo. Dios, ¡cuántas cosas ha metido! "¿Cuánto crees que tardará esto?"

"¿Una semana? Quizás dos. La cocina será lo que más tiempo tarde, pero podremos mudarnos de nuevo antes de que esté terminada."

La idea de esta reforma me agota. Aunque me la ha presentado como una sorpresa, no quiero hacerla. Pero algo que he aprendido de Jeremy durante nuestro matrimonio es que es extremadamente terco. Una vez que se le mete una idea en la cabeza, no hay quien se la quite. Está acostumbrado a salirse con la suya. Si ha decidido que nuestra casa, relativamente nueva, necesita una reforma, entonces se hará.

Pero, ¿por qué una voz en mi cabeza me grita que algo no está bien?

Como si percibiera mi incomodidad, Jeremy me tomó de la mano. "Estoy muy emocionado, Naomi. Será como vivir juntos en una casa completamente nueva".

Dejé que me tomara la mano, y cuando la apretó, su palma se sintió cálida y firme contra la mía. Con su metro ochenta, Jeremy es exactamente quince centímetros más alto que yo. Es la altura perfecta para que pueda mirarlo y sentirme amada y protegida. Siempre pensé que fue el destino que olvidara mi cartera ese día en Starbucks y que él pagara mi café. Recuerdo mirarlo con su elegante traje italiano y su corbata de poder, y supe al instante que él era el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Me hizo querer ser el tipo de mujer con la que él querría pasar su vida.

—¿Me llamarías para que pueda darle las buenas noches a Teddy? —pregunto.

"Por supuesto."

Dejé escapar un suspiro de cansancio, pensando en la larga noche que me esperaba limpiando ese viejo apartamento. "De acuerdo", acepté. "Lo haré".

Los hombros de Jeremy se relajan visiblemente. "Gracias, Naomi".

Asiento con la cabeza.

—Oye —dice—, déjame ayudarte con tus maletas.

Jeremy agarra una de las maletas enormes, que por suerte tiene ruedas, porque si no, no habría podido moverla yo sola. —Quisiera revisar el armario de arriba —digo—. Solo para asegurarme de que no te hayas olvidado de nada.

—Oh, no —dice mientras empuja la bolsa hacia la puerta principal—. Estoy bastante seguro de que lo tengo todo.

"¿Y mi cristal de orgonita?" Mi pirámide de orgonita es un generador de energía positiva que guardo en la mesita de noche. "¿La has empacado?"

Sus labios se crispan. "Lo tengo."

"¿Llevaste sujetadores?"

Esta vez se ríe. "Confía en mí, Naomi. Todo está ahí".

Excepto que… ¿por qué? ¿Por qué empacó tantas cosas si solo vamos a estar fuera un par de semanas?

—¿Por qué cambiaste las cerraduras? —suelto sin pensar.

Jeremy me mira sorprendido. "Tenía que hacerlo. No querrás que todos los pintores y contratistas tengan la llave de nuestra casa, ¿verdad?"

"Eso es cierto…"

Excepto que… espera. No, eso no tiene sentido. Si nos preocupa que los pintores y contratistas tengan la llave de nuestra casa, ¿no deberíamos cambiar las cerraduras una vez terminada la reforma?

Pero Jeremy ya está teniendo problemas para meter mis maletas por la puerta principal, así que no creo que pueda interrogarlo más. Estoy segura de que si lo hago, tendrá una explicación perfectamente razonable que me hará sentir tonta por siquiera preguntar.

Jeremy lleva dos de mis maletas hasta el maletero mientras yo lo sigo de cerca con la tercera, que es igual de grande y pesada que las otras dos. Me dijo que nos mudamos para una reforma rápida, pero varias de las cosas que ha hecho no concuerdan con eso. Y hay otra cosa que sé sobre Jeremy.

Es un excelente mentiroso.

Lo he visto mentir por teléfono cuando hablaba con sus compañeros. Lo he visto mentir a sus amigos y a sus padres. Incluso lo he visto mentirle a Teddy.

Que yo sepa, nunca me ha mentido. La confianza es la base de todo buen matrimonio. Sí, Jeremy es un buen mentiroso, pero tengo que creer que dice la verdad. Porque si no confío en él, estamos perdidos.

Jeremy cierra de golpe el maletero de mi Lexus. «Gracias por preparar el apartamento», me dice. Mete la mano en el bolsillo de su pantalón de vestir y saca una llave. «Con esta podrás entrar por la puerta principal».

Le quito la llave de la mano, sin que nuestros dedos lleguen a tocarse. —Gracias. Nos vemos mañana.

Esta vez me mira directamente a los ojos. "Hasta mañana, Naomi."

La última señal de que todo lo que Jeremy me ha contado es mentira es que no me besa antes de que me suba al coche y me vaya de la casa donde he vivido durante los últimos cuatro años.

3

No es para tanto. Es solo una pequeña reforma y luego nuestra vida volverá a la normalidad.

Me repito esas palabras una y otra vez mientras conduzco hacia el apartamento de dos habitaciones donde vivieron los padres de Jeremy hasta su muerte. Son veinte minutos en coche, aunque cuando Jeremy lo hacía solo tardaba quince. No le da mucha importancia al límite de velocidad.

Al llegar a la entrada de la pequeña casa con dos apartamentos, me imagino qué estarán haciendo Jeremy y Teddy ahora mismo. Jeremy decía que podía preparar la cena, pero en todo el tiempo que llevamos juntos, nunca lo he visto cocinar nada, ni siquiera en el microondas. Lo único que hace es preparar café.

¿Y si Jeremy no calienta bien los nuggets de pollo congelados en el microondas? ¿Y si Teddy está sentado a la mesa ahora mismo, con el estómago rugiendo, y no hay nada que pueda comer? ¿Y si luego se da cuenta de que me he ido y se pone desconsolado?

Tengo que respirar hondo varias veces para tranquilizarme. Jeremy es un banquero de inversiones exitoso y, sin duda, es capaz de preparar la cena para nuestro hijo por una noche. De hecho, es agradable que tengan una noche de chicos por una vez.

Salgo del coche y abro el maletero. Las tres maletas que preparó Jeremy me esperan, aunque esta vez no tengo a nadie que me

ayude. Cojo la primera y me asombra su peso. Jeremy no parecía tener problemas, pero es mucho más fuerte que yo. Casi me disloco la espalda intentando sacarla del coche. La segunda no pesa menos, y la tercera es la más pesada de todas.

Dios mío, ¿qué habrá metido en las maletas? ¿Piedras?

Por suerte, todos tienen ruedas, así que puedo llevarlos uno por uno por el pasillo hasta el apartamento. Compró el apartamento con jardín para sus padres, pero ha estado vacío desde que murió su madre. Lo limpió enseguida, pero no sé si alguien ha entrado desde entonces.

La llave que me dio Jeremy encaja en la cerradura, pero no gira. Por un momento, entro en pánico, preguntándome si me ha dejado fuera de otra casa. Pero entonces muevo la llave y, finalmente, la cerradura gira. La puerta se atasca un poco, pero logro entrar a empujones.

Cuando Marti Roth vivía aquí, el espacio parecía luminoso y amplio, pero mucho ha cambiado en el último año desde su muerte. Todas las persianas están bajadas y cubiertas de polvo. El sofá estampado de flores de Marti solía ser blanco, y ahora es grisáceo. Lo mismo ocurre con la pantalla de la lámpara que está junto al sofá. Hay tanto polvo aquí que cuando respiro hondo, empiezo a toser.

Y cuando por fin dejo de toser hasta llenarme los pulmones, estoy casi segura de que puedo oír el correteo de pequeños pasos. Pequeños pasos peludos.

¡Dios mío! Jeremy no bromeaba cuando dijo que había que limpiar este lugar.

Me entran unas ganas irresistibles de sacar el móvil del bolso y rogarle que me deje quedarme en un hotel. O al menos que contrate a alguien para que limpie el piso. Meto la mano en el bolso y rebusco, pero justo cuando mis dedos se cierran alrededor del móvil, me lo pienso dos veces. Jeremy siempre me ha dado todo y me pide muy poco. Si quiere que limpie este piso, ¡por supuesto que lo haré!

Lo consideraré como unas mini vacaciones lejos de mi familia. Y, al parecer, también como unas vacaciones de respirar aire puro.

El pequeño apartamento tiene dos habitaciones, aunque una de ellas es tan pequeña que parece más bien un armario grande con una cama individual. Está llena de cajas polvorientas que supongo que Jeremy nunca se molestó en ordenar después de la muerte de sus padres. Tendré que tirarlas si esta habitación va a ser la de Teddy durante la reforma.

La otra habitación es más prometedora. Tiene una cama doble, hecha hace aproximadamente un año, pero ahora está cubierta de polvo como todo lo demás. Cuando me siento, todas las partículas vuelan por el aire y empiezo a estornudar violentamente. Espero que Jeremy haya traído sábanas limpias para mí.

Regreso a la sala para buscar mis maletas y las arrastro hasta el dormitorio principal, dejando huellas de polvo en la alfombra. Empiezo a revisarlas y debo admitir que Jeremy empacó con mucho cuidado. El cristal de orgón está ahí, como prometió, y sin duda incluyó un montón de sujetadores. También empacó muchísima ropa, artículos de aseo, toallas, ropa de cama e incluso mis libros de texto de medicina.

Ver esos libros de texto me produce cierta nostalgia. Aunque ser ama de casa ha sido el mejor trabajo que podría imaginar, hay días en que extraño a mis antiguos pacientes. Me encantaba ser doctora y ayudar a curar a la gente de sus dolencias; no había nada más gratificante hasta que descubrí la maternidad. Ahora que Teddy está en el jardín de infancia, debería pensar en reabrir mi consulta aquí en la isla.

Solo cuando llego al fondo de la segunda maleta empiezo a sentirme muy inquieta. Jeremy empacó bastante. ¿Por qué iba a empacar mi abrigo de invierno en abril? Solo uso ese abrigo durante los meses más fríos. ¿Por qué iba a pensar que lo necesitaría si solo íbamos a estar aquí un par de semanas? A menos que…

A menos que piense que vamos a estar aquí más de una semana.

Mucho más de una semana.

Me hundo en el colchón. Durante el último año, se ha vuelto rígido, casi sin ceder. Algo no anda bien. A juzgar por el contenido

de estas bolsas, parece que Jeremy no cree que vayamos a volver a la casa pronto.

¿Estamos en apuros económicos? ¿Está vendiendo la casa y le daba demasiada vergüenza decírmelo?

No vivimos por encima de nuestras posibilidades. Cuando nos conocimos, Jeremy ya era un exitoso gestor de un fondo de inversión libre; tan exitoso que insistió en un acuerdo prenupcial cuando nos casamos. La idea de que de alguna manera se haya gastado todo nuestro dinero y ahora estemos tan arruinados que tengamos que vender nuestra casa… bueno, nos parece absurda.

Meto la mano en mi bolso para sacar el teléfono por última vez. Esta vez, cuando mis dedos lo agarran, no lo suelto. Lo saco y, antes de poder detenerme, escribo un mensaje de texto a mi esposo:

¿Hay algo que no me estás contando?

Estoy sentada en la cama de mi suegra fallecida, mirando fijamente la pantalla de mi teléfono. Mientras espero una respuesta, un crujido proveniente del exterior me hace levantar la cabeza de golpe.

¿Qué fue eso?

Parecía que alguien estaba justo afuera. Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana; mi corazón latía con más fuerza a cada paso. Me recordé a mí misma que este es un buen barrio; Jeremy jamás les habría comprado a sus padres un apartamento en un lugar peligroso.

Pero al asomarme por la ventana oscura que da al lateral de la casa, el crujido se hace más fuerte. Y entonces veo un destello de algo detrás de la ventana.

¿Era eso una silueta humana?

Agarro el teléfono con fuerza, preguntándome si debería llamar a Jeremy. O tal vez debería volver al coche y conducir directamente a casa. Mi marido no querrá que me quede en un apartamento que no sea seguro.

Pero ya he desempacado lo que parece ser la mitad de mis pertenencias. Y si las reformas empiezan mañana, tengo que dejar

este apartamento habitable para cuando Teddy termine el colegio. No puedo permitir que mi hijo inhale todo este polvo y le dé cáncer. Hay muchísimo que hacer antes de que pueda quedarse aquí.

Doy otro paso hacia la ventana. Esta vez oigo otro ruido, uno que me perturba aún más.

Suena casi como si alguien estuviera raspando lentamente el cristal de la ventana.

Se acabó. No puedo quedarme ni un minuto más en este apartamento. Me da igual tener que meter yo sola estas tres maletas enormes en el maletero. No voy a permitir que me asesine un tipo con un garfio en lugar de mano. Jeremy lo entenderá.

Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta y salir corriendo del dormitorio, levanto la vista brevemente y veo la rama del árbol. Está pegada a la parte superior de la ventana y, con cada brisa, la madera roza el cristal.

Mis hombros se hunden. Al final no hay ningún vagabundo con garfio fuera del apartamento. Solo era un árbol. Jeremy siempre dice que saco conclusiones precipitadas, y en este caso, tiene toda la razón.

Suspirando, me dirijo a la cocina en busca de los productos de limpieza.

4

Cuando llego al colegio al día siguiente para recoger a Teddy, echo tanto de menos que me duele el pecho.

No es de extrañar que no haya dormido bien anoche. Le envié un mensaje a Jeremy preguntándole si podía darle las buenas noches a Teddy, y me contestó. Me dijo que nuestro hijo ya estaba dormido y que me vería mañana después de clase. Aunque no esperaba que despertara a Teddy solo para darme las buenas noches, eso no impidió que me durmiera llorando. O tal vez mis ojos estaban llenos de lágrimas por todo el polvo. Es difícil saberlo.

De cualquier manera, ahora mismo tengo un aspecto terrible. Cuando tienes veinte años, puedes pasarte la noche llorando y al día siguiente estar radiante. Pero cuando tienes cuarenta y dos y derramas una sola lágrima, se te hinchan los ojos durante toda la semana. Leí en internet que las bolsitas de té pueden ayudar, así que me puse una en cada ojo, pero no sirvió de nada y me manché de té por todas partes.

Pasé la mayor parte del día acondicionando el apartamento. Había productos de limpieza en un armario, así que me esforcé por quitar el polvo de todos los muebles y las persianas. Cambié todas las sábanas y limpié a fondo el baño, especialmente una zona de la bañera donde parecía que se estaba formando moho. Además, metí todas las cajas de la habitación de invitados en un armario. No es

una solución definitiva, pero servirá para un par de semanas. Me sentí orgullosa de haberlo terminado antes de que llegara el momento de recoger a Teddy.

La hora de recogida en el jardín de infancia es increíblemente temprana. Jeremy quería que Teddy fuera al jardín de infancia de jornada completa, así que tuvimos que participar en un sorteo para conseguir una plaza. ¿Pero sabes lo que es el jardín de infancia de jornada completa? De nueve de la mañana a dos de la tarde. Cinco horas. Y ya está.

Y por eso no he logrado encontrar el tiempo para relanzar mi consulta médica.

El colegio privado de Teddy está en lo alto de una colina enorme, y el aparcamiento está al pie. No voy al gimnasio tan a menudo como Jeremy, pero subo esa colina todos los días, y la verdad es que hago bastante ejercicio. O eso creo, a juzgar por lo sin aliento que llego a la entrada del colegio. Seguro que no ayuda a disimular las ojeras.

Los padres se reúnen en pequeños grupos en el césped verde y frondoso que hay fuera del colegio, cerca de la hora de salida. Casi todos son mujeres, salvo uno o dos padres, que siempre están solos. Mis dos mejores amigas, también madres, son Ashlyn y Cheryl, y ya han llegado y están inmersas en una conversación cuando me uno a ellas, todavía jadeando por la subida a esa estúpida colina.

—Hola, Naomi —dice Cheryl—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Me toco el pelo castaño rojizo con timidez; me lo recogí en una coleta con la esperanza de que quedara elegantemente despeinada, pero sospecho que ahora simplemente está despeinada. El agua de la ducha estaba tibia —tendré que avisarle a Jeremy para que lo arreglemos cuanto antes— y también sospecho que mis lágrimas afectaron negativamente a mis folículos pilosos.

"Ayer fue un día difícil", digo. "Estamos empezando algunas reformas en la casa. Fue idea de Jeremy".

"¡Oh!" Ashlyn se anima porque le encanta ese tipo de cosas. "¿Qué tipo de reformas?"

"Bueno, para empezar, estamos reformando la cocina."

“Qué suerte”. Mientras Ashlyn se rasca la nariz con la mano izquierda, alcanzo a ver el diamante en su dedo anular, que es enorme. Su marido es un abogado oportunista y muy bueno en ello. Jeremy gana lo suficiente como para haberse podido comprar un anillo así sin problema, pero le pedí que me comprara un bonito anillo de morganita rosa pálido en lugar de un diamante. “Le pido a Roger que reforme la cocina, pero siempre me da largas. Jeremy es tan considerado”.

“Y está buenísimo”, dice Cheryl entre risitas.

Me río con ellos como si fuera una broma, aunque creo que mi marido es más atractivo que la mayoría de los demás que he conocido. Y muchos de ellos le llevan al menos diez años.

Tengo suerte.

—Hola, Naomi —me dice Ashlyn, dándome un codazo—. Cheryl y yo estábamos intentando resolver algo, pero no nos decidimos. Necesitamos tu opinión.

—Claro —digo—. Espero que sea una pregunta médica. Sería agradable sentirme útil en ese sentido.

Ashlyn me sonríe con una boca llena de dientes que estoy casi segura de que son fundas. Los dientes de Jeremy son igual de rectos y blancos que los de ella, pero los suyos son de verdad. "¿Crees que Cora Janzen se operó los pechos?"

Cora Janzen es la madre de un niño pequeño llamado Zack, que asiste al jardín de infancia de Teddy. Lo único que sé de ella es que se divorció a principios de año, aunque el proceso llevaba ya bastante tiempo. Según los rumores, tenía un acuerdo prenupcial, que su abogado logró anular por completo. También oí que hizo llorar a su ahora exmarido.

Y aunque está sola como si tuviera la peste, luce estupenda. Yo me siento agotada, con el pelo lacio de tanto limpiar y el suéter enorme sobre mis pantalones de yoga. Pero Cora lleva un elegante vestido amarillo que le sienta de maravilla a su cabello rubio platino hasta la barbilla. Su piel se ve tersa, sin arrugas y prácticamente radiante. Y sí, sus pechos se ven un poco más firmes de lo que recordaba.

Me doy cuenta de que ambas mujeres me miran, esperando mi veredicto. Como si yo fuera la mayor experta del mundo en cirugías de aumento de senos. "No estoy segura", digo.

“Sin duda lo hizo”, insiste Cheryl. “Ojalá tuviera una foto de antes”.

—La vi coqueteando con el marido de Irene en el entrenamiento de sóftbol —Ashlyn arruga la nariz—. Menos mal que Roger nunca quiere ir a estos eventos.

Como si hubiera escuchado lo que decíamos, Cora alzó la vista y nos miró. Al mismo tiempo, los tres bajamos la mirada. Todo el mundo ha estado hablando de Cora durante todo el año, sobre todo después de que bebiera demasiado en aquella reunión de padres. Debe de darse cuenta de que es el centro de los chismes. Me alegro de que haya salido bien parada en su divorcio, pero no puedo evitar sentir lástima por ella por el fracaso de su matrimonio.

Me alegra estar casada con un hombre dulce y atento que ama a su familia y nos sorprendió con una increíble renovación de nuestra casa.

Unos minutos después, la clase de Teddy sale. Como son niños de preescolar, tenemos que ir a la puerta y reclamarlos uno por uno para asegurarnos de que no los secuestren. Agradezco la precaución, pero sospecho que un secuestrador no tendría mucha suerte aquí. Hace unos meses, el nuevo conserje casi fue arrestado cuando cinco parejas de padres no lo reconocieron y llamaron a la policía al mismo tiempo.

Anoche, después de estar lejos de Teddy, casi me echo a llorar al ver su carita redonda y dulce. Me abraza como siempre, pero no puedo evitar compararlo con la exuberancia con la que saluda a su padre. Supongo que soy menos novedosa que Jeremy.

“¡Te extrañé anoche!”, dice.

Cheryl y Ashlyn oyen la exclamación de Teddy y me miran con curiosidad.

“Nos alojaremos en otro apartamento durante la reforma”, les digo rápidamente. Así es como empiezan los rumores. “Lo estaba preparando para mudarme anoche”.

—¿Adónde te mudas? —pregunta Teddy.

“El apartamento donde nos vamos a quedar mientras arreglan nuestra casa”, le explico. Jeremy me aseguró que le iba a contar todo, pero parece que nunca lo hizo.

Teddy arruga la nariz. "¿Están arreglando nuestra casa? ¿Por qué?"

“Para que quede más bonito. ¿No te lo dijo papá?”

Niega con la cabeza. “Simplemente comimos pizza y vimos la tele”.

Me frustra que Jeremy tuviera que contarle a Teddy lo que estaba pasando, y claramente no lo hizo. Pero lo peor es que Ashlyn y Cheryl siguen mirándome con esa mirada extraña.

Y, una vez más, me preocupa que haya alguna pieza de este rompecabezas que se me esté escapando.

5

Después de clase, tengo que llevar a Teddy a su lección de patinaje sobre hielo.

Todos los días tiene una clase diferente a la que tengo que llevarlo. O a algún deporte. ¡Tantos deportes! Me alegra que tenga una vida activa, pero a veces siento que soy menos una madre que se queda en casa y más una chófer sin sueldo.

Todavía no he tenido tiempo de hacer la compra, así que, de camino a casa después de patinar sobre hielo, decido comprar comida para llevar en mi restaurante vegano favorito. Le mando un mensaje a Jeremy preguntándole qué quiere, pero no contesta, así que le compro una hamburguesa de frijoles negros. Con una hamburguesa no hay pierde.

Aunque Teddy a veces parece completamente ajeno a lo que sucede a su alrededor, se da cuenta de inmediato de que algo es diferente cuando empiezo a conducir por una ruta distinta hacia casa. Y entrar en el apartamento genera un sinfín de preguntas.

"¿Por qué estamos aquí?", me pregunta, lo cual es una variación de la pregunta que me ha hecho durante todo el trayecto: "¿Adónde vamos?".

—Ya te lo dije —explico por lo que parece la millonésima vez—. Nos vamos a quedar aquí un par de semanas mientras arreglan la casa. Es donde vivía la abuela, ¿te acuerdas?

Teddy probablemente no lo recuerda, ya que el año que la madre de Jeremy lleva muerta es como una eternidad para él. Mira a su alrededor en el pequeño espacio habitable. No diría que mi hijo está malcriado, pero parece ofendido ante la posibilidad de tener que quedarse aquí aunque sea una noche. "¡Es tan pequeño!"

"Es un apartamento."

Recorre con la mirada la sala de estar, con el ceño fruncido. Es la misma cara que pone cuando lo obligo a comer verduras. Mientras examina su nuevo entorno, me llega un mensaje de texto de Jeremy:

Voy de camino. Llegaré pronto.

Gracias a Dios. Toda esta situación me estaba empezando a preocupar un poco, y me sentiré mejor cuando Jeremy venga con el resto de nuestras cosas. La presencia de su padre también tranquilizará a Teddy.

—¿Dónde están las escaleras? —La voz aguda de Teddy interrumpe mis pensamientos.

"No tenemos escaleras."

"¿Y cómo se llega al siguiente piso?"

"Este es el único piso."

Se queda boquiabierto, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza. Quizás sí que está malcriado. Pasé toda mi vida adulta en un apartamento pequeño antes de que Jeremy decidiera que nos mudáramos aquí.

—¿Dónde están mis cosas? —pregunta.

—Lo preparaste anoche —le recuerdo—. Papá lo traerá.

"No hice la maleta anoche."

No me sorprende que no se acuerde. Cuando empezó el jardín de infancia, teníamos que volver a su aula varias veces por semana porque siempre se olvidaba la mochila arriba. A veces se olvida de que ya comió y me pregunta qué hay de cenar.

—Seguro que te acuerdas —le digo—. Tú y papá empacaron sus cosas, como la ropa y los juguetes. Él viene para acá ahora mismo.

—No —insiste—. Vimos la tele, luego me leyó un cuento y después me quedé dormido.

Da igual. No necesita recordar que hizo la maleta. Con que realmente haya sucedido, basta.

Por suerte, justo en ese momento suena el timbre, así que no tengo que seguir respondiendo a las preguntas de Teddy sola. Seguro que se sentirá mucho mejor cuando tenga todas sus cosas aquí. Sé que el apartamento es pequeño, pero nos acostumbraremos. Los niños de esa edad se acostumbran a todo.

Cuando llego a la puerta, Jeremy está allí de pie, con su maletín en la mano, todavía con el traje y la corbata del trabajo. Se ve agotado, probablemente por haberse quedado despierto hasta tarde empacando. Aunque no lleva maletas. Solo su maletín.

Supongo que las maletas están en el coche.

"¡Papá!", grita Teddy, lanzándose hacia su padre. Siempre choca con Jeremy a la altura de la ingle. Bromeo con Jeremy diciéndole que esto podría ser la razón por la que no podemos tener más hijos.

—Hola, Teddy —dice Jeremy, alzando a Teddy en brazos, aunque con cierta timidez. No lo sube a sus hombros ni forcejea con él en el suelo como suele hacer. Y lo baja apenas unos segundos después.

—Papá —Teddy ladea la cabeza para mirarlo—. Mamá dice que tenemos que vivir aquí ahora y que tú tienes todas mis cosas. ¿Las tienes?

Espero a que Jeremy confirme mi historia. En lugar de eso, deja caer su maletín en el sofá y lo abre. Saca su viejo iPad, que le ha estado prestando a Teddy para ver videos.

—Toma. —Se lo ofrece a Teddy, quien lo agarra—. Ahora quiero que vayas al dormitorio y veas videos de monos.

Se me revuelve el estómago cuando dice eso.

No hay videos de monos. "Ve a la habitación y mira videos de monos" es una clave que le enseñamos a Teddy hace tiempo. Básicamente significa que debe desaparecer en su habitación sin preguntar y no volver a abrir la puerta hasta que uno de nosotros le dé la clave para salir, que es: "Hora de comer galletas snickerdoodles".

Le presentamos este código después de leer un artículo sobre cómo tener una palabra o frase secreta puede salvarle la vida a un niño. Nos lo tomamos muy en serio. Le dijimos que si le decíamos esas palabras, no podía hacer preguntas. Simplemente tenía que ir y hacer lo que le dijéramos. Se lo recordamos con frecuencia, pero solo lo hemos usado una vez, cuando la policía vino a nuestra puerta para decirnos que la madre de Jeremy se había desmayado en el supermercado y que había fallecido. Era algo que no queríamos que escuchara.

Teddy se lo toma muy en serio. Corre a su pequeña habitación con el iPad y cierra la puerta tras de sí, dejándonos a Jeremy y a mí solos.

—¿Jeremy? —digo—. ¿Qué está pasando?

"Escucha…" Tira de la corbata oscura que lleva alrededor del cuello, aflojándola un poco. "Yo… Necesitamos hablar."

"¿Una charla sobre qué?" Niego con la cabeza. "¿Sobre la renovación?"

Sus hombros se hunden. "No hay reformas."

"¿Qué?"

—Naomi —dice—. Quiero el divorcio.

6

"¿Qué dijiste?"

Me da vueltas la cabeza. No puedo creer lo que Jeremy me acaba de decir. ¿Quiere el divorcio? ¿Cómo es posible? Sí, a veces discutimos por una tapa de inodoro levantada o por quién se acabó el kétchup. ¿Pero divorcio? ¡Qué tontería!

—Lo siento —dice, aunque hay una tensión en su voz que me hace pensar que no lo siente en absoluto.

"No lo entiendo." Eso es quedarse corto. "¿Cómo puedes decir eso? ¡Somos felices juntos!"

"No soy feliz. No he sido feliz en mucho tiempo."

"Pero…" Me hormiguean las yemas de los dedos; respiro demasiado rápido. "¿Y qué hay de lo que dijiste ayer? Sobre la reforma y…"

Jeremy no contesta, y de repente caigo en la cuenta de lo que pasó ayer. Teddy nunca estuvo confundido; no hicieron las maletas anoche.

"Solo me dijiste eso para que me mudara."

Sus ojos marrones se encuentran con los míos. "Era más fácil así".

"¡Más fácil para ti!"

—Claro. —Su voz es tan suave y tranquila que me dan ganas de sacudirlo—. No quiero alterar la vida de Teddy, y sé que tú tampoco.

"¿Así que me has echado de mi propia casa?"

—Es mi casa, Naomi —aprieta la mandíbula—. La compré antes incluso de conocerte. Y este apartamento también es mío, pero… bueno, puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Jamás dejaría que te quedaras sin hogar.

"¡Vaya, gracias!"

Él no dice nada al respecto, simplemente baja la mirada.

Me apoyo en el reposabrazos del sofá, ya que siento las piernas un poco débiles. Esto no tiene sentido. No entiendo cómo Jeremy pudo decidir de repente que necesita divorciarse. La única explicación lógica es…

Tiro de un mechón de pelo que se soltó de mi desaliñada y poco elegante coleta. "¿Hay alguien más?"

Duda un momento. El tiempo suficiente para que se me revuelva el estómago. Pero luego niega con la cabeza. «No, nadie más».

"¿Entonces por qué?"

Me estoy devanando los sesos tratando de entender por qué está pasando esto. Si no es otra mujer, ¿entonces qué es? ¿Serán las drogas? La gente del sector de la banca de inversión tiene fama de ser un poco liberal con la cocaína. ¿Acaso Jeremy ha estado consumiendo y ahora se le ha ocurrido alguna idea descabellada?

Pero no. Eso no se parece a mi marido. A Jeremy le gusta tomarse un trago de whisky por la noche, pero nunca más de uno. Es un hombre intachable.

—Por favor —murmuro—. No lo entiendo. Somos felices juntos. ¿Por qué haces esto?

—Lo siento. —Su voz se suaviza esta vez, y ese tono más tierno basta para que se me salten las lágrimas—. No quería hacerte daño.

"¡Entonces no te vayas!"

Jeremy no tiene respuesta. Cierra el maletín que está abierto sobre el sofá, aún un poco polvoriento. «Podemos resolver esto con un mediador», me dice. «No hay necesidad de una batalla legal ni de ir a juicio, ya que tenemos un acuerdo prenupcial. Haré que mi abogado le entregue los documentos al tuyo».

No puedo dejar de pensar en esto. No entiendo qué pasó. ¿Qué cambió? ¿Por qué decidió de repente que nuestro matrimonio no

funciona y que hay que terminarlo?

Siento que me está despidiendo.

Empieza a alejarse de mí, y entonces me invade el pánico. Cuando pronunció la palabra "divorcio", estaba segura de que estaba cometiendo un terrible error impulsivo y que podría convencerlo de que no lo hiciera. Pero ahora parece que ya lo tiene decidido. Mi marido pretende acabar con nuestro matrimonio por razones que no tienen ningún sentido. ¿Que no es feliz? ¡Somos la pareja más feliz que conozco! Si nosotros no somos felices, ¡no entiendo qué es la felicidad!

"Jeremy…" Lo agarro del brazo, impidiendo que escape de la habitación. "No puedes estar hablando en serio. Por favor. Podemos arreglar esto."

Niega con la cabeza, sin mirarme a los ojos. —Lo siento, Naomi.

Si vuelve a pedir perdón, lo voy a matar a golpes con su propio maletín.

"Escucha…" Me paso la lengua por el labio superior. "¿Qué tal si vamos a terapia de pareja?"

"¿Terapia de pareja?" Lo dice como si le hubiera sugerido que se bebiera una botella de orina. "No lo creo".

"Entonces hablemos de esto ahora." Mis dedos siguen aferrados a su antebrazo, clavándose en su piel. "No tengo nada que hacer. Dime qué te preocupa tanto y vamos a solucionarlo."

Finalmente, sus ojos se encuentran con los míos. "Ya es demasiado tarde para eso".

Recuerdo su vacilación cuando le pregunté si había alguien más. Es la única explicación que se me ocurre para que Jeremy rompiera un matrimonio feliz.

Jeremy se zafa de mi agarre y pasa a mi lado, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la habitación donde Teddy está encerrado con el iPad. Me interpongo en su camino, bloqueándole el paso. "¿Qué estás haciendo?"

"Voy a llevarme a mi hijo a casa conmigo."

"Oh, no." Levanto las manos, decidida a ganar al menos una batalla hoy. "No lo creo. Si quieres divorciarte, Teddy se quedará conmigo."

No intenta pasar a mi lado. Se queda ahí parado, analizando mi rostro hasta que empiezo a retorcerme.

—Teddy debería dormir en su propia habitación —dice finalmente —. Queremos facilitarle las cosas al máximo, y sería cruel alejarlo de su hogar. ¿No te parece?

"Entonces déjame volver a entrar y tú te vas."

—Intenta ser razonable, Naomi —dice—. ¿De verdad quieres castigar a Teddy por esto? Ya va a ser bastante difícil.

No me muevo. Me quedo ahí parada, con los brazos cruzados. Va a tener que levantarme y moverme para llegar hasta Teddy.

—Puedes recogerlo del colegio todos los días —ofrece Jeremy—. Pasa todo el día con él. Puede cenar contigo. Pero por la noche, debería dormir en su propia cama. En su propia habitación. Si te importa, no querrías alejarlo de su casa.

Aunque me cueste admitirlo, tiene razón. Sé, por nuestros viajes familiares, que Teddy se mueve mucho en camas que no le resultan familiares. A veces se despierta gritando. No quiero que pase por eso.

Y la verdad, ¿qué más da dónde duerma? Seguiré recogiéndolo en el colegio y pasaremos la tarde juntos. Ninguna de las otras madres del colegio se enterará, algo que, aunque me dé vergüenza admitirlo, me importa.

Y hay otra ventaja. Si Jeremy viene todas las tardes a recoger a Teddy, se verá obligado a interactuar conmigo. Ahora mismo no parece interesado en hablar de esto, pero nuestro matrimonio no se ha acabado. Jeremy y yo vamos a envejecer juntos, sentados en el porche en mecedoras iguales.

Hay algo que no me está contando. Y voy a averiguar qué es.

—De acuerdo —digo—. Tienes razón. Teddy debería dormir en su propia cama.

Él levanta una ceja como sorprendido de que haya cedido tan fácilmente. —Gracias —dice—. Aprecio que estés haciendo lo mejor para nuestro hijo.

Agradezco que reconozca el vínculo que nos une a través de Teddy. Pase lo que pase, seremos los padres de Teddy. Juntos.

Solo tengo que hacerle ver que juntos estamos mejor que separados.

"Solo quiero hacer lo mejor para él", le digo.

Jeremy y yo no nos vamos a divorciar. Ni muerto.

7

Estimada Sra. Roth,

Su esposo, el Sr. Jeremy Roth, me ha contratado para que le asesore en relación con la disolución de su matrimonio. Deseamos resolver este asunto de forma amistosa y rápida. Por favor, pídale a su abogado que se comunique conmigo a esta dirección de correo electrónico.

Atentamente,

Leonard Hardwick, Esq.

SENTADA EN EL SOFÁ POLVORIENTO DE MI NUEVO APARTAMENTO, LEÍ EL CORREO electrónico unas cinco veces. No han pasado ni veinticuatro horas desde que Jeremy me comunicó que quería el divorcio, y ya me está contactando su abogado, lo que me hace pensar que lo tenía todo planeado desde hace tiempo.

¿Cuándo decidió que quería el divorcio? ¿Hace unas semanas? ¿Hace unos meses? La idea de que haya estado planeando esto sin que yo lo supiera me revuelve el estómago.

¿Por qué? Esa es la pregunta que me sigo haciendo una y otra vez. Hemos sido tan felices juntos. El fin de semana pasado, los tres alquilamos una barca de pedales en Port Washington y pasamos tanto tiempo al aire libre que Teddy se quemó con el sol a pesar del

protector solar SPF 55 que le unté por toda la cara. ¿Y ahora, de repente, quiere que venga nuestra familia? No tiene sentido.

El abogado de Jeremy quiere saber el nombre de mi abogado. El problema es que no tengo ninguno.

Toco el cristal de amatista que llevo al cuello, colgado de la cadena de plata que me regaló Jeremy. La amatista siempre me tranquiliza, así que la llevo puesta en momentos de crisis. Me acomodo en el incómodo sofá y deslizo el portátil sobre mis rodillas para poder escribir una respuesta. Redacto el siguiente correo electrónico:

Estimado Leonard Hardwick, Esq.,

He decidido no contratar un abogado, porque mi esposo y yo vamos a resolver las cosas por nuestra cuenta. Es un bache temporal en nuestra relación, pero el divorcio no es la solución. Jeremy y yo éramos más felices que la mayoría de las parejas casadas, incluyendo, estoy segura, a usted y a su esposa. No lo digo con mala intención.

Atentamente,

Naomi Roth

No envío ese correo electrónico. Obviamente. Pero lo guardo en mi carpeta de borradores, pensando que llegará el día en que Jeremy y yo podremos releerlo y reírnos.

Me cuesta un poco visualizar ese día ahora mismo.

Mi teléfono suena justo donde lo dejé en el sofá a mi lado. Teddy está en la escuela ahora mismo, así que miro la pantalla para asegurarme de que no sea la escuela llamando por una emergencia. Cada vez que recibo una llamada cuando no está en casa, se me acelera el corazón. Pero resulta que no es la escuela. Es algo mucho peor.

Es mi madre.

No me malinterpreten, quiero mucho a mi madre. Pero es muy buena diciéndome todo el tiempo lo que hago mal. Recuerdo que, de pequeña, me decía que me pusiera derecha o me preguntaba:

"¿No crees que ya has comido suficientes galletas, Naomi?". Ella vive en San Luis, donde yo crecí, y agradezco la distancia.

Pero al mismo tiempo, este apartamento está desoladoramente vacío y silencioso. Mi madre, sin duda, tiene la habilidad de llenar una habitación, incluso cuando no está en ella. Y tal vez no mencione que Jeremy y yo nos separamos temporalmente. Fingiré que todo está bien.

Deslizo el dedo para contestar la llamada y digo con la mayor naturalidad posible: "Hola, mamá".

Se produce un largo silencio al otro lado de la línea. "¿De acuerdo, qué ocurre?"

¡Maldita sea!, ¿cómo lo hace? "Nada."

"No, algo anda mal. Lo presiento. Ya lo sabía antes de llamarte, y ahora que he oído tu voz, estoy segura."

Ah, sí, mi madre cree que es vidente. Y no lo digo en broma. Mi madre de verdad cree que tiene poderes psíquicos, lo cual, por supuesto, es médicamente imposible. He intentado explicárselo, pero eso no le ha impedido ir a la comisaría en tres ocasiones distintas con pistas sobre un asesinato del que tuvo una premonición. (Ninguna de sus premoniciones sirvió para resolver el asesinato).

Aunque definitivamente no es vidente, me conoce muy bien. Y por mi voz se da cuenta claramente de que algo anda mal. Puede que no crea en poderes psíquicos, pero sí creo en la intuición de una madre.

Mi madre sabe mucho de divorcios. Se ha divorciado tres veces. Uno pensaría que con cada divorcio sería más fácil, pero no fue así. Cada vez, mi madre lloraba desconsoladamente durante días y se sentía fatal durante un mes. Incluso me llevó con ella cuando tenía ocho años a una pequeña excursión para lanzar huevos a la nueva casa de su futuro exmarido. En parte, por eso estoy tan desesperada por que mi matrimonio funcione.

—De acuerdo —digo—. Jeremy y yo… estamos teniendo algunos problemas.

"¿Problemas? ¿Qué significa eso?"

"Nosotros… nos separamos."

Se queda callada un momento, asimilando la información. "¿Quién es ella?"

"¿Ella?"

“La otra mujer.”

—No hay ninguna otra mujer —insisto, a pesar de mis sospechas iniciales—. Simplemente hemos tenido algunos problemas y nos estamos dando un tiempo.

Probablemente sea mejor no mencionar la carta del abogado de divorcios.

“¡Tonterías!”, escupe. “Créeme, lo digo por experiencia, ya que me he casado y divorciado tres veces. Cuando un matrimonio fracasa, busca a la otra mujer”.

Juego con el cristal que llevo al cuello. "Me dijo que no hay ninguno".

«Pues está mintiendo». Lo dice como si fuera tonta por creer lo contrario. Pero también le dijo una vez a la policía que nuestro vecino era un ladrón de joyas. «¿Un hombre tan guapo como Jeremy, con tanto dinero? Seguro que te ha estado engañando».

“Vaya, gracias, mamá.”

“Tuviste suerte de haberlo conseguido”, me recuerda. “Jamás se habría casado contigo si no fuera por Teddy”.

“Eso no es cierto.” Bueno, técnicamente sí lo es. Nos casamos por Teddy, porque Jeremy no quería que creciera en un hogar sin sus padres. “Nos habríamos casado tarde o temprano.”

“Entonces, ¿por qué pidió una prueba de paternidad?”

Me estremezco, deseando no haberle contado jamás esa pequeña información a mi madre. «Mira, no importa por qué nos casamos. Ahora somos una familia».

—Ya no —dice ella—. Ahora está con ella. Probablemente incluso se esté quedando en su casa.

—En realidad —digo—, él es el que sigue en la casa. Yo me estoy quedando en ese apartamento extra que compró para sus padres.

“¿Qué? ¿Cómo te convenció para que hicieras eso?”

“Es su casa, mamá.”

—Aun así —dice—, nunca debiste haberte ido. Fue una verdadera estupidez, Naomi.

No quiero admitir que sé que tiene razón. Pero jamás me habría mudado si él no me hubiera engañado para que lo hiciera. «No importa», digo, «porque Jeremy y yo vamos a volver juntos».

"¿En qué te basas para decir eso?"

Esta vez, rodeo con mis dedos el cristal de amatista. «Todavía me ama, y tenemos un hijo juntos».

"Bueno, eso mismo dije de tu padre, y ninguno de los dos lo hemos visto en un par de décadas, ¿verdad?"

Me sobresalto porque tiene razón. Probablemente vi a mi padre cinco veces en toda mi infancia. "Esto es diferente".

"La única manera de recuperarlo", dice mi madre, "es alejándolo de ella".

"No existe 'ella', mamá."

—No seas tonta. —Casi puedo ver cómo sus labios se curvan en un gesto de desprecio, dejando ver sus dientes amarillos—. Una chica lo tiene en sus manos. Y la única forma de recuperarlo es deshaciéndote de ella.

Mi madre no tiene ni idea de lo que está hablando. No hay ninguna otra mujer en la vida de Jeremy. Estoy segura. Si la hubiera, ya lo sabría.

¿No lo haría?

8

Ha pasado casi una semana desde que me mudé y mi esposo me dijo que quería el divorcio.

El correo electrónico del abogado de Jeremy sigue en mi bandeja de entrada, sin respuesta. Todavía no he hecho ningún esfuerzo por buscar un abogado. Cuando lo haga, será como rendirme. Y no estoy preparada para eso. Si Jeremy está pasando por una crisis de la mediana edad, puedo darle un poco de espacio. Pero el divorcio no es la solución.

Mientras estoy parada afuera de la escuela primaria, esperando a que Teddy y los demás niños de kínder salgan, casi siento que todo es normal. Ashlyn no para de hablar de la nota que recibió de la maestra sobre las invitaciones a la fiesta de cumpleaños de su hijo.

"Por lo visto, no se pueden repartir invitaciones en clase a menos que invites a todos", dice. "¿No te parece totalmente injusto? Si no quieres invitar a la fiesta a los niños que no le caen bien a tu hijo, ¿entonces no puedes invitar a nadie? ¿Quién inventó estas reglas?"

Asiento con comprensión, segura de que Teddy logrará integrarse socialmente.

"¿Te parece ridículo?", dice Cheryl. "Cuando Jaden tuvo su fiesta, invitamos a toda la clase, incluso al niño con problemas de comportamiento, pero como no vinieron todos, ¡la maestra no le permitió repartir tarjetas de agradecimiento después de la fiesta!".

"¡Qué ridículo!", exclama Ashlyn con desdén. Se vuelve hacia mí. "Por cierto, ¿qué vas a hacer para el cumpleaños de Teddy? ¿No es ya muy pronto?"

No me imagino haciendo una gran fiesta con todo lo que está pasando. Incluso si Jeremy y yo logramos solucionar las cosas, no sé si podré soportar el estrés. «Probablemente haremos algo pequeño. Solo la familia. Ya sabes, por la reforma».

—¿Cómo va todo? —pregunta Cheryl—. ¿Estás listo para volver a vivir aquí pronto?

Tiro de la blusa azul zafiro que llevo puesta, que sigue arrugándose obstinadamente a pesar de haber pasado la noche colgada en el armario. No encontré una plancha por ningún lado. «Eh, todavía no. Seguimos encerrados en el apartamento».

—Pobrecita —suspira Ashlyn—. Aunque cuando todo esto termine, ¡vas a tener una casa nueva preciosa! ¡Qué envidia me das!

No estaría celosa si supiera lo que realmente está pasando. Aunque estas dos mujeres se han convertido en mis mejores amigas, casi no nos vemos cuando nuestros hijos no están presentes, y no me siento cómoda contándoles lo que me sucede. No quiero ni su compasión ni su juicio.

Miro al otro lado del césped recién cortado, donde Cora Janzen me espera con otro vestido que realza su figura atlética. No sé si se ha operado los pechos, pero está fantástica. Sin embargo, todas las demás mujeres parecen evitarla, como si un campo de fuerza invisible la rodeara. Como si tuvieran miedo de divorciarse.

No voy a terminar como Cora. Jeremy y yo vamos a arreglar las cosas. Mis pechos seguirán siendo del mismo tamaño, muchas gracias.

Los niños de preescolar salen de la escuela y los tres nos acercamos a saludarlos. Cuando Teddy me ve, corre hacia mí con más entusiasmo que antes. Creo que me ha echado de menos por las noches. Todavía no tenemos el mismo entusiasmo que Jeremy, pero vamos por buen camino.

"¡Mamá!", dice. "¿Puedes llevar mi mochila? ¡Pesa mucho!"

Sin esperar respuesta, se quita la mochila de los hombros y me la entrega. Efectivamente, pesa muchísimo, teniendo en cuenta que es

una mochila infantil.

¿Qué tienes aquí dentro, Teddy?

"Encontré cinco piedras nuevas en el parque infantil", dice con orgullo. "¿Quieres verlas?"

Sin esperar respuesta, Teddy me arrebata la mochila de los brazos y la revuelve hasta que saca una pequeña piedra brillante.

—Es mica —me informa.

La obsesión de Teddy por las rocas se está descontrolando un poco. Probablemente se le pase pronto. O si no, se convertirá en geólogo, lo cual sería genial.

"Quiero enseñárselo a papá cuando vaya a su casa esta noche", añade.

¡Dios mío! Teddy lo dijo muy alto. Casi se me cae la mochila. Cheryl gira la cabeza hacia nosotros con una expresión curiosa. Mis pensamientos se aceleran mientras busco la manera de mitigar el daño.

"Sí, se lo podemos enseñar a papá cuando vuelva a casa", le digo.

Teddy frunce el ceño confundido. "¿Tu casa o la suya?"

Me arde la cara. Es imposible que Cheryl no esté escuchando todo esto. Y en cuanto se queden a solas, se lo contará todo a Ashlyn. Me da escalofrío solo de imaginar la conversación entre ellas.

Teddy dijo que sus padres viven en casas separadas. ¿Crees que Naomi y Jeremy se separaron?

Apuesto a que sí. Siempre pensé que podía hacerlo mejor.

Ya sabes, se casaron solo porque ella estaba embarazada.

—Teddy —le digo—, papá se está quedando en casa ahora mismo mientras se hacen las reformas, pero pronto volveremos a estar todos juntos.

Teddy me mira completamente confundido, pero antes de que pueda protestar, lo agarro de la muñeca y lo aparto de la multitud. Puede decir lo que quiera una vez que estemos en el coche. Simplemente no quiero que Cheryl y Ashlyn nos oigan, así que no me detengo hasta que estemos a salvo en el aparcamiento.

—Mamá —dice Teddy mientras me retuerzo para intentar abrocharle el cinturón en su silla de coche—. ¿Vas a comprarte un

caballo?

Hago fuerza en la muñeca intentando abrochar la hebilla del arnés de su silla de coche. A pesar de que lo siento en la misma silla todos los días, siempre me parece que ha crecido demasiado desde la última vez que la usé.

—¿Un caballo? —pregunto mientras la hebilla se ajusta. —Eso sí que es nuevo.

"Zack dice que si tú y papá ya no viven juntos, eso significa que vas a tener un caballo."

Ahora me doy cuenta de que Teddy debe estar contándoles a todos en la escuela que sus padres ya no viven juntos, y que mis esfuerzos por minimizar los daños probablemente sean inútiles.

—¿Dónde pondríamos el caballo? —me pregunta Teddy. —Probablemente en casa de papá, porque es más grande, ¿no? Tu apartamento es demasiado pequeño.

"Osito de peluche…"

"¿Podré montarme en ella?", pregunta con esperanza.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. "¿Quieres un caballo, Teddy?"

Se toma un momento para considerar mi pregunta. "Preferiría que volvieras a casa y vivieras con nosotros de nuevo".

Su respuesta me oprime el pecho. Jeremy y yo no le hemos explicado del todo a Teddy lo que está pasando. Ni una sola vez hemos usado la palabra "divorcio", y ahora probablemente sea una buena oportunidad para decirle lo que su amigo quiso decir en realidad en lugar de "caballo". Pero la verdad es que Jeremy y yo no nos vamos a divorciar. No ha habido ni una palabra más desde ese correo electrónico de su abogado, y a pesar de las ominosas advertencias de mi madre, no parece que haya otra mujer involucrada. Así que no hay necesidad de asustarlo.

—No vamos a comprar un caballo, Teddy —le digo mientras me subo al asiento del conductor—. Y puedes decírselo a Zack.

"Pero él dijo que así fue como sucedió con sus padres." De repente, parece a punto de llorar. "Se mudaron a casas diferentes y luego consiguieron el caballo."

“Bueno, no es lo mismo para todos. Papá y yo solo estamos viviendo separados por un corto tiempo, luego volveremos a vivir juntos.”

“Pero eso no es lo que dijo papá.”

Estiro el cuello para mirarlo. "¿Ah? ¿Qué dijo papá?"

“Dijo que a partir de ahora viviréis separados, pero eso no significa que no me queráis mucho los dos.”

Intento interpretar qué significa esto. Obviamente, Jeremy sintió la necesidad de decirle algo a Teddy, lo cual es comprensible. —Teddy —digo con cautela—, ¿ha habido alguna otra… eh, mujer en la casa?

Él asiente sin dudarlo. “Sí”.

Se me revuelve el estómago. Mi madre tenía razón. "¿Existe?"

—¡Rosita! —dice—. Viene todas las mañanas.

Solté un suspiro. Rosita, la niñera de Teddy, es una mujer encantadora, pero tiene casi setenta años y es abuela de ocho nietos. Esa es una de las razones por las que la contraté. Dudo mucho que él tenga una aventura con Rosita.

—¿Hay alguien más aparte de Rosita? —le pregunto insistentemente.

Él niega con la cabeza.

No me entusiasma que Teddy les esté contando a todos sus compañeros de clase que sus padres ya no viven juntos, pero también me alivia comprobar que Jeremy decía la verdad cuando afirmó que no estaba saliendo con ninguna otra mujer.

Esto es una crisis de la mediana edad. Creí que la había superado cuando se compró el Tesla, pero al parecer, su angustia existencial aún persiste. Pero tarde o temprano, entrará en razón.

Estoy seguro de ello.

9

Por fin me decidí a ir de compras para la nueva habitación de Teddy.

No le entusiasma mucho pasar tiempo en el nuevo apartamento, y estoy segura de que parte del problema es lo lúgubre que es su habitación. Jeremy insiste en que Teddy duerma en su propia cama todas las noches, y aunque en teoría estoy de acuerdo, en algún momento me gustaría que Teddy empezara a pasar los fines de semana en mi apartamento. No sé cuánto durará esta separación, y no puedo seguir pasando todas las noches lejos de mi bebé.

Así que me volví un poco loca. Fui al centro comercial de la esquina y llené mi carrito con tres sets gigantes de Lego, el más grande de los cuales se puede armar para formar una ciudad entera con su propia estación de bomberos. Le compré un edredón nuevo, fundas de almohada y sábanas con sus personajes de dibujos animados favoritos. Y para completar el regalo, le compré una vitrina para su colección de rocas.

Me siento bastante satisfecha con mis compras mientras hago fila para pagarlas. Mi ánimo solo se resiente un poco cuando mi antigua vecina, Phyllis Halpern, se une a la fila detrás de mí. No tengo ni idea de si Phyllis sabe que me he mudado temporalmente, pero no me sorprendería. Estoy bastante segura de que vigila nuestra casa las veinticuatro horas.

—Hola, Naomi —dice con voz ronca. No sé exactamente cuántos años tiene, porque sería de mala educación preguntarle, pero me impresiona que siga caminando y haciendo cosas sin haberse convertido en polvo. —¿Cómo estás?

"¡Genial!", digo con la voz más animada que puedo. "¿Cómo estás?"

"Me está dando un ataque de gota", me informa.

"Oh", digo, porque en realidad, ¿qué se puede decir ante eso? "Lamento oír eso".

Phyllis mira mi carrito con desaprobación en los ojos. «En mis tiempos, los niños jugaban en la calle. No necesitaban todos estos juguetes».

Dice "juguetes" como si fuera sinónimo de "drogas". Miro hacia adelante, a la fila que tengo delante, deseando que avance más rápido. "Sí, bueno".

—Por cierto, Naomi —dice—, ¿has estado de viaje? No he visto tu coche en casi dos semanas.

"Oh." Toco el cristal de amatista que llevo puesto desde el día en que Jeremy me dijo que quería el divorcio. "Bueno, mi coche ha estado en el taller."

—¿En serio? —Phyllis me mira. Su ojo derecho está un poco borroso y parece mirar hacia un lado—. Es mucho tiempo esperando las reparaciones. ¿A qué taller lo llevaste?

"La de la calle Pine", miento.

Phyllis parece que va a hacerme otra pregunta, pero por suerte, es mi turno de pagar. La cajera, con cara de aburrimiento, escanea todas mis compras y yo paso mi tarjeta de crédito, deseando salir de aquí cuanto antes.

—Dice que esta tarjeta ha sido cancelada, señora —me informa la cajera.

Miro la Mastercard que tengo en la mano, confundida. La fecha de vencimiento es dentro de un año. Saco una segunda tarjeta de mi cartera y la paso por el lector. Miro al cajero, que niega con la cabeza.

"Lo siento, no", dice.

¡Dios mío! Phyllis me mira como si acabara de robar un banco; al parecer, lo único peor que comprar juguetes es no poder pagarlos. No sé qué pasa con mis tarjetas de crédito, pero de una forma u otra, voy a comprar estos juguetes para ganarme el cariño de mi hijo.

—¿Estás seguro de que la máquina funciona correctamente? —le pregunto.

Se encoge de hombros, como si toda esta situación estuviera muy por encima de su nivel. Parece que todavía está en el instituto.

—Voy a sacar dinero del cajero automático que está justo afuera —le digo al chico—. ¿Podrías apartarme esto, por favor? Vuelvo enseguida.

"Eh…" Mira a su alrededor como si no estuviera seguro de si esto es una trampa. "De acuerdo. Pero solo puedo conservarlos por un corto tiempo, luego hay que reponerlos."

"¡Vuelvo enseguida!", prometo. Luego intento sonreírle a Phyllis. "Guárdame el sitio en la fila".

Si me guarda el sitio en la cola, será únicamente por morbosa curiosidad.

Recuerdo haber visto un cajero automático justo afuera de la tienda. Tiene una comisión altísima, pero no me importa. Ya me ocuparé de eso después. Ahora mismo, solo necesito dinero.

Inserto mi tarjeta bancaria en el cajero automático e ingreso mi código. Me pregunta cuánto dinero quiero retirar y pido el máximo, que son $200. Apenas me alcanza para comprar todo lo que llevo en el carrito. Golpeo el suelo con el pie, deseando que la máquina me entregue el dinero más rápido. Después de un minuto entero de ruidos chirriantes que hacen sonar como si estuviera triturando el dinero, aparece un mensaje en la pantalla:

Fondos insuficientes.

¿Qué?

Esta vez, le pido a la máquina que me muestre el saldo de mi cuenta. Es una cuenta conjunta que tengo con Jeremy, y

normalmente siempre hay al menos cinco cifras en la cuenta corriente. Pero ahora el saldo es de 25 dólares.

¿Qué está pasando aquí?

Tengo un mal presentimiento. Saco el teléfono del bolso y selecciono el nombre de Jeremy de la lista de contactos favoritos. Cuando salta el buzón de voz, cuelgo y vuelvo a marcar. Y una tercera vez.

Finalmente, escucho la voz de Jeremy al otro lado de la línea. No suena contento. Ni siquiera se molesta en saludar. "¿Qué te pasa, Naomi?"

"Mis tarjetas de crédito no funcionan", le digo.

Suspira de una manera que me hace darme cuenta de que ya esperaba esta llamada. «Naomi, esas son mis tarjetas de crédito. Te puse en ellas cuando nos casamos, pero ahora que ya no estamos juntos, creo que deberías tener las tuyas. ¿No te parece?».

Ahora que ya no estamos juntos, sus palabras me duelen como una puñalada. ¿Cuándo empezó a sentir esto por mí? ¡Todavía no lo entiendo! Quizás si no hubiera sido tan repentino, podría sobrellevarlo mejor. Pero lo único que me pregunto es: ¿Por qué? Debe haber una razón.

—¿Y nuestra cuenta bancaria? —pregunto—. Antes teníamos miles de dólares. Ahora solo quedan veinticinco.

—Otra vez —dice—, es mi cuenta. ¿Qué pasó con tu cuenta bancaria?

Cuando Jeremy y yo nos casamos, yo tenía mi propia cuenta bancaria. Pero después de dejar mi consulta médica, el saldo se me acabó enseguida. Cuando le expliqué la situación a Jeremy, enseguida se ofreció a añadirme a su cuenta para que no tuviera que preocuparme por el dinero. Porque así de amable y considerado es mi marido.

O solía serlo.

"En esa cuenta apenas hay nada", digo.

"Mira, no sé qué decirte", dice. "Como ya te dije, es mi cuenta personal, la que te puse para que tuvieras dinero para los gastos familiares. Tengo derecho a sacar dinero de la cuenta".

"¡Sacaste todo el dinero de la cuenta!"

—Para ser justos —dice—, yo pago el apartamento donde vives ahora. Pago la matrícula escolar de Teddy. Pago a Rosita. ¿Para qué necesitas tanto dinero?

"Estaba comprando algunos juguetes. Para Teddy."

"Ya tiene suficientes juguetes."

"En tu casa."

—De acuerdo —suspira—. Pero si quieres juguetes para él en tu casa, creo que deberías ser tú quien los pague.

"¡Sabes que ahora mismo no tengo trabajo!"

—¿No eres médico? —le responde bruscamente—. ¿Por qué no vuelves a trabajar? ¿No decías siempre que lo echabas de menos? Deberías regresar y dedicarte a lo que te apasiona.

A pesar de todo, Jeremy me conoce muy bien y tiene razón. Tenía una carrera profesional muy gratificante antes de que naciera Teddy, y la echo de menos. Me encantaría volver a ese tipo de trabajo.

"Pero no es tan fácil", le digo. "Reanudar mi actividad profesional requeriría mucho trabajo. Y no es que tenga mucho tiempo, ya que tengo que recoger a nuestro hijo todos los días a las dos y llevarlo a un montón de prácticas y clases".

"De acuerdo, entonces puedo pedirle a Rosita que venga a recogerlo. Está dispuesta a hacerlo."

Se me revuelve el estómago. "Ya casi no lo veo".

—Estoy intentando ayudarte, Naomi —dijo con voz más suave—. Llevas mucho tiempo queriendo volver a trabajar, y ahora tienes la oportunidad de conseguirlo.

Sus palabras me recuerdan que cuando nos conocimos, yo tenía mi propia consulta y mis propios ingresos, todo lo cual sacrifiqué para criar a nuestro hijo. Me pregunto si, al tomar la iniciativa y convertirme en la misma doctora competente de la que él se enamoró, podríamos salvar nuestro matrimonio. Me he descuidado en los últimos cinco años, y eso tiene que cambiar si queremos tener alguna posibilidad de que esto funcione.

—¿De verdad crees que puedo volver a ejercer mi profesión? —pregunto en voz baja.

“Claro que puedes.” Su voz suena más cálida que nunca desde el día en que me pidió el divorcio. Es el viejo Jeremy, aquel del que me enamoré. “Creo en ti.”

—Gracias —digo—. Significa mucho para mí.

Enderezo los hombros, decidiendo que es un buen momento para sugerir que nos reunamos a tomar algo y charlar. Fuera de casa. Quizás Rosita pueda cuidar de Teddy para que podamos estar a solas.

“Además”, dice Jeremy, “tu abogado debe ponerse en contacto con el mío lo antes posible. Así podremos resolver este problema económico”.

Siento como si Jeremy hubiera atravesado el teléfono y me hubiera dado una bofetada. "¿Qué?"

Deja escapar un largo suspiro. —Por favor, no hagas esto, Naomi. Mi abogado dice que te envió un correo electrónico y nunca respondiste. Simplemente… solucionemos esto. No quiero que se ponga feo. ¿Tú también?

Abro la boca para protestar, pero lo único que logro decir es un graznido: "No tengo abogado".

“Necesitas un abogado, Naomi.”

“No voy a contratar un abogado antes de que tengamos la oportunidad de hablar.”

—No hay nada de qué hablar. —La calidez se había desvanecido de su voz—. Por favor, consíguete un abogado. No me hagas quedar como un idiota.

“¿Qué se supone que significa eso?”

Jeremy gime. “No puedo con esto ahora mismo. Llego tarde a una reunión. Busca un abogado, Naomi.”

Antes de que pudiera decir otra palabra, me di cuenta de que me había colgado el teléfono.

Miro la tarjeta de cajero automático inservible que tengo en la mano. Cuando nos casamos, no esperaba que tuviéramos una cuenta compartida. Al fin y al cabo, ya tenía casi cuarenta años y siempre había tenido mi propia cuenta. Pero Jeremy fue tan amable cuando insistió en ponerme en su cuenta. «Eres mi esposa», dijo. «Lo mío es tuyo».

Pero claro, me hizo firmar ese acuerdo prenupcial.

Esa vieja cuenta bancaria de antes de casarme sigue ahí. No tiene mucho dinero, pero me alcanzará para comprar lo básico, como comida y papel higiénico. Pero no veo ningún kit de Lego caro en mi futuro.

Si contrato un abogado y dividimos nuestros bienes, tendré mucho más dinero. Puede que el acuerdo prenupcial no me sea favorable, pero con la manutención de los hijos podré salir adelante. Y en primer grado, la jornada escolar será más larga y podré volver a trabajar.

Pero me niego a rendirme. Conozco a mi marido mejor que nadie en el mundo, y no hay manera de que destruya nuestro matrimonio de esta manera. Hay algo más en juego, y no me daré por vencida hasta descubrir qué es.

10

Estimada Sra. Roth,

Me pongo en contacto con usted nuevamente para dar seguimiento a nuestra correspondencia anterior. Estamos comprometidos a resolver este asunto de manera amistosa y rápida. Si no recibimos respuesta en los próximos siete días, nos veremos obligados a recurrir a la vía judicial.

Atentamente,

Leonard Hardwick, Esq.

Bueno, el abogado de Jeremy ahora me está amenazando con un plazo límite.

En siete días, necesito encontrar un tiburón propio, o si no… No sé qué significa "intervención judicial", pero no suena bien. Suena a algo que preferiría evitar.

Mientras estoy sentada en el sofá estampado de flores de la madre de Jeremy, bebiendo una copa de vino barato, reflexiono sobre mi próximo paso. Este es el tipo de vino que jamás habría bebido durante mi matrimonio. Nuestro sótano es, en realidad, una bodega de licores, repleta de botellas de vino caro, whisky de calidad, coñac y ron añejo. Hubiera sido más feliz con una sala de juegos para Teddy.

Sinceramente, a mí me sabe todo igual. Pero solía fingir lo contrario cuando Jeremy y yo íbamos juntos a catas de vino.

Aunque esos eventos me parecían un poco pretenciosos, solía divertirme. Jeremy disfrutaba más del vino que yo, pero no se lo tomaba demasiado en serio. Al final de la noche, los dos siempre estábamos un poco mareados, por eso tomábamos un Uber para ir y volver, y en el viaje de regreso, nos besábamos apasionadamente en el asiento trasero como adolescentes.

Tuvimos un matrimonio maravilloso. Nadie podría convencerme de lo contrario. Hace unos meses, habría jurado que me amaba con todo su corazón. No sé qué pasó ni qué salió mal, y no entiendo por qué no quiere hablar de ello.

¿Tal vez tenga un tumor cerebral? O... ¿cómo se llamaba esa película de los ladrones de cuerpos?

Miro mi reloj: un Cartier que, de hecho, fue un regalo de aniversario de Jeremy. Son casi las doce de la noche. Teddy estará dormido, pero Jeremy es un noctámbulo y rara vez se acuesta antes de la una de la madrugada. Este es el momento perfecto para hablar en privado.

Busco mi teléfono, pero entonces recuerdo cómo fue nuestra última conversación. Tengo el mal presentimiento de que si lo llamo, las cosas no van a mejorar.

Pero nada me impide ir en coche. Por primera vez en más de cinco años, no tengo a un niño durmiendo en casa. Puedo subirme al coche y conducir hasta allí ahora mismo, y como probablemente no habrá nadie más en la carretera, puedo estar en la puerta en quince minutos. Y entonces, tal vez, Jeremy y yo podamos hablar de esto por fin.

Quizás después de esto no tenga que volver a este horrible apartamento.

Antes de darle demasiadas vueltas, me levanto del sofá y me dirijo al baño. No hay tiempo para ducharme, pero me cepillo el pelo castaño rojizo y me maquillo rápidamente: un poco de rímel y un toque de pintalabios. Me quito el jersey holgado y me pongo algo más ajustado. Tengo los ojos hinchados por no haber dormido bien estas últimas semanas, pero cuando llevas varios años casada, te

has visto con tu pareja en tus peores momentos. Para bien o para mal, así soy yo.

Antes era suficiente.

Agarro uno de mis cristales de jade y me lo guardo en el bolsillo para la buena suerte. Paso por mi bolso, cierro el apartamento con llave y me subo a mi Lexus. Conduzco un poco demasiado rápido, en parte por los nervios y en parte por las dos copas de vino que me tomé justo antes de salir. Creo que voy por debajo del límite, pero por si acaso, reduzco la velocidad. Lo último que necesito ahora mismo, además de todo lo demás, es una multa por conducir ebria.

Son las doce y media de la noche cuando llego a casa. Es la primera vez que estoy aquí desde que encontré esas maletas listas esperándome, y ver la casa donde pasé los últimos cuatro años de mi vida me produce una profunda tristeza, sobre todo cuando pienso en mi hijito durmiendo dentro.

Aparco a la vuelta de la esquina y camino el resto del camino. La casa es exactamente como la recordaba. De dos pisos, pintada de amarillo pero con detalles en rojo ladrillo, y grandes ventanales en toda la planta baja. Pero hay algo en la casa que es diferente. Algo que me hace detenerme en seco.

Hay un Jetta beige estacionado en la entrada.

Jamás había visto ese coche. Desde luego, no pertenece a nadie que conozca. Miro hacia las ventanas de la casa y veo que las luces de la planta baja siguen encendidas. Jeremy está despierto y claramente tiene visitas. Me acerco sigilosamente al Jetta y me doy cuenta de que tiene una grieta considerable en el guardabarros trasero. Miro por la ventanilla del conductor, buscando alguna pista sobre el dueño. El coche está vacío, salvo por un refresco de comida rápida en uno de los portavasos.

¿Es una mancha de pintalabios en la pajita que sobresale de la bebida? Es muy difícil distinguirlo en la oscuridad.

Tenía pensado llamar a la puerta para hablar con mi marido, pero ahora me lo estoy replanteando. Obviamente, ya hay alguien en casa con él. Y me cuesta encontrar una explicación inocente para una visita casi a la una de la madrugada. Parece un poco tarde para que venga su abogado de divorcios.

Pero no puedo irme de aquí sin echar un vistazo. Necesito ver quién está en esta casa.

Me escabullo por un lateral de la casa y busco un buen sitio para mirar por la ventana del salón. Me agacho, levantando la cabeza lo justo para asomar por encima del borde inferior de la ventana, lo que me permitirá ver desde arriba el sofá modular que compramos hace solo seis meses por una barbaridad. Pero cuando levanto la cabeza para echar un vistazo…

No hay nadie. La sala de estar está vacía.

Durante unos cinco segundos, siento alivio. No veo a nadie en la planta baja de la casa, ni siquiera a Jeremy. No está con ninguna mujer enredada en el sofá mientras ven la televisión. No hay nadie. Pero entonces me viene otro pensamiento a la mente:

¿Y si están arriba, en el dormitorio?

Bueno, si están arriba, no hay nada que pueda hacer. Desde que cambió las cerraduras, no tengo llave de la casa, así que no puedo entrar. Tendré que volver a casa. A menos que…

Hay varios árboles alrededor de nuestra propiedad. La mayoría de ellos tienen ramas que llegan bastante cerca de las ventanas o al menos ofrecen una buena vista. Hace tiempo que no me subo a un árbol, pero creo que si pudiera agarrarme a uno...

Oh, espera. La puerta principal se está abriendo.

Abandoné rápidamente el plan que casi con toda seguridad me habría hecho romper una pierna o algo peor. Jeremy debía de estar con su visita en el vestíbulo, lo cual, en mi opinión, es buena señal. Quizás era alguien que pasaba a saludar brevemente, ni siquiera el tiempo suficiente para ir al salón. Me escabullí por un lateral de la casa para tener una mejor vista de la fachada.

Jeremy acompaña a una persona hasta la puerta de su casa. Incluso con la poca luz, es evidente que su visitante es una mujer. Su larga cabellera negra brilla bajo la luz del farol que ilumina el porche.

Vale, esto no es buena señal. Jeremy tiene a una mujer en su casa en plena noche. Pero claro, solo están charlando en el porche. No pasa nada. Podría ser una amiga. O una compañera de trabajo. O quizás… ¿una hermana perdida hace mucho tiempo? La cuestión

es que lo que sea que haya entre ellos parece ser completamente platónico.

Hasta que se inclina para besarla.

11

Voy a enfermarme.

Jeremy está besando a otra mujer. No, no solo la está besando. Por lo que parece, está intentando probar lo que ella desayunó.

Claramente, mentía cuando decía que no había otra mujer. Pero supongo que no debería sorprenderme, ya que mintió sobre todo lo demás. He oído que la mejor manera de juzgar el carácter de una persona es por cómo actúa durante una ruptura, y quizás, por primera vez, mi marido esté mostrando su verdadera personalidad.

¡Dios mío! ¿Siguen besándose? ¿Cuánto tiempo más va a durar esto? ¡Es el beso más largo que he visto en mi vida!

Lo correcto es volver sigilosamente a mi coche y largarme de aquí antes de que alguien me vea. No hay nada bueno que pueda salir de enfrentarme a Jeremy y su amante mientras se besan apasionadamente en el porche. No lo avergonzará. Y hay muchas probabilidades de que armemos un escándalo que llame la atención de todo el vecindario. Debería irme.

Y sin embargo, casi contra mi voluntad, mis pies comienzan a avanzar, dando largas zancadas hacia la puerta principal de lo que solía ser mi hogar.

"¡No puedo creerlo!", grito con una voz que incluso yo reconozco que es demasiado fuerte. "¡Me has estado engañando todo este tiempo!"

Al menos deja de besarla. Da unos pasos hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Y entonces veo un rubor asomando por debajo de su camisa. Al menos por una vez, logré sorprenderlo.

—Naomi —dice con voz entrecortada—. ¿Qué haces aquí?

Ahora que estoy en el porche, puedo ver mejor a la mujer a la que mi marido estaba besando, y casi me arrepiento de haberlo hecho. Es realmente guapa. Hermosa, de hecho. Una figura esbelta con unos pechos desproporcionadamente grandes y unos ojos enormes de gacela con largas pestañas que la hacen parecer un personaje de anime.

Y es joven. Es realmente muy joven, injustamente. Sin duda, tiene veintitantos. Quizás incluso veintipocos, lo cual sería verdaderamente espantoso. Ahora que tengo cuarenta y tantos, casi me parece un insulto que todavía existan personas de veintitantos, con sus cuerpos esbeltos y rostros sin arrugas. Ninguna cirugía plástica podría hacerme parecer a ella. Esos tiempos quedaron atrás.

¿Pero lo peor de todo? Lo peor es que mi madre tenía razón.

—¡Vine a hablar contigo! —espeté—. ¡Pero al parecer, ya tienes compañía!

Dios mío, ahora todo tiene un sentido terrible. He estado intentando descifrar qué hice mal y cómo nuestro matrimonio se desmoronó tan rápido, pero claro, la razón era obvia desde el principio. No fue que yo hiciera nada mal. Fue que ella apareció. Y ese imbécil no pudo resistirse.

"Naomi." Al menos tiene la decencia de parecer culpable. "Esto no es… lo que piensas."

"¿En serio? ¿Así que no te pillé besándote con tu amante?"

Jeremy intercambia una mirada con la chica de veinticinco años con la que se acuesta. Se retuerce bajo su camisa, pero ella no parece incomodarse en lo más mínimo. Me mira fijamente con sus claros ojos color moca, con una leve sonrisa en los labios. Tras una breve vacilación, da un paso adelante.

—Sé que esto es un poco incómodo —dice con una voz tan irritantemente bonita como el resto de ella—. Pero supongo que debería presentarme. Me llamo Verónica.

¿Veronica? Incluso odio su nombre. —En realidad —digo—, no creo que sea necesario que te presentes.

La chica parece impasible ante mi respuesta. Sigue mirándome fijamente con esos ojos grandes. Levanta la ceja izquierda unos milímetros y, por un instante, casi parece que me está desafiando.

Si quiere pelear, que lo haga. Estoy listo para ella. Tengo uñas.

Jeremy debe de presentir que algo se está gestando entre nosotros dos, porque le susurra: "Deberías irte, Ronnie".

—De acuerdo. —Me dedica una sonrisa neutra, como si fuéramos dos desconocidos que acaban de conocerse en una fiesta—. Fue un placer conocerte por fin, Naomi.

No le correspondo ese sentimiento. Tiene suerte de que no le saque los ojos.

Verónica baja las escaleras con paso ligero hacia su Jetta. Jeremy la observa, y la añoranza en sus ojos es palpable. Solía mirarme así, pero es evidente que me han reemplazado.

Finalmente, todo tiene sentido.

Incluso después de que Verónica desapareciera en su coche y se marchara a toda velocidad, sigo furiosa. Dicho esto, vine aquí para intentar hablar con mi marido, y aunque no lo conseguimos, al menos tengo una respuesta.

Ahora que sé la verdad, tal vez haya una manera de arreglar esto. Esta chica, Verónica, puede ser hermosa, pero eso es todo. No es su pareja. No es la madre de su hijo. Pero si queremos salvar nuestro matrimonio, primero tenemos que hablar de todo con franqueza.

—Me dijiste que no había nadie más —digo con voz acusatoria.

—Lo siento. —Parece que no puede mirarme a los ojos—. Pensé que sería más fácil para ti si no lo supieras.

"¿Creías que sería más fácil si yo no supiera que te acostabas con una chica que tenía la mitad de tu edad?"

"Tiene veintiocho años."

Es mayor de lo que pensaba, pero aún así es más de una década menor que Jeremy. Más de una década menor que yo. Sin arrugas ni estrías, apostaría. «Sigues siendo demasiado mayor para ella. Te ves ridículo, ¿sabes?».

Se encoge de hombros, como si no le importara lo ridículo que se ve, aunque el rubor que aún le sube por el cuello lo delata. Pero la verdad es que no se ve ridículo con ella. Puede que sea mayor, pero sigue estando muy bien. Forman una pareja muy atractiva, un hecho que me enfurece aún más.

—¿Ha conocido a Teddy? —pregunto.

Niega con la cabeza. Me consuela un poco el hecho de que no la haya considerado lo suficientemente importante como para presentársela a su hijo, pero luego añade: "Todavía no".

—Mira —le digo—, sé que estás pasando por una crisis de la mediana edad o algo así, pero...

"Esto no es una crisis de la mediana edad."

"Bueno, ¿cómo se le llama a cuando un hombre casado de cuarenta años tiene una aventura con una chica de veintitantos?"

Frunce el ceño, arrugando la frente, y por un instante me recuerda a la expresión de Teddy a veces. —Naomi —dice en voz baja—, estoy enamorado de ella.

Me pongo a reír. No puedo evitarlo. ¡Es tan absurdo! Jeremy no puede estar enamorado de esa niña tan insulsa. ¡Ni siquiera se la ha presentado a Teddy! "¡Ay, por favor!"

—Sí, lo soy —insiste, y suena tan serio que me quita toda la risa —. Lo siento muchísimo.

"¿Y qué?", pregunto. "¿Quieres divorciarte de mí y casarte con Verónica?"

No responde. Claro que un rotundo no sería lo ideal, pero al menos no dijo que sí. Eso me da confianza de que aún tengo una oportunidad.

Pero, pensándolo bien, ¿de verdad quiero que vuelva después de todo esto? Una cosa era cuando teníamos "diferencias irreconciliables", pero ahora que sé que me ha estado engañando, lo veo de otra manera. No estoy segura de poder perdonarlo jamás, aunque se diera cuenta del enorme error que cometió.

Pero anhelo con todas mis fuerzas que mi familia vuelva a estar completa. Siempre he deseado que Teddy tenga la vida que yo nunca tuve de niña, con dos padres que lo amen y vivan en el mismo hogar. Y antes de que llegara Verónica, éramos felices.

Jeremy era un adicto al trabajo, eso era innegable, pero era dulce, considerado, un gran padre y, además, seguía siendo lo suficientemente guapo como para dejarme sin aliento.

¿Merece la pena salvar nuestro matrimonio?

No lo sé, pero espero que sí.

—Mejor me voy —murmuro.

Él asiente. “Creo que es una buena idea”.

Me doy la vuelta y camino de regreso hacia donde estacioné mi Lexus. Casi llego al final del camino, y entonces oigo la voz de Jeremy detrás de mí. "¿Naomi?"

Me doy la vuelta. Sigue de pie en el porche, mirándome. "¿Qué pasa?"

Me mira entrecerrando los ojos a la luz de la luna. "¿Estarás bien para volver a casa?"

¿Te importa?

Su ceño se frunce aún más. "Por supuesto que me importa".

El efecto del vino se me ha pasado y estoy agotada. Pero no tanto como para quedarme dormida al volante. «Estaré bien».

Nos quedamos allí un instante, mirándonos fijamente. Al mirar a este hombre, mi esposo y padre de mi hijo, sé que, sin importar lo que haya hecho, vale la pena luchar por este matrimonio. Pero hay algo más.

No me fío de la mujer a la que besaba. Puede que esté enamorado de ella, pero vi en sus ojos que no había amor. Quiere algo de él.

Y voy a averiguar qué es.

12

"Siento que el recreo es demasiado corto", dice Ashlyn. "En cuanto Jax recibe su comida, prácticamente se acaba el recreo. Solo tiene cinco minutos para engullir todo lo que pueda antes de volver a clase, pero nunca termina. ¡Para cuando lo recojo, está hambriento!".

Cheryl y yo asentimos al unísono. La corta duración del almuerzo ha sido motivo de gran queja entre los padres. Teniendo en cuenta lo que pagamos por esta comida gourmet, parece que los niños deberían tener tiempo para comerla con calma.

Pero, sobre todo, es agradable hablar de algo tan cotidiano como el almuerzo escolar. Hace dos noches descubrí que mi marido me dejaba por una mujer mucho más joven. He pasado este tiempo pensando en cómo voy a salvar a mi familia.

No tengo ninguna idea brillante, pero por otro lado, no he vuelto a saber nada del abogado de Jeremy. Eso me da esperanzas. Cuanto más lo alargue, más tiempo tendrá para darse cuenta del terrible error que está cometiendo.

—¿Tal vez deberíamos reunirnos con la directora? —sugiero—. Apuesto a que si vamos algunos de nosotros a hablar sobre la situación, nos escuchará.

La verdad es que me da igual lo del almuerzo. Pero no hay nada como una buena petición escolar para distraerse de los problemas

matrimoniales.

—¿De verdad lo crees? —Los ojos de Ashlyn, delineados con rímel, se iluminan. Le encantan las confrontaciones—. Llevo tiempo queriendo hablar con ella, pero no quería hacerlo sola.

"Hay muchas otras madres que están preocupadas por esto", digo. "Ahora mismo veo al menos a tres o cuatro personas".

Recorro el patio con la mirada en busca de posibles aliados en nuestra lucha por extender el horario del almuerzo escolar. Rápidamente anoto algunos nombres, y luego mi mirada se posa en Cora Janzen, que está en su sitio habitual, sola al otro extremo del patio. Nadie parece hablarle ya, lo que me alegra especialmente de no haberles contado nunca a Cheryl y Ashlyn lo que pasaba entre Jeremy y yo. No necesito ser una marginada además de todo lo demás.

Mientras los tres elaborábamos un plan de acción, vi a un hombre desconocido entrando al recinto escolar. A estas alturas, la mayoría de los padres me resultaban al menos vagamente familiares, aunque no supiera sus nombres, pero a este hombre no lo había visto nunca. Llevaba camisa y corbata, y caminaba hacia la escuela con una expresión extrañamente decidida.

Cheryl estaba hablando del dilema del almuerzo escolar, pero se detuvo a mitad de la frase cuando el hombre se acercó. De repente, todos lo miraron fijamente. La explicación más probable es que sea un padre que normalmente no viene a recoger a los niños, pero algo en él me hace pensar que no es un padre, que está aquí por algún otro motivo.

¡Dios mío! ¿Y si es un tirador escolar? Lleva una bandolera colgada del hombro derecho, y aunque es bastante pequeña, ¿y si está llena de armas semiautomáticas? ¿Y si se acerca a la escuela, entra a la fuerza y empieza a disparar?

¡Pues no lo vamos a permitir! Si tiene la intención de hacerles daño a nuestros hijos, este grupo de madres le va a demostrar de qué estamos hechas.

Pero el hombre no se dirige al edificio de la escuela. Gira y ahora camina a grandes zancadas en dirección a los padres que esperan. De hecho, viene directamente hacia nosotros.

Ashlyn y Cheryl se ponen tensas a mi lado. "¿Quién es ese hombre?", pregunta Cheryl en voz alta.

—No tengo ni idea —murmuro.

El hombre pasa junto a Cora y los demás padres, aunque todos lo siguen con la mirada. Finalmente se detiene frente a nosotros tres, y para entonces, mi corazón latía con fuerza.

Me mira fijamente, con la mano sobre su bolso. "¿Eres Naomi Roth?"

Mis piernas se han convertido en líquido. ¿Qué quiere este hombre de mí? Cheryl y Ashlyn me miran boquiabiertas mientras balbuceo: "¿Sí?".

El hombre mete la mano en su maletín. Por un instante, estoy seguro de que va a sacar una pistola. Pero en vez de eso, saca un sobre de papel manila y me lo ofrece. «Estás notificado», me dice.

¿Qué?

Le quito el sobre porque estoy demasiado atónita como para no hacerlo. Ahora que ha cumplido con su cometido, el hombre se da la vuelta y se marcha del recinto escolar. No estaba allí para hacerles daño a nuestros hijos. No es un tirador escolar. Es un notificador judicial, y acabo de recibir la notificación de mi divorcio. Delante de toda la escuela.

Casi desearía que me hubiera disparado.

—¿Naomi? —pregunta Ashlyn—. ¿Está todo bien?

"Ajá", logro decir, aunque es evidente que nada está bien.

Por suerte, suena el timbre que anuncia la salida del colegio y es hora de ir a buscar a los niños. Cheryl y Ashlyn están encantadas de tener una excusa para alejarse de mí. Son mis mejores amigas, pero está claro que no quieren verse involucradas en el drama que ocurrió hoy.

Sigo aferrada al sobre mientras camino hacia la entrada de la escuela para buscar a Teddy. Me dan ganas de tirarlo a la basura, pero a estas alturas está claro que Jeremy no tiene intención de abandonar sus planes. Tengo que tomarme esto en serio.

Pero sinceramente no sé qué hacer ahora.

Teddy sale corriendo de la escuela, algo desequilibrado por el peso de su enorme mochila. Me pregunto cuántas piedras llevará

hoy. Recuerdo haberme quejado de todas las piedras cuando hablaba con Jeremy hace unas semanas. Esto es un gran problema, le dije. Él solo se encogió de hombros, lo cual es comprensible, porque sabía que muy pronto tendríamos problemas mucho peores.

"¡Mamá, mamá!", exclama Teddy. "¿Puedo ir a jugar al parque con Jax?"

Después de la mirada que me dirigió Ashlyn hace un minuto, lo último que quiero es tener que aguantar una cita para que jueguen los niños. "Hoy estamos un poco ocupados".

"No, no lo somos", protesta. "¡Hoy es el único día que no tengo clases ni deportes, y dijiste que podía tener una cita para jugar!"

"Bueno, vale." Me aclaro la garganta. "Estamos ocupados."

"¿Haciendo qué?"

Miro a Ashlyn y a Jax. Jax parece tener la misma idea que Teddy y señala frenéticamente hacia nosotros. Pero Ashlyn niega con la cabeza y lo aparta.

"Creo que Jax está ocupado", digo en cambio.

"No, no lo es."

"Su madre me dijo que tienen que hacer algo."

"¿Qué?"

—No lo sé —digo entre dientes—. Todavía guardo buenos recuerdos de la época anterior a que Teddy pudiera hablar.

"Pero quiero una cita para jugar", se queja. "¡Dijiste que podía!"

Es cierto. Después de no poder conseguir los Legos ni la divertida colcha para su habitación, he estado desesperada por hacer cualquier cosa para demostrarle a Teddy que soy divertida y que vale la pena pasar tiempo conmigo. Pero ahora mismo, daría cualquier cosa por poder irme a casa, tomarme una copa de vino barato y llorar desconsoladamente por el contenido de este sobre de papel manila.

Justo cuando intentaba encontrar la manera de explicarle esto a Teddy, sentí un toque en el hombro. Me giré y vi a Cora Janzen de pie detrás de mí, sosteniendo la mano de su hijo. Se apartó un mechón de su cabello rubio platino, que le llegaba hasta la barbilla, detrás de la oreja mientras me miraba fijamente.

—Hola, Naomi —dice—. Me preguntaba si a Teddy le gustaría venir al parque infantil con Zack.

—Sí —digo agradecida—. Sin duda lo haría.

13

Cora y yo decidimos ir en coche a un parque infantil un poco apartado para evitar que las otras madres nos espiaran. Encontramos un banco con buena vista de la estructura de juegos y dejamos que los niños se entretengan.

No puedo evitar admirar la fantástica forma física de Cora. Me he mantenido lo mejor que he podido, pero ella luce tan en forma, como si fuera al gimnasio todos los días. Aunque sé que no debería, me encuentro observándola con atención, intentando averiguar si los rumores son ciertos.

Cora debió notar que la estaba mirando, porque me dice: "¿Qué dicen? ¿Que me operé los senos?".

Me arde la cara. "Ehm…"

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe. "Está bien. Me lo tomo como un cumplido. Por cierto, la respuesta es no".

Vale, ahora tengo envidia.

—Entonces —me dice con mirada penetrante—, Zack me ha comentado que tú y tu marido ya no vivís juntos. Supongo que esos son los papeles de divorcio que te entregaron.

Bajo la mirada. "Tenemos algunos problemas. Esta zorra le ha echado las garras a mi marido, y ahora ha perdido la cabeza".

—Bueno, no hay mucho que puedas hacer para evitar que destruya a tu familia —dijo, apoyando el brazo en el respaldo del

banco—. Pero puedes hacer que se arrepienta de haberla conocido. He oído que tu marido es muy rico. ¿Tienes un acuerdo prenupcial?

"Sí."

"Una complicación", dice pensativa, "pero sin duda no insuperable. Yo también tuve una, pero mi abogado logró que la desestimaran".

Recuerdo todo lo que dicen de Cora. Que su abogado destrozó su acuerdo prenupcial. Que hizo llorar a su exmarido. Si voy a pedir consejo sobre el divorcio, no hay nadie mejor. Pero aún no estoy segura de querer consejos sobre cómo divorciarme.

"Aún quiero intentar arreglar las cosas con Jeremy", le digo.

Ella levanta una ceja. "¿En serio? ¿Después de todo lo que te ha hecho?"

"Era un buen esposo y un padre excelente." Me toco el cristal que llevo al cuello. Hoy llevo un cristal de obsidiana copo de nieve, que me ayuda a fortalecer mis emociones. "Creo que está pasando por una crisis de la mediana edad."

"Ay, qué pena. Naomi, te dejó por una mujer más joven, así de simple. No es un niño, sabe lo que hace."

No puedo decir que se equivoque, pero aun así no quiero renunciar a mi matrimonio. «Mi madre tuvo tres maridos. Fue muy duro para mí. Nunca quise eso para Teddy».

Miro a mi hijo, que está persiguiendo a su amigo por el parque. Se detienen solo un instante cuando Teddy encuentra una piedra interesante en el suelo y se la guarda en el bolsillo. Me encanta ver la alegría pura en su rostro cuando juega. No hay nada que me haga más feliz que verlo feliz.

"Teddy será feliz si tú eres feliz", dice Cora. "Y no serás feliz si sales perjudicada en el divorcio. Necesitas un buen abogado, Naomi".

"Supongo que sí…"

"¿Quién es su abogado ahora?"

—No tengo… —Cruzo una pierna sobre la otra—. No tengo abogado. Por el momento.

—¡Naomi! —Me da un golpe en el brazo tan fuerte que me duele un poco—. ¡Necesitas un abogado! No, necesitas un tiburón.

Necesitas a alguien que pueda destruir ese estúpido acuerdo prenupcial que firmaste.

Aprieto las manos. "¿Tienes alguna recomendación?"

"Bueno, el mejor abogado de divorcios de la isla, por supuesto, es Lenny Hardwick."

Se me cae el alma a los pies. "Ese es el abogado de mi marido".

—¡Ay! —Hace una mueca—. Tu marido es un tipo inteligente, ¿verdad?

"Sin duda lo es."

—De acuerdo. —Mete la mano en el bolso para sacar el teléfono y toca la pantalla—. Te voy a dar el número de mi abogada, Stefanie Gorman. Es estupenda. Le diré que te la envío.

Cora puede tener una abogada excelente, pero no quiero llamarla. Una vez que tenga una abogada, las cosas se acelerarán. Una abogada no querrá que me reconcilie con mi marido. Querrá que me divorcie, porque esa es su especialidad.

Cora nota mi vacilación. Deja el teléfono y me pone una mano huesuda en el hombro. «Naomi, sé que esperas arreglar las cosas con Jeremy. Sé que todavía lo quieres. Pero él ya ha tomado una decisión».

"Bien..."

"Naomi, él ya lo tiene decidido."

Pero no vio la mirada en los ojos de Verónica la otra noche. No entiende cómo están manipulando a mi marido, un buen hombre.

"Lo que tienes que hacer", dice, "es defenderte. Tienes que asegurarte de no quedarte sin un centavo en este matrimonio. Y, lo más importante, de pasar el mayor tiempo posible con tu hijo. No quieres que ese imbécil intente conseguir la custodia y solo te deje con derechos de visita".

Niego con la cabeza enérgicamente. "Jeremy jamás haría eso. ¡Siempre está trabajando! No tendría sentido que quisiera la custodia".

—Sí, bueno —Cora se encoge de hombros—. Te sorprendería lo que se echa sobre la mesa cuando las cosas se ponen feas.

Puede que tenga razón en que necesito un abogado, pero se equivoca en lo de la custodia. Jeremy jamás me quitaría a Teddy.

Cora encuentra un trozo de papel en su bolso y anota el número de su teléfono. Me lo ofrece y, al no cogerlo, me lo mete en la mano.

—Llama a Stefanie —me suplica—. Esto va a suceder te guste o no, y necesitas un buen abogado.

"Bueno."

"¿Lo prometes?"

"Prometo."

—Bien —asiente, satisfecha—. Y un día de la semana que viene, cuando tú no tengas a Teddy y yo no tenga a Zack, vamos a salir a tomar algo. —Me guiña un ojo—. La diversión en el patio del colegio no dura para siempre, ¿verdad?

Le devuelvo la sonrisa, pero ahora mismo ni siquiera puedo pensar en divertirme. Estoy demasiado ocupado fantaseando con lo que le haría a Verónica si estuviera a solas con ella.

Si tuviera quince minutos con ella, estoy seguro de que descubriría la verdad.

14

Salía de mi Lexus en el estacionamiento del supermercado cuando lo vi.

Ese Jetta beige con el guardabarros trasero agrietado.

Está aparcado al final de la fila de coches, con el motor aún en marcha. Lo miro fijamente un momento, esperando que sea otro Jetta beige con el guardabarros trasero agrietado. Pero un segundo después, la puerta del conductor se abre y sale disparado.

Verónica.

Hoy va vestida informalmente con un suéter y unos vaqueros ajustados que le dejan ver las piernas. Es fácilmente varios centímetros más alta que yo, incluso con zapatillas. Se cuelga el bolso de imitación de marca al hombro, se echa el pelo negro azabache sobre el otro hombro y empieza a caminar hacia el supermercado.

Hay muchos supermercados por aquí. Podría volver al coche, buscar otro y hacer la compra sin Verónica. Probablemente sería lo más sensato.

Y sin embargo, me encuentro caminando hacia la tienda.

Paso junto a su Jetta e instintivamente busco las llaves en mi bolso. Antes de Jeremy, salí con un ingeniero de software que me dejó plantada justo después de acostarme con él. Rayar el BMW de ese imbécil fue una de las cosas más satisfactorias que he hecho en

mi vida, y lo que me hizo no fue ni de lejos tan malo como lo que me ha hecho Verónica.

Aprieto los dedos alrededor de mi llavero. Casi puedo sentir cómo el bronce destroza el lateral de su coche. Va a ser una sensación maravillosa.

Pero entonces suelto las llaves. Rayar el coche de Verónica me dará unos minutos de satisfacción, pero no cambiará el hecho de que me robó a mi familia. De todas formas, su coche es una porquería; el arañazo podría ser una mejora decorativa.

Así que, en lugar de eso, continúo hacia el supermercado.

No sé qué estoy haciendo. En realidad, solo necesito comprar algunas cosas, porque ahora mismo en mi cocina solo tengo café molido y una barra de pan. Pero en lugar de llenar mi carrito con alimentos nutritivos para mí y mi hijo, estoy siguiendo a Verónica por el supermercado, manteniéndome lo suficientemente lejos para que no se dé cuenta de que estoy ahí.

Verónica es tan llamativa que, incluso con unos vaqueros y un jersey, atrae todas las miradas mientras compra. Desde luego, no soy el único que la observa; diría que cerca del 90% de los hombres del supermercado la han mirado de arriba abajo a los diez minutos de su llegada. O no se da cuenta de la atención, o ha aprendido a ignorarla.

No sé por qué la estoy observando. No sé por qué importa qué tipo de cereal le gusta comer a Verónica (Cheerios), cuál es su sabor favorito de yogur (lima) o incluso si prefiere los huevos blancos o marrones (marrones). Pero, de alguna manera, todo me resulta fascinante. Y aún más cuando toma un paquete de tampones.

De alguna manera, es reconfortante saber que ella sangra igual que el resto de nosotras.

La seguí por el supermercado durante unos veinte minutos, dejando artículos en mi carrito de vez en cuando cuando los veía cerca. Se detuvo frente a un expositor de ramen. Levantó la vista, claramente interesada en una sopa del estante superior, fuera de su alcance. Estiró el brazo derecho, intentando alcanzar la esquiva sopa.

Casi de inmediato, un empleado del supermercado que pasaba por allí acude en su ayuda. He intentado alcanzar artículos en los estantes altos del supermercado cientos de veces en mi vida, pero jamás nadie se había ofrecido a ayudarme, y mucho menos en cuestión de segundos. El empleado que la ayudó es incluso mayor que Jeremy y ni de lejos tan guapo —por no mencionar que es empleado de supermercado y no gestor de fondos de inversión—, pero ella le da las gracias con tanta efusividad que uno pensaría que él es… Bueno, ¿quiénes son los guapos actores de cine hoy en día? Ni idea. Lo único que sé es que ella le pone la cara roja como un tomate, sobre todo cuando le toca el brazo.

Estoy tan absorto en esta interacción que no me doy cuenta de que estoy peligrosamente cerca de una estantería de cajas de galletas. Doy un paso atrás, y toda la torre de galletas se tambalea y luego se derrumba de forma espectacular. Las cajas se abren y las galletas se derraman por el suelo, esparciéndose a mis pies. El ruido es tan fuerte que juraría que todo el supermercado se queda en silencio absoluto durante diez segundos.

Como era de esperar, tanto Verónica como el dependiente que la atendía me miraron. Verónica abrió los ojos de par en par al reconocerme. El dependiente, en cambio, parecía poco entusiasmado mientras se acercaba a grandes zancadas al desastre que había provocado.

—Ahora tengo que limpiar todo esto —gruñe—. La próxima vez, ten más cuidado, ¿vale?

Me lanza una mirada de desprecio. Estoy segura de que si Verónica derribara la torre de aperitivos, él la recogería encantado y la transformaría en un altar en su honor. Pero en vez de eso, solo murmura entre dientes mientras repone las cajas de galletas.

Verónica dirige su carrito hacia mí, con una mirada agradable aunque algo cautelosa en sus ojos. "¿Naomi, verdad?"

Intento poner cara de póquer. "Lo siento... ¿Nos conocemos?"

Estoy segura de que sabe que miento, pero mantiene esa sonrisa tan agradable en su rostro. —Me llamo Verónica —dice—. Nos conocimos la otra noche. ¿En casa de Jeremy?

“Oh.” Me toco la frente como si me refrescara la memoria. “¿Te refieres a mi casa?”

Verónica no cae en la trampa. Sigue sonriendo, y tengo que admirar lo guapa que está, aunque no parezca llevar mucho maquillaje. O nada en absoluto. Supongo que es guapísima por naturaleza. ¡Ay, Dios mío, la odio!

“Mira”, dice, “creo que empezamos mal el otro día. Y de verdad que no quiero eso”.

No me molesto en disimular mi gesto de exasperación. "¿Ah, sí?"

—Sí —asiente—. Deberíamos llevarnos bien si vamos a compartir la crianza de Teddy.

La miro fijamente, indignada por su descaro. «No vamos a compartir la crianza de Teddy. Jeremy y yo vamos a compartir la crianza de Teddy, como lo hemos hecho durante los últimos cinco años».

“Sí”, dice ella, “pero con el tiempo, yo también pasaré tiempo con él. ¡Quizás incluso más que tú!”.

Ella se echa el pelo largo sobre el hombro y me invade un impulso casi irrefrenable de cortarle toda esa melena negra y exuberante. Me pregunto en qué pasillo estarán las tijeras.

—Escúchame, Verónica —le susurro en voz baja para que el heroico dependiente que sigue apilando galletas no me oiga—. Obviamente, no conozco todos los detalles de cómo engañaste a mi marido para acostarte contigo, pero tienes que entender que Jeremy y yo tenemos una conexión que ustedes dos jamás tendrán. Estamos casados. Tenemos un hijo juntos. Tú solo eres… —Agito la mano con disgusto hacia su pequeño y delgado cuerpo—. Eres un bombón. Se aburrirá de ti en unas semanas.

Esperaba que mis comentarios pudieran minar su confianza o hacerla dudar de la veracidad de su relación con mi marido. Pero, en cambio, sus labios se curvaron como si le divirtiera muchísimo todo aquello.

—Ay, Naomi —suspira—. Me siento fatal por la situación. De verdad que sí.

"¿Tú?"

—¡Claro que sí! —Intenta tocarme el brazo, pero luego se lo piensa mejor. ¡Qué lista! —No soy mala persona, de verdad. Jeremy y yo simplemente… nos enamoramos. No puedes elegir de quién te enamoras.

"En realidad", digo, "parece que puedes elegir no enamorarte de un hombre casado".

"No podemos evitarlo." Se lleva una mano al pecho. "¡Tenemos una conexión muy profunda!"

Dios, la odio.

Pero al mismo tiempo, algo en esta conversación me resulta extraño. Bueno, aparte del hecho de que otra mujer me está diciendo que está enamorada de mi marido. Cuando Jeremy me dijo la otra noche que estaba enamorado de Verónica, era obvio por su expresión que lo decía en serio. Pero aquí está Verónica diciéndome que ella y mi marido están profundamente enamorados, y no hay amor en sus ojos. Lo único que veo en su rostro es una expresión fría y calculadora, bien disimulada por una amabilidad ensayada y su belleza natural.

Verónica no está profundamente enamorada de mi marido. No lo ama en absoluto.

Apostaría lo que fuera a ello.

"¡Oye, señora!"

La voz del dependiente me saca de mis pensamientos. Sostiene una caja de galletas y la agita delante de mi cara.

—¿Qué pasa? —le espeto.

Vuelve a sacudir las galletas. "Se rompieron cuando las volcaste. Ahora tienes que comprarlas".

Desde luego, no quiero estas estúpidas galletas, pero no tengo ganas de discutir con esta dependienta, que ya está intercambiando miradas cómplices con Verónica. Seguro que le contará a Jeremy lo que pasó hoy, y no quiero que la historia me incluya en una pelea a gritos con una dependienta. Así que cojo las galletas y las echo en la cesta junto a la fruta.

—Deberías tener cuidado con esas uvas —me dice Verónica, echándose el pelo hacia atrás—. Son un peligro de asfixia.

"Siempre corto las uvas antes de dárselas a Teddy."

Me dirige una mirada significativa. "No estoy hablando de Teddy".

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Se me ocurre que, si yo no estuviera, no habría absolutamente nadie que impidiera que Verónica consiguiera lo que quisiera de mi marido. No puedo evitar pensar en lo conveniente que sería para ella si yo muriera.

Respiro hondo con dificultad. —Veronica —digo—, te lo ruego. Busca a otro hombre. Alguien que no esté casado y… Cualquiera. Por favor. Por favor, no me quites a mi familia.

Observo el rostro de Verónica, esperando que mi apasionado discurso la haya conmovido. Aunque haya intentado robarle a mi marido su enorme fortuna, eso no significa que carezca de compasión. Debe comprender que está destrozando a mi familia. Este no es un crimen sin víctimas.

Pero puedo ver en sus ojos que realmente no le importa. No hay compasión en ellos. Ni un atisbo. Y mientras tanto, sigue sonriéndome.

—Lo siento —dice—, pero ahora también son mi familia. Y no creo que te haga mucha gracia intentar interponerte en nuestro camino.

Y luego se marcha con su yogur de lima y sus huevos morenos, y ni siquiera una caja de galletas.

Eso es todo. Voy a acudir al abogado que me recomendó Cora y voy a contraatacar.

15

TENGO UNA CITA ESTA MAÑANA CON STEFANIE GORMAN, ABOGADA especializada en divorcios.

Mientras espero en la sala de espera de su oficina, amueblada con sillas de caoba que parecen costar miles cada una, tengo sentimientos encontrados. Necesito un abogado, y Cora dice que es excelente. Pero contratar a un abogado hace que todo esto se sienta más real.

Esto es real. Jeremy y yo nos estamos divorciando. O al menos ese es el camino que estamos tomando a menos que logre hacerle ver la verdad sobre Verónica. Pero ahora mismo, lo más importante es que necesito protegerme.

"¿Señora Roth?"

Me sobresalto al oír a la recepcionista de Stefanie Gorman llamándome por mi nombre. Tiene un recepcionista, lo cual me parece curiosamente genial. Además, es muy guapo, con ese aire elegante y sofisticado. No dejo de mirarlo disimuladamente por encima de la revista que finjo leer.

—Ya puede pasar, señora Roth —me informa la atractiva recepcionista.

"Gracias."

Me levanto y me aliso la falda negra hasta la rodilla que combiné con una blusa blanca. Incluso me recojo el pelo en un moño pulcro,

mirándome en el pequeño espejo del tocador del baño, que nunca logro limpiar del todo, por mucho que lo frote. Estoy desesperada por verme profesional.

La oficina de Stefanie Gorman es más grande que mi nuevo apartamento y está amueblada con muebles de aspecto lujoso. Jeremy conoce las marcas caras mucho mejor que yo, pero mi regla general es que si un mueble parece pesado, probablemente sea caro.

En cuanto a Stefanie Gorman, irradia éxito: todo en ella es impecable, desde su ropa hasta su maquillaje y su peinado. Su cabello oscuro está recogido como el mío, aunque el suyo es mucho más brillante, y lo lleva en una especie de elaborado moño francés. Sus rasgos son afilados e inteligentes, pero cuando me sonríe, su rostro se suaviza. Me cae bien instintivamente.

—Gracias por atenderme tan rápido, señora Gorman —le digo.

—Por favor, llámame Stefanie. —Extiende la mano para estrecharme la mía, y su apretón es sorprendentemente firme para su complexión delgada—. Por favor, tome asiento, señora Roth.

—Naomi —la corrijo, ofreciéndole la misma cortesía que ella me había brindado.

Esta mujer me cae muy bien. No estaba muy convencida de ir a un abogado, pero confío en ella. Me va a ayudar. Le estoy muy agradecida por tenerla de mi lado.

Stefanie Gorman se sienta en su escritorio frente al mío y entrelaza los dedos. «Iré directo al grano», dice. «No me di cuenta hasta esta mañana, pero no puedo representarte».

Me quedo boquiabierto. "¿Qué?"

"Lamentablemente", dice, "su esposo, Jeremy Roth, ya ha contratado mis servicios. Por lo tanto, sería un conflicto de intereses que yo también la representara a usted".

"Eso tiene que ser un error." Me ajusto la falda, que se me está subiendo por las piernas. "Jeremy ya tiene abogado. Leonard Hardwick."

"Sí, conozco a Lenny Hardwick", dice. "Pero, en cualquier caso, su marido también contrató mis servicios".

Niego con la cabeza, incapaz de comprender lo que está sucediendo. Por fin había encontrado un defensor, y ahora siento que me han quitado el suelo bajo los pies. Otra vez. "¿Por qué contrataría los servicios de dos abogados diferentes?"

—No estoy segura. Stefanie guarda silencio un momento, reflexionando sobre este giro de los acontecimientos. —Hay otra abogada excelente que puedo recomendarte: Carrie Moynihan. Es una de las mejores abogadas de divorcios que conozco. De hecho, déjame llamarla ahora mismo.

Me parece extraño que esta abogada esté dispuesta a llamar a otro abogado en mi nombre, pero si está dispuesta a ayudarme, no voy a impedírselo. Coge su móvil, selecciona un número de sus contactos y, un instante después, parece que tiene comunicación directa con Carrie Moynihan. Le dice mi nombre al otro abogado y, tras un momento de tensa conversación, cuelga el teléfono y vuelve a fijar la mirada en mi rostro.

—Bueno —dice ella—, parece que tu marido también ha contratado los servicios de Carrie.

"No lo entiendo." Me sudan las palmas de las manos y me las seco en la falda. "¿Por qué mi marido necesita tres abogados?"

—No lo hace. —Se recuesta en la silla, sin apartar la mirada de la mía—. Contrató a los mejores abogados de divorcio de la zona para impedir que pudieras usarlos. Perdona que lo diga, pero tu ex es un auténtico cretino.

No sé qué responder. Ella ni siquiera sabe cómo me engañó para que me mudara. O cómo vació nuestras cuentas bancarias. Por mucho que quiera que Stefanie sea mi abogada, ni siquiera estoy segura de poder pagarla.

Pero por mucho que lo intente, no puedo imaginarme al Jeremy con el que estaba casada haciéndome estas cosas. No es un cretino. Fue él quien me aconsejó que buscara un buen abogado, así que ¿por qué me lo pondría tan difícil?

Tiene que ser Verónica quien esté detrás de esto.

"¿Qué debo hacer?", pregunto con una voz que sé que suena desesperada.

Ella tamborilea con sus uñas impecablemente cuidadas sobre el escritorio por un instante. "En realidad", dice, "creo que conozco a alguien que sería perfecto para ti".

"¿Y si Jeremy ya los contrató?"

Ella se ríe a carcajadas. "Oh, no. Eso no será un problema".

Abre uno de los cajones de su escritorio y rebusca un momento dentro. Finalmente, encuentra una tarjeta de visita ligeramente doblada y me la desliza por la mesa. La cojo y leo el nombre: «Ezra Fletcher».

—Bien —dice—. Excepto que… —Se inclina y me arrebata la tarjeta de las manos—. Lo siento, este número de teléfono probablemente no sea el correcto. —Escribe un número nuevo en la tarjeta y la desliza de nuevo sobre su escritorio—. Este debería funcionar.

"¿Es abogado de divorcios?"

Una comisura de sus labios se curva en una leve sonrisa. «Es un todoterreno. Pero la verdad es que es muy bueno. Sinceramente, estarás en buenas manos».

Me resulta extremadamente difícil imaginar que este hombre, que ni siquiera tiene el número correcto en su tarjeta de presentación, pueda ser tan bueno como Stefanie Gorman, quien destrozó el acuerdo prenupcial de Cora y además tiene el sillón de cuero más hermoso que he visto en mi vida. Pero no se puede ser exigente. Hablando de eso…

"Además", añado, "tengo un pequeño problema…"

Ella levanta una ceja. "¿Sí?"

"Mi marido vació todas nuestras cuentas bancarias", admito. "Así que, en este momento, ando un poco escasa de dinero".

—Imbécil —murmura de nuevo entre dientes—. Lo siento, Naomi. Es terrible. Pero Ezra te ayudará. Lo llamaré personalmente y le explicaré la situación.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Stefanie Gorman no tiene por qué ser tan amable conmigo, pero significa muchísimo para mí. «Gracias. Muchísimas gracias».

"Oye, las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras." Me guiña un ojo. "Quizás no pueda defender tu caso, pero te apoyo,

Naomi. Espero que le des tu merecido a ese banquero de inversión.”

16

Logré concertar una cita con Ezra Fletcher para mañana por la mañana.

Mi breve conversación telefónica con Fletcher no me inspiró confianza. Parecía distraído y me dio instrucciones confusas sobre un garaje donde debo estacionar cuando vaya a su oficina, porque si no lo hago, alguien "probablemente" entrará a robar en mi auto. Me pregunto si Stefanie Gorman realmente trabaja para Jeremy y si me envió a este abogado como parte de un sabotaje.

Pero no es que tenga muchas opciones.

Jeremy me preguntó si me importaría llevar a Teddy a casa esta noche, ya que iba a trabajar hasta tarde. Acepté encantado. Cuando Jeremy recoge a Teddy del apartamento, la mitad de las veces ni siquiera se baja del coche. Simplemente aparca delante de casa y me manda un mensaje para que lo recoja. Cuando por fin se digna a abrir la puerta, siempre está mirando el reloj, listo para echarse atrás.

Pero esta noche será diferente. Iré a la puerta e insistiré en entrar a hablar. Le contaré lo que Verónica me dijo en el supermercado: cómo prácticamente me amenazó. Quizás no la eche de inmediato, pero al menos le hará pensar que no es tan maravillosa como él cree.

Aparco frente a la casa, con Teddy en la parte de atrás, sintiendo esa punzada que siempre me invade estos días cuando visito el lugar donde viví los últimos cuatro años de mi vida. Jeremy dijo que era su casa, y aunque legalmente sea cierto, este era el hogar donde cené con mi familia durante cuatro años. Aquí decoraba árboles de Navidad y dejaba los regalos de Papá Noel. Aquí Jeremy y yo hacíamos el amor todas las noches.

"Mamá, ¿por qué estamos aquí sentados?", pregunta Teddy desde el asiento trasero.

Sus palabras me sacan de mis pensamientos. Esbozo una sonrisa forzada, sacudiéndome cualquier rastro de tristeza. «Sin motivo alguno».

—¿Vas a dormir en casa con nosotros esta noche? —pregunta Teddy con una voz tan esperanzadora que me parte el corazón.

"Tal vez."

Teddy me anima mientras bajo la visera y me tomo un segundo para retocarme el pintalabios frente al espejo. Intento no sentir resentimiento al recordar lo guapa que estaba Verónica en el supermercado sin maquillaje.

—¿Por qué te estás poniendo pintalabios? —me pregunta Teddy.

"Sin motivo."

"¿Vas a salir a algún sitio?"

"No."

Abre la boca como para hacer otra pregunta, pero le lanzo una mirada que, por suerte, lo deja sin palabras. Eso funciona quizás una vez al año, así que estoy agradecida.

Saco a Teddy de su silla de coche y él coge su mochila del asiento de al lado. Hoy había recogido muchísimas piedras del parque, aunque una de ellas era un cuarzo rosa muy bonito. El peso de la mochila hace que camine ligeramente inclinado hacia atrás mientras nos dirigimos juntos a la puerta principal. Instintivamente, busco las llaves en mi bolso, pero entonces recuerdo que Jeremy cambió la cerradura.

Apuesto a que Verónica le dijo que lo hiciera.

En vez de eso, pulso el timbre, reprimiendo el impulso de saltar de alegría como lo hace Teddy. Una sonrisa encantadora se dibuja

en mi rostro cuando la puerta se abre, pero se desvanece al ver a Rosita allí parada.

Rosita tiene un rostro agradablemente redondo, con delicadas líneas alrededor de los ojos y cabello negro que siempre lleva recogido en un moño pulcro. En los casi cuatro años que la conozco, jamás la he visto sin el cabello recogido en un moño, ni siquiera en una coleta. Probablemente no la reconocería si se soltara el cabello.

—Hola, señorita Naomi —dice con cierta rigidez. Yo solía decirle que con que me llamara simplemente Naomi estaba bien, pero ya me he rendido.

Fui yo quien contrató a Rosita y quien más interactuó con ella, así que su torpeza conmigo es otra bofetada más. "Hola, Rosita", le digo con mi voz más cálida y amigable.

Teddy pasa corriendo junto a Rosita y entra en la casa. Ella parece que va a cerrar la puerta, pero le extiendo la mano para detenerla. Me mira sorprendida, parpadeando.

—Espera —digo—. ¿Está... está Jeremy en casa?

—Está trabajando hasta tarde —dice ella, aunque evita mi mirada, lo que me hace pensar que está en casa.

—Solo necesito hablar con él un minuto. —Intento que mi voz no suene quejumbrosa, pero es difícil—. Seré breve.

Rosita duda un instante y luego niega con la cabeza. "Lo siento".

Y entonces me cierra la puerta en la cara.

Bueno, eso fue un desperdicio de pintalabios. Regreso a mi coche con una sensación de malestar en el estómago. Claramente, va a ser más difícil quedarme a solas con Jeremy de lo que pensaba, pero no voy a dejar de intentarlo.

17

Conduzco a casa y me detengo en un restaurante de comida rápida para comprar una hamburguesa, papas fritas y un batido. Ya había cenado un plato de col rizada y garbanzos, pero ha pasado una hora y sigo teniendo hambre. Hace años que no como papas fritas de comida rápida, pero si alguna vez he tenido muchas ganas de algo grasoso y frito, es hoy.

Al llegar al apartamento, sostengo la bolsa de papel húmeda y grasienta en una mano mientras busco las llaves en mi bolso con la otra. No logro encontrarlas, y peor aún, mis dedos tropiezan con algo pegajoso, y recuerdo las fresas que Teddy no se comió ayer, que envolví en servilletas y guardé en mi bolso hasta encontrar un cubo de basura (pero luego las olvidé por completo). Justo cuando estoy a punto de dejar la comida rápida en la puerta y empezar a buscar con las dos manos, noto algo extraño.

La puerta de mi apartamento está entreabierta.

Me quedo mirando la puerta, con el corazón en un puño. ¿Por qué está entreabierta? No parece que la cerradura esté rota ni que la hayan forzado. Y apenas está entreabierta, casi imperceptible.

Lentamente, extiendo la mano y empujo la puerta, permitiendo que se abra del todo.

Me quedo un rato en la puerta, casi esperando que alguien salga de repente. Pero no pasa nada. Desde aquí tengo una buena vista

del salón del pequeño apartamento, y está exactamente igual que esta mañana. Desde luego, no parece que lo hayan saqueado ni robado. Está completamente tranquilo y silencioso.

Se me ocurre que quizás olvidé cerrar la puerta con llave cuando salí para dejar a Teddy en casa. El barrio es bastante seguro, así que no me preocupa demasiado cerrar bien la puerta al salir, pero sí noté que la placa del marco no siempre se cierra del todo a la primera. Si olvidé cerrar la puerta, podría haberla encontrado entreabierta al volver a casa.

¿Eso fue lo que pasó?

Mi teléfono está en mi bolso, junto a las fresas blandas. Podría llamar a la policía y avisarles que al llegar a casa encontré la puerta de mi apartamento abierta. Podrían revisarlo y asegurarse de que todo esté bien. Quizás sea lo más sensato, sobre todo después de la amenaza que me lanzó Verónica en el supermercado.

Pero eso me parece una exageración. No hay ninguna prueba de allanamiento. No hay ningún indicio de que haya un intruso en mi casa. Además, lo último que quiero ahora mismo es lidiar con la policía. Solo quiero tirarme en el sofá y cenar algo poco saludable.

Con cierta timidez, entro en el apartamento.

Aquí reina el silencio. A diferencia de la otra noche, no oigo ningún crujido ni rasguño. Si hay algún intruso, no parece que quiera que lo descubra aquí. Miro alrededor del salón, buscando alguna señal de que algo esté fuera de lugar. Siento una punzada de tristeza al ver unas piedras que Teddy dejó sobre la mesa de centro. Dejo la bolsa grasienta junto a ellas.

Las puertas de los dos dormitorios están abiertas. Me asomo a la primera habitación: la de Teddy. Está un poco desordenada porque estuvo jugando allí y no la recogió bien, pero está igual que cuando nos fuimos. Incluso reviso el armario, y no hay nadie al acecho. Nada.

La segunda habitación es mía; aquí es donde he estado durmiendo desde que me echaron de casa. Miro dentro y veo la cama doble recién hecha y la pirámide de orgonita en la mesita de noche. Últimamente, el orgón no me ha traído mucha suerte, pero las cosas van a mejorar pronto. Estoy segura.

Finalmente, reviso el baño, lo cual no me lleva mucho tiempo porque es una cuarta parte del tamaño de mi antiguo baño principal, que tenía dos lavabos separados para que Jeremy y yo pudiéramos cepillarnos los dientes sin estorbarnos. Al igual que los dormitorios, es silencioso. Lo limpié esta misma tarde, intentando que el lavabo de porcelana opaca recuperara su brillo. Casi me doy la vuelta, pero entonces me doy cuenta de que la cortina de la ducha está corrida.

¿Cerré la cortina de la ducha después de limpiar el baño? Normalmente me gusta dejarla abierta.

Una voz en mi cabeza me dice que es hora de llamar al 911. Hay dos cosas que no cuadran, incluyendo la puerta principal que está abierta. Es una estupidez investigar por mi cuenta. Así es como matan a las mujeres. Además, sé que hay alguien que preferiría que yo no estuviera involucrada.

Pero bueno, ¿de verdad voy a llamar a la policía para que miren detrás de la cortina de la ducha? ¿Acaso tengo cinco años? ¿Qué sigue? ¿Pedirles que revisen debajo de mi cama por si aparece el hombre del saco?

Al fin y al cabo, si hubiera alguien detrás de la cortina de la ducha, habría una sombra. ¿Verdad?

Respiro hondo, con las piernas temblorosas, mientras entro al baño. Extiendo una mano y agarro la cortina. Cierro los ojos con fuerza un instante, luego los abro de nuevo y tiro de la cortina, dejando al descubierto el interior de la bañera.

Nada.

Me quedé paralizada. Gracias a Dios que no llamé a la policía; habría quedado en ridículo. Seguro que simplemente olvidé cerrar la puerta con llave antes de ir a dejar a Teddy, y eso fue todo. Mi encuentro con Verónica me ha puesto en estado de alerta máxima.

Ahora que he comprobado que no hay nadie merodeando en mi apartamento, voy a la pequeña cocina contigua al salón. Puede que vaya a cenar comida rápida, pero al menos puedo tener la decencia de servirla en un plato. Abro uno de los armarios que hay sobre la encimera y es entonces cuando me fijo en el bloque de cuchillos que está sobre ella.

Falta un cuchillo.

El corazón me late con fuerza mientras miro el hueco vacío en el soporte para cuchillos. Me giro, esperando ver a Verónica detrás de mí, blandiendo el cuchillo que falta en su mano derecha. Pero, una vez más, no hay nadie.

Fue entonces cuando vi algo que brillaba en el fregadero. El cuchillo.

Debería sentirme aliviada de que no haya ningún intruso en mi apartamento, esperando para descuartizarme con mis propios utensilios, pero aún así no puedo quitarme la inquietud de encima. Nunca salgo de casa con los platos sucios en el fregadero. Es una de mis reglas. Además, no creo haber usado ese cuchillo esta noche. ¿Estoy completamente segura? No, no lo estoy. Pero…

Aquí algo no anda bien. Llama a la policía, Naomi.

La voz en mi cabeza se ha vuelto más fuerte. Puedo imaginarme olvidando cerrar la puerta con llave, o la cortina de la ducha, o dejando un cuchillo en el fregadero, ¿pero las tres cosas a la vez? Parece imposible.

¿Pero qué le diría exactamente a la policía? Un cuchillo dejado en el fregadero no es precisamente un crimen que salga en las noticias de la noche. ¿Qué esperaría que hicieran? No puedo esperar que investiguen a Verónica basándose en una escena que no es un crimen. Probablemente se reirían de mí. O peor aún, me hablarían con condescendencia, como si estuviera loca.

Así que, en vez de eso, cojo un plato del armario y vuelvo al salón para comer, aunque he perdido completamente el apetito.

18

A las 9:30 de la mañana siguiente, me presenté a mi cita con Ezra Fletcher.

El barrio donde se ubica el pequeño edificio de oficinas resulta ser tan peligroso como prometían. Las calles tienen un aire postapocalíptico y desolador, con todas las tiendas tapiadas con tablones de madera cubiertos de grafitis. Aparco en el garaje como me indicaron y, mientras camino desde allí hasta el edificio, sostengo una llave entre el índice y el corazón a modo de arma improvisada.

La oficina de Fletcher está en el quinto piso, y hay un ascensor, pero tiene un gran cartel de fuera de servicio, así que tengo que subir por las escaleras. El edificio es viejo, y las escaleras crujen con cada paso, y la barandilla también se siente un poco suelta. Cuando llego arriba, estoy jadeando. Camino por un pasillo estrecho con una luz parpadeante en el techo hasta que llego a una puerta de madera con un letrero que dice Ezra Fletcher. Y llamo.

Un segundo después, oigo un arrastrar de pies detrás de la puerta, seguido de un estruendo, más arrastrar de pies y algunas palabrotas. Finalmente, Fletcher abre la puerta de su oficina.

Absolutamente nada en esta oficina me hace sentir bien al contratar a este hombre como mi abogado. Ni siquiera Fletcher, que parece que no se peinó ni se afeitó esta mañana. Al menos le huele bien el aliento. Parece tener más o menos mi edad, más o menos,

aunque tiene algo de energía juvenil. Es tan delgado que parece que se olvida de comer, y lleva unas gafas gruesas que le quedan bajas en la nariz. Lleva una camisa de vestir casi inaceptablemente arrugada, y corbata, pero le cuelga suelta alrededor del cuello.

La oficina en sí es aún peor. Es incluso más pequeña que la habitación de Teddy en mi apartamento, abarrotada con un pequeño escritorio y un montón de estanterías repletas de libros. Tiene dos grandes pilas de papeles sobre el escritorio, y las dos sillas frente a él también están llenas de papeles.

«Debes ser Naomi Roth». Por alguna razón, sostiene una grapadora en la mano derecha y la cambia a la izquierda para estrecharme la mano. «Soy Ezra Fletcher. Encantado de conocerte. Stefanie me puso al tanto de todo».

"Sí, ella… eh, te recomendó encarecidamente." Aunque me cuesta entender por qué.

"¿En serio?" Eso parece complacerle mucho. "Bueno, ¿por qué no te sientas?"

Me encantaría sentarme, pero las dos sillas de su oficina están llenas de pilas de papeles. ¿Acaso quiere que me siente encima de ellos?

Fletcher parece comprender mi apuro y toma una de las pilas de papeles de la silla. La lleva a su escritorio, colocándola sobre otra pila. Se tambalea un instante y parece nervioso ante la posibilidad de que todo se caiga, pero milagrosamente, no sucede.

Me sonríe. "Uf."

No le devuelvo la sonrisa. "Eso es, eh, mucho papel."

"Ja, sí, lo es, ¿eh?" Examina todas las pilas de papeles. "Este hospital me lo mandó todo porque creen que pueden ahogarme en papeleo y que así nos olvidaremos de su negligencia. Pero estoy revisando cada página, y cuando termine, van a pagar una barbaridad."

Su voz transmite una seguridad que me hace olvidar su camisa arrugada, su oficina desordenada y los cinco tramos de escaleras que tuve que subir para llegar hasta aquí. Quizás Stefanie Gorman no me estaba tomando el pelo después de todo cuando me recomendó a este tipo.

"Entonces hablemos", dice.

Señala la silla que ahora está vacía y me siento mientras él toma asiento detrás de su escritorio. Me aclaro la garganta. —¿Te explicó Stefanie lo del dinero? —pregunto con cautela. No quiero ilusionarme y que luego me eche porque no puedo pagar sus honorarios.

—Sí, me lo contó. —Juega con su corbata desatada y, por un instante, parece que va a anudársela, pero luego no lo hace—. Dijo que tu marido vació todas vuestras cuentas conjuntas. ¡Qué cabrón!

"Bueno, es su dinero. Yo no tengo trabajo."

Me mira parpadeando. "¿Por qué lo defiendes? Lo que te hizo no estuvo bien, y él lo sabe. Está jugando sucio, y al final se va a arrepentir."

"¿Tú crees eso?"

"Te doy mi palabra." Se lleva una mano al pecho, un gesto sincero que me resulta extrañamente encantador. "¿Traes el acuerdo prenupcial?"

Meto la mano en mi bolso y saco el fajo de papeles doblado. Aunque no sé qué hacer con él, ya que no hay absolutamente ningún sitio donde ponerlo en su escritorio. Por suerte, me extiende la mano para que se lo dé.

Se sube las gafas hasta el puente de la nariz y hojea los papeles. —¿Consultaste con un abogado antes de firmarlo?

Bajo la cabeza. "No lo hice. Lo siento. Simplemente… confié en él."

—Oh, no, no te disculpes. —Pasa otra página del documento—. No eres la primera, ni serás la última. Todo el mundo cree que su matrimonio va a durar para siempre, así que firmas lo que te ponen delante.

Eso mismo estaba pensando. Jamás imaginé que estaría en el despacho de un abogado analizando el acuerdo prenupcial. Jamás pensé que volvería a verlo después de firmarlo.

Se detiene en una de las páginas, con una leve sonrisa. «En fin, si hubieras consultado con un abogado, te habría dicho que no firmaras esto porque es un desastre. Claramente te obligó a firmarlo. ¿De verdad creía que esto sería válido en un divorcio? ¡Estaba loco!»

Me sonrojo. "Él no me obligó a hacer nada".

—Naomi. Deja caer el acuerdo prenupcial sobre el teclado de su ordenador, ya que es el único espacio libre en toda la oficina. Junta las manos frente a él y no puedo evitar notar que no lleva la alianza en la mano izquierda. —Escucha, quiero ayudarte, pero siento cierta… vacilación. ¿Qué ocurre?

La expresión sincera de su rostro me da la confianza para sincerarme con él. Al fin y al cabo, este hombre es mi abogado. Posiblemente el único que queda en la ciudad. «Mi marido tiene una aventura con otra mujer».

"Lo siento. Es una lástima", dice como si lo sintiera de verdad. "Pero, por desgracia, no nos ayuda mucho. Nueva York es un estado donde no se requiere demostrar la culpabilidad".

"Pero es que… no creo que ella lo ame de verdad. Lo está utilizando." Me froto las manos sobre el regazo. "No creo que él realmente quiera divorciarse."

"Te entregó los papeles del divorcio. En público."

"Sí, pero él está como… bajo su hechizo. Tenemos un hijo juntos. Él me ama y yo lo amo."

Su mirada se suaviza al recostarse. "Mira, lo entiendo. Nadie quiere que su matrimonio termine, sobre todo si tienen un hijo juntos. Pero precisamente porque tienen un hijo, necesitas protegerte. Necesitas dinero para poder ofrecerles un buen hogar a los dos. Y quieres asegurarte de que el acuerdo de custodia te sea favorable. Si no estás preparada, él se aprovechará de ti. Créeme, he tratado con mucha gente como tu marido."

Lo que dice tiene sentido. Me cuesta admitirlo, pero tiene razón.

"Entonces", dice, "¿vamos a seguir adelante?"

No quiero seguir adelante con este divorcio, pero no tengo otra opción. Si Jeremy lo quiere, no puedo evitarlo. «Sí. Sigamos adelante».

"¡Genial! Ahora, ¡manos a la obra!"

Para recalcar esa afirmación, golpea la superficie del escritorio con la palma de la mano. Una pila de papeles se cae y se esparce por todas partes.

19

CUANDO LLEGO A MI ANTIGUA CASA EL SÁBADO PARA RECOGER A TEDDY Y pasar el día juntos, Jeremy me mira furioso.

—Naomi —dice con voz tensa y enfadada mientras abre la puerta para dejarme entrar. Lleva puesto uno de sus caros trajes de negocios porque mi marido, literalmente, nunca deja de trabajar, y a diferencia de mi abogado, su corbata está anudada con un nudo Windsor perfecto. Está guapísimo. —¡Se suponía que debías estar aquí hace más de una hora!

Miro mi reloj, que marca las diez de la mañana. "Dijiste las diez".

"¿En serio? ¡Dije nueve!"

Entro en la sala y veo a Teddy sentado en el sofá modular, con una chaqueta ligera y la mochila ya puesta. Me da escalofrío pensar que me ha estado esperando así durante la última hora.

"Sin duda dijiste diez", repito.

—Definitivamente dije nueve. —Me mira con el ceño fruncido—. ¿Por qué me sorprende? Siempre haces lo mismo. Siempre. Olvidé que estamos lidiando con el tiempo de Naomi.

Me muerdo el labio inferior. Me dijo que fuera a las diez. Estoy segura. Pero claro, no tengo constancia de lo que dijo. Lo comentamos brevemente anoche cuando recogió a Teddy del apartamento. Últimamente, nuestras conversaciones son siempre muy breves.

"¿Por qué no me enviaste un mensaje cuando llegué tarde?", pregunto.

"Hice."

¿En serio? Busco en mi bolso para sacar el teléfono y veo enseguida una serie de mensajes perdidos en la pantalla preguntando dónde estoy. Suelo olvidar que tengo el teléfono en silencio.

—La próxima vez haré que venga Rosita —gruñe—. Así no me quedaré aquí esperando a que aparezcas cuando te dé la gana.

De nuevo, siento una punzada de culpa. ¿Es posible que me haya equivocado? ¿Me dijo las nueve y por alguna razón pensé que dijo las diez? Parece tan seguro de sí mismo. Quizás la que se equivocó fui yo. Cuando estábamos hablando, estaba cocinando la cena y tenía dos ollas al fuego a la vez, así que es posible que le haya oído mal.

Me siento fatal por haber hecho esperar a Teddy. Se ve tan triste sentado ahí en el sofá. Pero entonces levanta la vista, me ve y su rostro se ilumina. Cuando salta del sofá para saludarme, veo que tiene un elefante de peluche en la mano. Lo levanta emocionado. «¡Mira, mami! ¡Mira lo que tengo!»

"¡Muy bien!", digo, intentando reunir el entusiasmo necesario para compensar mi retraso.

"¡Ronnie me lo compró!"

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. "Oh..."

—Es muy simpática, mami —continúa—. Y además es muy guapa.

Lo que más deseo es que deje de hablar. Me giro hacia Jeremy, que está rebuscando en su maletín. —¿Jeremy?

No levanta la vista. "¿Ajá?"

¿Le presentaste a Teddy a Verónica?

Interrumpe su búsqueda de los papeles que estaba intentando encontrar y me mira. "Sí, los encontré".

Hasta ahora, pensaba que lo que fuera que hubiera entre Verónica y Jeremy no podía ser tan serio, ya que él no se la había

presentado a nuestro hijo. Pero, al parecer, ahora han llegado a ese punto.

Tengo ganas de echarme a llorar.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —le digo a Jeremy.

—De acuerdo. —Vuelve a rebuscar en su maletín, como si yo apenas estuviera en la habitación—. ¿Qué ocurre?

Miro a Teddy, que sigue aferrado a ese estúpido elefante. "¿En privado, por favor?"

Inspecciona su Rolex. "Sí, de acuerdo. Pero por favor, démonos prisa. Ya llego tarde."

No me imagino qué reunión importante tendrá un sábado por la mañana, pero Jeremy siempre está trabajando. Sus clientes son muy exigentes y le pagan lo suficiente como para que tenga que estar disponible. Por eso necesito un apartamento decente para que Teddy pueda volver a vivir conmigo.

Jeremy me lleva a su oficina en la planta baja, y al entrar, cierra la puerta tras nosotros y me viene a la mente el recuerdo de la noche de nuestra boda. Teddy se quedó a dormir con los padres de Jeremy para que pudiéramos tener la casa para nosotros solos, y Jeremy insistió en llevarme en brazos por toda la casa hasta nuestra habitación. Aunque le costaba un poco cuando finalmente me dejó en la cama, fue tan romántico. Todavía recuerdo la emoción que sentí cuando se subió encima de mí con entusiasmo y consumamos nuestro matrimonio. Por fin tenía todo lo que siempre había deseado.

Jeremy no hace ningún movimiento para sentarse en el sofá. Simplemente se cruza de brazos y me mira con una ceja arqueada. "¿Todo bien?"

Su corbata está ligeramente torcida. Extiendo la mano para enderezarla, como solía hacer, y él se aparta bruscamente como si lo hubiera quemado.

"Naomi…" Parece casi culpable, lo cual resulta ridículo. "Por favor, no…"

—Soy tu esposa —le digo—. Tengo derecho a tocarte.

Él no dice nada al respecto. Hay una expresión en su rostro que no logro descifrar.

—¿Por qué le presentaste a Teddy a Verónica? —le pregunto, desafiándolo—. Creí que ibas a esperar.

"Sí, esperé." Su respuesta me hace preguntarme cuánto tiempo lleva viendo a esa mujer a mis espaldas. "Y, de hecho, también quería hablar contigo sobre eso. Por favor, deja de hablar mal de Ronnie con Teddy a sus espaldas. No está bien."

"¡Yo no haría eso!"

"Vamos, Naomi…"

"De acuerdo, fingiré que la mujer que separó a nuestra familia es mi persona favorita en todo el mundo. ¿Contento?"

Jeremy frunce el ceño, y ahora puedo identificar la expresión de su rostro. Parece triste. "Tengo que ir a trabajar".

—Mira —digo—. Es confuso para Teddy conocer a otra mujer así si no va a durar.

"No es una aventura pasajera, Naomi."

No hay vacilación en su voz, lo que me hace sentir aún peor. Abro la boca, pensando en qué otras protestas puedo lanzar, pero antes de que pueda decir una palabra, me derrumbo.

De repente, grandes lágrimas me corren por las mejillas. Lo estoy dejando salir todo, mis hombros se agitan, mi cara se pone roja como un tomate. Es humillante, pero por otro lado, se siente bien. Como un desahogo. Estoy harta de fingir que me controlo.

He llorado delante de mi marido antes. Claro que sí. Antes, me abrazaba y me acariciaba el pelo. Pero cuando levanto la vista para mirarlo, me mira boquiabierto como si me hubiera salido otra cabeza.

—¿Estás llorando ahora? —se queja—. Naomi, te acabo de decir que tengo una reunión a la que llego tarde. Por favor, no hagas esto ahora.

—Lo siento —digo con voz entrecortada, secándome los ojos.

—Mira —dice—, probablemente debería haberle dicho a Teddy que dejara el juguete en su habitación, pero él simplemente quería llevárselo. No fue para tanto que la conociera. Se llevaron bien y todos lo pasaron bien.

Respiro hondo, intentando controlar mis emociones. Ayuda un poco. "¿Se supone que eso me hará sentir mejor?"

—Pues sí —dice—. ¿No quieres que Teddy la aprecie si va a pasar tiempo con ella? Es decir, si vuelves a salir con alguien, querrás presentárselo a Teddy, ¿no?

¿Si alguna vez salgo con alguien? "Pensaba que sería pronto".

"No estoy de acuerdo."

Entonces me sorprende al tomar mi mano izquierda. Es la primera vez que me toca desde que me mudé, y el gesto me reconforta. Pero luego me doy cuenta de que no intenta tomarme la mano. Solo la agarró para ver más de cerca el anillo de morganita en mi dedo anular.

—¿Sigues llevando puesto el anillo de bodas? —pregunta con asombro.

Retiro mi mano de él de forma protectora. "¿Por qué no?"

—Naomi —dice en voz baja—, nos estamos divorciando. No deberías…

Jeremy no lleva su alianza de boda. Se la quitó justo después de darme la noticia. Pero, dejando a un lado nuestro matrimonio, me encanta este anillo: es único y precioso. Aunque ya no estemos casados, sería raro no llevarlo puesto. Y, francamente, no es su decisión. Es mi dedo.

"Vale, vale." Levanta las manos. "Mira, de verdad tengo que irme. Este cliente me va a matar si llego tarde."

—Por favor, Jeremy —sollozo—. Tienes que escucharme. Verónica... Ella no te ama. Solo te está utilizando.

"Naomi…"

"Es cierto. Tienes que creerme…"

"Veronica es realmente genial", dice con total convicción en su voz. "Es simpática, inteligente y se lleva de maravilla con Teddy. Es genial".

"Y ella es catorce años menor que yo."

Ignora ese último comentario. "Además… mira, no quiero entrar en detalles, pero ¿podrías abstenerte de seguirla por el supermercado y luego amenazarla?"

Me quedo sin aliento. No puedo creer que le haya dicho eso. "¡Yo nunca la amenacé! ¡Ella me amenazó a mí!"

Su escepticismo es evidente en su rostro. Le cree más a ella que a mí.

—Tengo que irme —dice. Y sin decir una palabra más, pasa a mi lado, abre de golpe la puerta de su oficina y me deja aquí sola.

Es evidente que, para Jeremy, Verónica es perfecta. Y él cree que ella siente lo mismo por él. No hay forma de que crea que sus intenciones no sean puras.

No, a menos que tenga pruebas.

20

Nuestra primera sesión de mediación es esta mañana.

La reunión se celebra en una sala de conferencias del ayuntamiento. Jeremy contrató al mediador, pero se lo comenté a Ezra, y me dijo que conocía a la mujer y que todo parecía bien. Así que, al menos, eso es un punto a favor.

Le dedico aún más tiempo a mi apariencia que el día que conocí a Stefanie Gorman. Me lleva una hora maquillarme frente al espejo, intentando lograr el efecto perfecto de no llevar maquillaje. El resultado es bastante bueno, si me permiten decirlo. No tengo dinero para ropa nueva, pero plancho y froto mi mejor traje. A Jeremy le encantaba este traje porque decía que realzaba mi figura y mis piernas. La verdad es que ahora me queda un poco ajustado, pero mientras no se rompan las costuras, estaré bien.

Me sentía de maravilla conmigo mismo hasta que llego al ayuntamiento justo a tiempo para pillar a Jeremy y Veronica besándose apasionadamente en el aparcamiento.

Vale, no se están besando apasionadamente. No como la otra noche en el porche. Pero sin duda es más que un simple beso rápido en los labios como los que me daba todas las mañanas. Y luego, cuando se separan, se quedan mirándose fijamente a los ojos durante unos quince segundos.

Tengo ganas de vomitar.

Jeremy entra en el ayuntamiento, pero Verónica se queda en la acera. Saca el móvil del bolso y escribe algo en la pantalla. Sea lo que sea, le arranca una sonrisa.

Me siento en mi Lexus, esperando que vuelva a su coche para no tener que interactuar con ella. Pero se queda ahí parada. Y no quiero llegar tarde a la sesión de mediación, así que no me queda más remedio que pasar de largo.

Quizás si camino rápido, ni siquiera me note.

Pero claro, eso era pura ilusión. En cuanto me acerqué al ayuntamiento, Verónica levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

"¡Naomi!", dice. "¡Qué gusto verte de nuevo!"

¿Esta chica habla en serio? Le dijo a mi esposo que la amenacé la última vez que nos vimos, cuando fue ella quien hizo todos esos comentarios extraños sobre asfixia. ¿Pero qué se supone que debo hacer? ¿Arme un escándalo justo afuera de nuestra mediación de divorcio?

Así que no digo nada. Espero que Verónica capte la indirecta, pero en vez de eso, sigue hablando.

"Por fin conocí a Teddy el otro día", me dice. "¡Ay, Dios mío, qué niño tan dulce! Nos llevamos de maravilla".

¿Acaso decir que esperaba que la odiara me convierte en mala persona? Bien, entonces soy mala persona.

—Estábamos hablando de su cumpleaños —continúa, aunque no le he dirigido la palabra, ni siquiera un simple hola—. Va a cumplir seis años, ¿verdad? Es una edad muy divertida. Jeremy y yo estábamos pensando en hacerle una gran fiesta en el jardín. Y tú podrías venir, por supuesto.

"¿Ah, sí?" Giro la cabeza hacia ella, incapaz de contenerme más. "¿Puedo asistir al sexto cumpleaños de mi propio hijo? Qué amable de tu parte invitarme."

Verónica ni se inmuta ante mi arrebato. «Bueno, Jeremy y yo seremos los que organicemos y seremos los anfitriones de la fiesta. Puedes venir si quieres, pero no tienes por qué hacerlo, claro».

Me dan ganas de darle un puñetazo en la cara, pero probablemente no me iría bien. Además, no quiero llegar tarde a mi

primera sesión de mediación. Eso no quedaría bien.

En lugar de eso, me doy la vuelta y le doy la espalda a Verónica, y subo las escaleras que llevan al ayuntamiento.

La sala de conferencias donde nos reunimos está en el segundo piso. Subo las escaleras, y el edificio es tan grande que temo no encontrarla, pero en cuanto llego arriba, encuentro a mi abogado —quien me pidió que lo llamara Ezra— en el pasillo, mirando su teléfono. Por suerte, lleva traje, y esta vez su corbata está perfectamente anudada. Incluso se afeitó.

Lamentablemente, su aspecto más pulcro se ve empañado por el hecho de que lleva el maletín más grande que jamás haya visto. Es como si hubiera metido dentro todos los papeles que tenía en su oficina ayer. Está tan lleno que parece que va a reventar.

—Ah —dice cuando me ve—. Estaba a punto de enviarte un mensaje. Tu marido está ahí dentro y estamos listos para empezar.

—Lo siento —digo—. Me distraje un poco en el estacionamiento. Choqué con esa mujer…

Ezra resopla. “Ah, sí, vi el beso apasionado cuando entraba. ¡Qué profesionales!”

Me reconforta saber que piensa lo mismo que yo. "Bueno, es preciosa".

“Eh.”

“Es objetivamente preciosa.”

“Si te gusta ese tipo”, dice de una manera que deja claro que a él no le gusta en absoluto. “En fin, ¿estás listo para esto?”

Abrazo mis brazos contra mi pecho. "¿Sinceramente? No."

“Bueno, si dijeras que sí, pensaría que mientes.” Me dedica una sonrisa comprensiva. “Mira, esto no va a ser un proceso fácil. Incluso en los mejores divorcios, siempre hay discusiones sobre lo que es justo. Y puede ser desgarrador. Créeme, lo he vivido en ambos lados.”

Levanto las cejas. "¿Estás divorciada?"

—Sí —dice, aunque no ofrece más información al respecto—. Así que confía en mí cuando te digo que sé de lo que hablo. ¿Estás listo?

—Espera. —Busco en mi bolso y saco un cristal translúcido que tenía guardado en uno de los bolsillos interiores—. ¿Podrías guardarlo contigo cuando entremos?

Espero que ponga los ojos en blanco como hace Jeremy cuando le ofrezco cristales. Pero en vez de eso, lo toma y lo sostiene a contraluz. "¿Qué es?"

"Cuarzo transparente", digo. "Es ideal para atraer la buena suerte. Atrae la positividad y repele la negatividad".

Él asiente y se lo guarda en el bolsillo. "Parece justo lo que necesitamos".

Sigo a Ezra por el pasillo hasta una pequeña sala de conferencias. Ya hay tres personas dentro: Jeremy, con otro traje de negocios caro; la mediadora, sentada a la cabecera de la mesa; y supongo que el hombre sentado a su lado es su abogado, Leonard Hardwick. Por su pelo plateado, Hardwick parece tener al menos veinte años más de experiencia que mi abogado, mucho más joven, y hay algo muy intimidante en él. Ojalá estuviera de mi lado.

Me siento frente a Jeremy, quien me mira brevemente y luego intercambia una mirada significativa con su abogado. Ezra toma asiento junto al mío y deja su maletín sobre la mesa.

La mediadora inicia la reunión presentándose al grupo como Alana Ocasio. No parece el tipo de persona que tolera tonterías, lo cual agradezco. «Y yo soy Lenny Hardwick», dice el abogado de Jeremy con voz ronca.

"Esta es mi clienta, Naomi Roth", dice Ezra, "y yo soy Ezra Fletcher… aunque ya nos hemos conocido antes, ¿verdad, señor Hardwick?".

Hardwick no hace referencia a su encuentro anterior, aunque parece que acaba de meterse algo rancio en la boca.

Para empezar —dice Ezra—, quiero señalar una conducta bastante irregular por parte del Sr. Roth. Mi cliente me ha informado de que el Sr. Roth retiró todo el dinero de sus cuentas conjuntas tras presentar la demanda de divorcio. Creo que todos coincidimos en que se trata de una conducta inapropiada y que demuestra mala fe.

—Eso no es cierto —interviene Jeremy—. El dinero está en las cuentas.

—¡Estás mintiendo! —Miro a Ezra con impotencia—. Está mintiendo. Él movió el dinero.

—¿Le importaría a la señora Roth comprobar el saldo de la cuenta ahora mismo? —sugiere Hardwick.

Saco el móvil del bolso y abro la aplicación del banco. Me lleva un segundo iniciar sesión y espero ver el mismo saldo de 25 dólares. Pero, como por arte de magia, todo el dinero ha vuelto.

Me quedo boquiabierto. "Pero… no fue así…"

Genial. Ahora parezco un mentiroso. Miro a Ezra, que ni siquiera parece prestar atención. Está rebuscando en su maletín sin motivo aparente. De repente, saca una hoja de papel y se la desliza a Jeremy y a su abogado.

"Este era el saldo de la cuenta hace cinco días", anuncia. "Veinticinco dólares. Veo que, de alguna manera, como por arte de magia, el dinero ha regresado justo a tiempo para esta sesión de mediación. Pero, señor Hardwick, espero que le diga a su cliente que estas artimañas no son bien vistas".

"El señor Fletcher tiene razón", dice nuestra mediadora, Ocasio. "Señor Roth, usted no debería actuar de mala fe".

Guau.

Hardwick le lanza una mirada severa a Jeremy, quien murmura una disculpa. Miro a Ezra, que me guiña un ojo. Tenía mucho miedo de contratar a un abogado, pero ahora me alegra saber que, por fin, alguien me apoya.

Repasamos los términos del acuerdo prenupcial, y parece que Ezra tiene problemas con cada uno de ellos. Hardwick se mantiene firme, pero al mismo tiempo, Ezra logra quebrarlo varias veces. Está destrozando el acuerdo. En un momento dado, lee un párrafo en voz alta, luego niega con la cabeza, se vuelve hacia Jeremy y le dice: "¿Quién escribió esto? ¿Tú?".

El rostro de Jeremy se sonroja un poco y parece que va a responder, pero entonces Hardwick le toca el hombro y él se queda callado.

"En cualquier caso", dice Ezra, "creo que está claro para todos que muchos elementos de este acuerdo prenupcial no entran dentro

del ámbito de lo que se le debería haber pedido a la Sra. Roth que firmara".

"Hay margen para la negociación", dice Hardwick con rigidez tras una pausa cargada de tensión.

"Eso es lo que yo pensaba."

Quiero abrazar a Ezra Fletcher con todas mis fuerzas. Intentaba no pensar en el pánico que me produjo ese acuerdo prenupcial. Solo me daba una pequeña suma de dinero por cada año de matrimonio, apenas un poco más de seis cifras en total. Desde luego, no es suficiente para vivir; tal vez solo me alcance para salir adelante hasta que vuelva a abrir mi consulta médica.

"Y luego está el tema de la custodia de Theodore Roth", dice Hardwick.

Mi corazón se acelera. Espero que podamos llegar a un acuerdo para que yo obtenga la custodia total de Teddy. Pero como Jeremy es un buen padre, sin duda me gustaría que pudiera pasar mucho tiempo con nuestro hijo. Es algo que estoy dispuesta a negociar.

Y entonces Jeremy dice algo que me deja impactado. Algo que lo cambia todo:

—Quiero la custodia total de Teddy —espeta.

21

"¿Custodia total?", exclamo. Me da vueltas la cabeza y, por un instante, solo veo un túnel. "¿De qué estás hablando? ¡Eso es absolutamente ridículo!"

—El señor Roth se está extralimitando —dice Hardwick rápidamente—. Lo que quiere decir es que le gustaría tener más del cincuenta por ciento de la custodia. Desde luego, no desea privar a la señora Roth del derecho a ver a su hijo. Pero le gustaría que Teddy se quedara con él durante la semana, y que la señora Roth pudiera tenerlo cada dos fines de semana.

Empiezo a protestar de nuevo, pero Ezra me toca el brazo y cierro la boca. Él ha manejado las cosas mejor de lo que yo podría haberlo hecho, así que voy a confiar en él.

"Esto nos sorprende", dice Ezra. "La señora Roth es una madre muy involucrada y, por supuesto, el trabajo del señor Roth es sumamente exigente. Ella lo ha estado recogiendo de la escuela todos los días, y es lógico que conserve la custodia durante la semana".

—Es una irresponsable. —Los ojos marrones de Jeremy se encuentran con los míos al otro lado de la mesa de conferencias—. Lo siento, Naomi, pero es cierto. Ha sido un problema para Teddy toda su vida. Nunca aparece cuando se supone que debe hacerlo. La mitad de las veces que tiene que recoger a Teddy en la escuela, no

está. Tengo que tener a nuestra niñera, Rosita, disponible para asegurarse de que lo recojan.

"¡Eso no es cierto!", digo demasiado alto. "Siempre estoy ahí para recoger a Teddy".

Jeremy se dirige al mediador. «Rosita estaría encantada de venir aquí para exponer los hechos. O la maestra de Teddy podría testificar cuántas veces llegó tarde antes de que la contactáramos».

"¡Estás mintiendo!" Se me llenan los ojos de lágrimas. "Dijiste que querías que Rosita me diera un respiro y me dejara dormir hasta tarde. ¡Insististe!"

Fue muy amable al respecto. Necesitas descansar bien, Naomi, y podemos permitirnos la ayuda extra. Por favor, déjame consentirte.

"Intentaba no herir tus sentimientos." Me mira brevemente y luego aparta la vista. "Y nada ha cambiado. El sábado pasado, Teddy te estaba esperando, vestido y listo para salir con su mochila puesta, y llegaste una hora tarde. Se sintió fatal."

Me limpio los ojos con el dorso de la mano. "¡Me dijiste diez!"

"¡Dije nueve!"

—Vale, vale. —Ezra me toca el hombro y me callo—. Mira, obviamente el acuerdo de custodia propuesto es un poco diferente de lo que esperábamos. La señora Roth es una buena madre, y si propones una custodia compartida menor al 50%, vamos a necesitar una muy buena razón.

Esta vez, Hardwick es quien responde. «La propuesta del señor Roth es más que justa. Tiene un vínculo especialmente estrecho con Theodore, y creo que, si tuviera que elegir, Theodore preferiría vivir con su padre. Además, la residencia principal, donde vive actualmente el señor Roth, es el único hogar que Theodore ha conocido. Creo que todos estaremos de acuerdo en que sería extremadamente perjudicial alejar a un niño de cinco años de su hogar». Me mira con desdén. «Sobre todo cuando la alternativa son unas condiciones de vida tan cuestionables. Tenemos fotos del supuesto dormitorio que la señora Roth ha habilitado en su apartamento, y creo que todos coincidiremos en que es bastante inadecuado».

—¡Me dijiste que viviera allí! —exclamé, clavándome las uñas en la palma de la mano—. ¡Me engañaste!

—Naomi —dice Ezra en voz baja.

"¡Y al menos no me acuesto con una chica que tiene la mitad de mi edad mientras mi hijo vive bajo el mismo techo!"

—¡Naomi! —La voz de Ezra es más tajante esta vez. Se vuelve hacia Jeremy y su abogado—. Obviamente, esta petición nos ha pillado un poco por sorpresa. Quiero hablar con mi cliente para discutir la situación.

"Te daré un cuarto de millón de dólares si aceptas este acuerdo de custodia", dice Jeremy con vehemencia.

Ambos abogados muestran expresiones de asombro en sus rostros. Hardwick se aclara la garganta ruidosamente. —Jeremy...

—Medio millón —se corrige—. Medio millón de dólares, Naomi. Sé que lo necesitas.

"Señor Roth." Ocasio es la primera en hablar. "Esto es sumamente inapropiado."

Hardwick le lanza a Jeremy una mirada asesina, y este finalmente se calla. Pero el daño ya está hecho. Mi esposo me acaba de ofrecer medio millón de dólares por renunciar a mi hijo. ¿Está loco? ¿Qué le ha hecho Verónica? ¿O es que realmente tiene un tumor cerebral? Ni siquiera puedo imaginar qué lo impulsó a actuar así.

Aunque lo peor son todas las mentiras que dice sobre mí. Por mucho que me enorgulleciera mi carrera médica, me enorgullece aún más ser madre. Teddy es el centro de mi universo y hago todo por él. Sin Teddy, mi vida no tendría sentido.

Cuando terminamos la reunión, estoy temblando de rabia. Ezra me saca a rastras de la sala, buscamos un rincón tranquilo con un banco y me sienta. Luego se sienta a mi lado, dejando caer su enorme maletín entre las piernas.

"Bueno, antes que nada", dice, "vamos a respirar hondo".

—¡Respira hondo! —exclamé—. ¡No voy a quedarme aquí respirando mientras Jeremy quiere quitarme a mi hijo!

"Lo que él quiere y lo que va a suceder son dos cosas completamente diferentes."

Las lágrimas me pican en los ojos. Logré contenerme en la reunión, pero no estoy segura de poder hacerlo más. «¡Ni siquiera entiendo por qué quiere la custodia! ¡Siempre está trabajando!»

Ezra sonríe con sorna. "Ya sé por qué."

"¿Por qué?"

"Porque si la custodia es compartida al 50%, él tendrá que pagarte la manutención", dice. "Y eso sin contar prácticamente todos los gastos de guardería y matrícula de colegio privado, dada la diferencia de ingresos. Va a tener que pagar una barbaridad. Pero si tiene más del 50% de la custodia, no tendrá que pagarte ni un céntimo de manutención".

Lo miro parpadeando. "¿En serio?"

"En serio."

"¡Qué...!" Recuerdo lo que dijo Stefanie Gorman en su oficina. "¡Qué idiota!"

Ezra se ríe. "Eso es."

Las lágrimas se han secado, y solo queda la rabia. ¿Cómo pudo Jeremy hacerme esto? Siempre supe que tenía un lado rencoroso, pero jamás imaginé que pudiera comportarse así.

Yo diría que fue la influencia de Verónica, pero cuando estuve en esa habitación, no lo sentí así. Sentí que las mentiras venían directamente de mi marido.

"Todo lo que dijo sobre mí es mentira", le digo a Ezra.

"No me cabe duda. Y no se preocupen. No va a ganar esta batalla. Iremos a los tribunales si es necesario."

"Yo, eh, no sé si puedo permitirme un juicio."

No parece preocuparle en lo más mínimo mi total incapacidad para pagarle. Aunque, desde luego, puedo extenderle un cheque ahora que el dinero ha reaparecido mágicamente en la cuenta bancaria conjunta.

—No te preocupes —me dice sonriendo—. Te espera mucho dinero. Seguro que al final me pagarán.

Parece tan seguro de sí mismo que me hace sentir mejor. No del todo mejor, claro. Pero quizás, un poquito mejor.

—Oye —le digo—, ¿por qué Hardwick te miraba con esa cara de desprecio cuando entramos en la sala de conferencias?

"¡Oh!" Su sonrisa se ensancha. "Tuvimos un caso de divorcio importante que concluyó hace aproximadamente un año; fue a juicio y todo. Mi clienta consiguió todo lo que quería. Pero pensé que Lenny me iba a dar una paliza en el estacionamiento después de que terminara. Probablemente lo habría hecho si no le preocupara tanto perder su peluquín en una pelea a puñetazos".

A pesar de todo lo que pasó hoy, eso me hace reír. Y trato de disfrutarlo, porque me preocupa que pueda ser la última vez que me ría en mucho tiempo.

Ezra tiene otros asuntos que atender, así que salgo del ayuntamiento sola. Al salir del edificio, me doy cuenta de que el familiar Jetta beige sigue en el estacionamiento. El coche de Verónica.

Me invade un impulso repentino de pincharle las ruedas, pero supongo que hay cámaras en el estacionamiento. No me convendría que me pillaran. Tengo que portarme bien si no quiero que Jeremy me quite a mi hijo.

Ojalá supiera más de Verónica. Ojalá supiera quién es y qué pretende con mi marido, porque apostaría lo que fuera a que no está enamorada de él. Pero no sé nada de esta mujer. Ni siquiera su apellido.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me observa, luego me acerco sigilosamente al coche de Verónica. Miro por la ventanilla, buscando alguna pista sobre ella. Dejó su bolso dentro del coche, pero cuando intento abrir la puerta, no se desbloquea. Bueno, al menos es lo suficientemente lista como para cerrar las puertas con llave.

Me acerco al coche por el lateral y miro el guardabarros trasero. La última vez que lo vi, estaba agrietado, pero ya lo han arreglado. Seguro que su novio, que es mayor que yo y está casado, pagó la cuantiosa factura de la reparación.

Compruebo una vez más que nadie me esté mirando, luego meto la mano en mi bolso y saco el teléfono. Rápidamente le tomo una foto a la matrícula de Verónica.

Listo. Ahora tengo información para continuar.

22

"¡Dios mío, qué imbécil!"

Cora está tan indignada como yo por el intento de Jeremy de obtener la custodia de Teddy. De hecho, parece incluso más enfadada que yo. Tiene la cara completamente roja y patea con tanta fuerza un balón de fútbol que está en el césped que sale disparado por todo el jardín.

Estamos esperando fuera del colegio a que los niños salgan. Intenté unirme a Cheryl y Ashlyn, pero después de que Jeremy me entregara los papeles del divorcio delante de ellas, fue tan incómodo que no pude volver a intentarlo. Desde entonces, he estado esperando con Cora. Y resulta que me cae muy bien.

"Ezra dice que es porque quiere dejar de pagar la manutención de los niños", le digo.

—Pues claro que por eso —aprieta los dientes—. Por eso es un imbécil. Quiere quitarle un hijo a su madre solo para no pagarte lo que te mereces.

Es bastante despreciable. Lo que me hace preguntarme si habrá sido idea de Verónica.

"Por cierto", dice, "¿qué tal te va con el nuevo abogado? Me da mucha pena que no hayas podido contar con Stefanie".

"En realidad es muy bueno. Parecía muy desorganizado en su oficina, pero en la mediación fue bastante firme."

“Bien. Necesitas a alguien duro.” Se examina las uñas. “¿Y es guapo?”

La miro fijamente. "No creo que eso importe".

“¡Claro que importa!”, dice, poniendo las manos en sus caderas. “Cariño, estás a punto de volver a estar soltera. ¡Ya puedes empezar a buscar!”

“Bueno, por el momento sigo casada.”

“Técnicas.” Chasquea la lengua. “¿Entonces él lo es?”

“¿Quién es qué?”

“¡Tu abogado! ¿Es guapo?”

“Eh…” Claramente no me va a dejar en paz hasta que le dé una respuesta. Pero la verdad es que me cuesta pensar en alguien más que en Jeremy de esa manera. Puede que él se haya desentendido de nuestro matrimonio, pero yo todavía no. “Supongo que sí.”

Me guiña un ojo. «Recuerda: Charlotte se casó con su abogado de divorcios».

“¿Quién es Charlotte?”

“¡Sobre Sex and the City! ¡Dios mío, Naomi!”

No sé si debería avergonzarme de admitir que nunca vi la serie, pero de todas formas, tengo cosas más importantes en las que pensar. «Ojalá supiera más sobre la chica con la que sale Jeremy. Me encantaría descubrir algún trapo sucio sobre ella».

—Buena idea —asiente Cora con entusiasmo—. Puede que sea un estado donde no se requiere demostrar la culpabilidad, pero si la mujer con la que sale tiene antecedentes penales, eso sin duda perjudicará su caso de custodia.

—Ni siquiera sé su apellido —digo con pesar—. Conseguí su matrícula, pero resulta que es bastante difícil obtener información sobre una persona solo con eso. Lo único que pude encontrar fue información sobre el vehículo.

Sus ojos se iluminan. “¡Dame el número de matrícula! Estoy saliendo con un policía, y él seguro que te lo buscará”.

"¿En realidad?"

“¡Claro que sí! Está loco por mí y siempre presume de que puede averiguar cualquier cosa sobre cualquiera. Pongámoslo a prueba.”

Le agradezco muchísimo a Cora y le envío por mensaje la foto que le tomé a las placas de Nueva York de Verónica. Tengo muchas ganas de ver qué descubre. Es una gran amiga.

Pero hay una parte de mí que se pregunta si esto podría ser un error. Ezra me prometió que se encargaría de todo y me conseguiría un acuerdo justo. Quizás sería un error crear problemas.

Por otro lado, si esta mujer va a estar cerca de mi hijo, necesito saber qué le pasa. Estoy completamente segura de que oculta algo y pienso descubrir qué es.

23

Tengo una cita con Ezra en su oficina a las cinco de la tarde, así que Rosita viene a las cuatro a recoger a Teddy.

Rosita nos ha cuidado como niñera desde que Teddy tenía unos dos años, aunque solo recientemente empezó a llevarlo al colegio. Era un niño tan inquieto que Jeremy la contrató para que me diera un respiro de vez en cuando. En aquel entonces, le insinué que tal vez me gustaría retomar mi práctica médica si ella podía ayudarme, pero él se opuso rotundamente.

Ahora me pregunto si estaba intentando impedir que yo tuviera mi propia carrera profesional y mi propio dinero.

—Hola, señorita Naomi —dice Rosita cuando le abro la puerta.

Me hago a un lado para dejarla entrar. "Hola, Rosita."

Me dedica una sonrisa incómoda. En la mediación, Jeremy dijo que Rosita iba a testificar que soy una madre irresponsable. Me cuesta creer que esta dulce mujer, a quien a veces desearía que fuera mi madre, hiciera algo así.

Teddy sigue jugando en su habitación con un set de Lego que le compré con el dinero extra que tengo ahora. No llegué a decirle que tenía que ver vídeos de monos, pero le pregunté si podía quedarse encerrado en su habitación mientras charlaba con Rosita. Y ahora es mi oportunidad.

—Rosita —le digo—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Se frota las manos. "Debería irme. Pronto habrá mucho tráfico".

—Solo será un segundo —le aseguro—. Solo... necesito saber... ¿Crees que no soy apto para tener la custodia de Teddy?

—Oh, no —dice rápidamente—. Usted es una madre maravillosa, señorita Naomi.

"Entonces, ¿por qué Jeremy me dice que le dirías a nuestro mediador que yo no soy responsable?"

Ella solo niega con la cabeza. "Por favor. No quiero involucrarme. Eso mismo le dije a tu marido". Parpadea con lágrimas en los ojos. "Necesito este trabajo para mantener a mi familia…".

Contengo la respiración al darme cuenta de lo que me está diciendo. ¿Acaso Jeremy la amenazó con despedirla si no hacía lo que él le decía? No me parece algo que él haría. Siempre ha sido muy amable y generoso con Rosita: le dio dos semanas de baja remunerada cuando su hermana estaba enferma, y siempre le da una gran bonificación en Navidad y en su cumpleaños.

Antes de que pudiera hacerle más preguntas, mi teléfono vibró sobre la mesa de café. Me acerqué para mirar y vi un mensaje de Cora en la pantalla:

Verónica Chesson

Y entonces aparece un segundo mensaje de texto con una dirección.

Me late el corazón con fuerza. Esta es la información que estaba esperando. Es el nombre completo de Verónica y su dirección. Si quiero averiguar qué ha estado haciendo y qué pretende con mi familia, este es un buen punto de partida.

Es evidente que Rosita no me va a decir nada, y tengo que irme pronto a mi cita, así que llamo a Teddy para que salga de su habitación y los despido. Pero aún no es hora de irme, así que cojo el móvil y busco en Google el nombre de "Veronica Chesson".

No aparece nadie que parezca ser la misma mujer con la que mi marido se acuesta, al menos no según la foto. Sea quien sea, no tiene mucha presencia en redes sociales. Y teniendo en cuenta que

tiene veintitantos años, me parece extraño. Las mujeres de su edad suelen estar por todas partes en las redes sociales.

Hay algo en Veronica Chesson que no cuadra.

La dirección que aparece no es de la zona. Está en el condado de Westchester, en Scarsdale, un suburbio muy rico de Nueva York que probablemente esté a más de dos horas de distancia. Dudo que haga ese trayecto a diario, lo que significa que la dirección no está actualizada. Pero eso no significa que no pueda proporcionar información útil. Quizás mañana dé una vuelta para verla.

Una llamada entrante interrumpe mi pequeña investigación, y el nombre de Ezra aparece en la pantalla. Me pregunto de qué me llamará cuando vaya de camino dentro de unos minutos.

—Lo siento mucho, Naomi —se queja cuando contesto el teléfono—. Sigo atascado en el juzgado. No voy a llegar a la oficina antes de las cinco. Con suerte, termino aquí antes de las seis.

—Oh —digo, incapaz de disimular mi decepción—. Estoy desesperada por idear un plan. —¿Y mañana?

"Mañana tengo que estar en el juzgado todo el día. Este maldito caso… En fin, podríamos vernos en mi despacho cuando termine, pero sinceramente, no quiero mandarte a ese barrio por la noche."

Tampoco me entusiasma ir a ese barrio por la noche. Incluso durante el día, era bastante peligroso. "¿Haces visitas a domicilio?"

Lo digo en broma, pero él no se niega. "Sí, podría pasarme si te parece bien", dice.

"Y deberías traer la cena", digo, de nuevo en tono de broma.

—De acuerdo —dice—. ¿Te parece bien la pizza?

"La pizza es muy mala para la salud", señalo. "Todo ese aceite y queso. Sin mencionar los conservantes".

"Oh." Hace una pausa, como si ni siquiera lo hubiera considerado. La mayoría de la gente no piensa mucho en lo que entra en su cuerpo. "¿Entonces qué quieres?"

"Hay una cafetería orgánica estupenda a unos cinco minutos de aquí. ¿Te importaría parar allí?"

—Lo tienes —dice alegremente, aunque espero que siga igual de alegre cuando vea el menú.

24

Unas dos horas después, llaman a mi puerta.

Corro descalza a abrir y Ezra está parado en mi puerta, con su enorme maletín en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. "Ya tengo la cena".

"Muchas gracias."

Ezra entra en el apartamento y mira a su alrededor con aprobación. "Un lugar bonito".

“Gracias. Pertenecía a mi suegra fallecida.”

Él inclina la cabeza hacia un lado. "¿Así que ella te está persiguiendo o…?"

“Probablemente. Ella le dijo a Jeremy que no debía casarse conmigo. Que estaba cometiendo un error.”

“Guau. Qué bien.”

Deja la bolsa de comida para llevar sobre mi mesa de centro y luego extiende su enorme maletín en el suelo. «No sé tú, pero yo me muero de hambre. No he comido en todo el día. ¿Te importa si comemos antes de ir al trabajo?».

—Claro —digo—. Te traeré algo de beber. Tengo agua y zumos envasados.

Él se ríe. "¿Qué tipo de cajas de jugo?"

“Ponche de frutas.” Hago una pausa. “Y también tengo kombucha casera.”

—¿Kombucha? —repite—. ¿Qué es eso?

—Es té negro endulzado que ha sido fermentado —le digo. Cuando me mira con extrañeza, añado—: Tiene muchísimos beneficios para la salud.

"Eh, tal vez en otra ocasión", dice. "En realidad, el agua estaría genial".

Terminamos comiendo sentados en mi sofá. Pedí un bol Golden Buddha con remolacha extra, y Ezra pidió un bol teriyaki. Ezra se lo comió entero en unos cinco minutos mientras yo daba bocados con moderación. Bocados de dama, como diría mi madre. Al terminar la comida, Ezra estaba lleno de energía y con muchas ganas de ir a trabajar.

—Tu ex está jugando sucio —dice—. Te engañó para que te mudaras, porque sabía que así tendría más posibilidades de obtener la custodia. Vació tus cuentas bancarias y luego fingió que no lo había hecho. Incluso contrató a los mejores abogados de la ciudad para que no pudieras usarlos. —Se frota los dedos contra la camisa —. Por desgracia para él, no sabía nada de mí.

—Ezra —respiro hondo—. Solo quiero decirte que aprecio todo lo que estás haciendo por mí. Sinceramente, este proceso me da mucho miedo, y tu seguridad me tranquiliza.

"Bueno, como ya dije, he pasado por eso muchas veces antes."

Le eché un vistazo a mi Buddha bowl a medio comer, decidiendo si quería otro bocado. "¿Tu divorcio también fue muy duro?"

"Oh…"

Me sonrojo. "Lo siento, no debería haber preguntado eso. Es demasiado personal."

—No, está bien. —Mira su plato vacío, como si aún tuviera hambre. Pienso en ofrecerle mi propia comida, pero eso podría resultar demasiado familiar. —Mi divorcio fue… fue bien. Fue bastante mutuo y no había niños de por medio, así que fue de lo más sencillo.

No puedo evitar sentir curiosidad por saber qué tipo de mujer era. "¿Cómo era tu ex?"

"Bueno, la conociste."

"¿Hice?"

Él asiente. “Stefanie fue quien te recomendó”.

¿Estaba casado con Stefanie Gorman? Vaya, no me lo esperaba. Pero en realidad, tiene sentido. Ambos son abogados, y muy buenos abogados. Y no parece que su ruptura haya sido tan conflictiva, considerando lo que ella dijo de él. Recuerdo lo contento que se puso cuando le comenté que ella lo había recomendado.

“Yo quería tener hijos, y ella no”, dice. “Lo sabíamos antes de casarnos, pero yo creía que podía hacerla cambiar de opinión, y ella creía que podía hacerme cambiar de opinión. Pero ambos éramos demasiado tercos”. Se rasca la barba incipiente. “Lo irónico es que han pasado cinco años, ella se ha vuelto a casar y yo no. Así que, obviamente, las cosas no me salieron muy bien”.

“¿Te gustaría haberte quedado con ella?”

Se apoya pesadamente en el sofá y se levanta una pequeña nube de polvo, pero parece no darse cuenta ni importarle. «No lo sé. La echo de menos, pero encontró a alguien que quiere lo mismo que ella, y probablemente eso sea mejor. Al menos es feliz».

"¿Estás feliz?"

Él alzó la vista bruscamente ante la pregunta. "¿Qué?"

—Lo siento —digo rápidamente—. Es que… Estábamos hablando y, de alguna manera, olvidé que eras mi abogado. Parecía, ya sabes, una simple conversación.

Sus labios se crisparon. "Sí que pareció una conversación".

“Pero obviamente, no tienes que responder a eso.”

“Oye, no… quiero decir, creo que ya hemos comido suficiente comida orgánica esta noche como para ser sinceros el uno con el otro”. Da un golpecito a su plato vacío con intención. “Estoy feliz. Al igual que Stefanie, mi trabajo me resulta muy gratificante. Es mi vida. Pero supongo que esperaba que, a mi edad, mi trabajo no lo fuera todo, ¿sabes?”.

—Sí —digo—, sé a qué te refieres. Antes de que apareciera Teddy y Jeremy y yo nos casáramos, mi trabajo era mi vida entera. Y me encantaba, pero siempre pensé que había algo más. Cuando por fin lo encontré, fue simplemente maravilloso. Por fin me sentí completa. —Respiro hondo con dificultad—. Y ahora, así sin más, todo se ha esfumado.

—¡Oye, no digas eso! —Sacude la cabeza—. Todavía tienes a Teddy. No voy a dejar que ese imbécil te lo quite. Y el divorcio no es el fin del mundo, te lo prometo. Vale, quizás no sea un ejemplo a seguir, pero mira qué feliz está Stef.

No quiero decirle que estoy segura de que él también lo logrará, porque sonaría condescendiente. Pero en el poco tiempo que lo conozco, es evidente que es un buen tipo, aunque un poco excéntrico. Al final, encontrará a la mujer adecuada, y quienquiera que sea, tendrá mucha suerte de tenerlo.

"En fin", dice, "pongámonos manos a la obra".

25

Después de que Ezra se va, no puedo dejar de pensar en Verónica. Verónica Chesson.

¿Quién es esta mujer?

Estoy decidido a averiguarlo.

Saco de la nevera la kombucha casera que ha estado fermentando en un tarro pequeño. La kombucha es conocida como el elixir de la salud inmortal, así que la bebo constantemente. Y según una página web que encontré la semana pasada, es muy fácil (y barata) de hacer en casa. Solo necesitas té negro básico, té de hibisco, azúcar moreno y un hongo de kombucha, que es una colonia simbiótica de bacterias y levadura. Tiene un aspecto parecido a una tortita esponjosa.

Llevo mi portátil a la mesa de la cocina y la apoyo junto al tarro de kombucha. Escribo el nombre "Veronica Chesson" en el buscador, dispuesta a investigar mucho más a fondo que antes de que apareciera Ezra.

Aparecen un par de perfiles, pero ninguno es el de la mujer que se ha metido con mi marido. No me sorprende; estoy segura de que Verónica es experta en borrar sus huellas. Sin mencionar que Jeremy jamás saldría con una mujer que publica selfies vulgares en las redes sociales.

Encontré una página web donde se pueden pagar verificaciones de antecedentes. Jeremy reactivó mi tarjeta de crédito después de nuestra última sesión de mediación, así que puedo investigar a fondo a Verónica. Probablemente sea una pérdida de tiempo, porque supongo que una mujer así sabe cómo mantenerse al margen de los problemas, pero no quiero dejar nada sin investigar.

Tomo un sorbo de kombucha mientras espero a que se cargue la verificación de antecedentes. La bebida es... interesante. Definitivamente diferente a la que venden en las tiendas, eso seguro. Realmente sabe... a fermentada.

Finalmente, la pantalla se llena de información. Basándome en la última dirección conocida, estoy casi seguro de que es la persona correcta. Bebo más kombucha mientras hojeo la página, conteniendo la respiración.

Vale, esto es interesante.

Verónica tiene antecedentes penales por posesión de drogas.

Verónica no parece el tipo de persona que consume drogas, pero las apariencias engañan. Esta información se la puedo dar a Ezra, lo cual será útil en mi batalla por la custodia. Aunque espero que no lleguemos a ese punto.

¿Jeremy lo sabe? ¿Es consciente de que está saliendo con una drogadicta? Peor aún, ¿se da cuenta de que ha permitido que una persona tan despreciable esté cerca de nuestro hijo? ¿Cómo puede afirmar ser un padre responsable y, sin embargo, permitir que esto suceda?

Doy otro trago decidido a la kombucha. El líquido está a medio camino de mi esófago cuando siento una fuerte sacudida en el abdomen. Salto de mi asiento y apenas llego al lavabo antes de vomitar. Me ahogo hasta que me duelen las costillas y ya no queda nada. Cuando por fin me recupero, tengo en la boca un sabor a vómito, algo agrio y otro sabor que no logro identificar.

¡Uf, no volveré a hacer kombucha nunca más!

¡Esto también es culpa de Verónica! No tendría que intentar hacer mi propia kombucha si no me hubiera echado de casa y me hubiera dejado en la indigencia. Podría comprarla en la tienda como cualquier persona normal.

Tengo que llegar al fondo de esto. Tengo que averiguar quién es realmente Veronica Chesson y qué quiere de Jeremy. Quizás aún haya una manera de evitar que esto suceda.

26

Me subo al coche para emprender la larga caminata hasta Westchester a primera hora de la mañana siguiente. Todavía me duelen las costillas y tengo náuseas por la kombucha casera que me provocó dos arcadas más antes de quedarme dormida, pero ignoro el malestar. No puedo demorarme si quiero tener tiempo suficiente para regresar a la isla y recoger a Teddy. A pesar de lo que Jeremy afirmó en la sesión de mediación, siempre llego a tiempo para recoger a mi hijo.

Siempre he considerado Westchester una zona de altos ingresos, incluso más que nuestro propio barrio, pero la dirección de Verónica parece estar en un vecindario particularmente elegante. De alguna manera, las piezas de este rompecabezas no encajan. Verónica no parece adinerada, su coche tenía una grieta considerable y tiene antecedentes por tráfico de drogas, y sin embargo, la dirección me lleva a una mansión bastante impresionante con un largo camino de entrada que conduce a la fachada. Menos mal que no hay una verja que me impida el paso, porque sería una pena haber venido hasta aquí y ni siquiera poder pasar la verja.

Aparco al final del camino de entrada de la finca. Al bajar del coche, no puedo evitar pensar que Verónica se sentiría como en casa aquí, siendo la esposa trofeo de algún empresario adinerado.

Quienquiera que sea el dueño de esta casa es mucho más rico que mi marido.

Busqué información sobre la casa en internet antes de venir. La escritura estaba a nombre de un hombre llamado Maxim Simington. Lo investigué y, efectivamente, era el director ejecutivo de una gran corporación. También descubrí que está casado y tiene dos hijos. Así que aún no he logrado entender la relación con Verónica.

Al llegar a la pesada puerta de madera, tengo la opción de elegir entre una aldaba de madera ornamentada y un timbre. Dudo unos segundos, tratando de decidir cuál usar. Finalmente, toco el timbre. Y, por si acaso, también uso la aldaba.

Me quedé allí parada un minuto entero, preguntándome si debería haberme puesto algo más elegante que mi suéter blanco y mis pantalones de yoga grises combinados con mis bailarinas. Quería estar cómoda para las cuatro horas de viaje que tendría que hacer hoy, pero me siento un poco mal vestida para estar llamando a la puerta de esta casa.

Finalmente, la puerta se abre y es un alivio ver que la mujer de mediana edad que está detrás va vestida incluso más informal que yo, con vaqueros y camiseta. Parece que el peso de la puerta está al límite de lo que puede soportar y me dirige una mirada de preocupación.

—Prohibida la entrada a vendedores ambulantes —dice, y empieza a cerrarme la puerta en la cara.

"¡Un momento!", grito. "No soy abogado".

La mujer logra detener la puerta en su trayectoria para que no se cierre de golpe. Me mira de arriba abajo, con los labios apretados. "¿Qué quieres?"

"Yo…" Lo pensé de camino, y no quiero inventarme una historia descabellada. Mejor ser sincero sobre lo que busco. "Estoy intentando encontrar a Veronica Chesson."

Por la expresión de su rostro, no es más fan de Verónica que yo. «Ya no vive aquí». Y añade: «¡Menos mal!».

Y se persigna.

"¿Sabes adónde se mudó?"

—No. Y no me importa. —De nuevo, empieza a cerrar la puerta. Pero entonces la curiosidad la vence. —¿Qué quieres de ella, de todos modos?

"Ella…" De nuevo, hago un juicio calculado y decido decirle la verdad; parece que se muere de ganas de delatar a Verónica ante la persona adecuada. "Se acuesta con mi marido".

Las cejas de la mujer se alzan hasta la línea del cabello. "¡Oh!"

"Y… y me va a dejar por ella."

—Bueno —resopla—, no puedo decir que me sorprenda.

"¿Por qué no?"

"Intentó hacer lo mismo aquí." Ahora me doy cuenta de que la mujer sostiene un trapo de cocina en la mano derecha. "Las dos trabajamos aquí. Bueno, ella trabajaba aquí, pero ya no. Era un trabajo con alojamiento incluido, limpiando, haciendo recados y ayudando con los niños."

"Bueno…"

«Decidieron darle una oportunidad», dice, «a pesar de que era drogadicta. Rehabilitada, supuestamente. En realidad, creo que Maxim —el señor Simington— simplemente la encontró atractiva. Y lo es, como bien sabes».

—Sí —murmuro—. Entonces… ¿qué pasó?

Ella suelta un bufido. "¿Qué crees que pasa cuando invitas a una chica así a tu casa? Se metió con su jefe, ¡y con muchas ganas! Hizo todo lo posible por acostarse con él."

"¿Ella no lo hizo?"

"Bueno, la señora Simington finalmente se dio cuenta y la echó. ¡Menos mal, como ya dije!"

Bien por la señora Simington. No tan bien por mí.

—Veronica Chesson busca un hombre rico —dice—. Quiere que alguien la mantenga para que no tenga que trabajar ni un día más en su vida. Que le mantenga sus lindas manos blancas como lirios, suaves y tersas. —Aprieta el trapo que tiene en la mano—. ¿Es rico tu marido?

"Él… Sí."

—Entonces parece que encontró lo que buscaba. —La mujer arruga la nariz—. Sabía que lo haría. Pero lo siento por ti. Estoy

segura de que no te mereces todo esto. Conociéndola, tu marido probablemente también saldrá perdiendo. Quizás peor.

Es justo lo que temía. Verónica buscaba un hombre rico y lo encontró en mi marido. No lo ama. Lo único que le importa es su fortuna.

—¿Hay… hay algo que pueda hacer? —le pregunto a la mujer. Sé que mi voz suena desesperada, pero no me importa.

—Puedes tener mucho cuidado. —La mujer me mira con una expresión que me hiela la sangre—. Tiene un pasado sórdido, como ya te dije. Era adicta; oí a los Simington hablar de ello. Y no me refiero a algo tan inofensivo como la cocaína. Se inyectaba heroína, ¿lo sabías? ¡Y seguía haciéndolo! Vi las marcas de las inyecciones en sus brazos.

No creo que la cocaína sea algo particularmente atractivo, pero inyectarse drogas en el torrente sanguíneo me parece aún peor. ¿Lo sabe Jeremy? Es difícil imaginar que le presentaría a su hijo a una mujer con ese historial.

—¿Qué quieres decir con "ten cuidado"? —le pregunto.

La mujer me mira de arriba abajo, como si estuviera decidiendo cuánto contarme. Hago todo lo posible por parecer lo más patético posible. No es difícil.

—Por supuesto, no tengo pruebas de ello —comienza—, pero cuando el señor Simington no cedió de inmediato ante los encantos de Verónica, ella optó por otra estrategia. —Hace una pausa significativa—. Intentó deshacerse de su esposa.

Me quedo boquiabierto. "¿Qué?"

—Rhona Simington se cayó aparatosamente por las escaleras. —Sus ojos están muy abiertos y serios—. Había visto a Verónica limpiando en lo alto de la escalera poco antes, y estoy segura de que ella fue quien provocó la caída de la señora Simington.

Me tapo la boca con la mano. Incluso después de la amenaza de Verónica, pensé que había una posibilidad razonable de que solo estuviera hablando por hablar. Ahora pienso en ese cuchillo que encontré en el fregadero de la cocina y me pregunto…

—Y también me preocupaban sus hijos —añade con un gesto teatral—. Era amable con ellos, pero por la forma en que los miraba,

me daba cuenta de que los despreciaba a ambos. Si alguna vez hubiera logrado conquistar a Maxim Simington, sospecho que habría encontrado la manera de deshacerse de ellos. O bien los habría mandado a un internado o…

No termina la frase. No tiene por qué hacerlo.

Ya odiaba a Verónica por robarme a mi marido y me preocupaba que le hubiera lavado el cerebro, pero esta es la primera vez desde que encontré su coche aparcado en casa que siento verdadero miedo por mi hijo. Si Verónica le toca un solo pelo, me aseguraré de que se arrepienta del día en que nació.

A menos que ella se deshaga de mí primero.

La mujer me está mirando fijamente, así que logro balbucear: "Gracias. Yo... agradezco la información".

La mujer me dedica un último gesto de aprobación. «Buena suerte». Y justo cuando está cerrando la puerta, añade: «¡La vas a necesitar!».

27

JEREMY VA A RECOGER A TEDDY HOY EN MI APARTAMENTO.

Han pasado dos días desde que fui en coche a Westchester, a la antigua residencia de Veronica Chesson. Jeremy y yo tenemos otra sesión de mediación mañana, así que siento que esta es mi última oportunidad para hablar con él antes de que eso suceda. Necesito intentar hacerlo entrar en razón. Si aún no sabe del pasado de Veronica, se lo voy a contar.

Mientras Teddy juega en su cuarto, me quedo de pie frente al fregadero de la cocina, dándome ánimos a mí misma. No va a ser una conversación fácil con mi marido, pero necesita saber la verdad. Es mi única oportunidad de salvar a mi familia y tal vez incluso la vida de mi hijo.

Mientras repaso mentalmente lo que quiero decir, mi mirada se desvía hacia el soporte para cuchillos sobre la encimera. Una vez más, falta un cuchillo; no me había dado cuenta antes porque estaba muy ocupada con Teddy. Estoy segura de que todos los cuchillos estaban en su sitio cuando me fui a dormir anoche.

Miro dentro del fregadero, donde encontré el cuchillo que faltaba la última vez; no hay nada.

Justo cuando iba a revisar el lavavajillas, sonó el timbre. Aunque me moría de ganas de buscar el cuchillo, no iba a hacer esperar a Jeremy, así que me apresuré a abrirle. Al abrir la puerta, Jeremy

llevaba puesto su traje y corbata, y tenía el móvil en la mano. Ni siquiera apartó la vista de la pantalla. "¿Teddy está listo?"

—Llegas un poco pronto —le digo—. Todavía no está del todo preparado.

"Voy a esperar en el coche."

Empieza a darse la vuelta, pero entonces extiendo la mano y le agarro del brazo. —¿Puedes pasar un momento, por favor? Quiero hablar contigo.

Entra en el apartamento con expresión cautelosa. Le dije a Teddy que esperara en el dormitorio y que no saliera hasta que yo se lo indicara. Así que tenemos la sala para nosotros solos.

—Por cierto —dice Jeremy—, ¿has visto el elefante que Ronnie le regaló a Teddy? Rosita dijo que lo trajo al colegio ayer.

"No lo he visto. Quizás lo dejó en la escuela."

—Supongo. —Baja el teléfono, aunque no lo guarda en el bolsillo —. ¿Se está preparando?

"Sí", digo, "pero… como ya te dije, quería hablar contigo".

"Bueno…"

No le va a gustar lo que tengo que decirle, pero necesita oírlo. Necesita darse cuenta de a quién está trayendo a la vida de nuestro hijo. «Veronica es drogadicta».

Me mira fijamente por un momento y luego se ríe. "¿Eso era lo que querías decirme?"

"Le hice una verificación de antecedentes. Fue arrestada por posesión de heroína."

No hay sorpresa en su rostro. Ya lo sabía. Sabía que esa mujer era drogadicta, y aun así se acostó con ella. Le presentó a nuestro hijo. «Eso fue hace mucho tiempo».

"No tanto tiempo."

«Ella no es drogadicta». La defiende igual que me defendió a mí cuando su madre le dijo que no se casara conmigo, pero ella solo se quejaba de que yo era mayor que él. Si supiera de Verónica, se estaría revolcando en su tumba. «Tuvo un problema hace muchos años, pero ya pasó. Te lo prometo: está limpia. Lleva muchos años así, como te dije».

"Bueno, hablé con su antiguo empleador, ¡y me dijeron que tenía marcas de inyecciones!"

—¿Hablaste con su antiguo empleador? —La ira se refleja en su rostro, aunque creo que no debería centrarse en eso—. Eso es pasarse de la raya, Naomi.

"¿Me oyes? ¡Tu nueva novia tiene marcas de inyecciones!"

—¡Por Dios, no tiene marcas de inyecciones! —Su mirada se ha endurecido—. He visto sus brazos muchas veces. Te lo aseguro: no tiene marcas de inyecciones.

"Y no solo eso", continúo, "sino que antes de ti, estuvo detrás de otro hombre casado. Un hombre casado y rico".

"Ajá…"

¿No te das cuenta de lo que te digo? —Mi voz se ha vuelto suplicante y aguda, pero no puedo evitarlo—. Verónica no te ama. Lo único que busca es dinero. Eso es todo lo que quiere.

"Eso no es cierto."

"Y odia a Teddy", añado, sabiendo que esta última acusación le hará reflexionar. "Quiere deshacerse de él".

Me mira parpadeando. "¿Odia a Teddy? Es lo más ridículo que he oído en mi vida."

¿Pero hay un atisbo de incertidumbre en su voz?

—¡Es verdad! —exclamo, aprovechando su vacilación—. Lo único que quiere es tu dinero, y Teddy es... un estorbo.

"Eso no es cierto. Adora a Teddy." Pero, de nuevo, no parece del todo seguro. "¡Dios mío, ¿qué demonios le está tomando tanto tiempo a ese niño?!"

Me aparta y camina hacia la puerta cerrada del dormitorio. La abre de golpe sin llamar y descubre a Teddy jugando en el suelo con Legos. Bueno, con una mezcla de piedras y Legos.

"¡Papá!" Teddy se lanza contra la pierna de Jeremy. "¡Papá, papá!"

La ira desaparece al instante del rostro de mi marido mientras levanta a Teddy del suelo. «¡Aquí estoy! ¿Estás listo para irnos?»

—No —dice, como si tal cosa fuera absurda—. Necesito hacer la maleta.

—Déjame ayudarte entonces —Jeremy me lanza una mirada—. No parece que tu madre haya hecho mucho para que las cosas avancen.

Jeremy baja a Teddy al suelo y luego abre el cajón superior de la cómoda. Supongo que busca cosas para llevar consigo. Pero entonces se queda paralizado, mirando fijamente dentro del cajón. Da un paso atrás, con la boca abierta.

—Naomi —jadea—. ¿Qué demonios?

"¿Qué es?"

Jeremy rebusca en el cajón y saca el elefante que Verónica le compró a Teddy. Solo que ahora luce diferente a como era cuando lo recibió.

Es decir, tiene un cuchillo de cocina grande clavado en el pecho. Mi cuchillo de cocina, al parecer.

No solo eso, sino que el muñeco de elefante ha sido… por decirlo de alguna manera, destripado. Le han sacado el relleno del abdomen. Y una sustancia de color rojo brillante cubre el cuchillo y el interior del vientre del muñeco.

—¡Ellie! —exclama Teddy. (Al parecer, ese es el nombre de su elefante).

—Naomi —logra decir Jeremy mientras intenta esconder la muñeca en su chaqueta para que Teddy no se traumatice aún más —. ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué hiciste esto?

"¡Yo no lo hice!", protesto.

Pero no me escucha. Está demasiado furioso.

"Estás completamente desquiciada." Ahora está despotricando. "Quiero decir, sabía que tenías problemas —Dios sabe que los he aguantado durante mucho tiempo— pero esto ya es demasiado."

"¡Pero yo no hice eso!", exclamé, con lágrimas de frustración en los ojos ante su acusación. Entonces se me ocurrió algo. "¡Apuesto a que fue Verónica! Tienes la llave del apartamento de tu casa. El otro día encontré la puerta abierta y pensé que tal vez la había dejado así por accidente, pero ahora creo que fue ella. Entró mientras yo no estaba y…"

—¿Y hiciste esto? —Una vena se le marca en la sien a Jeremy—. Esto no fue obra de Verónica. Fuiste tú. Eres el único aquí y el único

que pudo haber hecho esto. —Agita el teléfono en el aire—. Y créeme, vamos a hablar de esto en la mediación de mañana.

Teddy sigue llorando por Ellie. Jeremy lo vuelve a alzar en brazos y Teddy se aferra a él. —No te preocupes —le susurra Jeremy al oído —. Te conseguiremos otro. Te lo prometo.

—Le compré una jirafa —señalo. Saco la jirafa que compré hace unos días de donde la había dejado en la cama—. Toma, Teddy.

"¡Odio las jirafas!", se lamenta Teddy. "¡Quiero a Ellie!"

Ay dios mío.

Jeremy termina teniendo que sacar a Teddy de mi apartamento mientras llora y grita. Pero lo peor es la mirada furiosa que me lanza justo antes de cerrar la puerta de golpe.

Me duele muchísimo la cabeza mientras miro por la ventana y veo a Jeremy salir disparado de mi entrada en su Tesla. No puedo creer que piense que yo haría algo así. Si de verdad lo cree, ya no hay esperanza. Verónica ha ganado.

Pero no, no puedo permitir que eso suceda. No si existe la posibilidad de que pueda hacerle daño a mi hijo.

Siento como si me clavaran un picahielos en la sien. Aparto la mirada de la ventana, voy al baño y abro el botiquín con mano temblorosa. La piedra lunar es fabulosa para aliviar los dolores de cabeza que a veces tengo durante la menstruación, pero sé que este no me hará efecto. Aprieto con fuerza un frasco de Tylenol entre la maquinilla de afeitar y el hilo dental.

Me entretuve demasiado con la tapa de seguridad para niños y sentí un alivio repentino cuando finalmente logré abrir el frasco. Pero, para mi sorpresa, al vaciar el contenido en la palma de mi mano, solo salieron tres cápsulas.

¿Cómo es posible? Compré el frasco de Tylenol cuando me mudé aquí y solo lo he tomado una vez desde entonces. La etiqueta indica que el frasco contiene cincuenta pastillas, así que no tiene sentido que solo queden tres.

Entonces se me ocurre algo terrible.

Si Verónica realmente tiene una llave de este apartamento y quiere deshacerse de mí, podría haber intentado esconder el Tylenol en algún lugar de mi cocina. Como médico, sé que una sola botella

de Tylenol es suficiente para matar a una persona. Y, considerando todo lo que está pasando en mi vida, hay bastantes posibilidades de que lo haya interpretado como un intento de suicidio.

Si eso es cierto, ¿qué le puso de Tylenol?

La respuesta me cayó como un jarro de agua fría. La kombucha. Llevo bebiendo kombucha desde antes de que se pusiera de moda, y nunca había probado nada igual, ni casera ni comercial. Debió ser una combinación del sabor y el Tylenol que tenía en el cuerpo lo que me provocó un vómito tan violento. Y menos mal que lo hice; probablemente me salvó la vida.

Miro fijamente el frasco de Tylenol, preguntándome si Verónica podría ser tan malvada. Pero sí que orquestó la caída de Rhona Simington por las escaleras. Y es evidente hasta qué punto ha estado manipulando a mi marido.

Todavía me duele mucho la cabeza, así que me tomo dos de las cápsulas de Tylenol que me quedan. Si Verónica de verdad intentó envenenarme, no sé qué hacer. La kombucha ya se acabó, así que no tengo pruebas. Si se lo contara a Jeremy, probablemente me diría que estoy delirando. Ni siquiera estoy segura de que Ezra me lo creyera.

De ahora en adelante, no puedo subestimar más a Verónica. Está claro que hará lo que sea necesario para conquistar a mi marido, cueste lo que cueste.

Tengo que tener mucho, mucho cuidado.

28

"¡Oh, Naomi, eso suena horrible!"

Estoy muy agradecida con Cora, que aceptó quedar conmigo para tomar algo en un bar después del incidente con el elefante. Zack está con su exmarido, así que, al igual que yo, tiene niñera gratis. Aunque la diferencia entre nosotras es que yo daría cualquier cosa por estar ahora mismo en casa con Teddy.

Pero tomar algo con Cora es un buen consuelo. Le conté lo que ha estado pasando con Jeremy, aunque omití mi sospecha de que Verónica haya intentado envenenarme. Cuando me imagino diciendo esas palabras en voz alta, suena demasiado sospechoso. No soportaría que Cora pensara que estoy delirando como Jeremy.

—Sabes lo que está haciendo —dice Cora mientras toma un sorbo de su copa de rosado—, ¿verdad?

"¿Haciendo?"

"Te está manipulando psicológicamente."

Tomo un trago de mi propia copa de pinot noir, aunque definitivamente es más un trago que un sorbo. "¿Me estás manipulando psicológicamente?"

—¡Claro que sí! —Sus ojos se abren de par en par—. ¡Es tan obvio! Te dice que vayas a su casa a una hora determinada, y cuando llegas, finge que te dijo otra hora y que te equivocaste. Y te convence de que fuiste tú quien se equivocó y que no puedes

recordar tus citas. O sea, ¿alguna vez tienes por escrito la información de que te equivocaste? ¿Como en un mensaje de texto?

"No… normalmente me lo decía en persona o por teléfono."

Ella asiente triunfalmente. "Como dije, manipulación psicológica".

"Jeremy no haría eso."

—No sé por qué lo defiendes —dice apretando los dientes—. Se ha portado fatal contigo durante todo este tiempo.

"Veronica le está dando mucha munición", señalo.

"Dios mío, es tan despiadada." Cora me pone una mano en el hombro. "No sé cuál de las dos es peor."

"Lo están manipulando."

—Naomi —me da un apretón en el hombro—. Cariño, sé que todavía quieres a Jeremy, pero él ya tomó su decisión. Es hora de seguir adelante. —Examina con atención a los que están en el bar—. ¿Ves a alguien que te llame la atención?

"Soy demasiado mayor para ligar con un chico en un bar."

"Nunca se es demasiado mayor para ligar con un chico en un bar."

Yo solo niego con la cabeza.

"Vale, vale. ¿Y qué hay de tu abogada de divorcios tan guapa?"

"Es que…" Me froto las sienes con las yemas de los dedos. "Todavía no estoy lista para seguir adelante. Aunque se está portando como un idiota, no puedo apagar mis sentimientos por Jeremy como si fuera un interruptor de luz."

"Está siendo más que un cretino, Naomi", dice. "Está intentando arruinarte la vida y quitarte a tu hijo. ¡No deberías tolerar estas tonterías de él!"

"Sí", murmuro.

"Mañana, cuando tengas tu mediación", dice, "tienes que entrar en esa sala reconociendo que esto es una guerra. Y muy pronto, ese imbécil de tu marido va a estar ondeando su bandera blanca".

Tiene razón. Jeremy se ha portado fatal conmigo y es hora de que siga adelante. Pero sería mucho más fácil dejarlo si no pensara que él también podría estar en peligro.

29

La sesión de mediación de hoy ya es mejor que la anterior, porque no empieza conmigo presenciando cómo Jeremy y Veronica se besaban en el estacionamiento.

Una vez más, Ezra me espera en el pasillo cuando llego a lo alto de las escaleras. Me dedica esa sonrisa segura que tanto me gusta, y siento cómo se me relajan los hombros.

"El objetivo", me dice, "es llegar a un acuerdo sobre la custodia sin tener que ir a juicio. No creo que ninguno de los dos quiera un juicio costoso".

"Definitivamente no quiero eso."

"Bien. Porque desde mi oficina puedes ver que ya tengo demasiado dinero."

A pesar de la ansiedad que aún siento, solté una carcajada. "¿Vamos a sacar a relucir el tema del problema de drogas de Verónica?"

Duda. "Solo si es necesario. Veamos cómo se desarrollan los acontecimientos."

Entramos juntos en la sala de conferencias y, como antes, la mediadora, Alana Ocasio, está a la cabecera de la mesa, y Jeremy y su abogado están a un lado, casi como si nadie se hubiera movido desde la última vez que estuvimos aquí. Una vez más, me siento frente a Jeremy, y Ezra toma asiento junto al mío.

"Así que hoy nos gustaría dedicar un tiempo a discutir el acuerdo de custodia", comienza Ezra. "Creo que podemos estar de acuerdo en que lo que el Sr. Roth pidió la última vez es muy extremo y no necesariamente beneficia a Theodore".

"En realidad", dice Hardwick, "hemos reconsiderado nuestra solicitud de la última vez y nos gustaría hacer algunos cambios".

Mi corazón se ralentiza un poco. Bien, están siendo razonables.

«El señor Roth desea obtener la custodia total de Theodore», continúa Hardwick. «En las últimas semanas, ha llegado a la conclusión de que la señora Roth no solo es irresponsable, sino que su comportamiento se ha vuelto cada vez más errático. Creemos que un régimen de visitas sería más apropiado».

"¿Qué?" Casi grito, casi saltando por encima de la mesa. "¿Cómo puedes decir eso?"

Ezra me toca el hombro para tranquilizarme. «Esto es muy inesperado. La señora Roth no ha hecho nada que deba hacernos dudar de sus capacidades como madre».

"¿Ah, sí?", replica Jeremy. "¿Quieres ver la foto?"

Se me revuelve el estómago cuando Leonard Hardwick abre una carpeta y saca una enorme fotografía a todo color de Ellie la Elefanta con el cuchillo clavado. Es bastante impactante, y el líquido rojo que rezuma de la herida en su vientre se ve muy vívido. Desliza la foto por la mesa hasta Ezra, quien la toma y la examina.

Parece indiferente. "¿Qué se supone que debo mirar?"

"Este juguete fue un regalo de la pareja de mi cliente para Theodore", dice Hardwick. "Theodore llevó el juguete al apartamento de la Sra. Roth, y esto es lo que ella le hizo".

"¡Yo no hice eso!", insisto. Me dirijo a Ezra. "¡Yo no apuñalé a un elefante de peluche!"

Ezra arroja la foto de vuelta sobre la mesa. «No sé qué demuestra esta foto. Podría haber sido tomada en cualquier lugar y realizada por cualquiera. No creo que la señora Roth hiciera algo así».

—Sí, lo hizo —dice Jeremy entre dientes—. Y eso no es todo.

Ezra arquea una ceja. "Vale, ¿qué más tienes?"

“Theodore le ha contado al señor Roth que su madre se encierra en su habitación durante horas y que él puede oírla llorar a través de la puerta”, dice Hardwick. “Durante ese tiempo, se queda solo y tiene que valerse por sí mismo”.

“¿Qué?” Niego con la cabeza. “¡Eso es ridículo! ¡Yo no dejaría a Teddy solo durante horas!”

La expresión de Ezra no cambia. "¿Y esto es lo que dice un niño de cinco años?"

“¡Tiene casi seis años!”, dice Jeremy. “¡Y además está amenazando a mi novia! ¡La ha llamado varias veces y le ha dicho cosas horribles! ¡Naomi le dijo que la iba a matar!”.

Jadeé en voz alta. ¿Cómo se atreve a decir eso cuando Verónica es quien podría haber intentado envenenarme en mi propia casa? Miré a Ezra, esperando ver una expresión igual de horrorizada en su rostro, pero se mantuvo admirablemente tranquilo.

“Entonces, estas llamadas telefónicas…” dice. “¿Tienes el teléfono de tu novia y puedes mostrarnos el registro de las llamadas de mi cliente?”

Jeremy mira a su abogado con expresión de dolor. "En realidad", dice Hardwick, "las llamadas provenían de un número bloqueado, posiblemente un teléfono desechable, por lo que no podemos mostrarle ese registro".

—¿Y cómo sabes que las llamadas procedían de mi cliente? —replica Ezra.

“Obviamente fue ella”, dice Jeremy. “¿Quién más haría algo tan descabellado?”

—¿Oíste tú mismo las llamadas? —le pregunta Ezra insistentemente.

Jeremy titubea un instante. —Bueno, no. Las llamadas llegaron cuando yo no estaba en casa. Pero Verónica reconoció su voz.

“Así que lo único que tenemos es la palabra de una mujer que solo ha hablado con la señora Roth un par de veces.” Ezra mete la mano en su maletín y saca una carpeta. La abre por la primera página. “¿Y esta es… Veronica Chesson? ¿La que fue arrestada por posesión de heroína?”

Por la expresión de Hardwick, queda claro que no estaba al tanto de esta información. Parece que quiere estrangular a mi marido. Me resulta tan gratificante que incluso le dedico una pequeña sonrisa de victoria a Ezra, quien me la devuelve.

—¿En serio, Jeremy? —dice Hardwick en voz baja, cerca del oído de Jeremy, pero lo suficientemente alto como para que todos lo oigamos—. ¿Tu novia es adicta a la heroína? ¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

Se remueve incómodo en su silla. "Ya no lo es. Está completamente limpia".

Ocasio se aclara la garganta ruidosamente. "¿Señor Hardwick? ¿Tiene algo que decir sobre las acusaciones del señor Fletcher?"

"Ah…" Hardwick rebusca entre sus papeles. "Creo que…"

—Veronica no importa —dice Jeremy bruscamente—. Sí, es mi novia. Pero mi preocupación es completamente por Teddy. —Señala con el pulgar la carpeta que tiene delante su abogado—. No me lo estoy inventando. Teddy no está a salvo con Naomi. ¡Está desquiciada!

—Me estás manipulando psicológicamente —digo, recordando las palabras de Cora de anoche.

"¿Manipulación psicológica? ¡No me lo puedo creer!"

"¡Y Verónica envenenó mi kombucha casera!", añado.

No tenía intención de decir eso último durante la mediación, pero me dejé llevar por el momento. Ahora todos en la sala me están mirando.

"Me hizo vomitar", aclaro. "Estoy casi segura de que entró en mi apartamento y le echó Tylenol".

—Claro que te dio ganas de vomitar —responde Jeremy—. Es té fermentado. Es asqueroso. Y de todos modos, tú…

No sé qué iba a decir Jeremy, pero Hardwick le lanzó una mirada tan severa que quedó claro que si no se callaba, su abogado iba a salir de la habitación.

"Teniendo en cuenta esta nueva información sobre la Sra. Chesson", dice Hardwick lentamente, "me gustaría pedirles que nos tomemos un tiempo y luego nos reagrupemos".

—Sí —dice Ezra—, y quizás la próxima vez no nos insultes diciendo que mi cliente es inestable cuando el tuyo es el que sale con un adicto.

Me dan ganas de aplaudir.

Solo después de que Ezra y yo salimos de la habitación, él me murmura: "No debí haber dicho eso último. Pero no pude resistirme".

"¡Fue genial!", digo, emocionada. "Estuviste genial. Muchísimas gracias".

"Me muero por ver la cara de Lenny Hardwick." Levanta la mano en el aire. "Creo que esto merece un choque de manos."

Por supuesto, le doy un choque de manos, porque nunca se puede dejar a nadie con la mano extendida, pero aún no estoy lista para celebrar. No hemos ganado la batalla por la custodia, y sé que Jeremy va a luchar con uñas y dientes. Y esas acusaciones en mi contra…

—Necesito que sepas —le digo— que no hice ninguna de las cosas que él dice que hice.

"Creo que ya hemos dejado claro que a tu ex le gusta jugar sucio." Se encoge de hombros. "No vamos a rebajarnos a su nivel. Siempre seremos honestos. Y al final, podrás llevarte a tu hijo a casa."

No puedo evitarlo. Extiendo la mano y abrazo a Ezra con fuerza. Estoy tan agradecida con él que casi me dan ganas de llorar. Pero un segundo después, me avergüenzo y me aparto.

—Lo siento —dije apartándome unos mechones de pelo de la cara—. No debería abrazarte, ¿verdad?

Él sonríe. "Puedes abrazarme. No se supone que yo te abrace. El Colegio de Abogados de Nueva York no lo aprobaría".

"Entendido."

Me mira con el ceño fruncido. "¿Qué fue todo eso de la kombucha? No creerás de verdad que la novia de Jeremy intentó envenenarte, ¿verdad?"

Parece preocupado, pero hay algo más en su rostro que me llama la atención. La historia de la kombucha casera envenenada es bastante descabellada, al igual que mis sospechas de que Verónica

quiere hacerme daño a mí o a Teddy. Jeremy ya está haciendo todo lo posible para que todos piensen que estoy delirando, y me preocupa que compartir mis inquietudes pueda empeorar las cosas. Sobre todo porque no tengo ni una sola prueba.

Todavía.

"Sí, me hizo vomitar", admito, "pero… puede que simplemente lo haya dejado fermentar demasiado tiempo".

—De acuerdo —asiente Ezra lentamente—. Pero si no estás completamente seguro de que sea cierto, no deberías decirlo. No queremos darles ninguna razón para que parezcas inestable. Al final, queremos una victoria rotunda.

Hubo un momento en la sala de conferencias en el que realmente pensé que las cosas se me iban de las manos. Ezra, de alguna manera, ha logrado darle la vuelta a la situación. Pero la mayor victoria de todas es la reacción de Leonard Hardwick al enterarse del pasado de Verónica. Tengo la sensación de que le aconsejará a Jeremy que rompa con ella para poder ganar la batalla por la custodia. Y una vez que eso suceda, el hechizo se romperá.

30

Mientras llevo a Teddy a casa después de su clase de kárate, él come felizmente una galleta con chispas de chocolate en el asiento trasero. Las migas se esparcen por su uniforme blanco y la parte trasera de mi coche, pero no importa. La galleta lo hace feliz, y como fui yo quien se la dio, lo considero un éxito.

El incidente del elefante parece haber quedado en el olvido. Al menos para Teddy.

—Entonces, Teddy —le digo—, ¿qué te gustaría hacer para tu cumpleaños?

Teddy cumplirá seis años la semana que viene, y con todo el drama de la mediación del divorcio, su cumpleaños parece haber quedado un poco en segundo plano. Pero aún nos queda una semana. Podemos hacer que sea especial.

Pero entonces me sorprende diciendo: "Papá y Ronnie me están preparando una fiesta".

"¿Ah, sí?" Casi me paso el semáforo en rojo y solo logro frenar en el último segundo. "¿Lo son?"

"Sí. Dijeron que los seis años son un cumpleaños muy especial, así que tenemos que hacer una gran fiesta."

"¿En serio?" Se me revuelve el estómago al pensar que Teddy planeara una fiesta de cumpleaños con Jeremy y su amante. Como si fueran una familia. "Qué bien".

“Y Ronnie me dijo que me iba a hacer un regalo muy especial porque mi elefante quedó destrozado.”

Genial. "¿Y cuándo es esta fiesta?"

“Es domingo por la mañana.”

Fabuloso. "¿Y quién viene?"

“¡Toda mi clase!”

Así que todos los compañeros de clase de Teddy vendrán a la fiesta para charlar con Jeremy y Veronica mientras yo me quedo fuera. Como si no existiera. Como si no fuera la madre de Teddy.

—¿Vienes, mami? —pregunta Teddy.

—Bueno —digo con cuidado—, papá no me invitó.

“Dijo que no querrías venir.”

Estiro el cuello para mirarlo, y tiene el rostro contraído.

“Pero quieres venir a mi fiesta, ¿verdad, mami?”

“Por supuesto que sí.”

La idea de perderme la fiesta del sexto cumpleaños de mi hijo me parte el corazón. Pero al mismo tiempo, pasar una mañana con Jeremy y Verónica, tan cariñosos y actuando como si estuvieran enamorados, como diría Verónica… bueno, eso sí que me revuelve el estómago.

En cualquier caso, la verdad es que Jeremy no me invitó. No me quiere en esta fiesta.

—Sí que quiero ir a la fiesta —digo—, pero papá no me invitó.

“¡Le diré que te invite! Es mi fiesta, así que puedo invitar a quien quiera, ¿no?”

“Eso es muy cierto.”

Aunque no me apetece nada pasar la mañana con Jeremy y Veronica, no quiero perderme la fiesta de cumpleaños de Teddy. Haré un esfuerzo y iré. Quizás no sea tan malo.

31

Cuando Jeremy venga a recoger a Teddy esta noche, lo primero que Teddy le dirá después de lanzarse a los brazos de su padre será: "¿Puede venir mamá a mi fiesta de cumpleaños?".

Jeremy sonreía al saludar a Teddy, pero eso le borró la sonrisa de la cara. "¿Qué?"

—Mi fiesta —le recuerda Teddy—. Mamá dijo que no estaba invitada, pero quiero que venga. ¿Puede venir?

Jeremy me mira con una expresión de fastidio en su atractivo rostro. Me da un poco de vergüenza admitir que he empezado a maquillarme todas las noches anticipándome a su llegada, aunque al menos la mitad de las veces es Rosita. Quizás no luzca tan bien como Verónica, de veintiocho años, pero me arreglo bastante.

—Teddy —dice Jeremy—. ¿Crees que podrías ir a tu habitación para que pueda hablar con mamá sobre la fiesta? No quiero que te enteres de ninguna sorpresa.

"¡De acuerdo!", asiente Teddy con alegría.

Teddy entra corriendo a su habitación y cierra la puerta de golpe, dejándonos a Jeremy y a mí solos en la sala. Hace un minuto pensaba en lo bien que se veía, pero de repente parece cansado. Me pregunto si Verónica lo estará agotando.

—Naomi —dice en voz baja—. No quiero que vengas a esta fiesta.

Sus palabras no deberían sorprenderme después de lo que Teddy me contó y del hecho obvio de que no me ha invitado, pero aun así me siento como si me hubieran dado una bofetada. «Teddy quiere que esté allí».

—Lo sé —reconoce—. Pero te pido que no vengas. Este día es sobre Teddy y no quiero ningún drama.

"Mmm. Si de verdad te importara nuestro hijo y no quisieras problemas, ¡no habrías dejado a su madre por un drogadicto de veintiocho años!"

—¿Podrías bajar la voz, por favor? —me espeta Jeremy, mirando nerviosamente hacia el dormitorio—. Programé la fiesta para mañana por la mañana para que pudieras pasar el resto del día con él. Creo que es mejor que no vengas.

Odio cómo intenta excluirme de la vida de mi hijo. Jamás imaginé que no me invitarían a la fiesta del sexto cumpleaños de Teddy. Y lo peor es que ni siquiera reconoce que es él quien no me quiere allí. Actúa como si excluirme fuera por el bien de Teddy.

—De acuerdo —digo—. No iré a la fiesta.

Sus hombros se desploman. "Gracias. Lo agradezco."

El alivio en su rostro me sorprende. ¿Por qué era tan importante que yo no hubiera venido a esta fiesta de cumpleaños?

¿Tiene algo que ver con Verónica? ¿Fue ella quien insistió en que no podía venir? ¿Le asusta la competencia, sobre todo después de lo que descubrí sobre ella? ¿Le preocupa que haya descubierto que intentó envenenarme y que la delate?

Peor aún, ¿es posible que Teddy corra peligro en su fiesta?

Rechazo esa última posibilidad. Por muy malvada que sea Verónica, jamás podría salirse con la suya después de hacerle daño a un niño en su propia fiesta de cumpleaños. Si hay un lugar donde Teddy estará a salvo, es en esa fiesta.

Tengo que creerlo.

32

"Es solo una fiesta de cumpleaños, Naomi. Tienes que elegir tus batallas."

Estas son las sabias palabras de Ezra. Estamos planeando la próxima sesión de mediación, de nuevo en mi apartamento. Hemos desistido de intentar reunirnos en su oficina, y ahora simplemente viene aquí cuando termina en el juzgado. Esta vez trajo comida china. No es orgánica, pero no hay nada como una buena comida china después de un día difícil.

Ezra no es el único que piensa que debería dejar de enfadarme por esta fiesta. Ayer comí con Cora, y aunque estaba furiosa por mí, tenía otra perspectiva. ¡Deja de pensar en ese imbécil! ¡Haz algo tan divertido con Teddy que la fiesta parezca insignificante en comparación! Cuando le comenté que el dinero era un problema, me dijo: Mientras haya helado, saldrás ganando.

"Ojalá pudiera estar allí", digo, "para ver a Teddy".

Ezra hace una pausa para masticar un trozo de bok choy. "Teddy se lo pasará en grande. Estoy seguro. Y luego tú tendrás tu propia fiesta con él".

Se supone que debemos planificar la sesión de mediación, pero prácticamente de lo único que hemos hablado desde que llegó es de la próxima fiesta de cumpleaños de Teddy. Me cuesta mucho dejar

de pensar en ello. Por suerte, Ezra ha sido muy paciente y ha estado dispuesto a hablar del tema sin parar.

Me hace pensar en lo que me dijo la última vez que estuvo aquí. Que el hecho de que quisiera tener hijos fue lo que provocó la ruptura de su matrimonio.

—¿Sigues queriendo tener hijos? —suelto de repente.

"Eh…" La pregunta claramente lo incomoda un poco, pero no la retracto. Lo observo mientras deja su recipiente de comida en la mesa de centro y se recuesta en el sofá. "Sí. Sí, lo hago. Pero, siendo realista, empiezo a pensar que tal vez no suceda."

"¿Por qué no? Eres un hombre, así que podrías tener hijos hasta los noventa años."

"Claro, pero ¿quién quiere cuidar de un bebé a los noventa años?", pregunta con una sonrisa. "No lo sé. La mayoría de las mujeres de mi edad probablemente sienten que ya pasaron su etapa reproductiva. Y la verdad es que no me interesa salir con alguien mucho más joven que yo. Así que… como decía, no lo sé. Si conociera a la mujer adecuada, que tuviera un hijo y yo fuera su padrastro, no me importaría. Pero, siendo realistas, no creo que vuelva a casarme".

"¿Por qué no?"

"Supongo que son los riesgos del trabajo." Señala con la mano nuestro festín de comida china. "Apenas tengo tiempo para mis clientes. Desde luego, no tengo tiempo para citas."

"Qué lástima."

—Ya lo creo. —Se quita las gafas para limpiar los cristales que se le han pegado a la camisa. Sin las gafas, parece más joven. —Oye, Naomi. ¿Puedo darte un consejo?

"Para eso te pago, ¿no?"

Se sube las gafas hasta la nariz. "Bien. Simplemente no quiero que lo malinterpretes".

"Bueno…"

Me mira fijamente la mano izquierda. "Tienes que dejar de usar tu anillo de bodas".

Ante sus palabras, instintivamente cubrí el anillo de morganita de mi mano izquierda con la otra. "Oh…"

"Tu ex está tratando de hacerte parecer extremadamente inestable", dice Ezra. "Tú y yo sabemos que se equivoca en eso, pero tiene razón en una cosa: te cuesta dejarlo ir".

"Me… me gusta el anillo…"

"Es un anillo bonito", reconoce. "Pero estoy seguro de que tienes otros anillos bonitos que puedes usar. El problema con ese anillo es lo que representa. Y no te beneficia en nada presentarte a las sesiones de mediación con él puesto".

Recuerdo que el otro día Jeremy me regañó por seguir usando mi anillo de bodas. Fue tan duro conmigo que me dieron ganas de aferrarme al anillo. Pero Ezra no es duro. Todo lo que dice tiene mucho sentido y siempre busca mi bienestar.

Por eso me quito el anillo del dedo y lo coloco sobre la mesa de centro.

—Ya está —dice—. ¿No te sientes mejor?

No me siento mejor. Me siento desnudo.

Pero al mismo tiempo, reconozco que tiene razón. No puedo seguir usando ese anillo cuando Jeremy y yo ya no vivimos juntos y él se acuesta con otra mujer.

"Es difícil dejarlo ir", murmuro.

"Lo sé", dice. "Mucha gente tiene problemas con esta parte".

"Yo solo…" Aprieto las manos. "Siento que esto es todo. Jeremy era mi única oportunidad de ser feliz, y ahora se acabó."

Se remueve en el sofá, inclinándose hacia mí. —Eso —dice— es ridículo.

"No me parece."

—Naomi —dice—, te mereces algo mucho mejor que ese imbécil. Eres una persona increíble y mucho más fuerte de lo que crees. Eres inteligente, eres una gran madre y… —Hace una pausa—. Y eres hermosa.

¿Quieren oír algo raro? En cuarenta y dos años, no estoy segura de que nadie me haya dicho nunca que soy guapa. Mi madre, desde luego, nunca lo hizo. Ha habido muchos hombres a lo largo de los años que intentaron ligar conmigo y me dijeron que estaba buena o lo que fuera. Jeremy… bueno, él me decía que estaba bien. ¿Pero «guapa»? No creo que usara esa palabra nunca. Y no puedo

culparlo, porque en realidad no soy guapa. O sea, si soy guapa, entonces creo que necesitamos una palabra completamente nueva para describir a alguien como Verónica.

Pero lo más extraño es que Ezra parece sincero. Me mira fijamente y no hace nada que indique que espera que sus palabras me lleven a la cama. Simplemente lo dice como si fuera un hecho.

Él piensa que soy hermosa. De acuerdo.

"Bueno, gracias", digo finalmente.

—Lo digo en serio —responde, con la mirada fija en la mía. Por un instante, siento que me falta el aire por la forma en que me mira, una forma que no estoy segura de que Jeremy me haya mirado jamás. Siendo sincera, es casi demasiado, y me pregunto si debería decir algo, pero entonces me dedica una sonrisa modesta que aligera el ambiente al instante. —Stef siempre me decía que no se me daba bien hacer cumplidos. Así que, ya sabes, estoy practicando.

Ah, esto es práctica de halagos. Ahora tiene más sentido. "Buen trabajo", le digo, haciendo un gesto de aprobación con el pulgar.

"Gracias."

Terminamos de comer la comida china y hablamos un poco más sobre el caso. Ezra tiene mis documentos en una carpeta gruesa metida en su maletín enorme y abultado, pero parece saber dónde está todo, así que no le voy a reprochar nada.

"¿No sería más fácil llevar contigo tu portátil en lugar de todos esos papeles?", le pregunto.

"Me gusta imprimirlo todo", dice. "No confío del todo en los ordenadores. Siento que no puedo estar seguro de que algo no vaya a desaparecer a menos que lo tenga por escrito".

Me río. "Eres demasiado joven para desconfiar de la tecnología".

—Oh, definitivamente no. —Revisa las páginas de mi expediente —. Me gustan las cosas de una manera determinada. Algunos lo llaman raro, pero… no sé, siempre he sido así, y me funciona.

—Sí —digo—. Enseguida me di cuenta de que tienes una energía diferente a la de la mayoría de la gente.

"Sí", dice, "yo también me había dado cuenta de eso en ti".

No estoy segura de qué quiere decir exactamente con eso. Pero decido tomarlo como otro cumplido.

Cojo dos de las tres galletas de la fortuna de la mesa de centro. Le doy una y me quedo con la otra. «Esta era mi parte favorita de la comida cuando era niño».

"Sigue siendo mi favorita." Ezra la abre y saca la pequeña tira de papel que hay dentro. "Bien, aquí va: Tu camino a la gloria estará pavimentado con piedras afiladas. Mmm. No estoy seguro de que me guste. ¿Qué dice la tuya?"

"Un amigo dudoso puede ser un enemigo disfrazado", leí.

A pesar de que no creo que las galletas de la fortuna puedan tener ninguna relación con la vida real, algo en esa predicción me inquieta.

—Vaya, estas galletas tienen un aspecto un tanto inquietante —comenta Ezra. Señala con la cabeza la última galleta, que yace sobre la mesa—. Te dejo que la vuelvas a hacer.

Cojo la otra galleta de la mesa y la abro. "Te invitarán a una fiesta de karaoke".

Me levanta el pulgar. "Mucho mejor. Una fiesta de karaoke parece muy divertida".

Hubiera preferido una fortuna del tipo: Obtendrás la custodia exclusiva de tu hijo. O mejor aún: Tu marido se dará cuenta de que esa atractiva veinteañera se está aprovechando de él y volverá contigo.

"¿Ezra?", digo.

"¿Ajá?"

¿De verdad crees que voy a conseguir la custodia de Teddy?

—Sin duda. —Tras una pausa, mete la mano en el bolsillo exterior de su maletín. Busca un momento y finalmente saca un cristal translúcido—. ¿Cómo podríamos perder si tengo esto para la buena suerte?

Es el cuarzo que le di aquel primer día en el ayuntamiento. Supuse que ya lo habría perdido o incluso lo habría tirado. «Todavía lo tienes», le digo con voz algo sorprendida.

—Por supuesto que sí —dice, como si fuera ridículo que no llevara mi cristal consigo a todas partes.

Ezra tiene que ir al juzgado temprano mañana, así que recoge sus papeles y lo acompaño hasta la puerta. No esperaba que se

quedara tanto tiempo, pero la noche se me pasó volando. Aunque estoy cansada, en cierto modo no quiero que se vaya. Después de cinco años viviendo con dos chicos en casa, este apartamento se siente terriblemente vacío por la noche. Casi me dan ganas de preguntarle si quiere quedarse a ver algo en la tele, pero estoy segura de que dirá que no.

Miro el maletín repleto de Ezra. "Espero que puedas dormir bien esta noche".

"Dormir es para los débiles."

—Bueno, de todas formas, gracias de nuevo —digo—. Aprecio mucho todo lo que has hecho por mí. Cuando todo esto termine, te dejaré una reseña estupenda en internet. Diré que haces visitas a domicilio con comida china.

"Eh, por favor, no hagas eso", dice. "Las visitas a domicilio con comida china y boles budistas no son mi práctica habitual".

"¿No?"

"Definitivamente no."

—Bueno —digo—, entonces lo aprecio aún más.

Ezra sale por la puerta de mi casa, pero no se da la vuelta para regresar a su coche. Se queda allí un momento, con el rostro en la sombra de la luna. Parece que tiene algo que decir, así que me quedo allí, esperando.

—Solo quiero que sepas —dice finalmente— que voy a ganar esto por ti, Naomi. Voy a conseguirte todo lo que te mereces. Me aseguraré de ello.

—Gracias —digo en voz baja.

Vuelve a abrir la boca, pero no sale nada. Se queda ahí parado, a menos de treinta centímetros de mí. Y no puedo evitar recordar lo que pasó antes esa noche, cuando me dijo que era guapa.

—¿Qué ocurre? —le pregunto insistentemente—. ¿Hay algo más que quieras decir?

—Sí que existe —confirma—. Sin duda. —Aprieta con fuerza el maletín hasta que se le ponen los nudillos blancos—. Pero si lo dijera, me inhabilitarían.

Levanto una ceja. Y entonces no puedo evitar pensar en lo que me contó Cora sobre Miranda casándose con su abogada de

divorcios. ¿O fue Samantha? En cualquier caso, de repente se me ha quedado grabado en la cabeza.

Y la verdad es que Ezra es bastante guapo. No, no es tan guapo como Jeremy, pero tiene algo especial. Siento que conectamos de alguna manera, mucho más que con mi marido. Al fin y al cabo, Jeremy jamás habría llevado ese cristal de cuarzo.

Pero luego niega con la cabeza. "No importa", dice.

—Oh —digo, intentando no dejar entrever que estoy un poco decepcionada.

Me dedica una sonrisa cansada. "Buenas noches, Naomi".

“Buenas noches, Ezra.”

Lo veo caminar de regreso a su auto —un Ford destartalado que parece tener una luz trasera rota— y va ligeramente encorvado por el peso de su enorme maletín. Antes de subirse al auto, me saluda con la mano por última vez, y yo le devuelvo el saludo.

33

El domingo, voy a casa de Jeremy al mediodía.

Pasé la mañana intentando seguir el consejo de Ezra y no pensar en que la fiesta del sexto cumpleaños de mi hijo se estaba celebrando sin mi presencia. Tengo que recordar que Teddy estará conmigo en su cumpleaños de verdad más adelante esta semana, y que podremos pasar el resto del día juntos. Esta fiesta no es para tanto.

Cuando llego a nuestra calle de siempre, es difícil encontrar aparcamiento porque las aceras están llenas de coches. ¿Sigue la fiesta? Parece que nadie sabe cuándo irse a casa durante estos eventos infantiles. Deberían contratar a un portero.

Debería estar agradecida de que Jeremy se haya encargado de todo. No necesito ese tipo de problemas en mi vida ahora mismo.

Finalmente, logro estacionar en un lugar junto a la acera, al final de la cuadra, y luego son cinco minutos caminando de regreso a la casa. Al acercarme, oigo música y risas de niños que vienen del patio trasero. Me pregunto si habrá comprado un castillo inflable; sin duda hay espacio en el enorme patio.

La puerta que da al patio trasero está cerrada, pero cuando intento abrirla, no está cerrada con llave. Así que puedo entrar al patio trasero de la casa donde viví durante cuatro años y echar un buen vistazo a lo que claramente es la fiesta del siglo.

Esta fiesta lo tiene todo. Hay un castillo hinchable, no, un castillo hinchable con tobogán acuático incluido. Hay una tarta de cumpleaños de tres pisos. Hay un payaso inflando figuras con globos. Hay un poni. ¡Un maldito poni!

Pero lo peor es la cantidad de gente que hay. Esta fiesta es sin duda el lugar ideal para estar este domingo por la mañana. Parece que vino toda la clase de Teddy. De hecho, parece que invitaron a todo el pueblo.

El único niño que no veo en la fiesta es a mi hijo. Recorro con la mirada el castillo hinchable, la fila de ponis y a los niños reunidos alrededor del payaso, pero Teddy no aparece por ningún lado.

Un escalofrío de miedo me recorre el estómago. Creía que Teddy estaría a salvo en su propia fiesta de cumpleaños, pero ahora me pregunto si es cierto. ¿No sería una fiesta tan grande un lugar fácil para que un niño pequeño desapareciera? ¿Y si…?

"¡Mami!"

La voz emocionada de Teddy resonó entre la multitud, disipando al instante mis temores. Un segundo después, mi hijo se lanzó a mis brazos. Este nivel de entusiasmo suele ser propio de Jeremy, así que me siento halagada; es un pequeño consuelo en un día como hoy.

"¡Mamá, viniste!", dice Teddy feliz. "Papá dijo que no vendrías".

Como si fuera una señal, Jeremy emerge de entre la multitud, vestido informalmente para variar: vaqueros y camiseta. Siempre lleva traje, y había olvidado lo guapo que se ve con ropa casual. Aunque se ve aún más guapo cuando sonríe, cosa que definitivamente no está haciendo ahora mismo.

—Naomi —dice con voz baja y enfadada—. Desde que la mediación dio un giro inesperado, Jeremy siempre parece furioso conmigo; me duele verlo así. —¿Qué haces aquí?

Miro mi reloj. "Me dijiste que viniera al mediodía. Dijiste que la fiesta terminaría al mediodía".

Un vaso sanguíneo se le hincha en la sien. "¡Dije uno!"

"¡Mamá!" Teddy tira de mi falda. "¡Mamá, tienes que ver al poni! ¡Se llama Sparkles!"

Un segundo después, aparece Verónica, con su sedoso cabello recogido en una coleta alta y su piel impecable, libre de maquillaje.

Se ve fantástica con jeans y una camiseta sin mangas; realmente hermosa, nada que ver con lo que Ezra decía. Me sonríe dulcemente. «Hola, Naomi. Me alegra que hayas podido venir».

—Naomi se va —dice Jeremy en voz alta, lo suficientemente alto como para que se le oiga por encima de los gritos de los niños, lo que provoca que algunos de los adultos giren la cabeza. Estamos a punto de armar un escándalo.

"¡No!", gime Teddy. "¡Quiero que mamá se quede!"

Miro a Jeremy con impotencia, pero él sigue mirándome fijamente. Es Verónica quien finalmente se interpone entre nosotros. «Por favor, quédate para la fiesta, Naomi. Tenemos comida en casa. La cocina está justo al entrar por la puerta trasera».

Me dan ganas de gritarle que sé dónde está la cocina en mi propia casa, pero al menos no quiere echarme como Jeremy. Claro que, por culpa de Verónica, me están echando de mi vida entera.

¿Por qué Jeremy no lo ve? Tengo pruebas de que ella lo persigue por su dinero. ¿Es que no le importa? ¿Acaso quiere que se aprovechen de él?

Dejo que Teddy me guíe entre la multitud de fiesteros. Me enseña el pastel gigante, el castillo hinchable y el poni, e incluso le pide al payaso que me haga una pequeña corona de globos, que me pongo obedientemente. Pero entonces Teddy se distrae con sus amigos, dejándome sola.

Hoy no he comido nada, así que entro a ver qué tienen. Y, como era de esperar, la presentación es espectacular. Tienen docenas de mini sándwiches de todo tipo, una especie de mousse de salmón ahumado, huevos rellenos con caviar, champiñones rellenos, unas croquetas y una enorme tabla de embutidos con la carne dispuesta en forma de flores. Y lo mejor de todo: varias botellas de vino.

Me sirvo una copa grande de vino tinto sin siquiera mirar la etiqueta. Probablemente debería comer algo primero, pero más que nada, necesito beber ahora mismo. Justo cuando me la bebo de un trago, bajo la copa al ver una cara conocida.

"¿Cora?", digo.

Cora Janzen, a quien yo creía mi nueva mejor amiga, está parada a pocos metros de mí, luciendo espectacular con un vestido blanco

de verano. Se detiene en seco al verme allí, y se le va el color de la cara. "¿Naomi?"

Hace unos días me quejé con Cora sobre esta misma fiesta. Le conté lo mal que me sentía por haber sido excluida, y ella parecía tan enfadada como yo. Y sin embargo, aquí está.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto. Intento no sonar demasiado acusadora, pero vamos.

—Yo, eh… —Se retuerce mientras dos pequeños círculos rojos aparecen en sus mejillas—. Lo siento mucho, Naomi. Zack tenía muchísimas ganas de ir. No podía decirle que no. Es que todos los chicos del colegio hablaban de ello. Se habría sentido muy excluido.

"Sí", digo. "Entiendo perfectamente lo que se siente al ser excluido".

—Naomi. —Su voz se ha vuelto irritantemente quejumbrosa. Le estoy perdiendo el respeto a cada segundo. —¿De verdad estás enfadada por esto? Es solo una fiesta.

"Claro. Es solo una fiesta, Cora."

—Mira —dice—, hablemos de esto mañana después de clase, ¿vale? Estaré en el sitio de siempre y podremos charlar.

"Si estás en el sitio de siempre, yo estaré en otro lugar."

Me aparto de ella y me bebo el resto de la copa de vino. Llevo quince minutos en esta fiesta y ya han sido los peores quince minutos de mi vida. Cora parece que va a decir algo más, pero luego se da cuenta de que es inútil y sale.

No veo la hora de que esto termine.

34

Me bebo otra copa de vino de un trago y luego salgo con la tercera, acompañada de un plato lleno de aperitivos y sándwiches. Conozco a la mayoría de los demás padres, pero todos me evitan con incomodidad, así que me escondo en un rincón del jardín, junto a una mesa con cajas de zumo y botellas de agua. Es el lugar perfecto para no tener que hablar con nadie y poder dejar mi plato mientras me tomo el vino.

Sinceramente, es como si ni siquiera estuviera en la fiesta.

Lo único que me queda es cantarle el "Feliz Cumpleaños" a Teddy, que es lo único que me ilusiona. En sus últimos cinco cumpleaños, siempre he sido yo quien le canta el "Feliz Cumpleaños". Siempre le digo que cierre los ojos con fuerza mientras pide su deseo, y su carita arrugada es tan adorable. Me habría matado perdérmelo este año, así que todo este sufrimiento de estar aquí vale la pena por eso.

Justo cuando estoy terminando mi tercera copa de vino y dudando si podré conducir con una cuarta (mejor no), Jeremy sale furioso de la casa, con una expresión de enfado como nunca antes lo había visto. Se dirige directamente hacia donde estoy, con mi copa vacía y mi plato de sándwiches intactos, seguido de cerca por Verónica.

—¡Naomi! —me grita Jeremy, con tanta fuerza que varias personas se giran—. ¿Qué demonios le hiciste al regalo de Verónica?

Lo miro con expresión inexpresiva. "¿Qué?"

Su rostro está aún más rojo que el de Cora, casi morado. «Había un regalo en la sala que Ronnie iba a darle a Teddy, y alguien lo abrió y lo destrozó».

"¿Cómo se destruye un animal de peluche?"

—Era un coche robot —espeta Jeremy—. Y quedó hecho pedazos. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

"Eh, he estado aquí de pie todo este tiempo."

—Estás mintiendo —me sisea—. Entraste en la casa. Te vi entrar. ¿De qué otra forma ibas a haber conseguido comida?

"De acuerdo. Entré a la cocina, cogí esta comida y enseguida volví. Ni siquiera sé de qué estás hablando."

"¡No me lo puedo creer!", exclama Jeremy, levantando los brazos. "De verdad que no te lo puedo creer. Pensé que podrías controlarte al menos un día, en el cumpleaños de tu hijo, pero obviamente no. ¡Y mira ahora lo enfadado que está Ronnie!".

Ambos dirigimos nuestra atención a Verónica, cuyos ojos están llenos de lágrimas que parecen muy reales. Pero en cuanto Jeremy se da la vuelta y me mira, una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

Esa mujer es pura maldad. ¿Por qué Jeremy no se da cuenta?

—Quiero que te vayas —me dice.

"¿Qué?", grito. "¿Te refieres a ahora?"

"Sí. Ahora mismo."

"Pero… estás a punto de cantar 'Feliz cumpleaños' y cortar el pastel."

«Me importa un bledo». El rostro de Jeremy se contrae de ira. Nunca antes había sido violento, pero por un instante, temo que pueda golpearme. «Esta es mi propiedad y quiero que te vayas ahora mismo».

Nuestra discusión ha llamado la atención de mucha gente. La escena que antes intentábamos evitar se ha hecho realidad: todos nos miran fijamente. Y quizás sean las tres copas de vino que me tomé con tan poca comida, pero eso solo hace que me dé más pereza escabullirme de aquí con el rabo entre las piernas. ¿Y qué

voy a hacer? ¿Quedarme sentada en el coche sin hacer nada mientras la fiesta continúa durante una o dos horas más? Incluso la una era una estimación ridícula.

Teddy también se acercó para ver qué pasaba. Parece que no sabe qué decir al ver a sus padres discutiendo. Por una vez, se queda sin palabras.

—No me voy —digo—. Es la fiesta de cumpleaños de mi hijo y quiero estar aquí. Tengo derecho a estar aquí.

Esta vez Verónica no me defiende. Está demasiado ocupada fingiendo llorar. ¿Por qué Jeremy no se da cuenta? No es tan buena actriz.

—De acuerdo —dice Jeremy, sacando rápidamente el teléfono del bolsillo—. Voy a llamar a la policía.

—De acuerdo —digo.

Sinceramente, pensé que era un farol, pero luego marcó el 911 en su teléfono y habló con alguien que sonaba como un policía. No puedo creer que esto esté pasando. No puedo creer que haya llamado a la policía en la fiesta de cumpleaños de nuestro hijo, justo delante de él. Me acusó de ser egoísta, pero no puedo imaginar nada más egoísta que eso.

Empiezo a preguntarme si Ezra tenía razón en todo. No para de decir que Jeremy no merece la pena intentar salvarlo de Verónica, y yo sigo defendiéndolo. Pero ahora me pregunto si tal vez se merecen el uno al otro.

—La policía está en camino —anuncia Jeremy—. Así que este podría ser un buen momento para que te vayas antes de que te pillen entrando sin permiso.

—¡Allanamiento de morada! —exclamé—. ¡Esta también es mi casa! Seguimos casados, por si lo habías olvidado.

"¿Cómo podría olvidarlo si siempre llevas puesto tu anillo de bodas?"

Aprieto el puño izquierdo. Sí, me volví a poner el anillo después de decirle a Ezra que dejaría de usarlo. Pero no tiene nada que ver con Jeremy. La morganita es un cristal raro que favorece la introspección y potencia la fortaleza. Este anillo es importante para mí por razones que no tienen nada que ver con Jeremy.

Pero tengo la sensación de que él no lo entendería.

—Quiero quedarme para la canción y el pastel —digo con terquedad—. No creo que sea mucho pedir. Y Teddy también quiere que me quede. ¿Verdad, Teddy?

Miro a mi hijo, que aprieta una caja de zumo con la mano derecha, inmóvil. Permanece en silencio, con el labio inferior temblando.

—Por favor, vete, Naomi —dice Jeremy con voz exasperada.

Y la verdad es que probablemente me habría ido. Sí, quería estar allí para la canción y el pastel de cumpleaños, pero tampoco quería hacer llorar a mi hijo en su propia fiesta de cumpleaños. (Aunque en realidad fue culpa de Jeremy).

Pero es en ese momento cuando oigo las sirenas y todo se va al traste.

35

No podía creerlo cuando llegó la policía.

¿Y cómo llegaron aquí tan rápido? ¿Acaso no tienen crímenes que resolver? Una pequeña riña en una fiesta de cumpleaños infantil no debería ser una prioridad.

Pero apenas unos minutos después de que Jeremy llamara a la policía, un agente apareció en el patio trasero, con cara de pocos amigos por tener que trabajar un domingo por la mañana. Parecía a punto de sacar su arma y dispararnos a todos.

—¿Cuál es el problema? —gruñe el policía.

—Gracias por venir, agente —dice Jeremy respetuosamente—. Mi exmujer se presentó en la fiesta de cumpleaños de mi hijo y ahora se niega a irse.

"¡Sigo siendo tu esposa!", le respondo. "¡Y nuestro hijo quería que viniera!"

Aunque en este momento Teddy no parece querer que esté aquí. Tiene los brazos pegados al pecho, con la mirada baja. Parece que quiere que me vaya para poder comerse su pastel y disfrutar del resto de la fiesta.

Probablemente debería irme.

—De acuerdo, señora —me gruñe el agente—. Tiene que seguir su camino para que esta gente pueda celebrar su fiesta.

Genial. Jeremy ni siquiera me deja tener la dignidad de irme por mi cuenta. Está haciendo que un policía me eche delante de prácticamente todos mis conocidos.

El agente me agarra del brazo para escoltarme hacia la salida, y la verdad es que ya he tenido suficiente. No necesito que me saque a rastras. Así que me zafo de su agarre, lo que inesperadamente lo desequilibra y casi se cae. Me mira sorprendido.

Lo que sucede a continuación ocurre muy rápido. Oigo al policía murmurar por un walkie-talkie que saca de su cinturón, diciendo que estoy siendo "agresivo". ¡Lo cual no es cierto en absoluto! Pero antes de que pueda explicárselo, me agarra del brazo otra vez, esta vez con mucha más brusquedad. Luego me empuja contra la mesa donde tenía la comida y la bebida, haciendo que un montón de platos y cajas de zumo salgan volando.

El jugo derramado empapa mi blusa mientras el policía me retuerce los brazos a la espalda. Un segundo después, siento unos anillos metálicos clavándose en mi muñeca. Me lleva otro segundo comprender lo que acaba de suceder:

Me esposó.

¡Ese cabrón me esposó!

Estoy paralizada, con la cara pegada a la fría mesa de plástico, pegajosa por los jugos y el vino derramados. No puedo moverme ni levantarme, pero entonces él me jala bruscamente para que me ponga de pie. Todos en la fiesta me miran con expresiones de horror. Teddy solloza acurrucado contra la pierna de Jeremy.

—Vamos, señora —me gruñe el agente.

Me da un empujón para que me ponga a caminar, y tienen que sacarme esposado del patio trasero de la fiesta de cumpleaños de mi hijo, delante de todos.

Creo que puedo afirmar con seguridad que no recibiré pastel.

36

Nunca antes me habían arrestado.

Obviamente. La mayoría de los ciudadanos respetuosos de la ley, como yo, nunca han sido arrestados. Claro que Verónica sí ha sido arrestada. Lo único positivo de todo esto es imaginarla pasando por la misma incomodidad.

El policía me lleva a la comisaría, donde me registran, supongo que en busca de algún tipo de arma. Por suerte, trajo mi bolso en el coche patrulla, pero no me dejan quedármelo. Me hacen firmar un formulario donde consta que se lo han llevado.

Y entonces me fichan por obstrucción a la autoridad y allanamiento de morada. Me hacen un montón de preguntas, me toman las huellas dactilares y me hacen una foto policial. Sinceramente, es horrible. Todo el tiempo pido hablar con mi abogado, pero no me dejan hasta que termina el fichaje.

Hay un teléfono en la recepción y me dejaron buscar el número de Ezra en mi celular, que estaba en mi bolso. De verdad, no quiero llamarlo, pero tengo que hacerlo. Ni siquiera estoy segura de que vaya a contestar un domingo por la mañana, y esta no es la clase de llamada que querrá recibir. Me da vergüenza que se entere de lo que pasó. Pero es mi abogado y lo necesito ahora mismo.

Por suerte, contesta después de solo dos timbres, probablemente porque está acostumbrado a recibir llamadas de la comisaría.

"¿Hola?"

"Hola, Ezra… soy Naomi."

—¿Naomi? —Se queda callado un momento, y cuando vuelvo a oír su voz al otro lado de la línea, parece desconcertado—. ¿Me llamas desde la comisaría?

"Sí. Yo… me arrestaron."

¿Arrestado? ¿Hablas en serio?

"¡No fue mi culpa!", exclamó Jeremy. Le contó toda la historia: la fiesta, las acusaciones de Jeremy, cómo pensaba irme, pero entonces el policía me agarró y todo fue un malentendido. Bueno, más o menos. "Y ahora quieren meterme en una celda".

—¡Oh, Dios mío! —gime Ezra—. ¿No te dije que no fueras a esa fiesta?

"¡Yo no! ¡Me dijo que terminaría al mediodía! Esto no fue culpa mía."

"Vale, vale…" Suspira profundamente. "De acuerdo. Vale. Déjame ver qué puedo hacer."

¿Tengo que pasar la noche aquí?

La sola idea de pasar la noche en una celda es casi indescriptiblemente horrible.

—No lo sé —dice—. Probablemente no. Como dije, déjame ver qué puedo hacer.

¿Habrá fianza?

"Ojalá que no. Probablemente te dejen en libertad bajo palabra."

"De acuerdo." Mi voz se quiebra en la segunda sílaba de la palabra. "Gracias, Ezra."

"Esto no está bien, Naomi."

"¿En serio? Me pareció una idea brillante."

Vuelve a suspirar. "Está bien. Aguanta un poco más. Voy a hacer algunas llamadas y luego iré a la comisaría."

Quiero sentirme reconfortada sabiendo que Ezra me está ayudando. Hago lo que haga mal y él me ayudará a enmendarlo. Pero en cuanto cuelgo el teléfono, rompo a llorar.

37

Pasé la siguiente hora llorando en una celda.

Hay un par de mujeres más en la celda conmigo, ninguna vestida para una fiesta de cumpleaños infantil. Pero como estoy sollozando, me dejan en paz. Nadie quiere lidiar con una mujer llorando, aunque estés en la cárcel y no tengas nada que hacer.

La cagué. La cagué tremendo. Lo único que tenía a mi favor, a diferencia de Jeremy y Veronica, era que era un ciudadano ejemplar. Y ahora, de repente, tengo antecedentes penales. ¿Habrá juicio? Ni siquiera lo sé. Supongo que Ezra me lo explicará cuando me saque de aquí.

Si me saca de aquí.

Han pasado unas cuatro horas cuando un oficial asoma la cabeza en la celda. Intento no ilusionarme demasiado, pero entonces grita: "¿Roth?".

Me pongo de pie rápidamente. "Sí, soy yo".

—Puedes irte —gruñe.

¡Oh, gracias a Dios! Ezra es un genio.

Pero no es un proceso rápido. Tengo que firmar un montón de papeles para que me devuelvan mis pertenencias y poder irme a casa. Tardo otra media hora en terminar. Pensé que tendría que llamar a un taxi, ya que mi coche está en casa de Jeremy, pero cuando llego a la sala de espera de la comisaría, Ezra me está

esperando, con un traje arrugado y sin corbata, y sin afeitar. No sonríe.

Se pone de pie al verme. “Vamos. Salgamos de aquí”.

Ni siquiera me avergüenzo de mis ojos hinchados mientras lo sigo hasta su Ford, porque nada se ve tan mal como ese coche destartalado. También tiene un montón de papeles apilados en el asiento del copiloto, que tiene que mover hacia atrás. Finalmente, me siento a su lado, agarrando mi bolso con fuerza.

Ezra mete la llave en el motor y la gira, pero el motor solo da tirones. Genial. Mi suerte va de mal en peor.

—¿Está averiado el motor? —le pregunto.

“No. Normalmente se necesitan varios intentos. No pasa nada.”

“¿Quizás deberías comprarte un coche nuevo?”

“Está bien.”

Al tercer intento, el motor arranca con un rugido y logramos salir del estacionamiento de la comisaría.

—Gracias por sacarme de ahí —digo tras un breve silencio—. Eres un/a genio/a.

“Puede que cambies de opinión cuando escuches lo que tengo que contarte a continuación.”

Frunzo el ceño. "¿Qué ocurre?"

“Tu ex solicitó una orden de protección temporal en tu contra”, dice. “Eso significa que no puedes contactarlo ni a Teddy, ni siquiera acercarte a ninguno de los dos, excepto en circunstancias especiales”.

"¿Qué?"

—Lo siento, Naomi —me mira mientras frena en un semáforo en rojo—. Pero un policía te escoltó a la fuerza fuera de una fiesta. Jeremy ya había expresado su preocupación antes, y ahora tiene pruebas que lo respaldan.

Mi respiración se acelera. Creo que estoy empezando a hiperventilar. "¿Entonces no puedo acercarme a mi propio hijo?"

“Lo siento mucho. Tú… no debiste haber ido a esa fiesta.”

Me zumba la cabeza. "¿Cuánto tiempo dura esto?"

“Habrá una audiencia dentro de unas semanas.”

¿Unas semanas? ¡Jamás había pasado tanto tiempo sin ver a Teddy en toda su vida! Por fin me he recuperado de mi llanto en la celda, y ahora siento que vuelve a empezar. "¿Hablas en serio? ¿No puedo ver a Teddy durante unas semanas? ¡No puede ser! ¡No le hice nada malo! ¡Solo fue una fiesta estúpida!" Me empiezan a hormiguear los dedos. "¡Esto es tan injusto!"

Ezra me mira de reojo otra vez. En la siguiente esquina, se desvía hacia una calle lateral. Pone el coche en punto muerto y se gira para mirarme.

—Naomi. —Me toma de la mano; la suya está cálida y seca—. Necesito que respires hondo varias veces. Hazlo conmigo.

Ya me lo había dicho antes y me indigné, pero esta vez no tengo fuerzas para protestar. Lo hace conmigo como prometió, inhalando aire por la nariz y exhalándolo lentamente por los labios. Después de cinco de estos, siento…

Bueno, no está mejor. Pero es menos probable que me vaya a desmayar.

Me mira fijamente. «Mira, no te voy a mentir. Esto no está bien, y entiendo por qué estás molesto. Pero si te mantienes alejado de los problemas durante unas semanas, estoy seguro de que puedo lograr que cancelen el pedido. He visto cosas así muchas veces, y te prometo que puedo solucionarlo».

El pánico vuelve a apoderarse de mí. "¿Unas semanas?"

—Naomi —su voz se torna repentinamente severa—. Te arrestaron, ¿de acuerdo? ¿Qué esperabas?

Su mandíbula se contrae ligeramente. Aunque ahora mismo me compadezco mucho de mí misma, reconozco que para él tampoco es un camino de rosas. Lo arrastré a la comisaría un domingo por la tarde, y ahora tendrá que esforzarse mucho más para ayudarme a conseguir la custodia compartida de mi hijo. Por no hablar de que prácticamente no puedo pagarle, salvo el único anticipo que conseguí.

—Lo siento —digo en voz baja.

—No te disculpes —dijo, tocándose la sien con la mano derecha —. Solo te pido que no hagas ninguna tontería durante las próximas semanas. Y por el amor de Dios, no te vuelvan a arrestar.

—Pero, Ezra… —Me muerdo el labio inferior—. Me preocupa la seguridad de Teddy. Me refiero a cuando está cerca de Verónica.

Niega con la cabeza. "¿De qué estás hablando?"

"Hay algo que necesito decirte…"

Todo lo que le he estado ocultando sale a la luz de forma confusa y desordenada. El viaje a la antigua casa de Verónica. La kombucha envenenada. Mi preocupación de que Verónica pudiera hacerle daño a Teddy para quitárselo de en medio. Mientras hablo, el color desaparece lentamente del rostro ya pálido de Ezra.

Cuando termino de hablar, se quita las gafas, cierra los ojos con fuerza y se los frota con las yemas de los dedos.

—Lo que estás diciendo —dice— es…

Espero a que reconozca que se trata de una acusación muy grave y que debemos regresar de inmediato a la comisaría para contarles todo. Porque Teddy no está seguro en esa casa.

"Es una locura", concluye.

Eché la cabeza hacia atrás como si me hubiera abofeteado. "Pero…"

"No te crees todo eso, ¿verdad?"

Me mira con preocupación en los ojos. No porque crea que Verónica vaya a matarme, sino porque de repente le preocupa haberse equivocado de bando en esta batalla por la custodia. Jeremy me ha estado mirando así últimamente, y no soporto ver esa misma mirada en los ojos de Ezra.

"Yo…" Trago saliva con dificultad. "Siento que… son muchas coincidencias aterradoras, ¿sabes? No puedes culparme por estar un poco asustada…"

"Sí…"

"Y tengo muchísimas ganas de volver a ver a Teddy…"

Tras un breve instante, su rostro se relaja. «Mira, sé que has pasado por momentos estresantes últimamente, pero no puedes dejar que te afecte. Esta va a ser una batalla más difícil de lo que pensábamos, pero sigo confiando en que al final todo saldrá bien».

Asiento con la cabeza en silencio, sabiendo que si intento hablar, me echaré a llorar.

Me lleva a casa, aunque al llegar recuerdo que mi coche está en casa de Jeremy. Me dan ganas de pedirle que me lleve él, pero parece que ya ha tenido suficiente de mí por hoy. Mañana pediré un Uber para ir a buscar mi coche.

Cuando aparca frente a mi casa, se gira para mirarme por última vez. «Todo va a estar bien, Naomi. Te prometo que puedo arreglarlo».

"Tu camino a la gloria estará empedrado de piedras afiladas", digo, recordando la galleta de la fortuna del otro día.

Esboza una leve sonrisa. "Sí, algo así. Y luego, cuando todo termine, iremos juntos a una fiesta de karaoke".

—Trato hecho —digo.

Intento devolverle la sonrisa, pero no es fácil. La he liado parda y ahora no podré ver a mi bebé durante unas semanas, hasta que tengamos la audiencia. La sola idea me resulta casi insoportable.

Espero que Ezra pueda arreglar esto. Porque si no puede, no sé qué voy a hacer.

38

Paso la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama.

En un momento dado, me despierto, voy a la habitación de Teddy, miro su colección de rocas expuesta en su pequeño escritorio, luego cojo uno de sus peluches y lloro durante un tiempo indeterminado. Después me quedo dormida en su cama.

Cuando por fin me despierto, ya casi es la hora del almuerzo. No tengo mucho para comer en casa y pienso en ir al supermercado, pero entonces recuerdo que mi coche está en casa de Jeremy. Todavía tengo que ir a buscarlo.

Mientras busco en mi refrigerador algo de comida que pueda improvisar para preparar una comida, mi teléfono vibra con una alerta. Me toma un momento encontrarlo, que está enredado entre las mantas de mi cama. Cuando lo encuentro, miro la pantalla y recuerdo haber puesto este recordatorio en mi teléfono justo antes de que mi vida se desmoronara por completo:

Viaje de Jeremy a Boston.

Jeremy tiene un viaje de negocios a Boston esta semana. Vuela esta tarde. Lo que me hace preguntarme quién cuidará de Teddy mientras él no está. Si no hubieran ocurrido los sucesos de ayer, ¿me lo habría pedido? Supongo que no, porque no habría podido

pedírmelo con tan poca antelación. Quizás canceló el viaje. O tal vez Rosita se queda a dormir.

O tal vez le pidió a Verónica que cuidara de Teddy.

La idea de que esa mujer pase tiempo con mi hijo cuando a mí no me permiten acercarme a él… bueno, es casi insoportable. Me dan ganas de gritar.

Verónica no ama a Teddy. En el mejor de los casos, lo tolera para llegar a Jeremy. En el peor, él podría estar en peligro. No es que ella haya hecho daño a los hijos de los Simington, pero la ama de llaves dio a entender que lo habría hecho si se le hubiera presentado la oportunidad.

¿Y no es esta la oportunidad perfecta? ¿Si Jeremy está fuera de la ciudad y los dos están solos?

Cuando le expresé mis preocupaciones a Ezra, me miró como si pensara que había perdido la cabeza. Pero él no conoce a Verónica. No ha visto el brillo en sus ojos cuando mira a mi marido. Si supiera lo que yo sé, se lo tomaría mucho más en serio.

Mi teléfono empieza a sonar en mi mano, sacándome de mi creciente pánico. "MAMÁ" aparece en la pantalla, y aunque normalmente detesto hablar con mi madre por teléfono, siento una punzada de nostalgia. Puede que mi madre sea demasiado crítica y cínica, pero es muy útil. Si no fuera por ella, ni siquiera estaría casada con Jeremy.

Así que levanto el teléfono.

—Naomi —dice la voz ronca de mi madre al otro lado de la línea —. ¿Has estado evitando mis llamadas?

"No", miento.

"Sí, lo has hecho." Aunque ni siquiera parece muy molesta. Más bien está afirmando un hecho. "¿Y qué pasa? ¿Jeremy sigue dejándote?"

Se me hace un nudo en la garganta. «Tenías razón sobre él. Hay otra mujer. Me está dejando por una chica de veintitantos. Y es guapísima».

—Ay, Naomi —suspira mi madre.

Creí que ya no me quedaban lágrimas, pero de alguna manera volví a llorar. Ni siquiera puedo contarle sobre mi arresto y que ya no

me permiten ver a Teddy. Me dolería decir esas palabras en voz alta. Pero sí le cuento todo lo que descubrí sobre Verónica durante mi visita a su antigua casa. A diferencia de Ezra, ella se toma todo lo que digo muy en serio. Sabía que sería la única que lo haría.

—Escúchame, Naomi —dice—. Esta mujer es claramente problemática, y lamento decir que te lo advertí, pero… bueno, te lo advertí.

Sí, me lo dijo. Aunque me cueste admitirlo, mi madre siempre tiene razón.

"Pero la buena noticia es", dice, "que hay una manera sencilla de recuperar a tu familia".

"¿Cómo?"

"Lo único que tienes que hacer es deshacerte de esta otra mujer antes de que ella se deshaga de ti."

Siento un escalofrío que me recorre la columna. "¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir", dice, "si esa otra mujer no está cerca, él no te dejará".

"¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Convencerla para que se vaya?"

Ella resopla. "No creo que tengas mucha suerte con eso."

Tiene razón. "¿Entonces, cómo se supone que voy a deshacerme de ella?"

En lugar de responder a mi pregunta, empieza a toser. Es una tos húmeda que le sale del pecho. Mi madre fumó durante demasiado tiempo. ¿Quién sabe cuánto tiempo más estará aquí? En un año podría morir. ¿Y entonces quién me ayudará? Nadie resuelve mejor los problemas que mi madre. A veces puede ser exasperante, pero le debo todo.

—No puedo solucionar esto por ti —me dice después de controlar su tos—. Ya no. Ahora depende de ti.

No sé qué insinúa. Me ayudó hace mucho tiempo, pero no fue nada parecido a esto. No sé cómo espera que me deshaga de Verónica, que es mucho más astuta que yo. Le conté a Jeremy todo lo que sabía sobre ella, y me dijo que estaba delirando. Hice lo que pude.

Pero esto ya no se trata solo de Jeremy y de mí. También se trata de Teddy. Puede hacerme lo que quiera, pero de ninguna manera voy a permitir que le haga daño a mi pequeño.

39

Espero hasta última hora de la tarde, cuando Jeremy probablemente ya se haya marchado a su viaje de negocios, antes de ir a buscar mi coche.

No me alcanza para un Uber, pero no tengo muchas opciones. Me faltan amigos que me lleven. Después de lo que pasó ayer, desde luego no puedo pedírselo a Cora. Y estoy segura de que Ezra está en el juzgado, e incluso si no lo está, está harto de mí.

Así que me dirijo hacia allá, cada vez más deprimida al entrar en mi antiguo barrio, sabiendo que Teddy está prácticamente a mi alcance, pero no puedo verlo. Y todo es culpa de Verónica.

No puedo dejar a mi hijo solo con esa bruja. Si está ahí con él, yo… Bueno, no sé qué haré. Pero no voy a dejarlo a su merced.

El conductor de Uber me deja en mi Lexus, que en realidad no está muy cerca de casa, ya que la calle estaba llena de coches el día de la fiesta. Entro y empiezo a conducir de vuelta a mi apartamento, aunque tengo que pasar por delante de casa de camino.

Comparado con ayer, la casa se ve muy tranquila. La puerta del garaje está cerrada, pero el Jetta de Verónica está estacionado en la entrada. Además, el coche de Rosita no está. Teddy no tiene clases después de la escuela hoy, lo que me hace pensar que debe estar en casa con Verónica, como suponía. Están solos.

Pero entonces se me ocurre algo. Jeremy sabe de la orden de protección temporal, pero Verónica quizás no. Si paso por su casa y le digo que tengo que recoger a Teddy mientras Jeremy está de viaje, es muy probable que me crea. O mejor aún, estará encantada de librarse de cuidarlo.

Entonces oigo la voz de Ezra en mi oído: Por favor, no hagas ninguna tontería durante las próximas semanas.

Pero todo irá bien. Verónica no tiene ni idea de lo que está pasando. De hecho, apuesto a que se está drogando ahí dentro. Jeremy está fuera de la ciudad, y esta podría ser mi última oportunidad de ver a Teddy en las próximas semanas. Le diré a Verónica que tengo que ir a buscarlo y que lo traeré mañana.

Pero este plan no es del todo infalible. Existe la posibilidad de que Verónica coja su teléfono inmediatamente y le cuente a Jeremy lo que estoy haciendo, y él se asustará muchísimo. Así que necesito una coartada para explicar por qué estoy allí; algo que pueda contarle a la policía, si llega el caso.

Entro en la entrada junto al coche de Verónica. Me apresuro a cruzar el camino de entrada hasta el porche, con el cuerpo vibrando de emoción ante la idea de ver a Teddy. Puede que me haya perdido su fiesta de cumpleaños ayer, pero aún podemos pasar una velada estupenda juntos esta noche.

Sin embargo, antes de llegar a la puerta, me detengo en el césped. Recojo una de las piedras grandes que bordean nuestro camino y la limpio lo mejor que puedo. Necesitaba una excusa para ir a la casa, y ahora la tengo.

Toco el timbre, esperando que sea Teddy quien abra. Pero, por supuesto, no es él. Es Verónica quien abre la puerta, tan guapa como siempre con sus vaqueros informales y una camiseta ajustada, con su sedoso cabello suelto sobre los hombros. Una mirada cautelosa ilumina su bonito rostro al verme, lo que me hace temer que vaya a complicarme mucho las cosas.

—Hola —digo alegremente. Intento sonar a una mezcla de jovial y desenfadada—. Solo vine a traerle a Teddy algo que olvidó en mi apartamento. Levanto la piedra. —Esta es su nueva piedra favorita. Me dijo específicamente que quería que se la trajera.

Verónica ladea la cabeza. "¿No se supone que deberías estar en la cárcel?"

No, eres tú. Mantengo la sonrisa forzada. «Todo fue un malentendido ayer. Pero Jeremy me contó sobre el viaje de negocios que iba a hacer, y pensé que sería un buen momento para pasar a traerle la piedra a Teddy. Y ya que estoy aquí, puedo quedármelo y darte un respiro. Jeremy me dijo que no habría problema».

Contengo la respiración, esperando que no me diga que el viaje de negocios se ha cancelado. Pero por la expresión de su rostro, sé que él realmente se ha ido, y ella no está segura de nada de esto.

—¿Te dijo eso? —pregunta con voz escéptica.

"Sí."

"¿Cuando?"

"De hecho, hablamos de eso anoche. Supongo que no quería que te quedaras con Teddy."

Mientras pronuncio esas palabras, intento cruzar la puerta, pero Verónica mueve su cuerpo, bloqueándome el paso. «No me dijo nada al respecto».

—No sé qué decirte —me encojo de hombros con impotencia—. Me pidió que lo hiciera, y sé que Teddy no querrá perderse la noche conmigo. Y seguro que no quieres que llore por esto, ¿verdad? —Agito la piedra para enfatizar mis palabras.

Casi puedo ver cómo le da vueltas la cabeza. Está intentando decidir si debe creerme o no. Quiere deshacerse del hijo de su novio, pero no quiere meterse en problemas por hacer algo malo.

Vamos, Verónica. Déjame tener a mi hijo.

—Esto no me suena bien —anuncia finalmente—. Voy a llamar a Jeremy.

Entonces se da la vuelta y regresa a la casa, supongo que para buscar su teléfono. La sigo antes de que pueda cerrarme la puerta en la cara y la cierro suavemente tras de mí. Luego me apresuro tras ella.

—Estoy segura de que todavía está en su vuelo —le digo, intentando que no se note mi desesperación en la voz—. No podrá atender la llamada.

"Ni siquiera es un vuelo de una hora", dice. "Estoy segura de que ya ha aterrizado".

Su teléfono está en la mesa de centro. Si lo llama, le dirá que estoy mintiendo. No solo eso, sino que incluso con la excusa de la piedra falsa, estoy violando la orden de protección temporal con solo estar aquí. Ezra me dijo que no hiciera ninguna tontería, y lo que he hecho es muy, muy tonto. Podría costarme la custodia de mi hijo.

Verónica coge su teléfono de la mesa de centro.

—Espera —le ruego—. Yo… Puede que tengas razón. Tal vez lo entendí mal. No tienes que llamarlo.

Me lanza una mirada. "Oh, definitivamente lo llamaré".

¡Dios mío! ¿Por qué vine aquí? Ezra estaba arreglando cosas para mí y lo arruiné todo. En cuanto le cuente a Jeremy lo que está pasando, él se lo dirá a su abogado. Tendré suerte si vuelvo a ver a Teddy. No puede hacer esta llamada.

Pero no puedo detenerla.

¿Puedo?

Miro la piedra que tengo en la mano, que ocupa toda la palma. Es una roca completamente común, de esas que no entusiasmarían a mi hijo en absoluto, pero es grande. Y es pesada.

Antes de que pudiera dudar, la levanté por encima de mi cabeza. Y mientras Verónica trasteaba con su teléfono, la dejé caer sobre su cráneo con todas mis fuerzas. Una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

Al instante, Verónica cae al suelo inconsciente.

Oh, no.

¿Qué he hecho?

PARTE II

40

NAOMI

¿Qué he hecho?

Verónica yace inconsciente en el suelo del salón de mi antigua casa. Sigo sosteniendo esa piedra en mi mano derecha. Tiene sangre, y mi mano también, pero no mucha. Una cantidad que se puede lavar fácilmente.

Me arrodillo a su lado, preocupado por la posibilidad de haberla matado. Pero puedo ver claramente cómo su pecho sube y baja. Sigue viva. Por desgracia.

No, no quise decir eso. Dios, no quería matarla. No soy como ella. Solo quería evitar que llamara a Jeremy.

Y definitivamente no debí haber hecho esto. Sean cuales sean las consecuencias de que yo haya ido a la casa e intentado llevarme a Teddy, las consecuencias de agredir a Verónica con una piedra van a ser mucho peores. Ezra no va a estar contento conmigo.

¿Y ahora qué?

"¿Mami?"

La voz de Teddy llega flotando desde lo alto de la escalera. Oh, no. Esto se está poniendo aún peor. Cualquier posibilidad de salir de aquí y fingir que tal vez un ladrón entró y lo hizo todo se ha esfumado.

Pero tal vez pueda hacer que funcione.

Corro hasta el pie de la escalera. Teddy sigue arriba, mirándome con curiosidad. Desde donde está, no puede ver a Verónica tirada en el suelo. Y aunque lo único que quiero es abrazarlo y llevármelo de aquí, tengo que llevarlo de vuelta a su habitación mientras resuelvo esto.

"¡Mamá, estás aquí!"

Se le ve tan feliz que casi se me parte el corazón. Empieza a bajar corriendo las escaleras, pero me interpongo en el hueco para bloquearle el paso. «No bajes. Necesito que te quedes en tu habitación».

Su carita se arruga. "¿Pero por qué?"

"Porque… se me cayó un plato y se rompió todo en el suelo."

"¿Era ese el ruido fuerte que oí?"

Siento una opresión en el pecho. "Ajá. No quiero que te lastimes."

Teddy frunce el ceño, una expresión que de repente lo hace parecerse mucho a Jeremy. "¿Qué haces aquí? Papá dijo que Ronnie me estaba vigilando".

"Cambió de planes."

"¿Por qué?"

Dios mío, estas preguntas van a continuar durante la próxima hora si no hago algo al respecto. —Teddy —digo en voz baja y urgente—. Ve a tu habitación y mira videos de monos.

Sus ojos se abren de par en par y se queda en silencio al instante. Casi nunca le damos esa advertencia, así que a veces me preocupa que la haya olvidado. Pero por la expresión de su cara, no la ha olvidado. Se va a encerrar en su habitación y no saldrá hasta que alguien le diga que es hora de comer galletas de canela.

Ahora puedo ocuparme del asunto de Verónica con tranquilidad.

Verónica sigue inconsciente en el suelo. No sé qué hacer. ¿Puedo escabullirme y esperar que tal vez no recuerde nada? Pero claro que lo recordará. Se dio un buen golpe en la cabeza, pero tiene un cerebro sano de veintiocho años. Estoy seguro de que recordará todo lo que pasó y se lo contará a Jeremy en cuanto recupere la consciencia, que podría ser en cualquier momento.

Necesito más tiempo. Tengo que averiguar qué hacer.

Su teléfono se cayó a apenas treinta centímetros de donde estaba tirada en el suelo. La pantalla se iluminó y emitió un fuerte zumbido. Acababa de recibir un mensaje de texto.

Recojo su teléfono del suelo y leo el mensaje en la pantalla. Como era de esperar, es de Jeremy.

Acabo de bajar del avión. Tenía una llamada tuya perdida.
¿Todo bien?

No puedo contestar sin desbloquear la pantalla. Pero parece que el teléfono solo necesita una huella dactilar para desbloquearse, y tengo su mano aquí mismo, al alcance de la mano. Tomo su mano inerte y presiono su pulgar en el lector de huellas dactilares. El teléfono se enciende.

Lo primero que hago es reconfigurar el teléfono para que no se requiera contraseña para acceder. Ahora puedo responder a cualquier mensaje de Jeremy que me preocupe. Rápidamente escribo un mensaje de texto antes de que se ponga nervioso y me llame:

¡Todo está bien! ¡Llamada accidental!

Bien. ¿Está bien Teddy?

Independientemente de lo que pueda decir sobre Jeremy, es un buen padre. A pesar de todo, me conmueve leer su mensaje. Al menos mi respuesta a esta pregunta será sincera.

¡Teddy está bien! Está jugando arriba en su habitación.

Vale, perfecto. Llamaré esta noche desde el hotel.

Y luego escribe:

Te amo.

Uf, ¿es este un ejemplo típico de cómo son las conversaciones entre ellos dos? ¿Se dicen cuánto se aman? Dios, no llegué demasiado pronto.

Tengo que atajar esto de raíz. Ahora mismo. Antes de que "Te amo" se convierta en "¿Te casarías conmigo?".

¿Pero cómo?

Quizás pueda hacer entrar en razón a Verónica. En realidad, no quiere tener que hacerse cargo de un marido y un hijo. Lo único que quiere es el dinero de Jeremy. Tal vez pueda proponerle un acuerdo en el que reciba algún tipo de compensación económica a cambio de que nos deje en paz. Odio la idea de negociar con ella, pero no me quedan más opciones.

Pero claro, no me va a hacer caso. En cuanto se despierte, irá directamente a buscar su teléfono para llamar a Jeremy. Aunque le esconda el teléfono, puede salir corriendo de casa y llamar a algún vecino.

No, tengo que asegurarme de que tengamos la oportunidad de hablar de esto con calma. Tengo que asegurarme de que esté completamente atenta hasta que consiga lo que quiero.

Me pregunto si Jeremy seguirá guardando la cinta adhesiva en el mismo sitio.

41

La cinta adhesiva está exactamente donde siempre la guardábamos, en la despensa junto a la cocina.

Verónica empieza a despertarse un poco cuando regreso con el rollo de cinta plateada, lo que significa que no tengo tiempo que perder. Por desgracia, la despensa está húmeda y la cinta ha perdido algo de adherencia. Así que, al atarle las muñecas, doy varias vueltas con la cinta para asegurarme de que no le sea fácil liberarse. Todavía está bastante aturdida, así que también puedo atarle los tobillos sin mucho esfuerzo.

Observo a Verónica, tumbada en el suelo con los tobillos y las muñecas atados. Bueno, al menos no va a ningún sitio ni hace llamadas. Pero no estoy seguro de que vaya a escuchar lo que tengo que decirle.

Saco otro trozo más pequeño de cinta adhesiva del rollo y se lo presiono sobre los labios. Bien, ahora tiene que escuchar.

Pero aún me preocupa un poco que Teddy baje o que escuche nuestra conversación desde su habitación. Esta casa es preciosa, pero no está muy bien insonorizada. No sé qué pasará si Teddy nos escucha, y sinceramente, prefiero no saberlo. Si Verónica y yo vamos a hablar, no puede ser en la sala.

Entonces mi mirada se dirige a la puerta del sótano.

Sería perfecto. Tampoco es insonorizado, pero Teddy nunca nos oirá desde dos pisos más arriba. Verónica y yo podemos tener una larga conversación y Teddy no oirá ni una palabra.

Ni siquiera la oirá si grita.

Verónica gime en el suelo, pero aún tiene los ojos cerrados. Es mejor hacerlo mientras todavía está casi inconsciente. Cuando despierte y se resista, todo será mucho más difícil.

Abro la puerta de la bodega y ese familiar olor a humedad me inunda las fosas nasales. Enciendo la luz, que apenas ilumina lo suficiente para que Jeremy pueda leer las etiquetas de las botellas de licor. En realidad, es perfecta.

¿Y ahora cómo voy a hacer que Verónica baje?

Aunque es más alta que yo, es muy delgada. La tanteo agarrándola por los tobillos y arrastrándola por el suelo, y resulta ser más fácil de lo que pensaba. Sin embargo, me preocupa un poco lastimarme la espalda. Arrastrar a una mujer inconsciente hasta el sótano habría sido mucho más fácil cuando tenía veinte años. Otra desventaja de envejecer que ni siquiera había previsto.

En realidad, es mucho más fácil cuando llegamos a las escaleras, porque ahora la gravedad me ayuda. Al principio, intento ir despacio para evitar que se golpee la cabeza con cada escalón, pero luego me doy cuenta de que quizás sea mejor así. Cuanto más confundida esté cuando despierte, mejor.

El sótano de la casa está parcialmente terminado. Solo hay una luz en el techo, lo que mantiene la habitación en penumbra todo el tiempo, sobre todo porque tampoco hay ventanas; la luz es el enemigo del buen vino. Jeremy me dio una charla sobre esto una vez, insistiendo en que el vino se daña fácilmente con la luz solar, la temperatura y la humedad, por lo que debe almacenarse con tanto cuidado. Para conseguir la temperatura adecuada, también instaló un sistema de refrigeración que mantiene la bodega a unos perfectos 13 grados centígrados en todo momento. Pero además del vino, Jeremy también guarda una considerable colección de licores, incluyendo bourbon, whisky escocés y ron. Le encanta el vino, pero cuando ha tenido un mal día, no hay nada que le guste más que una copita de whisky escocés después de acostar a Teddy.

Y lo sé porque es mi marido, y lo amo más de lo que Verónica jamás será capaz de amar.

El suelo está sin terminar, al igual que una de las paredes, mientras que otra pared es completamente de ladrillos marrones. Hay alrededor de una docena de botelleros pegados a las paredes, la mayoría llenos hasta tres cuartas partes.

Hace frío en el sótano, sobre todo porque solo llevo una sudadera ligera. Verónica solo lleva una camiseta y se le eriza la piel de los brazos. Parece que el aire gélido también la está despertando, porque deja escapar otro gemido bajo, aunque sigue con los ojos cerrados.

La observo un instante, inconsciente en el suelo. Es realmente muy hermosa, injustamente hermosa. Ni siquiera puedo culpar del todo a Jeremy por haberse enamorado de ella. Bueno, vale, sí puedo. Pero aun así. Tengo la sensación de que, sea cual sea el acuerdo al que lleguemos en el sótano, nada cambiará realmente. Jeremy nunca dejará de desearla porque, bueno, ¡mírala!

Tienes que deshacerte de ella.

La voz ronca de mi madre resuena en mi cabeza. Me doy cuenta de que, con Verónica tirada en el suelo, con los brazos y las piernas atados, sería demasiado fácil acabar con ella. Podría coger un cuchillo de la cocina, clavárselo en el pecho y moriría antes de darse cuenta. Un escalofrío me recorre el cuerpo, un escalofrío que no creo que provenga del aire acondicionado.

Por supuesto, todo esto es ridículo. No soy un asesino. Independientemente de lo que haya hecho en mi vida —y sinceramente no creo haber hecho nada tan malo—, jamás haría algo así. No voy a matar a Verónica.

¿Pero qué pasaría si no fuera tan guapa?

Me pregunto si Jeremy seguirá guardando las tijeras en el mismo sitio.

42

Al subir de nuevo, encuentro unas buenas tijeras deshuesadoras en el bloque de cuchillos de la cocina. Casi no las usé, así que están bien afiladas.

Estos serán perfectos.

Regreso caminando hacia la bodega. Dejé la luz encendida allí abajo, pero debido al preciado vino de Jeremy, todavía no se ve bien. Sujeto las tijeras con la mano derecha por la hoja, como te enseñan en la escuela, mientras bajo la empinada escalera.

Al llegar al final de las escaleras, Verónica está justo donde la dejé, en el suelo. Pero ahora tiene los ojos entreabiertos. Parece algo aturdida, pero cuando me ve, los abre del todo. De repente, parece estar muy alerta.

Lo primero que hace es dejar escapar un sonido ahogado. Luego otro más fuerte.

Ella está intentando gritar.

—Hola, Verónica —digo.

Se las arregla para girarse de lado, aunque no parece poder sentarse. Ojalá la hubiera sujetado mejor. En realidad, debería haberla atado a una silla. Pero no hay ninguna en el sótano. Supongo que podría haber traído una, pero no estoy seguro de tener la fuerza suficiente para levantarla y sentarla. Sin duda me habría

lastimado la espalda. Estoy haciendo lo que puedo, considerando que esto dista mucho de cómo esperaba que resultara el día.

Pero no pasa nada. No se va a ir a ninguna parte con las muñecas y los tobillos atados con cinta adhesiva. Y Jeremy está a una distancia prudencial, en un estado completamente diferente.

"Siento haberte hecho esto." Me froto la barbilla pensativo. "En realidad, no lo siento tanto."

La desesperanza de su situación parece aflorar, y el miedo se refleja en sus ojos. Lucha contra las ataduras, pero es inútil. No puede liberarse.

—Apuesto —digo— a que desearías tener algo así.

Entonces giro las tijeras de manera que el mango quede en mi palma y la hoja sobresalga. Su rostro palidece mortalmente al ver la hoja, y comienza a forcejear y gritar, aunque no le sirve de nada.

Después de todo lo que me hizo, no voy a mentir y decir que no me resulta un poco placentero observar su terror. Es incluso mejor que cuando la llamé desde ese teléfono desechable y le susurré amenazas al oído. Pensé que no he dormido bien ni una sola noche desde que Jeremy me dejó, así que ¿por qué iba a hacerlo ella?

Cuando la traje aquí, tenía en mente algún tipo de acuerdo entre nosotros. Pero ahora que está aquí, no quiero negociar con ella. No quiero ofrecerle dinero. Solo quiero que pague por lo que ha hecho.

Necesito que entiendas lo que me hiciste. La miro fijamente, buscando en su rostro señales de remordimiento. Para ti, esto no era más que un sueldo, ¡pero para mí, esta es mi vida! ¡Mi familia!

Sus ojos se llenan de lágrimas. Me dan ganas de arrancarle la cinta adhesiva de los labios para oírla suplicar perdón. Pero también me da miedo que me muerda si me acerco demasiado.

—Me quitaste todo —continúo, desesperada por que lo entienda —. Me robaste toda mi vida y ni siquiera te importa. —Hago una pausa, apretando las tijeras con más fuerza—. Pues bien, voy a hacer que te importe.

Me acerco a ella mientras se retuerce, intentando retroceder. Está progresando un poco, pero no lo suficiente. No puede escaparse de mí con los tobillos atados. Cuando estoy a unos treinta centímetros de ella, me agacho a su lado. Se la ve aterrorizada.

¿Sabes qué es lo que me irrita? Incluso cuando parece que se va a desmayar del susto, es increíblemente guapa. Tenía la esperanza de que, al acercarme, sus poros se vieran enormes o que saliera a la luz algún otro defecto. Pero la única imperfección es la sangre seca en la nuca, donde la golpeé con la piedra de Teddy.

Es tan injusto. No es como si se hubiera ganado su belleza de alguna manera.

Me parece justo que se me permita desquitarme.

—Sabes —le digo—, la única razón por la que le gustas a Jeremy es por tu aspecto. Si no fueras tan guapa, jamás me habría hecho esto.

Ella suelta otro grito ahogado mientras intenta zafarse de mí.

Acaricio un mechón de su larga melena negra. Es tan suave y sedosa como parece. ¿Cómo consigue que le quede tan suave? No sé si debería cortarle el pelo o pedirle consejos para el cuidado capilar. Pero estoy segura de que no me servirían. Seguro que simplemente tiene unos folículos pilosos excepcionales.

La vida no es justa. Por eso, a veces hay que desquitarse.

Enrollo el mechón de pelo alrededor de mis dedos y lo estiro con fuerza hasta que vuelve a gritar. Tomo las tijeras y lo corto a milímetros de su cráneo. Ahora llora, sollozando con lágrimas grandes y húmedas que le corren por sus mejillas de porcelana. Pero ni siquiera me detengo: agarro otro mechón y también lo corto.

Verónica empieza a forcejear violentamente en el suelo, lo que dificulta cortarle el pelo. Enrollo otro mechón con fuerza alrededor de mis dedos, y ella sacude la cabeza con tanta fuerza que los mechones me cortan la circulación en las yemas. ¿De verdad cree que esto me va a detener? Exasperada, acerco mis labios a su oído y le digo: «Quédate quieta, o esta cuchilla te va a clavar en la piel».

Verónica sigue llorando y temblando, pero obedece y se queda quieta mientras sigo destrozándole el pelo. Ni siquiera me lleva mucho tiempo; definitivamente priorizo la calidad sobre el estilo. Consigo hacerle algunos cortes con las tijeras, lo que hace que grite aún más fuerte. Pero no importa, porque aquí abajo nadie puede oírla.

Y entonces termino. El precioso cabello de Verónica, que probablemente ha estado dejando crecer durante años, yace ordenado en el suelo del sótano. Sin su cabello, Verónica se parece un poco a una oveja esquilada. Su cuero cabelludo está muy pálido.

Retrocedo un paso para admirar mi obra. Verónica ya no luce tan espectacular ahora que casi no tiene pelo, y lo poco que queda sobresale en mechones desiguales por todo el cuero cabelludo. Y, por supuesto, además de todo eso, sigue sollozando y su rostro se ha enrojecido y manchado.

¿Pero lo peor?

¡Sigue siendo muy guapa!

Jeremy no la va a mirar y decidir que ya no la quiere. Sobre todo si le está enviando mensajes diciéndole que la ama. Obviamente, se necesita mucho más que un mal corte de pelo para cambiar eso. Mucho más.

Necesito pensar.

—Volveré —le prometo—. Ni se te ocurra intentar escapar. Te arrepentirás.

Dejo a Verónica en el sótano, gritando y sollozando, retorciéndose entre su propio cabello, mientras intenta liberarse de sus ataduras a pesar de mis advertencias. No importa, no se escapará. Al subir, tiro las tijeras sobre la mesa de centro justo cuando su teléfono vibra con otro mensaje de texto. Si es otro mensaje cariñoso de Jeremy, juro que voy a gritar.

Pero cuando contesto, el mensaje no es de Jeremy. Es de alguien llamada Lola.

¿Y qué vas a hacer al respecto?

¿Hacer qué? Retrocedo para leer más de su conversación con Lola, y aunque parece que ha estado borrando la mayoría de sus mensajes, los últimos aún son visibles:

Hice la prueba.

¿Y bien? ¿Qué muestra?

Es positivo.

Una sensación de malestar me invade el estómago. Creí que tal vez podría alejar a Verónica de mi familia, pero esa fantasía se ha esfumado. Verónica no va a dejar a Jeremy. Ya no.

Verónica está embarazada.

43

VERÓNICA ESTÁ EMBARAZADA.

Está embarazada del hijo de mi marido. No sé cómo ha podido pasar. O sea, entiendo la biología. Pero, ¿cómo es posible que ella quiera tener un hijo con él? ¿O sí?

¿Qué hago ahora? Estaba seguro de que con suficiente persuasión económica lograría que se fuera. Pero si está embarazada, tal vez necesite un poco más de... persuasión.

Pero lo que me da esperanza es que Lola le preguntó a Verónica qué pensaba hacer al respecto. Lo que significa que probablemente su embarazo no fue esperado ni deseado. Seguramente quedó embarazada por accidente, porque su cuerpo de veintiocho años es así de fértil, mientras que yo he pasado los últimos cinco años deseando y rezando desesperadamente que los dioses de la fertilidad nos bendigan a mi esposo y a mí con otro hijo. Dudo que Verónica tenga los mismos sueños que yo: una casa en las afueras, un esposo cariñoso y 2.4 hijos. Probablemente no quiera las estrías.

¿Sabe Jeremy lo del bebé? Si lo sabe, todo cambiará. Seguro que querrá casarse con ella si lo sabe. Todavía recuerdo lo decidido que estaba a que nos casáramos cuando se enteró de lo de Teddy.

Entonces caigo en la cuenta: tengo acceso a sus mensajes de texto.

Me tiemblan las manos mientras empiezo a revisar los mensajes hacia atrás. Ella también ha borrado muchos de esos, y los que quedan son bastante inofensivos. La mayoría son planes para verse. Unas cuantas declaraciones más de "te quiero", pero no puedo evitar notar que Jeremy siempre lo dice primero. Y, por supuesto, hablan de mí varias veces. Y no muy bien, por cierto.

Aunque supongo que es justo.

No veo nada sobre una prueba de embarazo. Ni siquiera una pista. Lo que me hace pensar que no lo sabe.

Mientras me desplazo por la pantalla, aparece un mensaje de Jeremy:

> ¿Puedo hacer una videollamada con Teddy dentro de una hora?

¡Dios mío, ¿puede dejar de hacer esto ya?! Aprecio que quiera estar presente para la hora de dormir de Teddy. Siempre me pareció muy tierno cuando llamaba durante sus escasos viajes de negocios para darle las buenas noches a Teddy. También era útil porque Teddy a menudo se niega a irse a dormir sin darle las buenas noches a su padre. Pero, ¿tiene que hacerlo ahora?

Pero entonces me doy cuenta de que esta podría ser una oportunidad para averiguar qué sabe realmente. Así que empiezo a escribirle de vuelta:

> Sí, por supuesto. Y quizás más tarde esta noche podríamos hablar sobre cómo manejar esta situación.

Aparecen burbujas en la pantalla para indicar que está escribiendo, y contengo la respiración. ¿Lo sabe?

> ¿Qué situación?

Él no lo sabe. Fue una indirecta muy clara, y no la ha captado. No sabe nada del test de embarazo positivo. Probablemente ni siquiera sabe que ella estaba pensando en hacerse uno.

No quiero que sospeche, así que empiezo a redactar un mensaje para retractarme, pero entonces aparece otro mensaje suyo en la pantalla.

¿Te refieres a Naomi? Porque no creo que debamos preocuparnos por eso. Hardwick dice que la destrozarán en los tribunales después de lo que hizo en la fiesta. Todo el mundo la vio. Ni siquiera su abogado sabelotodo podrá salvarla.

Aprieto los dientes. Vale, eso fue bastante cruel por su parte. Y ni siquiera hice nada en la fiesta. Él fue quien llamó a la policía por nada. Además, están subestimando enormemente a mi "abogado empollón". Antes de poder contenerme, le respondo:

En realidad, tal vez deberíamos reconsiderar las cosas. No sé si deberíamos separar a Teddy de su madre.

¿De qué estás hablando? ¡Naomi está loca! No quiero dejarlo solo con ella ni dos minutos, y mucho menos permitirle la custodia.

Quizás no estamos siendo justos con ella.

¡Estuve casado con ella cinco años! Créeme, sé cómo es.

¿Cómo pudo decir eso? ¡Hasta hace unos meses éramos felices juntos! Parece que le han lavado el cerebro.

No lo entiendo, Ronnie. ¿Por qué dices esto? Anoche dijiste que no estaba siendo lo suficientemente agresivo, ¿y ahora me dices que no estamos siendo justos con ella?

Lo sabía. Sabía que Verónica estaba detrás de esta batalla por la custodia. Ella es quien lo está incitando porque no quiere que tenga que pagarme la manutención. Ha sido ella todo el tiempo. Y sospecho que cuando Jeremy finalmente obtenga la custodia, enviarán a Teddy a un internado para quitárselo de en medio.

Cada vez está más claro que no será fácil razonar con Verónica. Si está embarazada, no se irá sin más con un cheque. La situación se ha complicado.

Tienes que deshacerte de ella.

No logro acallar la voz de mi madre en mi cabeza. Pero no voy a matar a Verónica. Independientemente de todo lo que haya hecho en mi vida, debo poner un límite. Nada de asesinatos. Está mal.

Pero tengo que hacer algo. No puedo permitir que Verónica me robe a mi familia. Simplemente no sé qué hacer para detenerla.

Antes iba por buen camino. Jeremy se siente atraído por Verónica porque es joven y guapa. No puedo hacer nada con respecto a la juventud, pero la otra parte…

Cierro los ojos e imagino qué pasaría si pasara la hoja de las tijeras por el rostro de porcelana de Verónica. Si la deslizara una y otra vez sobre su piel. Sus mejillas perfectas. Sus labios rosados en forma de arco de Cupido.

Incluso sus bonitos ojos.

Para cuando termine mi trabajo, Jeremy no querrá saber nada de ella. Sí, tal vez le dé algo de dinero por lástima o porque sienta que debe mantener al bebé. Pero ya no querrá acostarse con ella. Nadie querrá.

Será tan fea por fuera como por dentro.

Sí, esto funcionará perfectamente.

Vuelvo a coger las tijeras y me dirijo hacia la puerta del sótano.

44

Cuando bajé las escaleras, Verónica había progresado más de lo que pensaba.

Se las ingenió para sentarse y se deslizó por todo el sótano. Todavía no ha subido las escaleras, pero me imagino que habría sido lo siguiente que haría si no la hubiera pillado.

—Verónica —digo con voz amenazante—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Hay una mirada de pavor en sus ojos. Realmente pensó que iba a salirse con la suya sin ninguna consecuencia.

Y ahora va a pagar las consecuencias. Va a sufrir por cada mujer a la que su marido dejó por una chica mucho más joven. Va a sufrir por cada madre a la que le arrebataron a su hijo en una batalla por la custodia. Voy a hacer de Verónica un ejemplo para todas nosotras.

No hago esto por diversión, pero no puedo negar que una parte de mí lo disfrutará.

Primero, tengo que alejarla de las escaleras. Como funcionó tan bien antes, la agarro por los pies y la arrastro por la habitación. Intenta patearme, pero le resulta difícil con los tobillos atados. Tengo que admitir que es más combativa de lo que pensaba. Pero presiento que lo que va a pasar después la dejará sin fuerzas.

Deja escapar un gemido bajo, y no estoy seguro de si es porque el suelo sin terminar es muy incómodo o porque sabe que ha

perdido. Finalmente, le bajo las piernas al otro extremo de la bodega, más cerca de las estanterías de vino. Este es el lugar perfecto.

Entonces blandí las tijeras.

Verónica mira fijamente la hoja que tengo en la mano e intenta gritar con todas sus fuerzas. Su grito es tan ahogado que resulta casi gracioso. Probablemente piensa que voy a matarla, pero no lo haré. Aunque, al final, tal vez desearía que lo hubiera hecho.

Una cosa es segura: se va a arrepentir muchísimo de haberse metido con mi marido.

Me abalanzo sobre ella, alzando la hoja de las tijeras que sostengo. Probablemente debería empezar por sus ojos, porque después de cegarla, jamás podrá salir de aquí por sí sola. Aunque, por otro lado, podría desmayarse si lo hago. No quiero que se desmaye y se pierda nada. Y peor aún, no podrá verlo.

Entonces, mientras deliberaba sobre mi próximo movimiento, sonó el timbre.

Lo primero que pensé fue que era Jeremy, aunque no tiene sentido porque me envió un mensaje diciendo que había aterrizado en Boston. Además, ¿por qué iba a tocar el timbre? Simplemente abriría la puerta y entraría. Así que no puede ser él.

¿Pero quién es?

Mi instinto me dice que debería ignorar el timbre. ¿Quizás sea un paquete? Quien sea, probablemente se irá.

Pero entonces vuelve a sonar el timbre, seguido del sonido de fuertes golpes en la puerta.

Excelente.

Bueno, voy a ver quién es. No quiero que un vecino entrometido llame a la policía porque oyó algún ruido. Sea quien sea, tal vez pueda deshacerme de él rápida y fácilmente, y luego volver a lo que tengo que hacer aquí abajo. Después de todo, no quiero precipitarme.

Verónica parece a punto de desmayarse de alivio al verme alejarme. Pero está completamente equivocada si cree que he abandonado mi plan. Se ha salvado, pero no le durará mucho.

Subo las escaleras de regreso al primer piso de la casa. Al salir del sótano, cierro la puerta con cuidado. Si estás cerca de la puerta, apenas puedes oír las protestas amortiguadas de Verónica, pero definitivamente no desde la puerta principal.

Me acerco sigilosamente a la puerta principal, con la esperanza de ver quién está ahí sin que se den cuenta de mi presencia. Quienquiera que sea, sigue golpeando la puerta, sin dar señales de rendirse. Y entonces una voz grita:

"¡Naomi! Naomi, ¿estás ahí dentro?"

¡Dios mío! Es Ezra.

45

¿Qué hace Ezra aquí? Pensé que existía la posibilidad de que pasara por mi apartamento después de terminar su jornada laboral, pero no entiendo por qué vino.

—¡Naomi! —grita a través de la puerta—. ¡Tu coche está en la entrada! ¿Estás ahí dentro?

Mierda.

Me quedo allí parada un buen rato, conteniendo la respiración y esperando que se rinda, pero sigue golpeando la puerta. No se va a ir —eso es obvio— y pronto llamará la atención de los vecinos. Lo mejor que puedo hacer es abrirle la puerta e intentar darle una explicación razonable de por qué estoy aquí. Puede que no me crea, pero es mi abogado y no creo que me vaya a denunciar.

Espero.

Entreabro la puerta lo suficiente para ver la cara preocupada de Ezra asomándose. "Hola", digo.

—Naomi. —Parece tan confundido que casi me dan ganas de abrazarlo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces aquí? —le respondo.

Empuja la puerta para abrirla del todo, y tengo que dejarlo. Entra en la casa, mirando a su alrededor con recelo, con el ceño fruncido. Sigue vistiendo el mismo traje barato que seguramente usó para el

juicio de hoy, pero sin chaqueta, con la corbata suelta alrededor del cuello.

—Te estaba buscando —dice en voz baja—. Terminé mi jornada en el juzgado y luego fui a tu casa para ver si, ya sabes, si todo estaba bien. Pero no estabas, y entonces recordé que probablemente tu coche estaba aquí, así que supuse que habías ido a buscarlo. Esperé, pero como no volvías, pensé que debía mirar aquí. Y entonces vi tu coche…

—Sí —confirmo amablemente—. Ese es mi coche.

Mira a su alrededor en el vestíbulo, buscando alguna señal de que haya alguien más aparte de mí. Me da miedo dejarlo entrar más en la casa, porque no quiero que oiga a Verónica pidiendo ayuda.

—No lo entiendo —dice—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Jeremy?

—Está de viaje de negocios —digo, agradecida de poder al menos decirle la verdad. Me siento culpable por mentirle a Ezra después de todo lo que ha hecho por mí—. En Boston.

"Oh." Me mira, esperando una explicación más detallada. Como no se la doy, pregunta: "¿Y por qué estás aquí?"

"Bueno, me pidió que cuidara de Teddy mientras él no estaba."

—¿Jeremy te pidió que cuidaras de Teddy? —preguntó con el ceño fruncido—. Ayer solicitó una orden de protección temporal, ¿y hoy te pide que lo cuides? Eso no suena bien.

Me encojo de hombros. "Supongo que estaba desesperado."

Ezra busca en mi rostro alguna pista que revele la verdad. Definitivamente no me cree. Digan lo que digan de él, es un tipo muy inteligente y sabe que esto no cuadra. Pero no importa si no me cree. Con tal de que no sepa lo que realmente está pasando en esta casa.

—En fin —digo—, te agradezco que hayas pasado por aquí, pero estoy bien. Deberíamos hablar en otro momento.

Le puse la mano en el hombro, intentando guiarlo suavemente hacia la puerta. Se detuvo un instante y, con mucha reticencia, me dejó hacerlo. En el fondo, sabía que algo andaba mal, pero deseaba con todas sus fuerzas creerme. Y probablemente habría podido

sacarlo por la puerta principal sin problemas, de no ser porque entonces empezó a gritar de verdad.

Hasta ahora, los gritos de Verónica habían sido amortiguados por la cinta adhesiva que le puse en la boca. Pero sabía que la cinta había perdido mucha adherencia, y debió de habérsela quitado, porque ahora la oigo alto y claro. Las dos la oímos.

"¡Ayuda!", grita. "¡Por favor, ayúdenme!"

Los ojos de Ezra se abrieron de par en par. "¿Naomi? ¿Qué demonios?"

Ya no me deja guiarlo hacia la puerta. Cambia de rumbo y regresa a la sala, donde sus llantos se intensifican. Sin embargo, no logra descifrar de dónde provienen.

"¿Qué es eso?" Parece asustado. "¿Qué está pasando, Naomi?"

—Mira —digo, poniéndome delante de él para impedir que siga mirando a su alrededor—. Esto no es… No he hecho nada malo. Esto es solo…

"¡¡¡¡¡AYUDA!!!!!"

¡Dios mío, ¿por qué no se calla?! "Ezra, por favor... espera un segundo..."

Pero Ezra ya no me escucha. Ha identificado la dirección de los ruidos y ahora se dirige directamente a la puerta del sótano. Pero yo soy más rápido y me interpongo en su camino, bloqueándole el paso.

Me mira con los ojos entrecerrados mientras los gritos se intensifican. "Muévete".

"Esdras…"

"Ahora mismo."

Por la expresión de su rostro, supe que si no me apartaba de la puerta, me iba a sacar a la fuerza. Así que me aparté y le permití girar el pomo.

Se detiene en seco al oír un chillido ensordecedor que sube por las escaleras. El ruido es tan fuerte que no hay duda de dónde proviene. Me mira con incredulidad y luego vuelve a mirar la escalera.

Esto es realmente grave. Cuando Ezra descubra a Verónica atada, tendrá que llamar a la policía. Y esta vez, cuando me lleven a

la cárcel, no me dejarán salir bajo palabra otra vez. He echado a perder cualquier posibilidad de obtener la custodia de mi hijo. Tendré suerte si alguna vez vuelvo a verlo después de esto.

¿Por qué tuvo que venir Ezra? Lo arruinó todo.

Solo hay una manera de solucionar esto. Solo hay una manera de evitar que llame a la policía y me metan en la cárcel. Solo hay una manera de conservar a mi hijo. No quiero hacerlo, pero es la única opción que me queda.

Así que, antes de que Ezra pueda bajar un solo escalón, le pongo las manos en la espalda y lo empujo con todas mis fuerzas.

46

Ezra cae aparatosamente.

No se sujetaba a la barandilla y lo pillé desprevenido. No es que uno espere que lo empujen escaleras abajo, pero no tenía los pies tan firmes como debería. Además, no debería haberse saltado tantas comidas mientras trabajaba. Si pesara veinticinco kilos más, no creo que se hubiera caído así.

Su caída por la empinada escalera parece durar una eternidad. No puedo ni mirar. En el camino, oigo un crujido fuerte, como si se rompiera un hueso —o quizás varios— y luego, cuando finalmente llega abajo, se oye un golpe seco y espantoso. Solo entonces me atrevo a mirar.

Ezra está tendido boca abajo al pie de la escalera. Sus extremidades están extendidas a su alrededor y su pierna derecha está torcida en un ángulo antinatural. Y está muy, muy quieto.

Verónica dejó de gritar durante la caída por las escaleras. Pero en cuanto Ezra tocó el suelo, rompió a llorar, como si le importara lo más mínimo. ¡Es tu culpa!, me dan ganas de gritarle. Si se hubiera callado, él se habría marchado y nada de esto habría pasado.

Bajo las escaleras lentamente, casi con miedo de llegar al final. Mientras sigo bajando, veo un charco de sangre rojo oscuro que se extiende alrededor de la cabeza de Ezra. Y él no se mueve en absoluto.

Incluso su pecho parece inmóvil.

Está muerto. Definitivamente está muerto. Como médico, debería saberlo.

Giro la cabeza bruscamente para mirar a Verónica. De alguna manera, logró quitarse la cinta adhesiva de los labios, aunque el trozo le cuelga de la comisura de la boca. Llora tan desconsoladamente que le cuesta respirar.

"¡Deja de llorar!", le espeto. "¡Todo esto es culpa tuya!"

Ella levanta su rostro surcado de lágrimas para mirarme. Antes, solo veía miedo en sus ojos, pero ahora veo algo diferente.

Odio. Odio hirviente.

Es la primera vez que la veo mirarme así. No lo entiendo. ¿Por qué me odiaría? ¡Ella es la que me robó todo lo que me importa! Lo único que hice fue cortarle el pelo. Claro que planeo hacer mucho más, pero eso es motivo para que me tema, no para que me odie. Ya me odiará dentro de unos meses, cuando se mire al espejo y vea su rostro destrozado.

Y ahora intenta hablar, pero le cuesta mucho porque apenas puede respirar entre sollozos. "Tú... lo... robaste...", logra decir.

¿De qué está hablando? ¿Que le robé a Jeremy? Debe seguir drogada con heroína o algo así. —Yo no le robé a Jeremy —le respondo—. ¡Tú me lo robaste!

Me lanza otra mirada tan llena de ira que me estremezco. "No... Jeremy", dice.

Niego con la cabeza, confundido. "¿Entonces de quién estás hablando?"

"¡Mi… mi hijo!"

Ahora es mi turno de mirarla fijamente. Nuestras miradas se cruzan y ella se niega a apartar la vista.

Oh no. Esto es incluso peor de lo que imaginaba.

Ahora sí que tengo que matarla.

PARTE III

VERÓNICA

Si muero hoy en esta bodega, necesitas saber tres cosas sobre Naomi Roth.

Primero, ella es una mentirosa.

En segundo lugar, ella es la responsable de lo peor que me ha pasado en la vida.

Y tercero, si no me mata, estará cometiendo un grave error.

47

HACE SEIS AÑOS

La maternidad te cambia.

Debería saberlo. Llevo casi dos horas siendo madre.

Me siento como una persona completamente diferente a como era esta mañana. Ahora tengo a mi bebé, a quien llamé Dominic, acunado en mis brazos. Su cuerpecito, del tamaño aproximado de un balón de fútbol, está envuelto en una manta que trajo mi amiga Lola, y sus párpados prácticamente translúcidos están cerrados mientras duerme sin mamar.

Tuve la suerte de que Lola pudiera venir tan rápido cuando empezaron las contracciones. Hoy en día, muchas mujeres dan a luz en hospitales, pero Clay y yo no tenemos dinero ni seguro médico. No fui al médico ni una sola vez durante mi embarazo, pero leí sobre vitaminas prenatales y las tomé a diario. Lola se informó a fondo sobre cómo dar a luz y lo hizo muy bien. No necesitamos ir al hospital.

Además, me preocupaba que si íbamos al hospital, intentarían quitarme a Dominic. Nos mirarían a Clay y a mí y decidirían que éramos padres incompetentes.

Para ser justos, hemos tenido nuestros problemas. Me escapé de casa a los dieciséis años porque estaba harta de que mi padre me

pegara y mi madre no hiciera absolutamente nada para impedirlo. No se esforzaron mucho por encontrarme; probablemente se alegraron de haberse librado de mí. Cuando alternaba entre dormir en los sofás de mis amigos y en la calle, las drogas me dieron un breve respiro del caos en que se había convertido mi vida.

Conocí a Clay dos años después. Era un tipo decente comparado con otros tipos raros que me encontré en la calle, pero no estaba mucho mejor que yo. Ambos teníamos antecedentes por drogas, lo que nos dificultaba encontrar un trabajo bien remunerado y salir del pozo en el que vivíamos. Llevamos cuatro años juntos, y quedar embarazada definitivamente no formaba parte de nuestros planes, pero tampoco era del todo inesperado. Intentamos usar condón, pero si ambos estábamos drogados, todo se volvía borroso.

Y para ser justos, ambos solíamos estar muy drogados.

Ya me había quedado embarazada una vez, cuando tenía unos veinte años. Al principio estaba emocionada, pero luego empecé a sangrar mucho y lo perdí. Cuando volví a quedarme embarazada, pensé que pasaría lo mismo. Ni siquiera me lo creía del todo hasta que empecé a notar la barriga.

Fue entonces cuando me di cuenta de que las cosas tenían que cambiar.

Para empezar, se acabó el drogarme. Ahora que soy madre, lo dejé definitivamente. Llevo tiempo intentando rehabilitarme, pero nunca he tenido más motivación que este pequeño en mis brazos.

No voy a arruinarte la vida, le digo en silencio al pequeño bebé que tengo en brazos.

"Es precioso", me dice Lola.

Mi mejor amiga está sentada en un puf junto a mi cama. Se ve cansada de haberme sujetado la pierna durante las dos horas de parto, aunque no tanto como yo. Su rostro aún brilla por el sudor y su cabello liso y negro, con reflejos castaños, está recogido en una coleta. Intentó convencerme de ir al hospital, pero cuando le dije que no, lo aceptó sin problema. Me dijo que si eso era lo que yo quería, estaría conmigo.

—¿Quieres ser su madrina? —le pregunto.

Ella se ríe. "¿Cómo puedo convertirme en su madrina?"

“Lo único que tienes que hacer es decir que sí”, le digo. “Y listo. Serás la madrina de Dominic”.

“¿No hay ceremonia?”

"No."

—Bueno, está bien —dice ella—. ¡Sí! —Inclina la cabeza pensativa—. ¿Él también necesita un padrino?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. No tengo ni idea de esto de la paternidad. Solo tengo una amiga que tuvo un bebé, y al final lo dio en adopción. Pero yo no voy a dar a Dominic en adopción. Prefiero morir. —Le preguntaré a Clay si tiene algún amigo al que quiera que sea el padrino.

“También tienes que llevarlo al médico”, me dice Lola. “A un pediatra. Un médico de bebés”.

Tiene razón. Dominic necesitará un pediatra. Creo que le tienen que poner vacunas o algo así. Será caro, pero quiero darle todo lo que necesita. Eso significa que Clay y yo necesitamos trabajar y tener seguro médico. Sin embargo, si nos casamos, solo uno de nosotros necesita tener un trabajo con buen seguro.

No sé si casarme con Clay sea buena idea. Lo quiero mucho. Llevamos juntos muchísimo tiempo y no me imagino estar con nadie más. Pero él no me lo ha pedido y me da un poco de reparo ser yo quien lo proponga. No tenía ni idea de ser tan tradicional, pero parece que necesito que un hombre me pida matrimonio de rodillas.

Como si lo hubiera planeado, Clay irrumpe en la habitación con los brazos cargados de paquetes. Al igual que Lola y yo, se ve cansado y sudoroso, porque me estaba sujetando la otra pierna mientras yo pujaba. Su cabello castaño y desaliñado aún conserva restos del tinte azul que tanto le gusta, aunque hace tiempo que no se lo tiñe. Deja caer todo al suelo y dice con orgullo: «¡Tengo todo lo que me pediste!».

Nunca me creí del todo que iba a tener un bebé de verdad, así que estábamos completamente desprevenidos. No teníamos pañales. No teníamos ropa de bebé. Ni siquiera teníamos un lugar para que durmiera. Lo único que le compré fue un elefantito de peluche que ahora me doy cuenta de que es tan grande como él.

Me incorporo en la cama, intentando no despertar a Dominic. "¿Conseguiste la silla de coche?"

"Sí. Está todo bien sujeto."

Me da miedo preguntarle cuánto costó todo. No teníamos mucho dinero en el banco, y esto podría habernos arruinado.

"Padre del año." Lola le guiña un ojo a Clay. "Bueno, me voy a casa a descansar. Mañana te veré, mamacita."

Cuando Lola se levanta, Clay se sienta en su sitio en el puf. Se desploma, con los párpados ligeramente caídos. Ha sido un día largo para todos, pero necesita espabilarse. Ahora somos padres y tenemos que hablar.

—Arcilla —digo.

"¿Ajá?"

Tiene veinticuatro años, dos más que yo, pero a veces parece tan joven. Es alto y delgado como una judía verde, y no muy diferente del chico de veinte años con el que empecé a salir hace años. Su historia es totalmente distinta a la mía. Venía de una buena familia y llevaba una vida relativamente normal y feliz hasta que tuvo un accidente de esquí a los dieciséis años. Se destrozó la pierna derecha y, mientras se recuperaba, se enganchó a los analgésicos. Incluso cuando su pierna estuvo completamente curada, no pudo dejarlos y pronto descubrió que la heroína le producía un subidón aún mayor que la oxicodona. Así, de repente, todos sus planes de ir a la universidad y estudiar medicina se esfumaron. Sus padres intentaron desesperadamente ayudarlo, pero tras una discusión particularmente brutal, finalmente lo echaron de casa. Venía de todo, pero cuando nos conocimos, no tenía nada, igual que yo.

Pero las cosas han cambiado desde entonces. Por difícil que sea, tenemos que poner nuestras vidas en orden por el bien de nuestro hijo. Somos padres. Es hora de madurar y ser responsables.

"Tenemos que asearnos", le digo.

"Sí, estoy de acuerdo."

Ya hemos hablado de esto antes. Muchas veces. Después de que me pillaran con un globo lleno de heroína, dije que ya era suficiente, que se acabó. Pero las ansias siempre me superaban, y un mes después, volvía a consumir. Clay es aún peor. De hecho, lo pillaron

vendiendo y tuvo que ir a la cárcel un tiempo. Igual que yo, dijo que nunca más, pero cuando salió, le costó tanto encontrar trabajo que se rindió. Cualquier trabajo que consigue suele ser ilegal, y no me extrañaría que siguiera vendiendo.

—Esta vez lo digo en serio —le digo con voz firme—. No voy a volver a consumir drogas de ningún tipo jamás, y quiero que me prometas que harás lo mismo.

Me mira sorprendido. "Ronnie…"

Aprieto a Dominic contra mi pecho. —Tienes que prometérmelo. Porque si no, me iré y no volverás a ver a tu hijo. No voy a permitir que eso forme parte de su vida.

Clay me mira a mí y luego a Dominic, y sus ojos se llenan de lágrimas. "Está bien, Ronnie. Haré cualquier cosa por ustedes dos. Ahora eres mi vida. Y…" Se levanta del puf y extiende la mano para tomar la mía. "Si me aceptas, me gustaría… quiero decir, creo que deberíamos…" Se remueve en la cama, con una sonrisa nerviosa en el rostro. Entonces, sin previo aviso, cae de rodillas. "¿Te casarías conmigo, Ronnie?"

Si no hubiera sujetado a Dominic con tanta fuerza, podría haberlo soltado. Claro que la idea del matrimonio rondaba por mi cabeza, pero no esperaba una propuesta de matrimonio, al menos no ahora.

—No tienes que responder ahora —dice rápidamente mientras se pone de pie—. Pero como te dije, tú y Dominic sois mi mundo entero, y quiero que seamos una familia, oficialmente. Todavía no tengo anillo, pero…

Aunque no me esperaba la pregunta, no tengo ninguna duda sobre la respuesta. «Sí. Por supuesto que me casaré contigo».

"¿En serio?" La sorpresa en su rostro me hizo reír. "Vaya. Bueno, eso es… eso es increíble. Te quiero mucho, Ronnie, y… y te voy a comprar ese anillo cuando tengamos dinero."

—No tienes que regalarme un anillo —le digo—. Pero sí tienes que conseguir un trabajo. Un trabajo de verdad, con prestaciones, para que podamos llevar a Dominic al pediatra.

"Empezaré a buscar de inmediato", asiente.

Clay se mete en la cama a mi lado. Le entrego al bebé dormido y él mira a Dominic con tanto amor en los ojos. Quiero creer que Clay puede hacerlo. Quiero creer que puede ser un buen padre y un buen esposo. Pero si no puede, no dudaré en hacer lo que sea necesario por mi hijo.

48

Ser madre es maravilloso. Es increíble. Es una experiencia incomparable.

Además, es agotador más allá de las palabras.

Dominic tiene dos semanas. A veces duerme. Esas pocas horas son maravillosas. Y me encanta darle el pecho. Quizás sea la mayor alegría que he experimentado jamás. Pero si no está mamando ni durmiendo, está llorando desconsoladamente.

Y para ser tan pequeño, es terriblemente ruidoso.

En las últimas veinticuatro horas, solo he dormido a ratos de una hora. Clay ha estado intentando ayudar, pero soy la única que parece poder calmarlo del todo. Aunque ahora mismo, nada parece funcionar. Clay y yo nos lo pasamos de uno a otro, pero no para de gritar. Tiene la carita roja como un tomate y la boca desdentada abierta de par en par mientras grita a todo pulmón.

"Por favor, cariño." Le doy un beso en la frente húmeda mientras camino por la sala. De tanto llorar, ha sudado. Siento que a mí también se me llenan los ojos de lágrimas. "Por favor, deja de llorar por mamá."

Dominic grita en respuesta.

No tenía ni idea de que esto sería tan difícil. Reconozco que hay momentos en los que, cuando no duermo lo suficiente, siento la tentación de volver a mis viejos hábitos y desearía que el mundo

desapareciera, como cuando estaba drogado. Pero entonces miro el precioso rostro de mi hijo y sé que jamás podré volver a eso. Él es mi vida ahora, y debo hacer todo lo que esté a mi alcance para protegerlo.

—Escucha, Ronnie —dijo Clay, extendiendo los brazos para coger al bebé con una expresión de ilusión—. ¿Por qué no me lo das? Lo llevaré a dar una vuelta en coche y seguro que se calma. Y de paso puedo comprar más pañales.

Necesitamos más pañales. Parece que Dominic usa varios pañales por hora. ¿Cómo es posible que alguien tan pequeño produzca tanta caca?

¡Menos mal que tengo a Clay! Se da cuenta de que estoy al límite y me ayuda. Le entrego al bebé, al que acuna con mucho cariño en sus brazos.

Está demostrando ser un gran padre.

Clay agarra la bolsa de pañales sin que se lo pidamos y, cojeando ligeramente por su pierna mala, la saca de nuestro apartamento junto con Dominic. En cuanto se va, me desplomo sobre el colchón. Un segundo después, me quedo profundamente dormida.

49

Me despierto sobresaltado.

Cuando le entregué a Dominic a Clay, era media mañana. Pero ahora el sol ya se ha puesto. ¿Cuánto tiempo estuve durmiendo? Debieron ser al menos seis o siete horas.

Dios, qué bien se sintió. Casi decadente. Ya ni siquiera me siento como un zombi.

Me estiro mientras me incorporo en la cama, girando el cuello en círculos y luego en sentido contrario. Después, me acerco sigilosamente a la cuna de Dominic, esperando verlo profundamente dormido allí, con su pequeña barriguita redonda subiendo y bajando con cada respiración.

Pero la cuna está vacía. Bueno, excepto por el elefante de peluche.

Un escalofrío de miedo me recorre la espalda, pero entonces recuerdo que Clay lo llevó a dar una vuelta en coche. Quizás todavía no estén. O tal vez Clay lo tenga en brazos en la sala. En cualquier caso, Dominic está a salvo: está con su padre.

Abro la puerta del salón y veo a Clay profundamente dormido en el sofá. Me acerco a él, sin molestarme en hacer silencio esta vez, pero no tiene a Dominic en brazos. No veo a Dominic por ninguna parte.

¿Dónde está?

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras despierto a Clay, sacudiéndolo con brusquedad. Tarda un segundo, pero finalmente abre los ojos. Bosteza, aunque yo nunca he estado tan despierta en toda mi vida.

—¿Dónde está Dominic? —le pregunto.

Estira los brazos por encima de la cabeza. "¿Quién?"

Casi le doy un puñetazo en la cara. "¿Dónde está mi bebé, Clay?"

Clay me mira con la mirada perdida. Y ahora puedo ver la expresión aturdida en su rostro y sus pupilas puntiformes.

Mierda. Se ha estado inyectando drogas. Después de que le prometimos que nunca volveríamos a hacerlo por el bien de nuestro hijo.

Podría matarlo.

—¿Dónde está Dominic? —Mi voz ha alcanzado un tono histérico —. Dijiste que lo llevaste a dar una vuelta. ¿Dónde está?

"Yo…" Se rasca el pelo, que ya está erizado. "¿No está aquí?"

"¡No!"

"Entonces…" Sus ojos finalmente se abrieron de par en par con alarma. "Mierda. Debo haberlo dejado en el coche…"

Ni siquiera espero a que Clay intente recomponerse. Me calzo unas zapatillas a toda prisa y salgo corriendo por la puerta principal, bajando las escaleras tan rápido que casi me caigo y me rompo el cuello.

Por suerte, veo el coche de Clay aparcado al final de la calle. Siento que me falta el aire y me tiemblan las piernas mientras corro hacia allí lo más rápido que puedo. Intento convencerme de que Dominic probablemente esté bien. Puede que Clay lo haya dejado en el coche, pero seguro que sigue ahí. Si hubiéramos dejado dinero o drogas en el coche, alguien sin duda se lo habría llevado, pero nadie quiere un bebé. Y no hace tanto calor como para que se acalore demasiado ni tanto frío como para que se congele. Dominic está bien.

Cuando llego al coche, me falta el aire y me da vueltas la cabeza. Entrecierro los ojos al mirar por la ventana trasera y se me revuelve el estómago.

Dominic no está dentro.

Y su silla de coche tampoco.

No. Me quedo mirando por la ventana, sin saber qué hacer. Dominic no está en la casa, ni en el coche. Se ha ido. Y no se me ocurre dónde más podría estar.

Clay corre calle abajo, siguiéndome hasta el coche. Mira dentro, descubre que nuestro hijo no está allí y se le cae la cara.

—Oh —dice con voz aturdida.

—¡Te has disparado! —le digo, empujándolo tan fuerte en el pecho que se tambalea hacia atrás—. ¡Juraste que no lo harías, y lo hiciste de todos modos! ¡Y lo hiciste mientras vigilabas a nuestro hijo!

Él levanta las manos. "Ronnie, cariño, lo siento mucho…"

"¿Cómo pudiste?", balbuceé, golpeando su pecho con mis puños.

"Yo… yo solo…"

Él absorbe mis golpes, sin saber qué decir, pero da igual, porque sus palabras no significan nada. Lo odio ahora mismo. Lo mataría con mis propias manos si eso me devolviera a Dominic.

"Tenemos que llamar a la policía", digo.

50

Llamar a la policía no ha salido exactamente como esperaba.

Supuse que, ante la desaparición de un niño, la policía actuaría de inmediato. Habría controles policiales, alertas Amber, todo el protocolo. Pero no ha sido así en absoluto.

Un agente llamado Grenell se presentó en nuestro apartamento, pero no parece tomarse el asunto en serio. Grenell tiene veintitantos años, la cabeza rapada, y está haciendo muchas preguntas que no tienen nada que ver con encontrar a Dominic. Lleva aquí casi media hora y, hasta ahora, no ha hecho más que interrogarnos. Mientras tanto, quien se llevó a Dominic se aleja cada vez más. ¡Probablemente ya hayan cruzado la frontera estatal!

—Entonces, señora Barkley —me dice Grenell, a pesar de que le comenté que Clay y yo aún no estamos casados—, no lo entiendo. Usted tiene este bebé, pero no hay ningún registro del bebé en ningún hospital, y no hay certificado de nacimiento.

Me tiro con desesperación de mechones de mi largo cabello. "Di a luz en casa".

Ya se lo he dicho. ¿Qué tiene que ver esto con encontrar a Dominic?

"¿Pero por qué no obtuviste un certificado de nacimiento?"

Me retuerzo, detesto estas preguntas. He estado completamente aturdida las últimas dos semanas, y debo admitir que obtener un

certificado de nacimiento me parecía menos importante que dormir, comer y tener una higiene básica. "Ya lo haría", digo.

Me mira de arriba abajo. "No pareces haber dado a luz recientemente".

Aprieto la mandíbula. "¿Así que crees que tenemos todas estas cosas de bebé en el apartamento por diversión, y que nos hemos inventado al bebé?"

"O tal vez robaste al bebé", dice Grenell.

¿Qué? Esto no tiene sentido. ¿Por qué robaríamos un bebé y luego llamaríamos a la policía?

Pero lo peor es la forma en que Grenell mira a Clay. En realidad, lo peor es Clay, que tiene marcas de inyecciones visibles en el brazo izquierdo. Debería haber insistido en que se pusiera una camisa de manga larga antes de que llegaran, pero no estaba pensando con claridad. Ni siquiera debería sorprenderme que no nos tome en serio.

"¿Cuándo creen que desapareció este 'bebé'?", nos pregunta el agente.

Miro a Clay, que no sabe muy bien qué responder. Me dan ganas de estrangularlo, sobre todo cuando se rasca el brazo y Grenell se fija en las cicatrices. «Bueno, lo llevé a dar una vuelta en coche, y fue entonces cuando desapareció».

"¿Desapareció mientras conducías?"

—No —murmura Clay—. Yo… me detuve en el área de descanso y… me eché una siesta…

Esta es la peor parte. Ni siquiera sabemos cuándo se llevaron a Dominic. Parece que Clay se detuvo en un área de descanso y, por razones que aún no logro comprender, decidió inyectarse. En algún momento, perdió el conocimiento con nuestro bebé aún sujeto a su silla de auto, posiblemente llorando desconsoladamente. La idea de que mi pobre bebé haya sido abandonado por su padre en la parte trasera de un auto me parte el corazón. Finalmente, Clay regresó a casa, pero no está claro si Dominic estaba en el auto en ese momento.

Por lo visto, no nos quería lo suficiente a ninguno de los dos como para renunciar.

Si recuperamos a nuestro hijo, jamás dejaré que Clay se acerque a él. Jamás. El compromiso se ha roto definitivamente. Todo se ha roto. Tendrá suerte si vuelvo a hablarle alguna vez.

"¿Echó una siesta?", pregunta Grenell, "¿o se drogó?".

Bueno, no tardó mucho en completar las piezas que faltaban del rompecabezas. Clay está callado, obviamente reacio a incriminarse.

—Señor Barkley —le insiste el policía—. ¿Está usted drogado ahora mismo?

Clay no responde. Simplemente se queda sentado con las manos apretadas entre las rodillas.

—Levántate, chico —le ordena Grenell.

Clay me mira con expresión de pavor. Finalmente, se pone de pie con dificultad. Observo horrorizado cómo el policía lo registra y logra sacar de su bolsillo un globo que aún contiene polvo. Es dolorosamente obvio lo que es.

—Señor Barkley —dice Grenell—, queda usted arrestado.

Cuando le puso las esposas a Clay, rompí a llorar. Llamé a este hombre para que me ayudara a encontrar a mi bebé, y ahora está arrestando a mi novio por posesión de drogas. Pero no ha hecho nada para ayudarme a encontrar a Dominic.

—Por favor —sollozo a Grenell—, ¡tienes que ayudarme a encontrar a mi bebé! ¡Está desaparecido!

Grenell se gira para mirarme justo antes de empezar a sacar a Clay del apartamento y niega con la cabeza. "Señorita, arréglese".

Ni siquiera puedo imaginar cómo debo verme. Tengo la cara hinchada, el pelo enmarañado y manchas —sobre todo de leche materna— por toda la camiseta de tirantes y el pantalón del pijama. Además, estoy extremadamente delgada; tengo un poco de barriga, pero parece más bien un exceso de comida que los restos de un parto reciente. Seguro que parezco lo que él cree que es Clay: una drogadicta.

Pero ya no soy eso. Soy madre, y aunque ese policía imbécil no me escuche, voy a recuperar a Dominic. Voy a recuperar a mi hijo aunque sea lo último que haga.

51

INCLUSO CUANDO TU BEBÉ YA NO ESTÁ, NUNCA DEJAS DE SER MADRE.

Dominic fue mío durante dos semanas. Lo amé más de lo que creía posible amar a otra persona. Y después de esas dos semanas, se fue.

Han pasado casi cinco años desde que Dominic desapareció, pero no me he rendido. Ni mucho menos. Durante meses, después de su desaparición, rondé la comisaría suplicándoles que lo buscaran. Pero cuando por fin me tomaron en serio y admitieron que existía, las cosas empeoraron. Empezaron a sospechar que Clay podría haber matado a Dominic —por negligencia o por no querer cargar con la responsabilidad— y luego haberse deshecho del cuerpo.

Eran tan convincentes que yo también empecé a creérmelo.

Enviaron perros rastreadores de cadáveres a registrar el vecindario, y apenas dormí durante las siguientes semanas. Esperaba recibir una llamada avisándome de que habían encontrado el cadáver de mi hijo, pero esa llamada nunca llegó. Nunca lo encontraron.

Nunca me di por vencida con Dominic, pero también tuve que aceptarlo hasta cierto punto. Si no lo hubiera hecho, habría pasado cada minuto buscándolo hasta morir de hambre en la calle. Un amigo me ofreció un trabajo en el noreste, y con mis antecedentes, no podía rechazarlo. Cuando me mudé, no era razonable llevarme su

moisés y su ropa de bebé, así que lo doné todo. Pensé que cuando lo encontrara, ya sería demasiado grande para todas esas cosas. Lo único que guardé fue el elefante de juguete, que pensaba darle cuando nos reuniéramos.

Y nos reuniríamos.

Clay estuvo en la cárcel por posesión de drogas e intentó hablar conmigo al salir, pero me negué a contestar sus llamadas y no le abrí la puerta cuando llegó a mi apartamento. Se arrodilló y me rogó perdón, sollozando que no podía vivir sin mí, pero ni siquiera pude mirarlo, mucho menos perdonarlo. En el mejor de los casos, no protegió a Dominic de ser secuestrado. En el peor, podría haberlo matado.

Después de mudarme de San Luis, no volví a verlo. Hace un par de años, me enteré de que había muerto de una sobredosis. No me sorprendió. Ni siquiera me molesté en ir a su funeral ni en derramar una sola lágrima. Si hubiera creído que eso traería de vuelta a Dominic, lo habría matado yo misma.

La oportunidad laboral estaba en Nueva York, donde trabajé con un amigo un tiempo, y luego fui cambiando de trabajo constantemente. Todos los apartamentos en los que viví eran una pocilga y me pagaban el salario mínimo. Había días en que tenía tantas ganas de consumir que me dolía físicamente, pero Dominic me mantenía sobrio. Si volvía a consumir, jamás encontraría a mi hijo. Y mi instinto me decía que estaba ahí fuera, en alguna parte, y que me necesitaba.

Ahora tengo un buen trabajo con la familia Simington, haciendo tareas domésticas y ayudando a cuidar a sus dos hijos. Los niños son geniales, y trato de no pensar en que el menor es solo un poco mayor de lo que Dominic habría sido. Bueno, un poco mayor que Dominic. Lo único malo del trabajo es Kathy, la ama de llaves, que me odia. Durante la primera semana que trabajé allí, los niños y yo hicimos un desastre en la cocina horneando galletas, y tenía la intención de limpiarlo, pero después de sacarlos del baño para lavarles la harina del pelo, se me olvidó por completo. Peor aún, Maxim Simington regañó a Kathy por dejar la cocina hecha un desastre antes de que pudiera decirles a todos que había sido mi

culpa. Después de la bronca, Kathy no me perdona. Siempre le está diciendo a Rhona Simington que estoy coqueteando con su marido, intentando que me despidan. Por suerte, Rhona no se lo cree.

Por la noche, sueño con Dominic. Mi hijo sigue vivo. Sé que tiene que estarlo. Si estuviera muerto, lo sentiría. Sería como si me cortaran una pierna; lo notaría. El hecho de que no esté físicamente conmigo no significa que no esté en algún lugar.

A veces fantaseo con su vida. Me imagino que una pareja rica lo adoptó y que tiene todo lo que podría soñar. Es mucho mejor que pensar que está muerto y enterrado.

Siempre he vivido al día, pero algún día reuniré el dinero suficiente para contratar a un detective privado que me ayude a encontrarlo. Pero ahora mismo, ni siquiera me alcanza para arreglar el guardabarros trasero roto.

Mientras conducía hacia la escuela de los niños, mi teléfono empezó a sonar. Miré la pantalla y vi el nombre de "Lola". Hice una mueca, como siempre que me llama. Lola forma parte de mi vida anterior, la que incluía a Dominic. Me duele hablar con ella.

Pero claro, ella solía ser mi mejor amiga. Fue la única que estuvo ahí para mí cuando Dominic desapareció y Clay estaba en la cárcel. Así que puse el teléfono en altavoz.

—¿Ronnie? —dice ella.

"Ajá." Mantengo la vista fija en la carretera. La gente conduce como locos por aquí. "¿Todo bien?"

"Sí, pero…" Su voz es aguda y emocionada. "Ronnie, creo que tengo una pista sobre Dominic."

¿Qué?

No tengo mucho tiempo antes de ir a buscar a los niños, así que me orillo a un lado de la carretera. Cojo el teléfono y me lo llevo a la oreja. "¿Qué tal Dominic?"

"No quiero que te hagas ilusiones", dice, "pero ¿te acuerdas de que te conté que había conseguido ese trabajo en el departamento de archivos del ayuntamiento?"

La vida de Lola va bastante bien. Como yo, se rehabilitó y sigue viviendo en San Luis, donde consiguió un buen trabajo y está comprometida. Pero lo que más envidio de ella es que no tiene

pesadillas todas las noches sobre el momento en que abrió la puerta del coche de Clay y descubrió que el asiento trasero estaba vacío. «Sí…», digo.

"Bueno, una mujer llamada Lorraine Paxson, que trabajaba aquí, se acaba de jubilar", dice, "y me puse a hablar de ella con otra mujer que trabaja aquí, y me contó un montón de historias sobre cosas turbias que Lorraine solía hacer. Por ejemplo, si querías un certificado pero no tenías todo lo necesario, simplemente le dabas unas monedas a Lorraine y ella lo solucionaba".

"Bueno…"

"Entonces me puse a pensar en Dominic", continúa, "y en que si alguien se lo llevara y quisiera fingir que era suyo, necesitaría un certificado de nacimiento, ¿verdad? Pero esos son difíciles de conseguir fuera de un hospital, porque se necesita prueba del embarazo y del parto".

"Podrían haber comprado uno falso", señalo.

—Tal vez —dice—, o tal vez Lorraine lo hizo posible. Habría tenido sentido que el secuestrador se llevara al bebé al otro lado de la frontera estatal antes de intentar nada, pero si sabían que Lorraine era una apuesta segura, podrían haber acudido a ella primero. En fin, me entró la curiosidad, así que empecé a buscar en la base de datos durante un par de semanas, alrededor de la fecha en que desapareció Dominic. Y aquí viene lo más sorprendente… — Hace una pausa—. Había un certificado de nacimiento de un niño llamado Theodore, emitido aproximadamente una semana después de la desaparición de Dominic, y el nombre de la madre era Naomi Paxson. ¡El mismo apellido que Lorraine!

"¿Crees que… crees que están emparentados?"

"¡Sí lo son! Busqué el certificado de nacimiento de Naomi Paxson y Lorraine es su madre."

Me quedo sentada un momento, asimilando la información. ¿Es posible que esto esté relacionado de alguna manera con Dominic? ¿Acaso Naomi Paxson encontró a Dominic en el coche de Clay y se lo llevó, para luego conseguir que su madre le hiciera un certificado de nacimiento y así reconocer oficialmente al bebé como suyo?

—¿Aparece el padre en la lista? —pregunto.

"Sí. Jeremy Roth es el padre."

Le doy vueltas a esta información en mi cabeza. —No lo sé, Lola —digo—. No quiero ilusionarme. Simplemente parece tan… improbable.

"Pero merece la pena investigarlo, ¿no?"

La esperanza en la voz de Lola me conmueve. En los meses posteriores a la desaparición de Dominic, siempre tuve la esperanza de que apareciera. Todavía siento eso, por supuesto, pero me he vuelto más realista. No creo que mi hijo desaparecido vaya a aparecer de repente.

Pero echo de menos sentir esperanza. Echo de menos esa sensación, como si pudiera recuperarlo, como si pudiera volver a tenerlo en mis brazos algún día.

Tendría cinco años. Todavía es lo suficientemente pequeño para el elefante de peluche que he llevado conmigo a todas partes desde el día en que desapareció.

—Tienes razón —digo—. Merece la pena investigarlo.

52

Entre los dos, resulta mucho más fácil encontrar a Jeremy Roth.

Es una especie de banquero de inversiones. Es tan rico como mi jefe y tiene una mansión enorme en Long Island. Una cosa es segura: si su hijo se llama Dominic, sin duda vive una vida de ensueño.

No sé qué hacer. No puedo llamar a la policía y contarles toda esta historia complicada sobre el certificado de nacimiento. Está en otro estado, y ni siquiera entonces me creyeron. Es difícil imaginar que empiecen a investigar a una familia rica de Long Island solo porque una exdrogadicta lo acusó de robarle a su bebé sin ninguna prueba.

No, si quiero descubrir la verdad, tengo que ser inteligente al respecto.

Pero lo primero que necesito hacer es ver a Theodore. Cuando lo vea, sabré con certeza si es mi hijo o no. No sé cómo lo sabré, pero lo sabré.

En mi día libre, conduzco hasta la isla. Localizo la enorme casa de Jeremy Roth y aparco lo suficientemente lejos para que la casa sea visible, pero nadie piense que estoy allí de visita con la familia. Intento imaginar qué tipo de personas vivirían en una casa así. Intento imaginar qué tipo de vida tendría mi hijo si viviera allí.

Probablemente no sea él. Fue una suposición a ciegas por parte de Lola. Sé lo que intentaba hacer, pero este chico no puede ser Dominic. ¿O sí?

Mientras estaba estacionado en la calle, observando la casa, se abrió la puerta del garaje. Al ver salir un Tesla, casi estoy seguro de haber visto una figurita en el asiento trasero. ¿Será su hijo, Theodore?

Sin darme cuenta, y sin siquiera haber tomado la decisión, los estoy siguiendo.

Por suerte, no iban muy lejos. En menos de diez minutos, el coche se detuvo junto a lo que parecía un parque público. De nuevo, me alejé del Tesla y, desde el asiento del conductor, observé cómo un hombre salía y ayudaba a un niño pequeño a salir de la silla de seguridad en la parte trasera.

Deben ser ellos. Jeremy y Theodore Roth. Mi hijo y el hombre que pudo habérmelo arrebatado.

Me quedo sentada en el coche demasiado tiempo, intentando decidir qué hacer. Finalmente, decido salir. Al fin y al cabo, es un parque público. Y esta podría ser mi única oportunidad de ver bien a Theodore Roth sin llamar la atención. Siento un cosquilleo en todo el cuerpo al pensar que podría volver a ver a mi hijo después de tantos años.

Entro al parque y doy una vuelta hasta llegar a un campo, donde encuentro a un hombre y a un niño jugando al fútbol. Había visto la foto de perfil de Jeremy Roth en la página web del banco donde trabaja, pero la verdad es que la foto no le hacía justicia. El hombre de la foto parecía pensativo y serio, pero Jeremy Roth se ve alegre y atlético, saltando por el campo mientras juega al fútbol con su hijo, que ríe a carcajadas.

Me acerco, intentando ver mejor al niño. Es difícil verlo, porque me da la espalda. Pero entonces se da la vuelta y…

Me quedo sin aliento.

Theodore Roth es la viva imagen de Clay.

Se parece tanto a Clay que me mareo. Es asombroso. Hasta ahora, pensaba que era una quimera, pero algo en mi interior me dice que Lola tiene razón. Este niño es mi hijo. Este es Dominic.

Me quedo allí, paralizada, observándolos a los dos. No sé qué hacer. Mi instinto me dice que este chico es mi hijo, pero no puedo denunciarlo a la policía. Necesito algo más definitivo.

Hay un banco al borde del campo, y me siento, sin dejar de mirarlos. Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Lola.

Creo que tienes razón. Creo que podría ser Dominic.

Su respuesta llega al instante:

¿Qué vas a hacer?

Esa es la parte complicada. No puedo acercarme corriendo a este niño pequeño e intentar tomarle una muestra del interior de la boca. Si lo hago, acabaré en la cárcel. Tengo que ser inteligente.

Mientras me devanaba los sesos intentando averiguar qué hacer a continuación, otro chico entró corriendo al campo. Theodore empezó a jugar con él, y Jeremy Roth lo interpretó como una señal para alejarse. Para mi sorpresa, se dirigió hacia el banquillo donde estaba sentado y se dejó caer en el asiento de al lado.

—Uf —me dice con una sonrisa mientras se seca el sudor de la frente—. Ya estoy demasiado viejo para esto.

Lo miro fijamente, atónita de que me haya hablado. Ahora que veo a Jeremy Roth de cerca, parte de mi certeza sobre la identidad de ese niño se desvanece. Theodore Roth es idéntico a Clay, pero al mismo tiempo, Clay y Jeremy también tienen un parecido. Ambos son muy guapos, con un tono y textura de cabello similares —aunque el de Jeremy es más corto y definitivamente no azul— y estructuras óseas parecidas. Jeremy se parece un poco a cómo se vería Clay si se hubiera rehabilitado y hubiera ganado unos catorce kilos de músculo en lugar de morir de una sobredosis de heroína a los veintiséis años.

Dicho esto, el parecido del niño con Clay podría ser una coincidencia. Pero también está ese certificado de nacimiento sospechoso. Además, tengo la sensación de que este niño es Dominic.

—¿Estás bien? —me pregunta Jeremy después de que el silencio se ha prolongado demasiado.

"Eh." No puedo decirle lo que estoy pensando. "Me resultas un poco familiar. ¿Nos conocemos?"

—No lo creo —dice, y debo reconocer que no soltó una frase cursi como: «Seguro que me habría acordado de ti». Al fin y al cabo, está casado, a juzgar por el anillo de oro en su mano izquierda. —Quizás tengo una de esas caras.

"Tal vez." Fuerzo una sonrisa, señalando con la cabeza hacia el campo. "¿Es tu hijo el que está ahí fuera?"

Él asiente con entusiasmo, claramente orgulloso de su hijo. "Ese es Teddy, el de la camisa verde".

Teddy. Le llaman Teddy. Es casi demasiado tierno para describirlo con palabras.

—¿Qué edad tiene? —pregunto, fingiendo un interés cortés.

—Tiene cinco años —dice, tirando del dobladillo de su camiseta ligeramente sudada—. Y tiene muchísima energía. Me encanta, pero yo ya casi tengo cuarenta y me cuesta seguirle el ritmo. —Luego se ríe—. Supongo que es un buen problema.

¡Seguro que os mantiene ocupados a ti y a tu mujer!

No creo estar imaginando cómo se le endurecen los ojos al oír mencionar a su esposa. Pero lo único que dice es: «Sí».

Me dan ganas de hacerle un millón de preguntas más, empezando por si puedo tomarle una muestra de la boca a su hijo para obtener células de la mejilla, pero tengo que contenerme. "Este es un parque precioso", digo en vez de eso.

"Ah, sí." Señala el borde exterior del campo. "También hay una estupenda pista para correr que rodea todo el parque. Corro aquí los lunes, miércoles y viernes."

"Me encanta correr", miento. "¿Cuándo es un buen momento para venir?"

"Normalmente vengo a las seis y media de la mañana. A esa hora hay mucha tranquilidad."

Le dedico una sonrisa de agradecimiento. "Gracias por el consejo".

Parece que va a decir algo más, pero entonces la voz aguda de un niño pequeño —Teddy— interrumpe el silencio. «¡Papá! ¿Ya terminaste tu descanso?»

Jeremy se ríe. "De vuelta al trabajo".

Se levanta del banquillo y regresa trotando al campo para reunirse con su hijo. No puedo evitar pensar que, si este es realmente Dominic, se ha ganado un padre mucho mejor que Clay Barkley.

53

Esa noche, renuncié a mi trabajo con la familia Simington.

Rhona Simington se emociona hasta las lágrimas cuando se lo cuento. "Eres tan buena con los niños", dice entre sollozos. "Max y yo creemos que eres la mejor. ¿Hay alguna manera de convencerte para que te quedes?"

"Solo necesito algo de tiempo", digo. Y no puedo viajar dos horas para salir a correr con Jeremy Roth tres mañanas a la semana.

"Si necesitas una recomendación laboral", dice Rhona, "solo tienes que pedirla".

Su recomendación será de gran ayuda para convencer a cualquier posible empleador que realice una verificación de antecedentes y descubra el cargo por drogas. Tengo pocos ahorros, pero no me durarán mucho. Necesito un trabajo.

En una semana, logré alquilar un pequeño apartamento en un sótano. Conseguí trabajo como cajera en una cafetería, ganando el salario mínimo o quizás un poco más con las propinas. Aunque pronto descubrí que la mayoría de la gente no usa el bote de propinas.

En cuanto me instalo en mi nuevo apartamento, voy al centro comercial a comprarme unos leggings tan ajustados que al dependiente se le salen los ojos de las órbitas cuando me los pruebo. Mi objetivo no es seducir directamente a Jeremy Roth, pero

no me importa usar mi físico a mi favor. Cuando consumía drogas, mi piel siempre estaba pálida y con manchas, mi pelo oscuro lacio y estaba demasiado delgada. Pero ahora que estoy limpia, parezco una persona diferente a como era antes; soy consciente de que llamo la atención.

Espero lograr convencerlo.

Había pasado aproximadamente una semana y media desde que me encontré con Jeremy en el parque cuando llegué a la pista para correr a las 6:35 de la mañana, vestida con una camiseta sin mangas, mallas y zapatillas deportivas. Me fijé en su Model X aparcado cerca, pero esta vez me detuve justo a su lado. Estiré las piernas un momento y luego entré al parque.

No hay rastro de Jeremy en el sendero, así que empiezo a correr, pensando que puedo alcanzarlo o, más probablemente, que él me alcanzará a mí. Y entonces empiezo a correr.

O al menos lo intento.

Cuando vivía en la ciudad, veía a gente corriendo por los senderos todo el tiempo. Gente con canas y arrugas que no parecía ni de lejos tan en forma como yo. Pero resulta que soy pésima corriendo. No sabía que algo así fuera posible. Es como caminar, pero más rápido. ¿Cómo es posible que alguien sea malo en eso? Y sin embargo, después de apenas una vuelta al parque, estoy encorvada, jadeando, con los pulmones ardiendo.

Hasta aquí llegó este estúpido plan.

“Oye, ¿estás bien?”

Intento enderezarme, pero un pinchazo en el costado me hace doblarme de dolor. Ni siquiera puedo alegrarme de que la persona que está a mi lado sea Jeremy Roth.

—Estoy bien —jadeé.

Se frota la barbilla. "Pareces... con dolor."

Tomo aire con dificultad. "Sí, eh... creo que me pasé un poco..."

“¿En serio? ¿Pero no acabas de entrar al parque hace como diez minutos?”

Fue entonces cuando me di cuenta de que Jeremy se había fijado en mí más de lo que yo creía. Me vio entrar al parque. Y aunque mantenía la mirada fija en mi rostro, por un instante bajó la vista

hacia mis pechos, aunque si hubiera parpadeado, me lo habría perdido.

—Vale, seré sincera —digo—. No, no lo seré. Siempre he querido empezar a correr, pero la verdad es que soy una principiante total.

«No me digas». Me sonríe, y ahora me toca a mí mirarlo. Es muy guapo, pero aún más cuando sonríe. Y tampoco le queda mal esa camiseta y esos pantalones cortos. «Bueno, podría darte algunos consejos».

"¿Oh sí?"

“Cuando empecé”, dice, “solía alternar breves periodos de carrera y caminata. Por ejemplo, caminabas un minuto y luego corrías otro. Y si respirabas con el abdomen, podías evitar los calambres en el costado”.

—Gracias —digo, poniéndome finalmente de pie—. Eso es de gran ayuda.

Por un instante, parece que va a despedirse y seguir corriendo. Ya estoy pensando en cómo voy a encontrarme con él de nuevo al final del sendero si no me he desmayado para entonces. Pero en vez de eso, se queda a mi lado.

—Vamos —dice—. Caminemos un minuto, y luego te diré cuándo es el momento de volver a correr.

Levanto las cejas. "No quiero arruinar tu sesión".

“No, no pasa nada. De todas formas, me duele la rodilla, así que no me importa tomármelo con calma hoy.”

Al final sí que corremos un poco, aunque más que eso, damos varias vueltas al parque caminando juntos. En mi defensa, caminamos a paso ligero.

Y al final de nuestra sesión, ya estamos haciendo planes para nuestra próxima carrera juntos.

54

Después de un par de meses, he llegado a conocer a Jeremy Roth mucho mejor de lo que jamás imaginé.

Salimos a correr juntos tres días a la semana. Al principio, caminamos bastante, lo cual es bueno porque tenemos tiempo para charlar. Pero incluso los días que caminamos menos, seguimos hablando mucho. Nos llevamos bien.

Lo que más me interesa es que me cuente detalles sobre Teddy, y no me cuesta mucho sacarlos porque el tema de conversación favorito de Jeremy es su hijo. Adora a Teddy. Si le dejara, hablaría de él durante toda la hora que pasamos juntos, y a veces lo hace.

Su tema de conversación menos favorito es su esposa.

Tengo mucha curiosidad por Naomi Paxson Roth. Por lo que he podido observar en mi breve vigilancia de su casa, no parece salir mucho. Incluso por la mañana, tienen una niñera que lleva a Teddy al colegio.

"¿Naomi trabaja?", le pregunto en una ocasión mientras damos nuestra tercera vuelta al parque.

Niega con la cabeza. "Sinceramente, dudo que pudiera lograrlo".

"¿Ella trabajaba antes de que se casaran?"

"Sí. Bueno, más o menos."

"¿Qué hizo ella?"

—Se hace llamar doctora —dice, poniendo los ojos en blanco—. Pero no es médica. Es una especie de curandera con cristales, que me imagino que estaba estafando a todos sus "pacientes".

"¿Una sanadora con cristales?"

"Claro. Siempre me está dando estos cristales y diciéndome que van a arreglarme la vida. ¡Oh, aquí tienes un poco de arenisca, ahora tu reflujo está mucho mejor!"

"Una vez, mi amiga Lola acudió a una terapeuta de cristales cuando tenía problemas para dormir", recuerdo. "Dijo que le había ayudado mucho".

"Bueno, tal vez esa sanadora con cristales no obtuvo su título a través de un curso en línea de dos horas."

Me estremezco. "No, no creo que lo haya hecho".

Solo puede negar con la cabeza. «Francamente, me alegro de que haya dejado de trabajar, porque probablemente ya nos habrían demandado». Se queda callado un momento, y los únicos sonidos a nuestro alrededor son el canto de los pájaros en los árboles y nuestros pasos resonando en el suelo. «No debería haber dicho eso. Naomi es… da igual, no pasa nada».

—¿Qué? —Disminuyo el paso, y él hace lo mismo—. Puedes hablar conmigo sobre eso. No le voy a decir nada a nadie.

"Yo solo…" Deja de correr y se toca la rodilla derecha, que hoy está vendada. A veces le molesta de verdad; no lo decía por decir. "No me gusta hablar mucho de esto, pero jamás me habría casado con ella si no fuera por Teddy. Jamás. Salimos solo unos meses y ya habíamos roto cuando me enteré de él."

"Oh." Estoy desesperada por saber toda la historia, pero no quiero asustarlo presionándolo demasiado. Siento un ligero zumbido en los oídos. "Entonces… ¿estaba embarazada?"

"Acababa de dar a luz", cuenta. "Yo salía de mi edificio, camino al trabajo, cuando se me acercó con el bebé en brazos. Y me dijo que era mío".

Me late el corazón muy rápido, y no es por la carrera. Jeremy nunca vio a Naomi embarazada. Podría haber robado a mi hijo, conseguido un certificado de nacimiento falso y luego haberle dicho que el bebé era suyo.

Pero hay un problema con esta historia. Jeremy no es ningún ingenuo, y no se habría casado con una mujer solo porque ella dijera que su bebé era suyo.

—¿Estás segura de que es tuyo? —Veo la expresión en su rostro y al instante me retracto—. Lo siento. Nunca debí haber...

"No, tienes razón. Me hice una prueba de paternidad. Fue lo primero que pedí."

Y ahora está encontrando fallos en mi historia perfecta. "¿Y fue positiva?"

Una comisura de sus labios se curva hacia arriba. "Bueno, obviamente."

"Y fue..." No sé cómo preguntarle esto. "No confiaste en que simplemente lo hiciera por correo, ¿verdad?"

"¡Dios mío, no!" Se agacha y se frota la rodilla de nuevo. "Ella me dio la muestra de Teddy, yo mismo tomé una muestra y la envié por correo. Recibí los resultados directamente en mi domicilio."

Bueno, eso es todo. A menos que Jeremy me esté mintiendo, y realmente no creo que lo haga, eso significa que Teddy no puede ser mi hijo, porque el padre de Dominic era Clay. Puede que Naomi no sea la madre del año, pero resulta que no es una secuestradora.

Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que Teddy es mío.

Y si no lo es, ojalá pudiera serlo.

55

Jeremy y yo llevamos corriendo algo más de dos meses.

No sé por qué sigo con él. Para empezar, odio levantarme tan temprano. Ahora que sé que se hizo una prueba de paternidad, me parece extremadamente improbable que Teddy sea mi hijo. He dejado de presionar a Jeremy para que me dé información.

Pero tres días a la semana, a las 6:30 de la mañana, me uno a él para correr vueltas alrededor del parque. Parece que no puedo resistirme.

Fue durante nuestra segunda vuelta de hoy cuando me encontré con un bache inesperado en el pavimento. Me torcí el tobillo y caí aparatosamente. Nunca me había pasado algo así, y me quedé sin aliento.

Cuando Jeremy se da cuenta de que me he caído, frena en seco y se agacha a mi lado. "¿Ronnie, estás bien? ¿Qué pasó?"

"Me torcí el tobillo." Me llevo la mano al tobillo izquierdo, que ya me duele mucho. "Me duele muchísimo."

Se arrodilla a mi lado un rato y, cuando estoy lista, me ayuda a levantarme. Pero me duele tanto el tobillo que me cuesta apoyarlo. La carrera se acabó. Ni siquiera sé cómo voy a volver caminando hasta mi coche.

—¿Puedes caminar? —me pregunta Jeremy.

"Apenas", admito.

Me observa un momento, como si estuviera decidiendo qué hacer. Luego me extiende el brazo derecho. «Ven aquí. Puedo llevarte».

"¡Recorre todo el parque!"

—¿Me estás llamando débil? —Me sonríe—. No te preocupes. Los días que no estoy aquí, levanto pesas. Puedo cargarte.

No estoy del todo segura, pero aquella vez que lo vi jugando al fútbol con Teddy, lo levantó completamente por encima de su cabeza, así que sin duda es fuerte. Y no es que tenga mucha opción. Así que cojeando me acerco a él y dejo que me tome en brazos. Gruñe levemente por el esfuerzo, pero no se resiste ni flaquea. Me siento completamente segura en sus brazos.

—¿Estás seguro de que esto está bien? —le pregunto.

"No pesas nada, Ronnie. Créeme, lo tengo controlado."

Luego me lleva en brazos por todo el parque, hasta un banco cerca de donde habíamos aparcado los coches. Me baja con cuidado y me quito el zapato para comprobar si tengo el tobillo hinchado. Efectivamente, ya lo tengo hinchado.

"Tengo una bolsa de vendas ACE en mi coche", me dice. "Creo que también tengo una bolsa de hielo. Dame un minuto".

Regresa trotando a su coche y vuelve con un rollo de venda elástica y lo que parece ser un pequeño paquete cuadrado en la otra mano. Supongo que no debería sorprenderme, teniendo en cuenta que suele venir al parque con la rodilla derecha vendada y luego se aplica hielo después de correr.

Intento vendarme el tobillo hinchado, pero no tengo ni idea de lo que hago. Tras un breve forcejeo que me hace llorar de dolor, Jeremy me quita la venda elástica. Me envuelve el tobillo con cuidado y ajústelo bien con el material elástico, y luego activa la bolsa de hielo y la coloca en la parte exterior del tobillo, justo donde me duele, aunque nunca se lo dije.

"¿Mejor?", pregunta.

—Mucho mejor —confirmo. Gracias al vendaje y al hielo, el dolor se ha reducido a una molestia leve. Confío en que podré llegar a mi coche sin necesidad de que me lleven. —Gracias.

"De nada."

Nos miramos fijamente un instante, al otro lado del banco del parque. Aún no son las siete de la mañana y reina un silencio absoluto. Es como si fuéramos las únicas personas en todo el universo.

No estoy segura de quién besó primero a quién. Pero un segundo después, sus labios estaban sobre los míos, y fue lo mejor que me había pasado en años. Y me di cuenta de que hay una muy buena razón por la que sigo viniendo aquí a verlo cada mañana, incluso después de descubrir que Teddy no era Dominic y aunque sea demasiado temprano. La razón es que no puedo dejar de pensar en él.

Aunque no sé quién inició el beso, Jeremy es quien lo interrumpe primero.

—Lo siento —dice, dándose la vuelta y bajando la cabeza—. No puedo hacer esto.

Lo entiendo. Me ha contado lo suficiente sobre su vida como para que debiera haberlo previsto. Pero no puedo ocultar mi decepción.

"Quiero hacerlo." La añoranza en sus ojos es inconfundible. "Dios mío, no tienes idea de cuánto. Pero Naomi es tan inestable. No sé qué haría si le fuera infiel o, peor aún, si la dejara. No me importa mi propio bienestar, pero no puedo hacerle esto a Teddy. Necesito estar ahí para él. Es mi prioridad número uno. Yo… lo siento."

—Lo entiendo —digo, y es verdad, aunque lo detesto. Una de las cosas que más me gustan de él es que es un padre estupendo, capaz de hacer cualquier cosa por su hijo. Mi propio padre no pensaba así; apenas me miraba, salvo para decirme que mi falda era demasiado corta y que debería cambiármela si sabía lo que me convenía. —De todas formas, ya eres demasiado mayor para mí.

Se ríe. "Lo soy. Soy un hombre mayor, y tú… tú puedes tener a quien quieras".

Pero nada de eso es cierto. Sobre todo lo de que Jeremy es un anciano. Técnicamente, es doce años mayor que yo, pero me da igual. No me había sentido así por nadie desde Clay, y ya empezaba a pensar que nunca volvería a sentirlo. No creo que tenga razón al decir que puedo tener a quien quiera, pero incluso si la tuviera, seguiría queriéndolo.

Jeremy me acompaña hasta mi coche, solo para asegurarse de que puedo hacerlo. Tengo que apoyarme en él varias veces, pero con el tobillo vendado, puedo apoyarlo un poco. No creo que necesite ir a urgencias, lo cual es bueno porque mi seguro médico es pésimo.

Mi Jetta tiene una grieta en el guardabarros trasero que no puedo permitirme arreglar. Jeremy se ofreció una vez, con toda naturalidad, a arreglarla. Ni siquiera le importaría el dinero, pero le dije que no. Me alegro de haberme negado, porque no quiero que piense que el motivo por el que lo besé hoy tiene algo que ver con su situación económica.

—¿Podrás llegar bien a casa? —me pregunta.

"Es mi tobillo izquierdo", señalo. "Debería poder conducir".

—De acuerdo —asiente—. Y… lo siento de nuevo… por…

No me dice por qué se disculpa, así que no sé si es por haberme besado o porque será la única vez que lo haga.

"No te preocupes", le digo.

"Sí."

Se cambia de zapatillas. Parece que quiere decir algo más, y yo me apoyo en mi coche, quitando peso del tobillo, esperando a que me diga algo.

—Bueno —dice—, entonces te veo luego.

—Sí —digo—. Hasta luego.

Hace una pausa de exactamente dos segundos, luego recorre el espacio que nos separa y vuelve a presionar sus labios contra los míos.

56

JEREMY Y YO LLEVÁBAMOS TRES MESES ACOSTÁNDONOS JUNTOS CUANDO DE repente me suelta: "Voy a dejar a Naomi".

Estamos tumbados desnudos en la cama de mi apartamento, con mi cabeza apoyada en su brazo. Hemos dejado de correr juntos y, en vez de eso, él viene aquí. Me alegra haber podido dejar de correr, porque nunca me gustó mucho, pero dejarlo a él sería mucho más difícil. De todas formas, supuse que esto acabaría, porque está casado y tiene un hijo. Desde el principio dejó muy claro que jamás se arriesgaría a dejar a Naomi.

"¿Eres?"

"Hablé con un abogado", dice. "Uno de los mejores abogados de Long Island. Me dijo que si actúo con inteligencia, podré obtener la custodia total. Quizás tenga que recurrir a tácticas poco éticas, pero si es necesario, lo haré".

Siento una punzada de culpa al pensar que Naomi Roth podría sufrir la pérdida de un hijo como yo, todo por mi culpa. "¿Qué hay de la custodia compartida?"

"Te lo dije…" Un pulso acelerado le recorre la sien, como siempre que hablamos de su esposa. "Teddy no está a salvo con Naomi. Es irresponsable y completamente inestable. No podría dormir por las noches si se quedara con ella. Probablemente quemaría la casa con Teddy dentro solo para darme una lección."

Contengo la respiración. "¿De verdad crees que ella haría eso?"

—Por supuesto que sí —dice con gravedad—. ¿Por qué crees que he tardado tanto en dejarla?

Me ha dicho muchas veces lo mucho que deseaba terminar su matrimonio, pero que no valdría la pena enfadar a Naomi de esa manera. Pero, por lo visto, cree que yo sí lo valgo.

—Escucha, Ronnie —se incorpora apoyándose en el codo. Su frente aún está ligeramente sudorosa por las actividades de la mañana—. Quizás necesitemos refrescarnos un poco mientras esto sucede.

"Oh…" Me cuesta disimular mi decepción. "Lo entiendo. Probablemente no quieras que te asocien conmigo ahora mismo, con mi pasado…"

—No, no es eso en absoluto —insiste—. Necesito estar más tiempo en casa con Teddy, sobre todo si Naomi no vive con nosotros. Estoy intentando reducir mis horas de trabajo. Y además…

Lo miro con el ceño fruncido. "¿Qué?"

Frunce el ceño. «Me preocupa tu seguridad. Si Naomi se entera… Bueno, simplemente estoy preocupado, eso es todo».

Todo lo que ha dicho hoy me ha sorprendido. Normalmente se muestra reacio a hablar de Naomi, y cuando la critica, suele hablar de lo poco fiable que es. Tuvo que contratar a una niñera porque nunca conseguía llevar a Teddy al colegio a tiempo. La mitad de las veces, se olvidaba de recogerlo.

Pero esta es la primera vez que insinúa que cree que ella podría ser peligrosa.

Una vez más, recuerdo a mi pequeño e indefenso hijo, que fue secuestrado en su silla de coche hace casi seis años. Prácticamente he descartado a Naomi como la persona que lo robó, pero aún hay momentos en que me lo pregunto…

Nunca le conté a Jeremy sobre Dominic. Hemos hablado de mi padre abusivo, de mi consumo de drogas, e incluso le hablé de Clay, la única otra relación importante en mi pasado, pero he omitido ese detalle de mi vida. Es algo que rara vez le cuento a la gente, en parte porque es muy difícil hablar de ello. Quizás algún día pueda contárselo.

Pero aún no.

"Si necesitas espacio, no hay problema", le digo. "Deberías dejarla si no eres feliz, no por mi culpa".

—No soy feliz —dice—. Llevo mucho tiempo sin serlo. Quizás nunca. Cometí un gran error al casarme con ella. Solo lo hice porque quería que Teddy tuviera a sus dos padres en casa, pero si hubiera sabido entonces lo que sé ahora… —Se queda callado un momento, absorto en sus pensamientos. Pero luego niega con la cabeza—. Aun así, jamás la habría dejado si no fuera por ti. Quiero estar contigo, Ronnie. Por eso hago esto.

Así que decidimos tomarnos un respiro mientras se tramita el divorcio. Nos veremos, pero no tan a menudo, y tenemos que ser muy cuidadosos. Va a ser difícil, pero al final, valdrá la pena.

Y entonces nos descuidamos y ella nos pilla.

57

Desde que Naomi me pilló saliendo de su casa a altas horas de la noche, ya no hay motivo para ser tan precavida. Sabe que ahora está viendo a otra mujer. Y sabe que soy yo. Aunque no fuera su intención, este descubrimiento ha impulsado nuestra relación, así que ya no tenemos que escondernos.

Y ahora Jeremy quiere que conozca a Teddy.

"¿Y si no le gusto?", digo nerviosamente cuando me suelta esa pregunta.

"¿Por qué no le ibas a gustar?"

Tiene razón. A los niños normalmente les caigo bien. He hecho de niñera bastante, y la mayoría de los niños parecen sentirse atraídos por mí, así que no hay razón para que Teddy me deteste.

Pero al mismo tiempo, hay mucho en juego.

Jeremy notó mi ansiedad, así que me dijo: "Cómprale un regalo. A esa edad, los sobornos siempre funcionan".

Reconozco la sabiduría de sus palabras, así que voy al centro comercial a buscar el regalo perfecto para el hijo de Jeremy. Me dijo que a Teddy le encantan los Legos, así que voy a la tienda de Lego, pero nada me parece adecuado.

En cambio, llego a casa y rebusco en mis cajones hasta que encuentro ese elefantito de peluche que le compré a Dominic cuando nació. He pasado años fantaseando con el día en que por fin

pueda devolvérselo a mi pequeño. Pero ahora, por primera vez, me doy cuenta de que es muy probable que nunca lo vuelva a ver.

Levanto al elefante y lo abrazo contra mi pecho. Apoyo mi nariz en la piel sintética, que aún conserva su suavidad después de tantos años. El elefante todavía huele un poco a talco para bebés.

Dominic se ha ido. He mantenido la esperanza durante todos estos años, pero ahora que hay un nuevo niño en mi vida al que podría llegar a querer e incluso amar, tengo que aceptar que mi hijo nunca volverá.

Y fue entonces cuando decidí darle el elefante a Teddy.

Espero en casa mientras Jeremy trae a Teddy del apartamento donde se hospeda Naomi. Estoy sentada en el sofá, con el estómago lleno de mariposas, apretando al elefante contra mi pecho.

A Teddy le voy a caer bien. Tiene que ser así.

Al abrirse la puerta principal, me invade un revuelo. Me levanto del sofá, aún aferrada al elefante. Oigo el alboroto en la puerta: Teddy se quita los zapatos y habla sin parar de su día. No sé si salir o no, así que me quedo allí parada hasta que Jeremy trae a Teddy al salón.

Cuando me ve, de repente se queda completamente en silencio. Me mira con sus grandes ojos marrones, y no puedo evitar pensar una vez más que se parece muchísimo a Clay.

—Teddy —dice Jeremy—, quiero presentarte a mi muy buena amiga, Verónica.

Se acurruca más cerca de su padre, aferrándose a su pierna, mientras me mira con una expresión de recelo en el rostro.

—Puedes llamarme Ronnie —digo con mi voz más inofensiva—. ¡Y te traje un regalo!

Sostengo el elefante y de repente me arrepiento de no haber pensado en envolverlo. A los niños les encanta el papel de regalo. ¿En qué estaba pensando?

Teddy no intenta alcanzar al elefante. Simplemente se queda allí, pegado a la pierna de Jeremy.

Jeremy intenta varias veces atraer a Teddy hacia mí, pero nada parece funcionar. Sinceramente, me siento fatal. Nunca un niño me había mirado así como me mira Teddy. Como si me tuviera miedo.

—Lo siento, Ronnie —me dice en voz baja—. Normalmente no es tan tímido. No sé qué le pasa. Finalmente, Jeremy se agacha frente a Teddy. Le pone las manos en los hombros y lo mira a los ojos. —¿Qué te pasa, Teddy? ¿Por qué no te cae bien Ronnie? Estaba tan emocionada por conocerte.

Teddy se queda callado un momento, como si no supiera qué decir. Finalmente, con una vocecita, dice: «Mamá dice que una bruja llamada Verónica te robó».

Jeremy se queda boquiabierto. "¿Te lo dijo ella?"

Las lágrimas le llenan los ojos mientras asiente lentamente.

Supongo que no debería sorprenderme. Todavía me arden las mejillas al recordar la mirada de odio con la que Naomi me miró cuando nos pilló a Jeremy y a mí besándonos en su casa. Pero aún así, duele mucho.

—Teddy —dice Jeremy con dulzura—, Ronnie no es una bruja. Te lo prometo. No sé por qué tu madre te lo contó, pero no es verdad. Ronnie es una persona estupenda, y creo que os vais a caer muy bien, y además… —Me mira, luego vuelve a mirar a su hijo—. La quiero.

Es la primera vez que pronuncia esas palabras fuera del dormitorio. No es que antes no creyera que lo decía en serio, pero cuando se lo dice a su hijo, de alguna manera cobra más fuerza.

—¿Me crees, verdad? —le dice Jeremy a Teddy—. O sea, no parece una bruja, ¿o sí?

Teddy me mira, escudriñándome en busca de cualidades de bruja. «Tal vez», dice pensativo, «ella sea una buena bruja».

Le ofrezco el elefante de nuevo. —Quiero que tengas este regalo, Teddy —le digo—. Perteneció a alguien muy, muy especial para mí. Y ahora quiero que lo tengas tú.

Duda un instante más, pero luego extiende la mano y me arrebata el elefante. Lo estudia, del mismo modo que me estudió a mí. Y entonces lo abraza contra su pecho como si fuera un tesoro perdido hace mucho tiempo.

Le encanta.

58

CADA VEZ QUE SUENA MI TELÉFONO, CASI ME DA UN BRINCO DEL SUSTO.

Estoy en la cocina, a punto de empezar a preparar la cena, cuando oigo vibrar el móvil. Antes no me pasaba, pero últimamente, cada vez que suena el teléfono, me da un escalofrío.

Y todo se debe a Naomi.

Al principio, me seguía. Quería creer que me la imaginaba pegada al coche mientras iba al supermercado después de mi turno en la cafetería. Incluso cuando me abordó en medio del supermercado, intenté ser amable. Está claro que Naomi y yo nunca seremos amigas, pero esperaba que al menos pudiéramos ser cordiales.

Y entonces empecé a recibir las llamadas telefónicas.

La primera ocurrió poco después de conocer a Teddy. Era medianoche y estaba a punto de dormirme en la cama cuando sonó mi teléfono. No le di mucha importancia al ver el número oculto en la pantalla. Me preocupaba que pudiera ser una emergencia, así que contesté. Y entonces oí una voz femenina áspera al otro lado de la línea:

"Voy a matarte, Verónica."

Me quedé mirando el teléfono, con el corazón latiéndome con fuerza. "¿Quién... quién es?", balbuceé.

Hubo un largo silencio, y luego esa misma voz ronca: "Acaba con Jeremy, o te mataré".

Luego colgaron.

De repente, me desperté por completo. Era imposible averiguar quién había llamado, porque el número estaba oculto, pero no importaba. Solo una persona sería capaz de hacer una llamada así.

Tenía que ser Naomi.

Las llamadas se han vuelto habituales. Casi siempre no las contesto. Pero cuando lo hago, siempre tiene algunas palabras fuertes para mí. No siempre me dice que me va a matar. A veces solo dice que me va a cortar la garganta, aunque supongo que el resultado final será el mismo.

Ahora, cada vez que suena el teléfono, siento un escalofrío de terror. Durante un tiempo, me acostumbré a apagarlo por completo, sobre todo por la noche. Pero después de que Jeremy tuviera problemas para comunicarse conmigo varias veces, sentí que tenía que dejarlo encendido.

Me detengo en medio de la cocina, preguntándome si debería dejar que la llamada vaya al buzón de voz. Ella nunca deja mensajes, porque así podría ponérselos a Jeremy. Probablemente debería intentar encontrar la manera de grabar la llamada, pero no tengo los conocimientos técnicos suficientes para eso.

Me acerco sigilosamente a mi teléfono, con el corazón latiéndome con fuerza a cada paso. De verdad, no me apetece nada que mi vida corra peligro ahora mismo. Entonces veo el nombre de Jeremy en la pantalla y mi pulso vuelve a la normalidad.

—Hola —digo—. ¿Qué tal?

—Ronnie —dice—. Necesito un favor. Estoy atascado en el trabajo y le dije a Rosita que ya estaría en casa. No puede quedarse más tiempo. ¿Podrías venir a mi casa y cuidar de Teddy hasta que llegue? Te prometo que volveré en unas dos horas.

"Por supuesto." He llegado a adorar a Teddy, aunque he aceptado que no es mi hijo biológico. "Llegaré en quince minutos."

"Muchísimas gracias. Eres el mejor, Ronnie. Ya cenó, así que quédate con él hasta que vuelva. Quizás podrías leerle un cuento antes de dormir."

Me subo al coche y conduzco hasta la casa de Jeremy, donde Teddy parece encantado de verme. De hecho, me abraza al llegar. "¿Puedo enseñarte mis nuevas joyas?", me pregunta.

"¡Claro!", digo, reuniendo todo el entusiasmo posible por las rocas.

Me lleva de la mano a su habitación. Su mano se siente tan pequeña y suave en la mía. Tiene casi seis años, justo la edad que tendría Dominic.

No, tiene la misma edad que Dominic. Mi hijo todavía está vivo.

Puede que no vuelva a verlo nunca más.

Cuando llegamos a la habitación de Teddy, saca un montón de piedras que, al parecer, llevaba en la mochila. No es de extrañar que pese tanto. «Esto es pizarra», dice con autoridad mientras levanta algo que parece una piedra común. «Y esta otra es feldespato, creo».

"¿Cómo lo sabes?"

"Lo busqué en mi libro de rocas", dice, como si fuera algo obvio.

Le encantan las piedras. Jeremy usa las más grandes que encuentra como pisapapeles en todas las habitaciones. Parecía que le encantaba el elefante que le regalé, pero hace tiempo que no lo veo. Supongo que es mucho pedir que un niño de casi seis años se encariñe tanto con un peluche, pero al menos espero que no lo haya perdido. Eso me rompería el corazón.

"Estas son unas rocas muy bonitas, Teddy."

"¡Sí, son geniales!"

Cuando me sonríe, siento un nudo en el estómago. En ese momento, se parece tanto a Clay que resulta casi inquietante. Parece más un clon exacto de Clay que una mezcla de su ADN y el mío. Y se parece muchísimo más a Clay que a Jeremy.

Pero no tiene sentido. Jeremy tenía que haber dicho la verdad sobre esa prueba de ADN. Al fin y al cabo, no hay manera de que se hubiera casado con Naomi sin esa confirmación. No es posible que Jeremy sea su padre biológico y que Clay también lo sea.

Y sin embargo…

—Teddy —le digo—, se me ocurrió un juego divertido al que podríamos jugar.

“¿Sí?” Sus ojos se iluminan, porque siempre se emociona con cualquier juego nuevo. Jeremy no mentía cuando decía que el chico tiene energía inagotable. “¿Qué juego?”

“Bueno, compré este kit. Y si te pasas la muestra de la boca con él, puede predecir qué desayunaste.”

Los ojos de Teddy se abrieron de par en par. "¿De verdad?"

“Ajá. Déjame ir a buscarlo.”

Todavía guardo el kit de prueba de ADN en el fondo de mi bolso. Lo metí ahí la primera vez que fui al parque a ver a Teddy, y nunca lo saqué, ni siquiera después de decidir que era imposible que fuera mío. En cierto modo, debía de saber que este día llegaría. Si no me hago la prueba, la pregunta me atormentará para siempre.

Además, se prometen resultados en menos de dos semanas después de enviarlo por correo.

Corro a buscar mi bolso, que dejé en la sala. El kit de ADN está al fondo, así que me detengo un momento para leer las instrucciones de la caja. Tengo que sacar el sobrecito de papel donde debo colocar el hisopo bucal. Subo ambos arriba, donde Teddy sigue en su habitación con todas sus piedras.

“¡Lo tengo!”, anuncio.

Teddy abre mucho la boca, mostrando el hueco entre sus dientes delanteros. "Ahhh..."

Tomo una muestra del interior de su mejilla con el hisopo. Al sacarlo, lo sostengo para que se seque, tal como indican las instrucciones. Luego, lo coloco con cuidado dentro del sobre pequeño.

—Entonces —me pregunta Teddy—, ¿qué desayuné?

"Eh... ¿Cheerios?"

—¡Lo hice! —exclama asombrado—. ¡Guau, qué guay! Deberías hacerlo con papá cuando vuelva a casa.

—En realidad —digo—, tal vez quiera sorprenderlo con esto en otro momento. ¡Como... en su cumpleaños! Así que, por favor, no le cuentes nada sobre esta prueba, ¿de acuerdo, Teddy? ¿Puedes guardar un secreto?

“Soy muy bueno guardando secretos”, dice solemnemente. “Incluso tengo un código secreto con mamá y papá”.

¿De qué se trata todo eso? "Oh, interesante."

Guardo la muestra a buen recaudo en el bolsillo de mis vaqueros. Mañana por la mañana, a primera hora, la enviaré por correo. Sé que es muy improbable que Teddy sea mi hijo, pero no podré descansar hasta estar completamente seguro.

59

MIENTRAS ESTOY TUMBADA EN LA CAMA JUNTO A JEREMY, INTENTANDO conciliar el sueño, suena mi teléfono en la mesita de noche.

Contesto sin pensarlo mucho. No he recibido ninguna llamada amenazante en más de una semana y estoy relajado. Y en lugar de un número oculto, la llamada proviene de un número real. Pero en cuanto oigo la voz al otro lado de la línea, me doy cuenta de mi error.

"Será mejor que tengas cuidado cuando te vayas a dormir esta noche", me sisea esa voz ya familiar. "Porque voy a prenderle fuego a la casa contigo dentro".

Aparté el teléfono de mi oído de un tirón, como si estuviera en llamas. Cuando volví a mirar la pantalla, la llamada había terminado.

Jeremy se remueve en el colchón a mi lado. "¿Ronnie? ¿Quién era ese?"

—Naomi —solté antes de poder contenerme.

Se despierta al instante y se incorpora con dificultad. Se frota los ojos. —¿Naomi? ¿De qué estás hablando?

"Ella…" No le había contado antes sobre las llamadas amenazantes porque no quería provocarlo, pero necesita saber lo que me ha estado haciendo. "Naomi me ha estado haciendo llamadas amenazantes. Lleva semanas haciéndolo."

Una vena se le hincha en la sien, como siempre le pasa últimamente cuando sale a relucir el tema de Naomi. "¿Hablas en serio?"

"Sí."

"Déjame ver tu teléfono."

"Normalmente oculta su número, aunque reconozco su voz." Le paso el teléfono. "Pero esta vez hay un número real. ¿Es su número de teléfono?"

Hace clic en el número y se lleva mi teléfono a la oreja. Desde esta distancia, puedo oír la voz mecánica que recita un mensaje de ausencia. «Apuesto a que tiene un teléfono desechable».

"¿Crees que ella haría eso?"

Jeremy me mira un momento como si dudara si contarme algo. Finalmente, toma su teléfono y empieza a desplazarse por la pantalla. «Quiero que veas de lo que es capaz».

Un segundo después, levanta su teléfono para mostrarme una foto que tomó. Me toma un segundo darme cuenta de qué es, y ahora creo que voy a vomitar.

Es el elefante de Dominic. Lo único que me queda de mi pequeño. Y Naomi le clavó un cuchillo y le roció salsa roja por todas partes.

—Encontré esto en un cajón de su apartamento —me dice—. No quería enseñártelo porque pensé que te molestaría, pero creo que necesitas saber a qué nos enfrentamos. Por eso he tenido miedo de dejarla. —Aprieta la mandíbula—. Por eso tenemos que mantener a Teddy alejado de ella.

No puedo dejar de mirar la fotografía en la pantalla. Mi pobre elefante. Ella lo masacró. ¿Y lo peor?

Si alguna vez estuviéramos solos, ella me haría cosas mucho peores.

60

Hoy es el sexto cumpleaños de Teddy.

No hay mayor alegría que la de un niño celebrando su cumpleaños; esa ha sido la principal lección que he aprendido hoy. Desde que se despertó esta mañana, Teddy no ha dejado de sonreír. Su sonrisa solo flaqueó un instante cuando Jeremy le dijo que su madre no vendría a la fiesta.

Francamente, creo que es un poco duro.

Sí, Naomi se ha portado fatal con nosotros. Pero es la madre de Teddy. Debería estar en su fiesta de cumpleaños. Sin embargo, si tan solo le insinuara a Jeremy que debería estar aquí, me daría una charla de una hora sobre lo horrible que es, lo poco fiable que es y cómo arruinaría el día.

Por mi parte, intento disfrutar al máximo y no pensar en que la fiesta del sexto cumpleaños de Dominic habría sido hace una semana. Todavía no tengo los resultados de la prueba de ADN, pero ya sé cuáles serán. Teddy no es mi hijo biológico; Dominic sigue por ahí, en algún lugar. Y dondequiera que esté, espero que alguien le organice una fiesta tan grande como esta, con payasos, castillos hinchables, ponis y sí… esta fiesta es una locura. Jeremy definitivamente está sobrecompensando el divorcio tan complicado.

Espero que Dominic sea feliz. Aunque no volviera a verlo, me sentiría más tranquila sabiendo que al menos es feliz.

La fiesta es temprano por la mañana, así que hay mucho que hacer. Todos tenemos que levantarnos a las siete en punto para empezar a prepararlo todo. Aunque, para variar, Jeremy lleva ropa informal, está totalmente concentrado en el trabajo, dirigiendo el montaje del castillo hinchable y haciendo llamadas para confirmar todos los detalles.

—Ronnie, ¿ya llegó el pastel? —me pregunta Jeremy mientras tiene al payaso en espera. (Son palabras que pensé que jamás diría).

"Sí, está en el patio trasero", le digo.

El pastel es ridículo. He visto pasteles de boda más pequeños. Me ofrecí a hacer uno yo misma, pero Jeremy se rió como si estuviera bromeando. Aunque mi pastel habría estado delicioso. Habría sido de chocolate con glaseado de chocolate, que Teddy me confesó que es su favorito.

Teddy había estado en el patio trasero y regresó a la casa con las mejillas sonrojadas de tanto sonreír. —Ronnie —dijo sin aliento—, ¿me compraste un regalo de cumpleaños?

Le devuelvo la sonrisa. "¿Qué te parece?"

"¡No lo sé! ¿Tú sí?"

—Claro que sí, tonto —le digo mientras le revuelvo su suave cabello castaño—. Y creo que te va a encantar.

Jeremy me dijo que Teddy quería un coche robot, así que salí a comprarlo para intentar congraciarme con el hijo de mi novio. Fue caro, pero quería que lo tuviera. ¡Cuánto deseo caerle bien! Todavía me ve un poco como una bruja, aunque oficialmente ha decidido que al menos soy una bruja buena.

Se suponía que la fiesta sería de diez y media a una, así que, claro, los invitados empezaron a llegar a las diez, cuando todavía no estábamos ni cerca de estar listos. Jeremy me había advertido que esto pasaría, así que hice lo posible por sonreír y ser una buena anfitriona, aunque muchas madres me miraban con odio. A pesar de eso, creo que lo estaba haciendo bastante bien. Pronto, la fiesta estaba en pleno apogeo y todos se lo estaban pasando de maravilla.

Luego, al mediodía, aparece Naomi.

Le dijo específicamente que no viniera hasta la una. Lo oí hablar con ella por teléfono la noche anterior, y le repitió al menos cinco veces que no viniera hasta la una. Pero aquí está ella, fingiendo que creyó que le había dicho mediodía.

"¡Mamá!" Teddy tira de su falda. "¡Mamá, tienes que ver al poni! ¡Se llama Sparkles!"

Puedo ver que la pelea se está gestando a kilómetros de distancia. Jeremy está demasiado enojado y no puede calmar la situación, así que me toca a mí salvar la fiesta de cumpleaños de Teddy. Corro hacia los tres con una sonrisa fingida en mi rostro.

—Hola, Naomi —digo con mi voz más amable—. Me alegro de que hayas podido venir.

—Naomi se va —dice Jeremy, temblando prácticamente de rabia.

"¡No!", gime Teddy. "¡Quiero que mamá se quede!"

Entiendo por qué Jeremy está enojado, pero no puede pensar que sea apropiado echar a la madre de Teddy de su propia fiesta de sexto cumpleaños. "Por favor, quédate en la fiesta, Naomi", le digo. "Tenemos comida en casa. La cocina está justo al lado, entrando por la puerta trasera".

Ella no dice gracias.

Mi teléfono suena en mi bolsillo con una alerta de correo electrónico. Me aparto de la multitud para sacarlo y en la pantalla de inicio veo que he recibido un correo electrónico con los resultados de la prueba de ADN.

No sé si quiero mirar ahora mismo. No hay ninguna posibilidad de que Teddy sea mi hijo, y ni siquiera sé por qué me hice la prueba, salvo para acallar esa vocecita en mi cabeza. Será deprimente leer este correo, que será otro recordatorio de que soy una madre que ya no tiene un hijo.

Pero debería terminar con esto de una vez. Es mejor verlo aquí, rodeado de niños felices, que si estuviera solo en mi apartamento esta noche.

Me preocupa que pueda haber lágrimas, así que me aíslo en el dormitorio principal de arriba. Cierro la puerta con llave, solo para asegurarme de que nadie me moleste. Y entonces abro mi correo

electrónico y encuentro el mensaje de la empresa de ADN esperándome.

Como era de esperar, el correo electrónico no contiene información. Solo incluye un enlace al sitio web en el que me registré al enviarles los resultados. Tengo que intentar recordar mi nombre de usuario y contraseña, y después de dos intentos fallidos, empiezo a preocuparme de tener problemas. Pero al tercer intento acierto. ¡Ya estoy dentro del sitio web!

Una vez que inicio sesión, aparece otro enlace que me lleva a los resultados de la prueba de ADN. Con un dedo tembloroso, hago clic en él.

Por un instante, solo veo una serie de letras y números aleatorios. No tiene sentido para mí, y lo único que siento es frustración. Pero luego me desplazo hasta el final, donde dice "interpretación", y leo la línea que aparece a continuación.

Probabilidad de maternidad: 99,99998 por ciento

¿Qué?

Leo el texto que aparece a continuación, intentando comprenderlo. No hay nada en el informe que diga en mayúsculas: «USTED ES LA MADRE DE ESTE NIÑO». Pero 99,99998 por ciento… Bueno, eso me parece bastante seguro.

La prueba es positiva.

Teddy es mi hijo.

61

Me quedo sentada en el dormitorio, con la cabeza dándome vueltas.

Teddy es mi hijo. Teddy es Dominic.

Dominic está vivo.

Naomi fue quien se llevó a mi bebé. Me lo robó y luego falsificó su certificado de nacimiento.

La odio más de lo que jamás creí posible.

Ahora mismo siento muchísimas emociones encontradas: alegría, tristeza, enfado, pero también confusión. Jeremy me dijo que se hizo una prueba de paternidad que dio positivo. ¿Pero cómo es posible? Clay es el padre biológico de Teddy. Entiendo que la única forma en que Jeremy podría haber dado positivo es si él y Clay fueran gemelos idénticos. Y eso parece bastante improbable, teniendo en cuenta que ni siquiera tenían la misma edad.

Eso deja dos posibilidades. Puede que haya mentido sobre la prueba de paternidad, pero no lo creo. Al fin y al cabo, nunca se habría casado con Naomi sin esa prueba. No, definitivamente no estaba mintiendo. Lo que deja una última posibilidad:

De alguna manera, Naomi lo engañó.

Tengo que hablar con Jeremy.

Logré recomponerme lo suficiente como para salir de la habitación y bajar las escaleras a trompicones. Lo primero que hice fue recorrer la planta baja buscando a Teddy. No estaba allí, y sentí

una punzada de pánico. Ya lo perdí una vez. ¿Y si desaparece otra vez? Pero entonces salí al patio trasero y lo encontré en el castillo inflable. Bien, se lo está pasando bien. Puedo dejarlo solo un rato mientras hablo con Jeremy.

No es que sepa lo que voy a decir.

Pero no sé adónde ha ido Jeremy. Lo busco por toda la primera planta, pero no lo veo. El último sitio al que llego es al despacho de la planta baja, donde guardamos los regalos. Cuando llego, la puerta ya está entreabierta, pero Jeremy no está dentro. Hay otra persona.

Es Naomi.

Naomi intenta alcanzar algo en la mesa de centro del salón. Tardo un segundo en darme cuenta de que es una de las piedras que Teddy ha coleccionado, una que Jeremy ha estado usando como pisapapeles. Observo cómo Naomi levanta la piedra por encima de su cabeza y la deja caer con todas sus fuerzas sobre un objeto que está junto a la mesa de centro, el cual se agrieta y se rompe en varios pedazos.

Y entonces me doy cuenta de lo que ha destrozado con la piedra. Es el coche robot que le compré a Teddy para su cumpleaños, que ella desenvolvió y destrozó.

Me alejo de la puerta de la oficina, con los ojos llenos de lágrimas. Primero, Naomi me roba a mi hijo. Luego destruye el elefante que le había guardado desde que era un bebé. Después, destroza el regalo de cumpleaños por el que pagué una barbaridad. El regalo que le compré a mi hijo para su sexto cumpleaños.

Subo corriendo al segundo piso, con la esperanza de encontrar a Jeremy allí. Finalmente lo encuentro en su oficina, haciendo una llamada. Trabaja demasiado, aunque sé que ha estado intentando desesperadamente reducir su jornada laboral por el bien de Teddy. Está realmente comprometido con ser un buen padre.

Excepto que en realidad no es el padre biológico de Teddy.

—¿Ronnie? —El rostro de Jeremy palidece al ver las lágrimas correr por mi cara—. Dios mío, ¿qué está pasando? ¿Estás bien?

Tu hijo no es realmente tu hijo. Tu esposa me lo robó cuando era un bebé. Llevo seis años buscándolo.

¿Cómo puedo decirle eso?

“¡Naomi rompió el regalo que le compré a Teddy!”, sollozo. “¡La vi hacerlo!”

De repente, todo el color volvió a su rostro. "¿Hablas en serio?"

Asiento con la cabeza sin decir palabra.

“Sabía que era un error dejarla quedarse”, despotrica. “Eres demasiado blando, Ronnie. Sabía que iba a hacer alguna tontería como esta”.

—Me equivoqué —admito—. Tiene que irse de esta fiesta. Ahora mismo.

Necesito alejarla de mi hijo, ahora mismo. Muy pronto tendré que llamar a la policía, con mi prueba de ADN en mano, y contarles todo lo que Naomi ha hecho. Pero no puedo hacerle eso a Teddy en su cumpleaños. Tampoco puedo hacérselo a Jeremy.

Pero muy pronto, la verdad saldrá a la luz. Y después de seis largos años, recuperaré a mi Dominic.

62

Naomi está a salvo en la cárcel.

Sentí un gran alivio cuando la policía le puso las esposas en la fiesta. Supongo que pasará al menos una noche en la cárcel, así que por ahora no tengo que preocuparme por ella. Pero tengo que empezar a pensar en mi próximo paso.

La única persona a la que le he contado sobre el resultado positivo de la prueba de ADN es a Lola. Le envié un mensaje de texto, pero debe estar ocupada porque aún no me ha respondido. Hablaremos sobre qué hacer y cómo afrontar esto.

Ya casi es la hora de cenar. La fiesta terminó hace rato y Teddy está arriba en su habitación jugando con todos sus regalos nuevos. No tiene ni idea de que soy su madre y de que me lo robaron. ¿Cómo voy a decírselo?

Subo las escaleras hacia su habitación. La puerta está entreabierta y la empujo del todo. Teddy está sentado con las piernas cruzadas en el suelo, jugando con un camión nuevo que le regalaron por su cumpleaños. Recuerdo el coche robot que le compré, ahora hecho pedazos en una bolsa de basura. Le habría encantado.

—Hola, Teddy —digo.

En realidad, te llamas Dominic. Naomi te cambió el nombre cuando te robó de mi lado.

Teddy me mira y sonríe. "¡Hola, Ronnie! ¿Quieres ver mi coche nuevo?"

En realidad, no deberías llamarme Ronnie. Deberías llamarme Mamá. Soy tu madre.

"¡Por supuesto!", digo.

Me siento a su lado en el suelo, cruzando las piernas igual que él. Empieza a señalarme las características de su camioneta nueva, pero solo puedo pensar en que es mi hijo. Es mi pequeño que ya camina, habla y me explica cómo se abren y se cierran las puertas de la camioneta. Lo único que quiero es abrazarlo con todas mis fuerzas y no soltarlo jamás.

"Ese", digo, "es un camión muy chulo".

"¡Lo sé!" Me dedica esa sonrisa otra vez, y no puedo evitar pensar en Clay. El estúpido e irresponsable Clay, que nunca volverá a ver a su hijo. A Clay le habría encantado este niño, que es su viva imagen. "¿Ronnie?"

¡Mamá! ¡Soy tu mamá! "¿Sí, cariño?"

Su labio inferior sobresale ligeramente. "¿Mamá está bien?"

Esa mujer no es tu madre. "Sí, claro. Está bien."

"Pero la policía se la llevó." Su labio inferior ahora comienza a temblar. "¿Está en la cárcel?"

"Puede que esté en la cárcel un tiempo", le digo. "Pero al final saldrá".

Y luego la volverán a meter en la cárcel cuando descubran lo que hizo. Y nunca, jamás, la volverás a ver.

"Oh." Parece molesto, pero al menos no llora. "Está bien."

"Pero no te preocupes", le digo. "Tu padre está aquí".

Claro, él no es tu padre de verdad. Tu padre está enterrado porque no nos quiso lo suficiente como para dejar de inyectarse drogas. Probablemente te enterarás de todo esto tarde o temprano. Y no sé qué hará Jeremy cuando descubra la verdad. Ni siquiera sé si seguirá queriéndote.

—De acuerdo —dice Teddy, un poco más tranquilo.

Vuelve a jugar con su camión. Los niños son tan resilientes. Esto será duro para él, pero necesita saber la verdad, y se recuperará de

todo esto. Teddy y yo estaremos bien. Bueno, Dominic y yo estaremos bien.

No, espera, no puedo quitarle su nombre. ¿O sí?

—Teddy —digo con un nudo en la garganta—. ¿Puedo darte un abrazo?

—De acuerdo —acepta.

Lo abrazo por sus delgados hombros. Su cuerpecito parece tan frágil mientras me abraza. No fui una buena madre para él hace seis años. No lo protegí del monstruo que me lo arrebató.

Tengo que compensarlo.

Después de despedirme de Teddy, bajé las escaleras y encontré a Jeremy hablando por teléfono en la sala. Por el tono de su voz y porque caminaba de un lado a otro sobre la alfombra, parecía una conversación tensa. Justo cuando llegué a la sala, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

"La orden de protección temporal está en vigor", me dice. "Naomi no puede hacerle daño a Teddy. Gracias a Dios".

Sus palabras deberían reconfortarme, pero no lo hacen. Una orden de protección temporal es simplemente un documento legal. Y Naomi ha demostrado un flagrante desprecio por la ley.

—¿No sigue en la cárcel? —pregunto.

Hace una mueca. "Por desgracia, no. Su abogado, Fletcher, la sacó de allí".

Vi al abogado de Naomi una vez en el ayuntamiento antes de una sesión de mediación. Parecía un tipo bastante simpático, y estoy segura de que no tiene ni idea de cómo es Naomi en realidad. Probablemente cree que está haciendo lo correcto.

"Hardwick cree que, después de todo lo que ha hecho, yo obtendré la custodia completa y ella solo tendrá derecho a visitas", dice. "Sinceramente, ni siquiera me siento cómodo con que tenga eso. Pero es su madre…".

No, no lo es. Teddy no es su hijo. Ella me lo robó. Llevo seis años buscándolo.

Ya no puedo ocultárselo. Jeremy necesita saber la verdad sobre Teddy. Lo destrozará, pero no puedo guardar este secreto. La verdad tiene que salir a la luz para que Naomi sea castigada por lo que hizo.

—Hola —dice Jeremy—. Oye, Ronnie, sé que el momento no es el mejor, pero tengo que volar a Boston mañana para una importante reunión de negocios el martes por la mañana. He intentado evitarla, pero no puedo. —Me mira con las cejas arqueadas—. ¿Hay alguna posibilidad de que te quedes con Teddy esta noche mientras no estoy? Volveré el martes a la hora de la cena.

Solté un suspiro de alivio. El viaje de negocios de Jeremy casi se siente como un respiro. Puedo posponer contarle la verdad hasta que regrese, mientras paso todo el día conociendo mejor a mi hijo. El martes por la noche, podemos hablar largo y tendido sobre todo y decidir qué hacer a continuación. "Claro, con mucho gusto".

—Gracias. Cruza la habitación para rodearme con sus brazos y me da un beso en la nariz. —Sé que lo protegerás con tu vida.

"No dejaré que le pase nada", lo prometo.

Prefiero morir antes que permitir que le pase algo a Teddy.

Y en dos noches le contaré todo a Jeremy.

PARTE IV

63

NAOMI

Bueno, ahora parezco el malo de la película.

Pero yo no soy el malo. De verdad que no. Si alguien supiera la historia completa, sabría que todo lo que hice, lo hice por Teddy. Mi hijo.

Sí, le robé el bebé a Verónica. Aunque, para ser justos, no sabía que era su bebé.

La primera vez que vi a Teddy, estaba en un coche. Había ido a visitar a mi madre a San Luis y me detuve en un área de descanso para repostar. Vi aquel viejo coche abollado cerca de la gasolinera y pensé que tal vez se había averiado. Me detuve para ofrecerle ayuda, porque soy así de buena persona.

Un hombre estaba inconsciente en el asiento del conductor. Y a su lado, en el asiento del copiloto, había lo que parecía ser un montón de parafernalia de drogas. No es que yo sepa de esas cosas, porque no consumo drogas. Pero este hombre obviamente sí.

Estuve a punto de pasar de largo, pero entonces oí al bebé llorar.

Me acerqué sigilosamente y descubrí que en el asiento trasero había un bebé sujeto a una silla de seguridad. Una cosita diminuta, probablemente de apenas un par de semanas. El recién nacido gritaba desconsoladamente, con la carita roja como un tomate mientras su cuerpo temblaba con la fuerza de cada llanto.

No era madre. Siempre había querido serlo, pero hace unos años me diagnosticaron endometriosis severa. Esa era la razón por la que mis ciclos menstruales eran tan incómodos. Llevé conmigo los cristales de fertilidad, piedra lunar y aventurina, durante más de un año mientras intentaba quedar embarazada con esperma de donante, pero sorprendentemente, no pasó nada. Mi médico finalmente me dijo que sin cirugía, era poco probable que pudiera concebir. E incluso con cirugía, mis probabilidades eran bajas.

Me quedé abrumada por la oleada de afecto maternal hacia ese pequeño bebé indefenso. Parecía... cosa del destino.

Intenté abrir la puerta del coche y, para mi sorpresa, estaba abierta. Abrí la puerta y desabroché al bebé de la silla. Inmediatamente, los llantos cesaron. Le metí el dedo índice en la boca y empezó a succionar feliz. En unos segundos, probablemente se daría cuenta de que no estaba tomando leche de mi dedo y volvería a llorar.

Tuve que darle de comer a este bebé.

Tomé una decisión en una fracción de segundo. Este bebé estaba en peligro. No podía dejarlo con ese drogadicto. Tenía que salvarlo.

El hombre del asiento delantero estaba tan distraído que ni siquiera se dio cuenta de que estaba sacando la silla de coche de la parte de atrás. Tomé al bebé y la silla, y luego los pasé a la parte trasera de mi coche. Después, volví a la carretera y seguí conduciendo hasta llegar a casa de mi madre.

Baste decir que mi madre se sorprendió cuando aparecí en su casa con un bebé recién nacido. Le dije que había mantenido el embarazo en secreto, pero no estoy segura de que me creyera, ya que apenas parecía que acabara de dar a luz y mis pechos no producían leche. Y debió de sospechar especialmente cuando le conté que necesitaba su ayuda para obtener un certificado de nacimiento. Pero salió a comprar leche de fórmula y también sacó mi vieja cuna del ático.

—Ahora bien, en ese certificado de nacimiento —me dijo—, ¿a quién quiere poner como padre?

"No hay padre."

“Por supuesto que hay un padre. ¿Acaso no sabes biología básica, Naomi?”

El padre era un drogadicto al que encontré inconsciente en su coche. Por lo que yo sabía, estaba muerto. Había estado buscando en internet noticias sobre un bebé desaparecido, pero no encontré nada. A nadie parecía importarle que se lo hubieran llevado.

—El padre no está involucrado —le dije.

“Bueno, ¿quién es?”

Tenía que pensar en un nombre. Así que recordé al único novio que tuve el año pasado y que mi madre parecía aprobar. "Se llama Jeremy Roth", dije. "Ya sabes, el banquero de inversiones".

Mi madre me miró con un respeto recién descubierto. “Oh. Bueno, ¿por qué no se lo cuentas?”

Jeremy y yo salimos juntos durante unos meses, probablemente más de lo que debería haber durado. Fue amable al terminar la relación, pero sabía que se merecía algo mucho mejor que una mujer cercana a los cuarenta que vivía al día.

En fin, no podía contarle lo del bebé, porque en realidad no era suyo, y lo primero que haría un hombre como Jeremy sería exigir una prueba de paternidad. Nunca tuvimos relaciones sexuales sin protección ni una sola vez. Era muy cuidadoso.

—No seas tonto —me regañó mi madre—. Ese hombre podría darle una gran vida a este bebé. ¿Acaso no quieres eso para tu hijo?

Sí, lo quería.

Llamamos al bebé Theodore, como mi padre biológico. Y al final, dejé que mi madre pusiera el nombre de Jeremy en el certificado de nacimiento. Pero no fue hasta que regresé a la ciudad que decidí hablar con él.

64

Jeremy se asustó un poco cuando llegué a su edificio con un bebé en brazos. Iba vestido con un traje de diseñador y una corbata elegante, claramente de camino al trabajo, y se quedó atónito al verme con el bebé. Hizo algunas llamadas para reprogramar sus reuniones de la mañana y luego me acompañó rápidamente a su apartamento para hablar en privado.

"Usábamos condón", insistió. "Siempre".

—No están al cien por cien —le recordé.

—Lo sé, pero… —Jugó con su corbata, con la mirada perdida en todas partes—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería molestarte —dije—. Ni siquiera estaba segura de si me lo quedaría. Pero ahora sé que este bebé necesita un padre. —Ajusté el agarre de Teddy sobre mi cuerpo para que Jeremy pudiera verlo mejor. El pequeño había empezado a aferrarse a mí cuando lo tenía en brazos; me encantaba la confianza que depositaba en mí. —Se parece a ti, ¿verdad?

Teddy sí se parecía un poco a Jeremy. Fue una feliz coincidencia. Pero Jeremy no parecía querer mirarlo. Miraba a todas partes menos al bebé.

—Naomi —gimió—. De verdad desearía que… En fin, mira, necesitamos hacernos una prueba de paternidad.

"¿No me crees?"

Me dirigió una mirada de dolor. "Como ya dije, fuimos cuidadosos".

Tuvimos cuidado. Además, yo era infértil. Pero él no sabía eso último.

Ya me esperaba esta petición. Y jamás me habría acercado a él con el bebé si no hubiera tenido una manera de manejar la situación.

Jeremy quería enviar él mismo las muestras. No confiaba en mí, y no podía negar que tenía razón. Me pidió que le diera una muestra de Teddy y que él se encargaría de enviar todo por correo.

Una semana después, nos encontramos en una cafetería, solo él y yo. Me dio un hisopo con un sobrecito para guardarlo y me dijo que podíamos vernos de nuevo al día siguiente, después de que le tomara la muestra al bebé. Ese mismo día, me subí al coche y conduje hasta Long Island, a la casa que más tarde se convertiría en mía, después de que Jeremy y yo nos casáramos. En aquel entonces, los padres de Jeremy vivían allí. Me lo contó una vez cuando éramos novios, y también mencionó la lucha de su padre contra el Alzheimer.

Cuando llegué a la casa, aparqué calle abajo. Esperé en mi coche hasta que la señora Roth salió a hacer unos recados, dejando a su marido en casa. Cuando me acerqué a la casa sola, el señor Roth me recibió con mucha amabilidad. Balbuceó cosas que solo tenían sentido a medias, y en una ocasión se refirió a Jeremy como un niño pequeño. Cuando le dije que necesitaba hacerle una prueba tomando una muestra de su mejilla, accedió encantado.

Después de tomar la muestra, regresé a la ciudad. Le entregué el sobrecito a Jeremy, quien lo envió junto con su propia muestra para que la analizaran. Cuando llegaron los resultados, confirmaron casi por completo que las dos muestras pertenecían al padre y al niño, tal como yo sabía.

Jeremy cree que soy tonta. No lo dice directamente, pero no hace falta. Pero esta vez, lo superé en astucia.

Jeremy se casó conmigo. Quería que Teddy tuviera a sus dos padres viviendo juntos en casa, y aunque no lo dijo, no confiaba en

que yo pudiera criarlo sola. Y durante mucho tiempo, fuimos felices juntos. Bueno, yo era feliz.

Y ahora llega Verónica. Todo tiene sentido ahora, con el cargo por drogas en sus antecedentes. Claramente es la esposa o novia de ese drogadicto que estaba inconsciente en el asiento delantero mientras Teddy gritaba en la parte de atrás. Era una madre negligente. No merecía tener a Teddy.

Ella todavía no lo hace.

Y no hay absolutamente ninguna posibilidad de que ella lo recupere. No voy a permitir que esta drogadicta me quite a mi hijo.

No, Verónica tiene que morir. Y, una vez más, tengo que ser inteligente al respecto.

65

VERÓNICA

Naomi me va a matar.

Lo veo en sus ojos. Jamás debí haberle dicho que Teddy es mi hijo. Debí haberlo mantenido en secreto hasta que me dejara ir. Pero ahora, jamás me dejará ir. No puede.

Naomi está parada frente a mí, aún conmocionada por la revelación. Normalmente luce bastante arreglada, como una madre de familia, con sus pantalones de yoga, sudaderas y el pelo siempre recogido con esmero. Pero ahora se ve terriblemente desaliñada: tiene mechones rojizos pegados a la frente y al cuello, y marcas de sudor bajo las axilas. Agarra las tijeras con fuerza en la mano derecha, e imagino que me corta la garganta con la hoja. ¿Se puede cortar la garganta con unas tijeras? Si no, tal vez use un cuchillo. De una forma u otra, me va a matar.

Creí que estaba a salvo cuando oí la voz arriba. Logré quitarme la cinta adhesiva de la boca empujando la lengua hasta que empezó a ceder. Una vez que la cinta estuvo parcialmente suelta, grité con todas mis fuerzas, intentando llamar la atención del visitante. Era el abogado de Naomi, Ezra Fletcher, y me oyó. Iba a bajar a rescatarme. Pero entonces ella lo empujó.

El sonido de Fletcher cayendo por aquella escalera fue repugnante. Y ahora el hombre que creí que iba a salvarme yace al

pie de la escalera, con un charco de sangre alrededor de la cabeza. Casi con toda seguridad está muerto, como pronto lo estaré yo.

Los ojos de Naomi parecen dilatarse mientras me mira fijamente. "Eres la madre biológica de Teddy", reconoce.

"Soy su madre." No voy a seguirle el juego a sus mentiras. Ya no. De todas formas, me va a matar. "Lo robaste."

Ella frunce el ceño. —¿Lo robé? No, lo salvé. ¿Sabes cómo lo encontré? —Como no respondo, ella misma contesta su pregunta—. Estaba abandonado. En el asiento trasero de un coche, con un hombre inconsciente en el asiento delantero y jeringuillas a su lado. ¡Estaba pidiendo ayuda a gritos!

¡Oh, Clay, ¿cómo pudiste?! Si no estuviera ya muerto, lo mataría.

"Lo rescaté del coche", dice. "Lo rescaté de esa vida horrible".

—No te correspondía —repliqué.

—¡Mi casa! —exclama—. ¡Mira la vida de Teddy! Tiene dos padres que lo adoran constantemente. Vive en una casa de ensueño y va al mejor colegio privado de Long Island. ¿Viste la fiesta de cumpleaños de ayer? ¡Tiene todo lo que podría desear! Su vida contigo habría sido… —Me mira con desprecio—. Habría sido horrible.

—No, no habría sido terrible —digo, alzando la barbilla—. Porque es mi hijo y lo quiero más que a nada en el mundo.

Naomi me lanza una mirada fulminante. «No lo quieres ni la mitad de lo que yo lo quiero. Al fin y al cabo, tú no harías esto por él».

Al principio, estoy seguro de que va a coger las tijeras y apuñalarme en el cuello. Pero en vez de eso, las suelta por completo, pues ha perdido el interés en ellas. Se acerca a uno de los estantes llenos de botellas de whisky de Jeremy, coge una botella de whisky escocés y la estrella contra el suelo. El líquido ámbar oscuro se derrama por todo el suelo sin tratar. Me preparo para que use el borde dentado de la botella como arma, pero en vez de eso, también la suelta.

"Ahora", dice, "solo tengo que conseguir algunos partidos".

66

NAOMI

El fuego es la única solución.

No encuentro explicación alguna para que Ezra y Verónica estén muertos en el sótano. Y mucho menos para las marcas de la cinta adhesiva en sus muñecas y tobillos. Pero si hay un incendio, lo arrasará todo. No sabrán que Ezra murió por una caída. Simplemente parecerá un trágico accidente que se cobró dos vidas.

Nadie tendrá que saber que estuve involucrado. Simplemente diré que pasé a buscar mi coche y vi salir humo por la ventana.

Mi plan es encender el fuego y luego sacar a Teddy de su habitación, donde está recluido hasta que escuche las palabras clave. Pareceré el héroe que rescató a mi hijo de la casa en llamas, aunque nadie, excepto yo, sabrá que fue la segunda vez que le salvé la vida. Y Jeremy, que adora a Teddy por encima de todo, volverá a quererme.

Como ves, esta es la única manera de conseguir un final feliz.

Subo a buscar algo para prenderle fuego al alcohol en la bodega. No hay cerillas, pero en uno de los cajones de la cocina hay un encendedor, que me servirá. Ese fuego se propagará rápidamente, así que en cuanto lo encienda, tendré que salir corriendo.

Mientras atravesaba la sala de estar de camino a la puerta del sótano, vi que el teléfono de Verónica se iluminaba sobre la mesa de

centro. Me acerqué para ver si Jeremy le había escrito de nuevo, pero no era él. Era otro mensaje de esa tal Lola.

Deberías ir directamente a la policía.

Me quejo. El resultado positivo que recibió Verónica debe haber sido una prueba de ADN. Claramente, no se lo mencionó a Jeremy, pero parece que otra persona sabe que Teddy es su hijo biológico. Esto no pinta nada bien.

Hago clic en el nombre de Lola. Está en la agenda de Verónica, y me alegra ver que, además de su número de teléfono, también aparece su dirección. Vive en San Luis, no muy lejos de mi madre. No será nada difícil encontrarla.

Me ocuparé de Lola después de que Verónica muera. O tal vez mi madre me ayude.

Ahora es el momento de ocuparse de esta pequeña situación.

67

VERÓNICA

Naomi va a prenderle fuego a la casa conmigo dentro.

He oído que morir quemado es una forma terriblemente dolorosa de morir. Me imagino el humo llenando mis pulmones y el fuego escaldándome la piel, quemándome hasta convertirme en cenizas. Solo espero desmayarme antes de que eso suceda.

No. No. No puedo permitir que eso suceda. Tengo que encontrar la manera de salir de aquí.

Lucho contra la cinta adhesiva que me ata las muñecas y los tobillos. Usó mucha cinta, lo que lo dificulta. Si pudiera pasar los brazos por encima de las rodillas, intentaría desatar la cinta de los tobillos. Pero es prácticamente imposible.

Entonces me acuerdo de las tijeras.

Naomi dejó caer las tijeras justo antes de romper la botella de whisky. Si pudiera alcanzarlas, tal vez podría cortar la cinta. El problema es que las tijeras están a unos seis metros de distancia y me cuesta moverme.

Y Naomi volverá en cualquier momento.

Es entonces cuando lo oigo. Un gemido que proviene del fondo de la escalera.

Pensé que cuando Fletcher se cayó por esas escaleras, estaba perdido. Pero ahora se mueve un poco. Está vivo. Y está

recuperando la consciencia.

Además, no está atado.

—¡Señor Fletcher! —le susurro desde el otro lado de la habitación. No puedo dejar que Naomi me oiga.

Tiene el pelo cubierto de sangre, pero consigue levantar un poco la cabeza para que pueda verle los ojos.

—Va a volver —susurro, tan alto como me atrevo—. ¡Va a prenderle fuego a toda la casa!

¿Entiende lo que le estoy diciendo? Recibió un golpe muy fuerte en la cabeza y estoy segura de que está aturdido. Pero tengo que rezar para que mis palabras le hayan llegado.

Es mi única oportunidad.

La puerta del sótano se abre con un crujido, y Fletcher vuelve a bajar la cabeza, fingiendo estar muerto, lo que me hace pensar que sí entendió lo que le decía. Los pasos de Naomi en las escaleras se oyen cada vez más cerca. Está bajando.

Se detiene un instante al pasar junto a Fletcher. Lo mira fijamente, con una expresión extraña en el rostro. Oh no, ¿lo vio moverse? ¿Sabe que está vivo?

Pero entonces levanta la mirada y puedo reconocer su expresión. Es tristeza. Murmura algo que casi suena como "lo siento mucho" y luego pasa por encima de él.

Ahora Naomi vuelve a centrar su atención en mí. La tristeza desaparece de su rostro, reemplazada por una mirada de determinación. Y en su mano derecha sostiene un encendedor rojo.

Dios mío, de verdad va a hacer esto.

Lamento que tenga que ser así. Los rasgos de Naomi adquieren un brillo inquietante bajo la tenue luz del techo. Puede que sea el último rostro que vea, y eso es un pensamiento horrible. No iba a matarte. Solo quería desfigurarte, eso es todo.

Intento concentrarme en el rostro de Naomi y no en el hecho de que, a unos pocos metros, junto a las escaleras, Fletcher intenta levantarse en silencio. Pero enseguida se hace evidente que tiene la pierna rota, y se desploma de rodillas, con el rostro convertido en una máscara de dolor.

—Quiero que sepas —dice— que cuidaré muy bien de Teddy. Lo criaré como si fuera mío, como lo he hecho yo. Tendrá una vida maravillosa, te lo prometo.

Fletcher ha desistido de intentar ponerse de pie y, en su lugar, ha decidido arrastrarse por el suelo. Pero no se dirige hacia Naomi. Se dirige hacia las estanterías de vino, una de las que no está cerca de la botella rota.

—No tienes que hacer esto —le suplico—. No tienes que matarme. Puedes desaparecer. Puedes empezar de nuevo. Tener un hijo.

Su rostro se contrae ligeramente. "No, no puedo".

"Entonces…" Busco algo más que decir mientras Fletcher saca lentamente una botella de vino grande y pesada del estante. Creo que Jeremy me dijo que ese tipo de botella se llama magnum. "¿Podrías… adoptar?"

Obviamente, no puede adoptar. Estaría huyendo. Pero no me importa lo que haga. Solo necesito que siga hablando conmigo hasta que Fletcher pueda golpearla con esa botella magnum.

—Lo siento, Verónica —dice Naomi—. Pero tiene que ser así.

Enciende el mechero y se acerca a la botella rota en el suelo. Los ojos de Fletcher se abren de par en par al darse cuenta de que se le acaba el tiempo y abandona toda pretensión de guardar silencio. Empieza a gatear por el suelo lo más rápido que puede, pero no es lo suficientemente rápido. Ella baja el mechero y, casi al instante, el whisky derramado por el suelo se incendia.

Justo cuando el alcohol se convierte en llamas anaranjadas, Naomi ve a Fletcher arrastrándose hacia ella. Respira hondo y, por un instante, una sonrisa ilumina su rostro. "¿Ezra? ¡Estás vivo!"

No se detiene. Le estampa la botella magnum en las rodillas y ella cae al suelo.

Ahora está herida. Intenta arrastrarse para alejarse del alcohol en llamas, pero él la persigue. Y ahora que está en el suelo, logra dejar caer la botella sobre su cráneo con un golpe sordo. Ella se desploma, inconsciente.

—Lo siento —jadea mientras intenta alcanzar las tijeras—. Yo… no fui lo suficientemente rápido para…

“No es culpa tuya”, le digo, lo cual es quedarse corto.

Nos movemos lo más rápido que podemos. Por ahora, el fuego está confinado a una pequeña área en el suelo, pero en cuanto esas botellas de licor se incendien, se descontrolará. Fletcher logra quitarme la cinta adhesiva de las muñecas y los tobillos, y respiro aliviado.

—Gracias —logro decir—. Muchísimas gracias.

Él asiente con la cabeza, perlado por el sudor. "Ojalá lo hubiera hecho antes".

Me pongo de pie, mirando hacia la escalera para salir del sótano, y luego hacia abajo, donde está Fletcher, en el suelo, con la pierna claramente rota.

—Déjame ayudarte a subir las escaleras —le digo.

Fletcher mira hacia la escalera, luego vuelve a mirar por encima del hombro el fuego que se extiende por el suelo junto a los estantes, acercándose peligrosamente a las bebidas alcohólicas. No sé cuánto tiempo nos queda antes de que todo se incendie, pero no será mucho. Segundos, no minutos.

“Teddy está arriba, ¿verdad?”, dice.

Asiento con la cabeza.

—Tienes que ir a buscarlo —dice señalando las escaleras—. Tienes que sacarlo de aquí.

“Pero no puedes caminar…”

—Saldré de aquí solo —dice con firmeza—. No se preocupen por mí, puedo hacerlo. Estaré bien. Suban y saquen a Teddy de la casa.

No sé qué hacer. No puedo creer que vaya a poder subir las escaleras solo. Supongo que podría impulsarse con el trasero, pero eso le llevaría una eternidad.

—¡Vete! —dice bruscamente—. ¡Sal de aquí! ¡Ahora mismo!

Su voz basta para que me ponga en marcha. Tiene razón: Teddy está en su habitación y tengo que sacarlo de aquí. No hay tiempo que perder.

Me giro para dejar atrás a Fletcher, subiendo los escalones lo más rápido que puedo, pero cuando estoy a mitad de camino, él grita: "¿Veronica?".

Me detengo un momento y me giro para mirarlo. Sigue al pie de la escalera y aún no ha avanzado nada.

"Cierra la puerta del sótano al salir", dice. "Así el fuego no se propagará".

Empiezo a preguntarle por qué necesita que yo haga eso, ya que puede cerrar la puerta él mismo cuando salga. En ese momento me doy cuenta de que no espera salir.

Pero sigo adelante.

68

Subo el resto de los escalones lo más rápido que puedo.

Tal como me indicó Fletcher, cerré la puerta tras de mí. Una vez que el resto del alcohol se haya consumido por completo, nada podrá contener el fuego. Pero tal vez me dé un minuto o dos más. Y eso podría marcar la diferencia.

Subo corriendo las escaleras hasta el segundo piso, de dos en dos. La habitación de Teddy es la segunda a la izquierda, y la puerta está cerrada. Intento abrirla, pero no gira. Golpeo la puerta con el puño.

"¡Teddy!", grito. "¡Abre la puerta! ¡Tenemos que salir de aquí!"

Al principio, no lo oigo responder en absoluto. Pero entonces su vocecita se cuela por debajo de la puerta. "¿Cuáles son las palabras clave?"

¿Qué?

—¡Teddy! —Mi voz roza la histeria—. No sé las palabras clave, ¡pero la casa está en llamas! ¿Me oyes, Teddy? ¡Tenemos que salir de aquí!

—No puedo salir de mi habitación a menos que me digas las palabras clave —dice Teddy con terquedad—. ¡Mamá y papá lo dijeron!

Golpeo la puerta con las palmas de las manos. "¡Teddy, tenemos que salir de aquí! ¡Por favor! ¡Si no salimos ahora mismo, vamos a

morir los dos!”

Al otro lado de la puerta reina el silencio. Oigo un sollozo, y me doy cuenta de que es Teddy llorando. No sabe qué hacer.

Y ahora suena la alarma de incendios.

“¡Teddy!”, golpeo la puerta de nuevo. “¡Abre esta puerta ahora mismo!”

“¡No puedo!”, solloza. “¡No se supone que deba hacerlo!”

¡Dios mío, no puedo creer que esto esté pasando! Retrocedo unos metros y luego intento embestir la puerta con el hombro. Pero esta casa es obviamente muy sólida, porque la puerta no se mueve, y creo que me disloqué el hombro o algo así.

De acuerdo, Teddy no va a abrir esta puerta sin la palabra clave. ¿Qué puedo hacer al respecto?

Jeremy conoce la palabra clave. Tengo que hablar con él.

Por desgracia, mi teléfono está abajo. No quiero salir de este pasillo, pero mi única opción para sacar a Teddy de esta habitación es bajar corriendo, coger mi teléfono y pedirle ayuda a Jeremy.

Bajo corriendo las escaleras hasta el primer piso lo más rápido que puedo. Al pasar por la puerta del sótano, me doy cuenta de que la parte inferior está chamuscada y sale muchísimo humo por debajo.

Quienquiera que estuviera en ese sótano, sin duda está acabado.

Pero no puedo pensar en eso. Encuentro mi teléfono en la mesa de centro y lo agarro. Y luego corro hacia las escaleras lo más rápido que puedo.

69

NAOMI

Cuando me despierto, apenas puedo respirar.

Me tomó unos segundos orientarme. Todavía estaba en la bodega. Lo último que recuerdo es que estaba prendiendo fuego al whisky derramado en el suelo. Vi cómo el alcohol se incendiaba y supe que era solo cuestión de tiempo antes de que toda la bodega ardiera en llamas, solucionando así mi problema con Verónica para siempre.

Y luego…

¿Qué pasó? ¿Cómo pudo salir todo mal?

Miro hacia la esquina del sótano, donde el fuego se está descontrolando rápidamente. Se ha extendido por todo donde derramé el whisky y ahora me bloquea el paso hacia las escaleras. Además, cuando miro a mi alrededor, no veo a Verónica por ninguna parte.

Pero sí veo a Ezra, desplomado contra una pared.

Y ahora lo recuerdo todo. ¡Me golpeó! Agarró una botella de vino y me sacó, impidiéndome dejar a Verónica morir aquí abajo.

¿Cómo pudo hacerme esto? ¡Se supone que es mi abogado! ¡Deberían inhabilitarlo por esto!

El aire está cargado de humo, y cuando intento ponerme de pie, es casi insoportable, y me desplomo de nuevo al suelo, tosiendo con

fuerza. En vez de eso, me arrastro por el sótano hasta donde Ezra está apoyado contra la pared.

—¡Ezra! —le digo sacudiéndole el hombro—. ¡El sótano está en llamas! ¡Tenemos que salir de aquí!

Pero en el fondo sé que no hay salida del sótano. Los escalones de abajo ya se han incendiado. Y Ezra está inconsciente, probablemente por haber inhalado tanto humo.

—¡Despierta, por favor! —Lo sacudo de nuevo—. Tenemos que ir a una fiesta de karaoke, como decía la galleta de la fortuna, ¿te acuerdas?

No entiende la broma. No se despierta.

El fuego en el suelo lame las estanterías de vino. Un segundo después, oigo el crujido del cristal al romperse por el calor. De repente, todas las estanterías se incendian. Lo que antes era un pequeño incendio, casi controlable, se ha convertido en un fuego voraz. En unos segundos más, toda la bodega estará en llamas.

Y ahora viene a por mí. Mientras siento que mi piel empieza a arder, me alegro de no haber podido despertar a Ezra. Sigue inconsciente mientras el fuego lo consume.

Solo puedo rezar para que Verónica saque a Teddy de allí y que cuide bien de mi hijito.

70

VERÓNICA

La alarma de incendios es casi ensordecedora.

Subo corriendo las escaleras, haciendo clic en el número de Jeremy mientras subo. No hay tiempo que perder. Este incendio está a punto de descontrolarse. No hay tiempo que perder.

"¡Teddy!", golpeo la puerta de nuevo mientras escucho el teléfono sonar en mi oído. "¡Por favor, abre!"

El teléfono sigue sonando. Jeremy no contesta.

Mierda.

Miro la puerta de nuevo, sopesando mis opciones. Quizás necesito algo para intentar romper la cerradura. Como un hacha. ¿Tendrá Jeremy un hacha en el garaje? No parece el tipo de persona que usa hachas, pero tal vez tenga una a mano.

Pero entonces me doy la vuelta y me doy cuenta de que es demasiado tarde.

El fuego se ha originado en el sótano. La parte inferior de la escalera está ahora en llamas.

No sé cuánto tarda un incendio en subir un tramo de escaleras, y prefiero no saberlo. Tengo que sacar a Teddy de aquí, ahora mismo. No sé cómo, pero no puedo hacer nada si está en su habitación y no me deja entrar.

Intento llamar al teléfono de Jeremy una vez más. Salta directamente al buzón de voz.

Ahora me doy cuenta de que solo hay una manera de entrar en esta habitación, y es si Teddy me abre la puerta.

—¡Teddy! —grito a través de la puerta—. ¡Teddy, por favor! ¡Tienes que abrir esta puerta! Estoy llamando a tu padre, pero no puedo comunicarme con él. ¡Estás en peligro! ¡Ambos estamos en peligro!

Sigue llorando al otro lado de la puerta, pero no la abre. No sabe qué hacer. Pero no tenemos mucho tiempo para averiguarlo.

—No te dejaré, Teddy. —Me seco una lágrima que se forma en mi ojo izquierdo. No es momento para llorar; ya está bastante asustado sin verme llorar. —¡Pero necesito que abras esta puerta! ¡Por favor! ¡Tienes que confiar en mí! ¡Por favor! Tienes que… Soy tu… Teddy, soy tu…

Entonces oigo el sonido de una cerradura girando.

Ni siquiera le doy tiempo a Teddy para abrir la puerta. Giro el pomo y ahí está, su cuerpecito temblando de sollozos. Corro a la habitación, cierro la puerta de golpe y lo abrazo con fuerza.

"Todo va a estar bien", le digo. "Estoy aquí".

Se aferra a mí, su cuerpo tiembla por los sollozos. Está aterrorizado. El único hogar que ha conocido está en llamas, y ninguno de los dos, a quienes considera sus padres, está presente. Solo me tiene a mí.

Y me aseguraré de que no le pase absolutamente nada.

El humo ha empezado a filtrarse por debajo de la puerta, llenando la habitación rápidamente. Tengo que soltar a Teddy para poder abrir la ventana de golpe. Ayuda a que entre el humo, pero no es suficiente. En unos segundos, va a ser difícil respirar aquí dentro.

A lo lejos, puedo oír el aullido de las sirenas. Pero están muy lejos. Demasiado lejos.

Tenemos que salir de esta habitación ahora mismo.

Asomo la cabeza por la ventana para ver qué nos espera. Se ve la parte inferior del tejado, y aunque está ligeramente inclinado, creo que podremos sentarnos allí mientras esperamos a que lleguen los

bomberos. Pero nunca en mi vida me he subido a un tejado, y no va a ser fácil salir por la ventana con Teddy.

Pero tengo que intentarlo. Él cuenta conmigo para salvarlo. Ya le fallé una vez y no le fallaré de nuevo.

—Teddy —le digo con voz seria—. Tenemos que salir de esta habitación. Voy a subir al tejado, y cuando esté allí, necesito que salgas tú también.

Él simplemente me mira fijamente.

"¿Puedes hacer eso?", le pregunto.

Él asiente con la cabeza como si no estuviera del todo seguro, lo cual es comprensible, ya que yo tampoco estoy del todo seguro de poder hacerlo.

Me tiemblan las manos mientras salgo por la ventana. Primero, paso la pierna derecha por encima del alféizar, luego me agarro al marco mientras subo la izquierda hacia atrás. Intento no mirar hacia abajo. No estamos muy alto, pero aun así da vértigo estar aquí arriba. Espero que este techo sea resistente.

Me asomo por la ventana donde Teddy está de pie en la habitación, con los ojos desorbitados. —Teddy —le digo—. Tienes que subir al tejado conmigo.

Teddy se da la vuelta para mirar la puerta de su habitación. Sale humo a borbotones por debajo, y al igual que con la puerta del sótano, la parte inferior está chamuscada. Pronto, las llamas entrarán en la habitación.

—Tengo miedo —gimotea.

—Teddy —le suplico—. Te prometo que no voy a dejar que te pase nada. Pero tienes que confiar en mí. Tienes que salir por la ventana y yo te protegeré.

Finalmente, asiente con la cabeza.

Se acerca a la ventana, con el cuerpo temblando. Levanta una pierna por encima del alféizar, igual que yo, pero es demasiado pequeño. Tengo que ayudarlo, levantándolo para que pase por encima del borde. Por un instante, siento que pierdo el equilibrio, pero entonces encajo mi zapatilla en la canaleta, y eso parece funcionar.

Saco a Teddy completamente por la ventana. Está cubierto de una fina capa de hollín, y lo aprieto contra mi cuerpo para protegerlo mientras las sirenas se vuelven cada vez más fuertes.

Los bomberos y la policía llegarán pronto. De alguna manera, tendré que explicar lo de los dos cadáveres en el sótano. La verdad saldrá a la luz, quiera o no. Solo espero que no recuerden mi pasado y me culpen de esas muertes. Me dan ganas de huir.

Pero ya no quiero seguir huyendo. Mantengo a Teddy entre mis brazos para protegerlo. Nadie podrá separarlo de mí hasta que lleguen los bomberos. Incluso entonces, no estoy segura de si los dejaré.

—¿Ronnie? —murmura en mi aire.

"¿Sí?"

“¿Por qué te has cortado todo el pelo?”

Casi me olvido de mi cabello. Por alguna razón, su pregunta me hace reír, y después de unos instantes, ya no sé si estoy riendo o llorando.

71

Tres horas después, el fuego se extinguió.

Los bomberos tardaron más de lo esperado en controlar la situación. Teddy y yo estuvimos acurrucados en la parte trasera de una ambulancia casi todo ese tiempo, pero yo no quería irme porque tenía miedo de que nos separaran si nos llevaban al hospital. Al final, los dos estábamos bien. Logré sacarlo de allí a tiempo.

Sí, todavía tosemos un poco, pero nuestros pulmones necesitan tiempo para despejarse. Además, un paramédico me señaló que tengo sangre seca en la nuca, y fingí que era por el incendio, aunque no lo es. No tengo energía para contar toda la sórdida historia, al menos no ahora.

Hace media hora, Jeremy me envió un mensaje de texto diciéndome que su avión había aterrizado. Logré comunicarme con él poco después de que los bomberos nos rescataran, y corrió al aeropuerto Logan y, de alguna manera, consiguió tomar el siguiente vuelo de regreso a JFK. Llegó en tiempo récord y me ha estado informando sobre su progreso en el Uber de regreso del aeropuerto.

Pero ahora aparece frente a la ambulancia, sin aliento, con una pequeña bolsa de viaje en la mano, la camisa arrugada y el pelo revuelto.

"¡Papá!", grita Teddy.

Teddy se zafa de mí y corre a los brazos de Jeremy. Jeremy lo alza, y ahora Teddy solloza. Pero lo más sorprendente es que Jeremy también llora. Jamás lo había visto llorar en todo el tiempo que lo conozco, ni de cerca, pero ahora las lágrimas le corren por la cara.

"Me alegro mucho de que estés bien, Teddy", logra decir.

"Papá" es todo lo que dice Teddy mientras se acurruca en los brazos de su padre.

Jeremy me miró por encima de la cabeza de Teddy. —Ronnie —dijo con la voz quebrada—. Gracias. Gracias por sacarlo de la casa. Te debo todo.

Asiento con la cabeza, también demasiado emocionada para hablar.

La policía me hará muchas preguntas. Al fin y al cabo, hay dos personas muertas en el sótano. Ahora se sabrá la verdad sobre Teddy, y la agradezco.

Pero al ver a Jeremy sollozando mientras abraza a su hijo, sé que tengo que manejar esto de la manera correcta.

Jeremy necesita saber la verdad, pero no puedo alejar a ese niño de él. Tendré que decírselo con cuidado y hacerle saber que siempre será el padre de Teddy. Aunque no sea su padre biológico, tiene un lugar permanente en la vida de Teddy si así lo desea, y espero que lo desee. Jamás les quitaré eso a ninguno de los dos.

He recuperado a mi hijo. Y ahora que lo tengo de vuelta, todo estará bien.

EPÍLOGO

JEREMY

Hoy casi lo pierdo todo.

Verónica. Teddy. Dios mío, casi pierdo a Teddy.

Todo por culpa de Naomi. No conozco la historia completa porque Ronnie todavía está afectado y no quiere hablar del tema, pero Naomi fue quien provocó el incendio. Quemó mi casa y casi quema a mi hijo en el fuego.

No puedo creer que casi mata a Teddy. Si lo hubiera perdido…

Y ni siquiera es la primera vez que casi pierdo a Teddy, gracias a Naomi. La primera vez fue cuando Teddy tenía poco más de dos años. Estaba caminando por el estacionamiento subterráneo del trabajo, de camino a mi Tesla, cuando oí una voz que decía: "¿Jeremy? ¿Jeremy Roth?".

Me giré y vi a un hombre de aspecto anodino de pie detrás de mí. Tendría unos veinte años, aunque parecía haber tenido una vida difícil. Era unos centímetros más alto que yo, pero mucho más delgado. A menos que sacara un cuchillo, podría vencerlo en una pelea.

"¿Sí?", dije.

—Me llamo Clay Barkley —me dijo—. Y creo que tienes algo que me pertenece.

—¿Qué es? —pregunté con irritación.

"Mi hijo."

Llevé a Clay a mi oficina, donde me contó toda la historia en un torbellino de palabras. Creía que mi esposa le había robado a su hijo pequeño del coche hacía dos años. Llevaba dos años buscando a ese niño, Dominic, y ahora creía haberlo encontrado.

—¿Por qué crees que Naomi se llevó a tu bebé? —le pregunté.

Metió la mano en el bolsillo de sus desgastados vaqueros azules y sacó una pequeña gema rosa. «Iba a vender mi coche y lo estaba limpiando. Encontré esto encajado debajo de la alfombrilla del asiento trasero».

Le quité la piedra y la giré en la palma de mi mano. Tenía un logo grabado que parecía un triángulo con una luz que emanaba del centro. Lo reconocí de cuando Naomi hacía esas terapias esotéricas con cristales. Tenía docenas de esas piedras con su logo para regalárselas a sus clientes. Incluso me dio una después de nuestra primera cita. En retrospectiva, ese fue el momento en que debí haber salido corriendo.

"Hice una búsqueda inversa de imágenes", explicó Clay. "Me llevó al sitio web de tu esposa".

¿Acaso mi esposa robó un bebé y dejó su tarjeta de visita? Para entonces, ya me había dado cuenta de en qué me había metido al casarme con Naomi. Si esa mujer tenía un solo pensamiento racional, yo aún no lo había escuchado. Ya ni siquiera podíamos subirnos al coche sin que realizara algún tipo de ritual extraño con sus cristales. Si me atrevía a planear unas vacaciones familiares, cualquier información que le daba se le olvidaba al instante, de modo que cuando le decía que era hora de hacer las maletas, actuaba como si le hubiera lanzado un viaje sorpresa. Pensaba en dejarla todos los días, pero por el bien de Teddy, me resistía a romper nuestra familia. Él me necesitaba.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Clay Barkley con el mismo tono cortante que utilicé durante un negocio.

Su voz se quebró. "Quiero que mi hijo vuelva".

"Él no es tu hijo. Me hice una prueba de paternidad hace años."

"¿Estás seguro de que era correcto?"

Comencé a decirle que estaba segura. Mostraba una certeza del 99,99998 por ciento de que Teddy era mi hijo.

Pero entonces empecé a replantearme las cosas. Me pareció bastante sospechoso que Naomi apareciera con ese bebé, sobre todo porque yo había sido muy cuidadosa con los anticonceptivos. Y ahora estábamos intentando tener un segundo hijo sin ningún resultado. Gran parte de lo que Clay me contaba encajaba con la idea de que ella me lo había robado.

Pero al final, lo que realmente me hizo dudar fue el gran parecido de ese hombre con mi hijo de dos años.

—Hazte otra prueba de paternidad —me insistió—. No iré a la policía todavía, pero necesito saberlo. No quiero a tu hijo si no es mío. Pero si lo es… —Negó con la cabeza—. He cometido muchos errores en mi vida. Pero lo que no puedo dejar de pensar es en dejar que alguien me robe a mi hijo. Solo quiero recuperar a Dominic.

Y entonces rompió a llorar desconsoladamente.

Le dije que me haría la prueba de paternidad de nuevo y que le avisaría. Le expresé mi confianza en que la prueba demostraría que yo era el padre de Teddy. No le mencioné nada de esto a Naomi. Compré la prueba por internet con una tarjeta de crédito que Naomi desconocía, metí las muestras de mi mejilla y de la de Teddy en dos sobres y esperé los resultados, que llegaron poco más de una semana después.

Teddy no era mi hijo.

No entendía cómo Naomi me había engañado. Yo misma envié la última prueba, pero nunca la vi tomarle la muestra a Teddy. Debió haber hecho algo con la muestra, aunque sigo sin saber qué fue. De alguna manera, me superó en astucia.

Pero no importaba lo que mostrara la prueba. Teddy era mi hijo ahora. La idea de que ese exdrogadicto nos lo arrebatara para que nunca más lo volviéramos a ver… era impensable. Sí, probablemente Naomi también iría a la cárcel, pero eso no me importaba. No podía dejar que se llevara a Teddy. Habría sido como amputarme un brazo.

Resulta sorprendentemente fácil deshacerse de Clay Barkley. Todo se reduce a conocer a las personas adecuadas para solucionar los problemas. Tenía un extenso historial de consumo de drogas con múltiples arrestos, así que nadie se inmutó cuando lo encontraron

muerto en su habitación de hotel por una sobredosis de heroína. Su muerte no representó una gran pérdida para la sociedad.

Después de eso, Naomi era la única otra persona que conocía la verdad sobre Teddy. Tarde o temprano, ella también tendría que irse.

Esperé pacientemente durante varios años, adaptándome a la rutina familiar, aguardando el momento oportuno. Entonces conocí a Ronnie y me enamoré de ella. Por fin tenía una razón para deshacerme de Naomi para siempre.

Fue bastante fácil hacer que Naomi pareciera desequilibrada durante el divorcio. Al fin y al cabo, lo estaba. Pero le di un pequeño empujón. Siempre que tenía oportunidad, le decía horarios incorrectos para sus compromisos, pero nunca lo ponía por escrito para que pudiera consultarlo. Contraté a Rosita y le dije que la necesitaba porque Naomi no podía llevar a Teddy al colegio con regularidad.

Y para rematar, entré en el apartamento de Naomi mientras estaba con Teddy en su clase de kárate y coloqué el elefante con el cuchillo clavado en el cajón de Teddy. Me sentí mal por eso, porque sabía cuánto quería a ese elefante. Pero la fotografía valió la pena.

Aun así, las cosas no me salían bien en la mediación. Su abogada era demasiado lista. Así que un día, cuando no estaba, entré en su apartamento, trituré casi todo el contenido de un frasco de Tylenol y lo mezclé con esa kombucha tan rara que estaba fermentando en la nevera. Olía fatal, así que pensé que no se daría cuenta y que Teddy jamás la probaría. Era su propio Tylenol, y parecería un suicidio cuando muriera. Pero, por alguna razón, no la mató.

Estaba desesperado hasta que Naomi se descontroló en la fiesta de cumpleaños de Teddy, destrozando el regalo de Ronnie y casi agrediendo al policía. Después de que la arrestaran, solicitamos la orden de protección y Hardwick me dijo que todo iba bien para conseguir la custodia total. Como dije, Naomi estaba casi tan desquiciada como la describía. Casi.

Dentro de unos meses, después de perder la custodia, Naomi habría tomado una sobredosis de pastillas para dormir en lugar de Tylenol, y eso habría acabado con ella. Habría sido una forma fácil de morir. Lo tenía todo planeado.

Pero, de alguna manera, todo salió bien. Ahora Naomi está muerta y ya no tengo que preocuparme por ella. Puedo empezar una nueva vida con Ronnie, quien rescató a mi hijo de una casa en llamas. Sí, es una mujer maravillosa.

Naomi y Clay intentaron llevarse a Teddy, pero no se lo permití. Ambos están muertos: Clay yace en una tumba y Naomi quedó reducida a cenizas en mi sótano.

Y cualquiera que intente llevarse a mi hijo sufrirá la misma suerte.

EL FIN

EXPRESIONES DE GRATITUD

Como siempre, agradezco profundamente a mi agente, Christina Hogrebe, y a todo el equipo de JRA por su constante apoyo y valiosos comentarios. También agradezco a Jenna Jankowski por sus perspicaces aportaciones y su agudo criterio editorial, y a todo el equipo de Sourcebooks que trabaja incansablemente entre bastidores. Estoy especialmente agradecida a Mandy Chahal por su excepcional labor de marketing.

Gracias a Jacqueline Newman, autora de «Las nuevas reglas del divorcio», por su valiosa perspectiva legal sobre el divorcio. Gracias a Kevin por sus útiles consejos sobre las fuerzas del orden. Gracias a Tara por su atenta lectura y por todos sus consejos.

Estoy muy agradecida a mis maravillosas lectoras beta —Jenna, Rebecca, Maura y Beth— cuyos comentarios marcaron la diferencia, y a Val por su agudo ojo para la corrección de pruebas.

Muchísimas gracias a todos mis lectores, tanto a los que me siguen en línea como a los que nunca han tocado un ordenador. Gracias de todo corazón. Vuestro apoyo constante significa muchísimo para mí.

Y por último, gracias a mis padres, porque si no hubieran pasado por el divorcio más miserable que el mundo haya conocido, no me habría sentido inspirada para escribir este libro.

EPÍLOGO

¿Te ha gustado leer El Divorcio?

Si es así, ¡considera dejar una reseña en Amazon! Además, visita mi sitio web, donde puedes suscribirte a mi boletín informativo y recibir actualizaciones sobre mis libros.

http://www.freidamcfadden.com/

También puedes suscribirte directamente a mi boletín informativo. Y para estar al tanto de mis nuevos lanzamientos, ¡sígueme en Amazon! ¡También puedes seguirme en Bookbub! O únete a mi genial y divertido grupo de lectores, ¡Freida McFans!

Y ahora, disfruten de un breve extracto de mi libro, Querida Debbie…

QUERIDA DEBBIE

Me han prohibido hablar con mi hija Lexi por la mañana.

Lexi impuso esta regla cuando empezó el instituto, y ahora que está en su último año, sigue vigente a rajatabla. La regla se implementó cuando Lexi decidió que no le gustaba que me atreviera a preguntarle "¿Cómo estás?" nada más levantarme, y simplemente no tenía ganas de hablar, "Dios mío, mamá".

A mitad de mi primer año, Lexi anunció oficialmente que ya no me permitía hablar con ella de madrugada. Y si intento comunicarme con ella de cualquier forma, verbal o no verbal, me responde bruscamente: "¿Qué te dije?". O peor aún, me mira con esa mirada tan fulminante.

Ya sabes a qué mirada me refiero. Al menos si tienes adolescentes, ya sabes.

Así que cuando Lexi irrumpe en nuestra cocina este miércoles por la mañana, no digo ni una palabra. Simplemente sigo comiendo mi tazón de copos de maíz, de esos con fibra extra. (Ahora que estoy en mis cuarenta, cualquier cosa que tenga mucha fibra es una compra segura). Es fácil acordarse de no hablar con Lexi, porque lleva unos auriculares enormes que le cubren las orejas. Siempre lleva esos auriculares. Es posible que se le hayan fusionado con los huesos temporales del cráneo.

Lexi lleva el pelo recogido en una coleta desaliñada que parece que se la hizo anoche o incluso hace varios días y no se la ha arreglado. Lleva una sudadera con capucha extragrande, que parece de esas para dormir, y esa impresión no mejora con el hecho de que lleve pantalones de pijama a cuadros. No es que sea día de pijama en el colegio ni nada parecido. Así es como se visten los niños ahora. Me parece de mal gusto, pero por otro lado, también me da envidia. Ojalá pudiera llevar pantalones de pijama todos los días.

De mis dos hijos, Lexi es la que más se parece a mí, algo que seguramente le avergüenza muchísimo. Tiene la misma estructura ósea delicada en el rostro y un tono de cabello oscuro similar, ligeramente ondulado. Al igual que yo, se le dan bien los estudios, por eso este año está cursando cuatro clases de nivel avanzado y una de teoría de números, ya que el año pasado ya cursó Cálculo BC de nivel avanzado.

Al igual que yo, puede que sea demasiado inteligente para su propio bien.

Lexi ni siquiera me mira mientras se dirige directamente al refrigerador, aunque lanza una mirada burlona a las latas que tengo apiladas en la encimera de la cocina para la colecta de alimentos. Todo lo que hago es una mezcla de vergüenza y exasperación. Sin embargo, mi crimen más imperdonable fue llamarla Alexa. En mi defensa, ¿cómo iba a saber que Alexa se pondría de moda?

Lexi me mira por encima del hombro y se queda perpleja al verme. Muere de ganas de decir algo, pero eso rompería su eterno voto de silencio. La lucha interna es real.

Finalmente, la conquisto. Es el pintalabios; yo nunca uso pintalabios.

"¿Para qué te has arreglado tanto, mamá?", quiere saber.

Doy otro bocado a mi cereal de fibra y luego me seco los labios con una servilleta. Soy más del tipo de mamá que usa camiseta y pantalones de yoga, así que le sorprende verme con un vestido y maquillaje completo. Incluso me sequé el pelo con secador en lugar de dejarlo húmedo en una coleta.

—Hoy vienen los fotógrafos de Home Gardening —le recuerdo—. Van a sacar fotos del jardín.

Fue un honor ser elegida por la revista para este reportaje. Como madre que se queda en casa cuidando a dos niñas, ha habido momentos en que mi vida se ha sentido un poco… bueno, vacía. Estoy orgullosa de mis hijas, pero quería estar orgullosa de algo que fuera solo mío. Esta sesión de fotos me dio un buen impulso de confianza. Trabajo mucho en mi jardín.

Ha habido momentos en los que he sentido que, si no tuviera mis flores, ni siquiera sería capaz de levantarme de la cama por la mañana.

—No lo sabía —dice Lexi, aunque se lo he mencionado docenas de veces. No le hago notar la ironía de que, si hubiera olvidado algo que me contó ayer mismo, ahora me estaría regañando. —Bueno, buena suerte.

Qué bonito comentario. Y ha ocurrido otro milagro: mi hijo de diecisiete años ahora me habla por las mañanas. Parece un sueño loco y maravilloso. ¿Me atrevo a tener la esperanza de que la difícil adolescencia esté llegando a su fin?

—Gracias —digo con cautela, sin querer perturbar la paz.

Entonces Lexi arruga la nariz. —No vas a traer todas estas latas a nuestra escuela hoy, ¿verdad? Vas a parecer una basurera.

Bueno, tal vez los años difíciles aún no hayan quedado atrás del todo.

Antes de que pudiera dar una respuesta adecuada a la crítica de mi hija sobre que recoja comida para los necesitados, mi otra hija, Isabel, entró en la cocina. Probablemente fue lo mejor, porque no le habría gustado nada de lo que le dijera.

Izzy cursa el segundo año en Hingham Prep, dos años menor que su hermana. Si bien Lexi me recuerda inquietantemente a mí misma, Izzy se parece mucho más a su padre. Tiene su cabello castaño claro, su sonrisa sincera y su complexión robusta. Y, al igual que él, es despreocupada y optimista.

A diferencia de Lexi y de mí, Izzy siempre ha sido muy atlética. He planteado la hipótesis de que las endorfinas podrían hacerla más agradable que su hermana. Esa es mi teoría, al menos. Si no me obligara a ir al gimnasio varias veces por semana, mataría a todos mis vecinos.

—Hola, mamá —dice Izzy, cogiendo una manzana del frutero de la encimera—. Tengo que irme. El autobús llegará en un minuto.

"¿Eso es todo lo que vas a desayunar?", protesto.

"Mamá, me tengo que ir."

En la vida y en la maternidad, especialmente en la maternidad de adolescentes, hay que elegir las batallas. "Vale, te quiero", grito. "Te recojo después del fútbol".

Izzy duda, su coleta alta se balancea ligeramente detrás de su cabeza mientras permanece allí, como si estuviera sopesando sus próximas palabras. Guarda la manzana en el bolsillo de su sudadera. —Está bien —dice finalmente—. Tomaré el autobús a casa.

—Pero espera. —Mientras me levanto rápidamente, mi tazón de cereal se vuelca lo suficiente como para que un poco de leche salpique la mesa de la cocina. Al menos no me mancha el vestido—. El autobús escolar no estará disponible después del partido de fútbol. Puedo ir a buscarte.

Izzy no responde.

"¡No hay ningún problema!", le aseguro, tratando de no pensar en aquellos días en que recogía a Izzy en la guardería y ella corría hacia mí tan rápido y con tanta fuerza que casi me tiraba al suelo.

No estoy segura de cuánto tiempo se habría quedado Izzy mirándome fijamente con las manos metidas en los bolsillos si Lexi no hubiera soltado: "Por el amor de Dios, díselo, Iz".

Miro a ambas chicas. Odio cuando comparten secretos, aunque es mejor que cuando se pelean. "¿Dime qué?"

Izzy sigue sin decir nada.

Lexi suelta un suspiro exagerado y dice: "La echaron del equipo de fútbol".

—¡Lexi! —sisea Izzy, con la cara enrojecida.

"¿Qué?"

Vale, esto es una auténtica barbaridad. Izzy lleva jugando al fútbol desde el jardín de infancia. Podría driblar el balón dormida. ¿Cómo es posible que la hayan echado del equipo? Es una de las mejores jugadoras de segundo de bachillerato. De hecho, es una de las mejores jugadoras del equipo.

—No lo entiendo —digo—. ¿Por qué te echaron del equipo?

Izzy no me mira a los ojos. “Mamá…”

Esto tiene que ser algún tipo de error. No hay otra explicación. "Voy a llamar al entrenador Pike".

—Mamá, no. —Sus ojos se abren de par en par por el pánico—. Tengo que irme ahora. No llames al entrenador Pike.

“Izzy…”

—Por favor, no lo llames. —Sus ojos están llenos de desesperación—. Prométeme que no lo llamarás, mamá.

No quiero que pierda el autobús. No puedo permitirme llevarla ahora mismo, ya que tengo que estar aquí para la sesión de fotos. Pero no va a ceder hasta que acceda, así que finalmente le espeté: «Lo prometo».

Prometo que no lo llamaré. Pero no prometí que no iría a su oficina a preguntarle qué demonios estaba pensando cuando expulsó a mi hija del equipo.

Izzy me mira una última vez y sale corriendo por la puerta. Esa chica siempre está corriendo. Es una jugadora de fútbol increíble. No sé qué pasó para que la echaran del equipo, pero estoy decidida a averiguarlo.

Dirijo mi atención hacia mi hija mayor, que ha cogido una lata de maíz cremoso y está leyendo la etiqueta con una expresión de disgusto en la cara, como si los ingredientes la hubieran ofendido personalmente.

—¿Sabes qué pasó? —le pregunto a Lexi.

“¡Ay, Dios mío, mamá, no, no quiero!”, gruñe Lexi. “¿Puedes dejar de preguntar, por favor, un millón de veces?”

Es la primera vez que se lo pregunto, pero da igual. "¿No has oído absolutamente nada?"

“No.” Lexi me mira con furia, pero luego añade: “De todas formas, le conviene dejar el equipo. El entrenador Pike es un pervertido.”

“¿Un pervertido?”

Pone los ojos en blanco, irritada por tener que explicarme cada detalle. «Mi amiga Mira estaba en el equipo de fútbol y me contó que él siempre entraba, como "accidentalmente", al vestuario

cuando las chicas se estaban cambiando. Pedía disculpas y se iba enseguida, pero... bueno, a mí eso no me suena a accidente».

¿Hizo qué?

El cereal se me atraganta mientras reflexiono sobre esta nueva revelación. Izzy nunca dijo nada parecido, pero conozco a Mira, la amiga de Lexi, y ella no es de las que inventan historias. ¿Es posible que sea cierto? Y si lo es, ¿de verdad quiero a Izzy en el equipo de fútbol?

—Uf, ¿podrías parar ya, mamá? —dice Lexi con irritación.

Me obligo a tragar el bocado de cereal. "¿Dejar de hacer qué?"

"Masticando", dice ella.

"¿Masticando?", repito con incredulidad.

"La forma en que masticas… es tan ruidosa. Nadie más en el mundo mastica tan fuerte. Créeme, es súper raro. Probablemente lo oigan los vecinos de al lado."

Nadie había criticado jamás el volumen de mi masticación. Por un momento, me quedo sin palabras. «Lo siento. Intentaré masticar más despacio».

"Es muy ruidoso", reitera. "Siempre estás masticando, y es muy molesto".

Me distraigo momentáneamente de mis pensamientos sobre el entrenador Pike por el asunto más inmediato de qué demonios pasó con mi relación con mi primogénita. Recuerdo una época en la que solía preparar panqueques para Lexi por la mañana. Me esmeraba muchísimo. Formaba una carita sonriente en cada uno con arándanos o, si era un día especial, con chispas de chocolate. Cuando Lexi veía esos panqueques con caritas sonrientes (sobre todo los de chispas de chocolate), sus ojos se iluminaban. Primero se comía todos los arándanos o las chispas de chocolate, y luego cubría la pila con jarabe de arce. Después de unos bocados, me miraba con una sonrisa pegajosa y feliz. ¡Haces los mejores panqueques del mundo, mami!

Doy otro bocado a mi cereal, pensando en alguna actividad que podría sugerir para hacer juntas. Quizás ir de compras. A Lexi siempre le ha encantado ir de compras, incluso de pequeña, y ahora

sigue adorando la ropa. Aunque encontrar la ropa que le gusta puede ser todo un reto.

Quizás podría ofrecerle llevarla a una tienda de pijamas. ¿Existen? Si no, deberían crear una. Es una idea genial.

El claxon de un coche suena con fuerza desde fuera de casa, sobresaltándonos a los dos. Ya no consigo hacer sonreír a mi hija, pero ese claxon lo consigue. Es su novio, Zane, que hace poco cumplió dieciocho años, se sacó el carné de conducir y ahora puede llevarla al colegio todos los días.

Nunca entra en casa. Solo toca esa maldita bocina con tanta fuerza que todos en los pueblos vecinos saben que ha llegado. Puede que incluso suene un poco más fuerte que cuando mastico.

—Me tengo que ir —dice Lexi alegremente.

Mi hija recoge su mochila del suelo, que pesa tanto que, al llevarla puesta, camina ligeramente inclinada hacia atrás. Abre la boca como para despedirse, pero entonces recuerda su regla de no hablarme por la mañana, así que sale corriendo por la puerta sin decir una palabra más.

Solo me he comido la mitad del cereal, pero la verdad es que no tengo mucho apetito. Sigo el camino que Lexi tomó por la sala hasta la puerta principal, sabiendo que no se molestó en cerrarla con llave al salir. ¿Para qué, si yo siempre la cierro cuando ella sale?

Siempre estoy aquí para mi familia. Siempre.

Miro por la ventana el Kia rojo destartalado que sale de mi entrada. Cada vez que veo ese coche, pienso que debería llevarlo directamente al vertedero municipal y dejarlo allí. No me hace ninguna gracia que mi hijo mayor vaya al instituto en esa chatarra, pero reconozco que no tengo mucho que decir al respecto.

Mi opinión sobre el chico que conducía esa chatarra es aún menos benévola.

Alcanzo a ver a Zane cuando se incorpora a la calle frente a mi casa. Tiene el pelo largo y desaliñado y está flaco como un palo, aunque las veces que ha estado en mi casa, se ha comido una barbaridad. Si la mitad de mi nevera está vacía, significa que Zane ha venido de visita. Sobre todo si la nevera está entreabierta y la tapa del inodoro levantada. Por no mencionar que estoy casi segura

de que vapea. Ni siquiera sé muy bien qué es vapear, pero sé que no quiero que mi hija salga con un chico que lo haga. Aunque no tengo otra opción.

Pero, sobre todo, no me gusta cómo mira a Lexi. Hay algo en su expresión que me inquieta. Es algo que ya he visto antes; un recuerdo que jamás podré borrar de mi mente.

Lexi y Zane llevan saliendo unos cuatro meses, y yo ya quería que terminara hace tres meses y medio.

Pero no puedo prohibirle que salga con él. Tiene diecisiete años y eso no terminará bien. Si le digo que no lo vea, solo conseguirá que lo vea… con más intensidad. No, lo más sensato es esperar. Es una chica lista y recapacitará. Al final, Zane se irá.

Y si no, bueno, tengo la intención de proteger a mi hija. A las dos. Les guste o no.

Estaba a punto de volver a la cocina, pero me detuve al ver otro movimiento fugaz por la ventana. Era mi vecino, Brett Carlson, bajando por el camino de entrada que separa nuestras casas. Bueno, en realidad, no caminaba, sino que pisaba fuerte. Se dirigía hacia nuestra puerta principal. En un minuto, la golpearía con fuerza.

Este día está a punto de ponerse interesante.

¡Compra Querida Debbie ahora!

TAMBIÉN DE FREIDA MCFADDEN

Querida Debbie

El intruso

El inquilino

El accidente

El novio

El profesor

El compañero de trabajo

Distrito D

Nunca mientas

El recluso

La criada

El secreto de la criada

La criada está mirando

¿Te acuerdas?

No molestar

La puerta cerrada

Uno por uno

La esposa de arriba

El hijo perfecto

El ex

La madre sustituta

Daño cerebral

Médico muerto

SOBRE EL AUTOR

Freida McFadden, autora superventas internacional según The New York Times, USA Today, Washington Post, Publishers Weekly y The Sunday Times, es médica especializada en lesiones cerebrales. Ha ganado el premio International Thriller Writers Award a la mejor novela original en rústica y el premio Goodreads Choice Award al mejor thriller. Sus novelas se han traducido a más de cuarenta idiomas. Freida vive con su familia y su gato gris en una casa centenaria de tres plantas con vistas al océano.